
Más Océanos,
Alastor
Noah Evans

Índice

Título
Preámbulo 1
Preámbulo 2
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30

31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
Epílogo
Nota de autora

Más océanos, Alastor

Noah Evans

Preámbulo 1

Rocío

Sevilla, 2023.

Si lo que había contado su hermana Paula era cierto, debía ser un auténtico sueño. Pero tenía que reconocer que con el perfil fantasioso de su hermana, podría ser una broma o una mentira y a saber dónde andaba.

Pidió de todas las formas que se la llevase con ella a donde fuesen aquellos agujeros del tiempo, sin importarle mucho la época ni las consecuencias de las que Paula le hablaba, pero la respuesta de su hermana siempre fue un no rotundo, aunque logró convencerla de que si regresaba alguna vez a Sevilla, la llevaría con ella.

Una parte de ella, una romántica que la atraía sobremanera, quería creer que Paula, Alba, Inés y Leonor estaban en la Escocia medieval entre clanes. Era mucho mejor que pensar que su hermana estaba metida en un lío.

Si yo pudiese viajar en el tiempo…

Menudo sueño. Inverosímil completamente. En el mundo real no ocurrían aquellas cosas. Tendría que conformarse con libros y películas que la invitasen a soñar, y con imaginar el lugar donde estaría Paula.

Ella no llevaba más de una semana fuera, pero Paula le decía que el tiempo pasaba diferente en los dos mundos cuando se atravesaban los agujeros del tiempo. Algo que tampoco entendía.

Aun así regresaba cada dos días al lugar a donde Paula le había marcado a revisar que el saco con dinero estaba en su lugar. Y lo

estaba. Ninguna de las cuatro había regresado.

Volvió a meterlo en el agujero y colocó el tronco encima.

No las culpaba por no volver. Si ella viajase en el tiempo, tampoco regresaría.

Explorar, indagar.

Aunque las amigas de su hermana insistiesen en que la curiosidad extrema se pagaba con una pica o con cien latigazos.

Se apartó el hombro del pecho y lo dejó caer hacia la espalda, poniendo la planta de uno de sus pies en el suelo, dispuesta a alzarse.

Se sacudió la rodilla antes de impulsarse. Habría llovido en aquella parte aislada de la ciudad y notaba el suelo blando y fresco.

Restregó una mano con la otra para quitarse la tierra y se agarró al tronco del árbol para auparse.

Nadie cuenta nunca conmigo.

En nada importante. Eran las consecuencias de ser la más pequeña de la casa. Ausencia de responsabilidades, pero también de decisiones, opiniones y experiencias.

Suspiró.

El suelo estaba blando, demasiado blando, tanto que sintió cómo se hundía uno de sus pies, muy hondo, tanto que temió no poder sacarlo. Enseguida su otro pie acudió a ayudar al hundido. Un intento de pisar la tierra que se movía para poder sacar el otro. Pero este también se hundió.

Por reflejo se abrazó al tronco del árbol, pero este parecía caerse de lado. Rocío gritó mientras todo su cuerpo caía tierra abajo.

Un miedo terrible la inundó casi de inmediato.

Cerró los ojos y notó cómo su consciencia la abandonaba.

Preámbulo 2

Rocío

Había sentido cómo recobraba la consciencia, aún con los ojos cerrados, mientras caía sin parar, como si estuviese atravesando el propio mundo, y luego otro, y otro, por capas. Hasta que alguien pareció agarrarla en medio de aquel caos, primero un brazo, luego el tronco, hasta envolverla por completo con el cuerpo y con una tela interminable.

—Tranquila. —Era una voz de hombre.

Y el vello se le erizó de inmediato mientras todo su cuerpo, fatigado y ligero por no dejar de caer, entraba en pánico.

¿A que me han dado una droga de esas raras?

Había estado sola en una zona de árboles apartada, cualquier loco podría haberle hecho algo.

Me cago en mi puta estampa.

Abrió los ojos enseguida, pero solo lograba ver tela negra, dura y de un tacto como de piel de serpiente, demasiado extraña. Se agarró a ella para poder mover los pies y patear las piernas de quien demonios fuera.

Pero su movimiento era lento y torpe, le habrían dado algo muy fuerte.

—Tu puta madre —soltó intentando dar otra patada, que aunque lenta y torpe, esa vez dio en algo, algo duro con un interior más blando—. ¡Cabrón, suéltame!

—Tranquila. —Su cuerpo giró y se vio de espaldas al hombre que la sujetaba de un movimiento rápido. El mareo aumentó.

—¿Qué me has *dao*, hijo de puta? Cuando se me pase mejor que no te tenga cerca. —Le empujó con el codo e intentó patear desde atrás.

—¿Quieres estarte quieta, que vas a abrir otro agujero? —Lo oyó replicarle. Por la voz, no sería mucho mayor que Paula.

Rocío volvió a zarandearse para que la soltase, pero él la pegó a su cuerpo y esa vez sintió toda la dureza de la tela en su espalda.

—¡Cerdo! —Retiró el culo enseguida de él—. ¡Asqueroso!

A pesar de la caída y del mareo, su lengua y su cabeza parecían estar en perfectas condiciones.

Y la caída se hizo lenta, como si ambos flotasen, la tela revoloteó a su alrededor, también flotando y pudo ver una especie de atmósfera grisácea. Contuvo la respiración al ver que tomaba color. Un color verde intenso.

Sus pies tocaron tierra firme.

—He intentado llevarte de vuelta, pero ha sido imposible. —Oyó cerca de su oído y enseguida se retiró del pecho de aquel joven y se dio media vuelta para mirarlo.

Era alto, tenía el pelo oscuro, abundante y rizado, rodeándole la cara como una corona, y los ojos color verde oscuro.

Un arcángel como poco.

Que habían volado era evidente. No sabía si de manera natural, sobrenatural o fruto de alguna droga. El mareo se iba desvaneciendo, fue consciente de que la fatiga comenzó a desaparecer cuando él la envolvió en aquella capa oscura y aparentemente fina, pero que tenía una textura gruesa que parecía protegerla en aquella caída y sus consecuencias.

El joven alargó la mano hacia la suya, una mano cubierta por un guante de cuero negro, un frío cuero que enseguida traspasó el frío

a su propia piel. Él se la alzó levemente.

—Mi nombre es Heracles y acabas de caer en un agujero del tiempo que llevo mucho tiempo intentando cerrar y que no me deja llevarte de vuelta —le dijo él.

Rocío alzó las cejas.

Todo lo que contaba Paula era verdad.

Le brillaron los ojos y su cuerpo se aligeró sobremanera.

—Así que la única explicación que se me ocurre es que hay algo que te ata aquí, como ya ha pasado otra vez. —Le soltó la mano y dio un paso atrás alejándose de la joven—. En cuanto te encuentren, pregunta por Leonor de Lothian. —Rocío reaccionó al nombre llevándose la mano a la boca y él sonrió al verla.

Rocío enseguida dio un paso hacia delante y volvió a cogerle la punta de los dedos envueltos en cuero, que Heracles aún tenía en el aire.

—¿Conoces a Leonor? —Apretó los dedos de Heracles, pero era complicado a través de aquella tela consistente.

—La conoces tú, que es lo que importa. —Heracles puso el dedo pulgar alrededor de los suyos. El tacto de aquella tela extraña le estaba encantando. Eliminaba el frío por completo y hasta la ligereza, quizás también la incertidumbre o el miedo.

—¿Está viva mi hermana Paula? —preguntó enseguida, era lo que más temía. Nunca imaginó a Paula sobreviviendo en una época medieval. Heracles sonrió al escucharla y su gesto hizo que una espiral de energía le empujase ombligo arriba.

—Hermana de Paula, cómo no. —Heracles contuvo la sonrisa.

El sonido de un cuerno la sobresaltó, fue tal el respingo que dio su cuerpo que Heracles volvió a contener la sonrisa.

—No van a tardar en encontrarte —añadió él y Rocío volvió a apretar su mano.

—¿Quiénes? —Miró tras de sí como si hubiese un jabalí a su espalda.

—Los hombres de Tanarys, no tengas miedo —respondió él.

Aquel nombre lo conocía y los ojos volvieron a brillarle.

—Pero no te vayas, —Volvió a mirar a Heracles, conocer nombres y lugares de oídas no era suficiente para que se le quitase la ligereza del cuerpo. En cuanto Heracles desapareciese, entraría en pánico.

—No puedo quedarme aquí —dijo él bajando los ojos para mirarla.

—¿Por qué? —Dio otro paso hacia él.

—Porque acabaría en una mazmorra. —No sabía si aquello había ido con ironía.

Rocío alzó las cejas.

—¿Voy a acabar en una mazmorra? —Aunque Heracles no se había ido aún, su cuerpo entró en pánico.

—Es donde mejor puedes estar hasta que ellas vayan a por ti, créeme. —Heracles se acercó a ella y le cogió la barbilla.

Volvió a oírse un cuerno.

—Cierra los ojos —dijo Heracles.

—No —replicó ella enseguida—. Y ni siquiera me has dicho quién eres y qué hacías en un agujero del tiempo.

—Ya vienen. —Heracles miró tras el hombro de la joven—. Cierra los ojos.

Rocío resopló.

—¿Quieres ir con tu hermana o no? —preguntó él.

Volvió a resoplar y cerró los ojos.

—Tres, dos, uno… —Oía la voz de Heracles.

Abrió los ojos enseguida. Heracles ya había desaparecido.

Primer encuentro en un mundo extraño: un ángel.

O algo similar. Pero una vez desaparecido, el miedo regresó sobremanera. Esperaba encontrar a Paula, Inés, Alba y Leonor antes de meterse en problemas.

Había ido a parar a un mundo terrible. No era ninguna broma.

1

Leonor

Escocia, 1356.

Inés le ataba las cintas de la espalda del vestido interior, Paula estaba junto a la mesa de madera en la que los sirvientes de Tanarys dejaban vasos y una jarra de agua. La puerta se abrió.

—Ya está aquí nuestra madre —dijo Paula volcando la jarra de agua para echarse en un vaso, mientras Alba entraba en el dormitorio—. El telediario matinal. A ver qué noticia alegre nos trae hoy.

Alba le lanzó una mirada a Paula en la que Leo pudo ver una afilada punta de flecha. Paula alzó el vaso con el agua.

—¿Ya me voy a llevar la bronca hoy? ¿Tan temprano? —añadió antes de que Alba le lanzase algún improperio. Pero Alba no dijo nada, simplemente se acercó a ellas.

—Ya está decidido, van a formar una comitiva para recoger al rey David de los ingleses —dijo Alba.

—Pero eso ya lo sabías, ¿no? —dijo Inés soltando las cintas del vestido de Leonor y empezando a abrochar el de terciopelo rojo oscuro que llevaba encima del otro fino—. Es lo que sigue en la historia. —Ladeó la cabeza midiendo que las cintas estuviesen con el mismo largo—. Es la ventaja de llevar varios siglos de adelanto.

Alba apretó los labios.

—Y según el profe de Stanford, la primera comitiva no se lo trae de vuelta. —Alba arrugó la nariz al decirlo y resopló.

Paula miró a Alba de reojo.

—Con el viaje en el tiempo tendría que haber venido un lavado de memoria para Alba. Es como ir al cine con alguien que ya ha visto la película, te la va contando por delante, le quita todo el interés —negó con la cabeza—. Ahora que ya sabemos que los que vayan la van a cagar, a ver si Tanarys manda a los que nos caen mal y por lo menos nos echamos unas risas. —Se bebió toda la taza de agua.

—No van a mandar a los que nos caen mal. —Alba se había cruzado de brazos y con la barbilla baja alzó la mirada hacia ellas.

—¿Ya lo han decidido? —preguntó Inés levantando la cabeza de los nudos de las cintas.

Alba asintió con la cabeza.

—¿Y quiénes son los *pringaos*? —preguntó Paula soltando la taza en la mesa.

—Alastor Hunter será el que dirija y forme la comitiva, según un mensajero —respondió Alba y hasta Paula abrió la boca—. Y sus elegidos para acompañarlo, Tanarys de Lothian, Rob Black, y algunos más que conocéis.

Leonor se tapó la boca con la mano.

—Arriesgarse demasiado para nada —añadió Alba.

Paula llegó hasta Alba buscándole la mirada.

—¿Va a venir el leader halcón después de tanto tiempo? —Paula metió el dedo entre la abertura de la capa de su amiga Alba y lo hundió buscando sus costillas, empezó a reír.

Alba apartó el dedo de Paula.

—Déjate de idioteces que esto es serio —le replicó Alba.

—Como todo para ti. —Paula se apartó de ella—. ¿Sigue soltero?

—Y yo qué sé. —Alba se alejó de las tres hacia la puerta de nuevo.

—¿No lo sabes? Pero si tú lo sabes todo, amiga —le dijo Inés alzándose de puntillas tras Leonor.

Alba se dio media vuelta para lanzarle otra mirada de punta de flecha, esa vez a Inés.

—Rob Black, ¿te suena de algo? —le soltó Alba a Inés.

—Te tocó, Inés —murmuró Leonor riendo.

—Ahora va a por ti —dijo en un susurro Paula y se oyó una risa gutural.

Alba volvió a cruzarse de brazos.

—No hace tanto que te casaste con él, ¿recuerdas?

Inés hizo una mueca.

—Esa boda fue una pantomima, no le tengo rencor alguno.

—¡Mentira! —La voz de Paula hizo que Inés y Leonor se sobresaltasen. Y Alba empezó a reír—. Le jodió que se fuera antes de darle un par de vueltas —añadió Paula y Leonor contuvo la sonrisa.

La mano de Inés voló en el aire hacia la nuca de Paula.

—Por decir la verdad, como siempre. —Paula se apartó antes de que su amiga la alcanzase y miró a Leonor con ironía—. Tú eres la única que está trincando aquí. Y estas dos están… —Abrió dos dedos y los resbaló a los lados de la nariz hacia la boca.

—Como tú —le replicó Inés.

—Pero lo llevo muy bien, muchacha.

—Claro, claro —dijo Alba abriendo la puerta—. La comitiva viene camino de Lothian.

—Ya sabes, busca los mejores trozos de trapo para cuando te vea Alastor —soltó Paula y Alba se apresuró a coger una zapatilla del

suelo para lanzársela. Paula la esquivó también—. Tu halcón tiene mejor puntería.

Alba recogió la zapatilla del suelo e hizo el ademán de volvérsela a lanzar.

—Si no te cuelga Tanarys de una pica, lo terminaré haciendo yo —le dijo Alba abandonando la idea de lanzarle la zapatilla y dejándola caer al suelo. Las tres rieron y Alba suspiró—. Chicas, esto pinta mal, ¿lo sabéis?

Las tres miraron a Alba en silencio.

—Ingleses y desterrados. A saber lo que pueden encontrar allí los que vayan.

—No me quita el sueño, la verdad —dijo Leonor y las tres la miraron—. Ya se les ha vencido una vez.

—Todas no sabemos manejar arcos como tú —le dijo Inés riendo.

Leonor se encogió de hombros. Alba negó con la cabeza.

—Cuando quieren una comitiva con lo mejor del sur es porque temen algo —dijo Alba.

Y Leonor estaba de acuerdo con ella. Cuando traidores e ingleses se unían no solía resultar nada bueno.

—Bueno, ya está, no podemos hacer nada —dijo Paula dirigiéndose hacia la puerta donde estaba Alba—. Lo que hacen las mujeres aquí, bordar, coser y dar paseos mientras ellos se matan con los ingleses, ¿no? Y es una suerte. Viva el patriarcado medieval.

Alba frunció el ceño mirando a su amiga.

—Ayer te estabas cagando en el patriarcado medieval porque Tanarys no te deja abrir un restaurante —replicó Alba.

Leonor se llevó la mano a la cara para reír. Paula alzó el dedo índice.

—No me dijo que no pudiera abrirlo. El señor de Lothian me dijo que me casara con alguien y entonces montase los negocios que me diese la gana —respondió Alba—. A cargo del marido, claro. —Hizo una mueca y negó con la cabeza—. Y una mierda. —Miró a Leonor —. A tu marido ya le vale, eh. Menudo tío machista está hecho.

La risa de Leonor aumentó.

—Será por el siglo en el que estamos, supongo —le respondió Leo con ironía. Luego suspiró—. Paula, ya llevas aquí un tiempo. Tienes que adaptarte como nos adaptamos todas.

—Pues yo no me adapto. —Se sacudió el vestido con las manos —. Vine aquí demasiado mayor, ya es tarde. He conocido la otra cara de las posibilidades de una mujer y me gusta infinitamente más. Para empezar, pienso quedarme soltera. —Arrugó la nariz y sacó la lengua a sus amigas.

Las tres rieron al verla.

2

Rocío

Taparse la cara no la hacía desaparecer. Hubiese querido tener una sábana para cubrirse por completo ante tantos ojos que la miraban. Su ropa, que nada tenía que ver con la de ellos, había causado un gran revuelo en aquel poblado.

Apenas había podido decirles un par de palabras antes de que la subiesen bocabajo a un caballo, como si fuese un saco de maíz, como tantos que llevaban.

Se dejó caer de rodillas al suelo, sentía los *jeans* mojados de barro muslos abajo. Y la fina sudadera era demasiada poca ropa para aquella humedad.

—Solo dice que se llama *Rozso*. —Oyó a uno de ellos.

Rocío, me llamo Rocío.

Ella enseguida se quitó la mano de la cara y la levantó para mirar.

Solo digo mi nombre, dice. Qué mentiroso. Si no me han dejado hablar.

Se acercaba un señor de barba y rizos largos y blancos, que bien podría tener doscientos años. Si no fuese por el miedo atroz que le impedía ni siquiera levantarse, hubiese pensado que estaba en mitad de una obra de teatro entre actores.

El anciano se echó para atrás la capa para verla. No llevaba el tartán de cuadros rojos de los soldados enormes y rubios que la habían encontrado. La del anciano era de un tono naranja con las líneas que formaban los cuadros marrones. Y llevaba un cinturón con una hebilla de cabeza de oso. Tras el anciano, que caminaba con cierta dificultad, había otro hombre; tampoco su tartán era rojo, sino

de un color mostaza. Rocío enseguida se fijó en el brillo de su hebilla.

¿Una vaca?

Tuvo que entornar los ojos para apreciarlo mejor. Necesitaba sus gafas para ver con nitidez de lejos, se negaba a usarlas si no era en el cine o para conducir, a veces para ver bien la pizarra de la facultad. Sus gafas, un artilugio útil que solía llevar en el bolso o en algún bolsillo y que ahora estaba en poder de los soldados de cuadros rojos.

Ok*, es que está de lado, es un… león. Está más mal hecho que la leche.*

Enseguida aparecieron más hombres, iban saliendo de aquella choza al patio donde la tenían rodeada. Dirigió la mirada hacia ellos, pero se sobresaltó cuando sintió una presión en el hombro. El anciano le había empujado con su bastón.

—¡Mujer! —le preguntó—. ¿Vienes de la frontera?

Rocío enseguida negó con la cabeza.

—Donde la hemos encontrado no puede venir de otro sitio que no sea la frontera —dijo uno de los soldados de capa roja.

El hombre de tartán mostaza se giró para mirar al soldado.

—Si viniese de la frontera llevaría más de medio día andando y no está mojada ni sucia. —La respuesta de aquel hombre del león hizo que Rocío se mirase de nuevo la ropa.

¿Que no estoy sucia? Estoy comida de mierda y eso que acabo de llegar.

Lamentó las tantas y tantas veces que le pidió a Paula que la llevase con ella. No era una aventura, no era bonito, ni romántico, ni fantasioso. Era una mierda como una catedral y le daba pánico estar allí con aquella gente. El olor era indescriptible y le daban ganas de

vomitar. Una mezcla de sudor, pis de gato, acero oxidado, madera con humedad mezclada con romero y otras especias.

Eso sin contar con que le daba miedo su forma de mirarla, cualquiera de ellos podría matarla, golpearla y a saber qué más cosas, cosas que allí no tenían muchas consecuencias para ellos.

—Necesito ver a Leonor. —Leonor de Lothian, le había dicho aquel joven llamado Heracles, la única maravilla que había encontrado en la puerta al pasado y que la pudo, por un momento, confundir con que aquello pudiese ser algo bueno.

No lo era. Estaba tan asustada que casi no podía moverse.

—Leonor de Lothian —le costó decirlo, como si aquello fuera una mala broma, como si por decirlo pudiesen hacerle algo malo. Leonor, la Leo que conocía desde pequeña. No podía ser.

El viejo se giró para mirarla cuando lo dijo y levantó el extremo de su bastón hacia ella. No sabía si haberlo dicho era algo bueno, no lo parecía, ahora todos la miraron con más interés. Y desconfianza también.

Los ojos no tardaron en llenársele de lágrimas.

—¿Traes un mensaje para Leonor de Lothian? —preguntó el otro hombre, el del tartán mostaza. Rocío negó con la cabeza y las lágrimas aumentaron.

—Busco a mi hermana Paula. —Esa vez la voz se le quebró—. Y debe estar con ella.

El hombre del tartán mostaza había dado unos pasos hacia ella y encorvó ligeramente la espalda para mirarla en el suelo.

—¿Paula de Triana? —preguntó a Rocío.

No jodas.

Dentro de aquel surrealismo que le helaba la piel a cada segundo que pasaba, estuvo a punto de recibir un extraño rebote de

estómago en forma de leve carcajadas. Quizás por la alegría de que en esa realidad estaba su hermana mayor, y Alba, y también Inés. Todas mayores que ella, todas conocidas. Las necesitaba o no sobreviviría allí ni media mañana entre sudor, orina, mugre y demasiada humedad.

Se llevó la mano al pecho, el llanto aumentaba.

—Paula es mi hermana. —Alzó la mirada hacia el anciano, que seguía apuntándola con el bastón a tan solo unos centímetros de su hombro, esperaba que no le diese más con él, aunque suave, hacía daño—. Vengo de muy lejos y necesito encontrar a mi hermana.

El viejo dio unos pasos atrás alejándose de ella y cruzó una mirada con el otro hombre de tartán color mostaza.

—Leonor de Lothian no es nada desconocida para nuestros enemigos. —El anciano entornó los ojos hacia ella de nuevo—. De hecho, se hizo demasiado conocida en la última batalla.

Le Leo y un arco, esa combinación se hace conocida donde sea.

El hombre miró la ropa de Rocío de nuevo, la desconfianza hacia ella aumentaba.

—Así que no es de extrañar que tarde o temprano viniese alguien a querer llegar hasta ella —añadió el anciano—. Vendrás con nosotros a Lothian.

Escuchar aquello hizo que la ligereza de su cuerpo se asentase de golpe y la garganta empezó a escocerle con el llanto de nuevo.

—¡Kaleb! —gritó el anciano, un grito que retumbó con eco en la construcción y pareció tumbar los cimientos si es que tenía—. ¡Kaleb! —volvió a gritar el anciano.

Entreabrió los labios al ver a un joven alto, tanto que el anciano apenas le llegaba al pecho y el hombre del tartán mostaza a la barbilla, con el pelo ondulado y peinado hacia atrás, pero con algunos mechones caídos por la frente y alrededor de la cara.

Los ojos del joven, que hasta a media distancia pudo percibir el color azul, se dirigieron a ella.

Todo su cuerpo quedó paralizado mientras él la miraba. Una belleza de hombre atemporal que no esperaba encontrar en el medievo, entre rudeza y dulzura, con ese aura primitiva que le hacía diferente a cualquier muchacho conocido en el pasado, o en el futuro más bien si ahora todo estaba del revés.

—Llevaremos a esta mujer de prisionera hasta Lothian. Veremos si dice la verdad o no, encárgate de ella —le dijo el hombre anciano al joven de pelo ondulado. El bastón del anciano llegó de nuevo a su hombro—. Si mientes, yo mismo te colgaré a las puertas del castillo de Lothian.

Rocío bajó la cabeza enseguida mientras sentía la presión del bastón.

Como no sea mi Leonor y sea otra Leonor, aquí acabó mi aventura.

—Vamos, mujer. —La mano del joven envolvió su brazo al completo y el tirón fue tan fuerte que la inercia la puso en pie y además la hizo bascular hacia delante y caerse de boca.

Pedazo de bestia de las narices.

Rocío dio un grito y a pesar de que todos parecían marcharse, se detuvieron y la miraron. El hombre del tartán negaba con la cabeza.

—Murray, una mujer sola por aquí solo puede significar problemas —escuchó decir al hombre.

—Por esa misma razón no podemos dejarla suelta. Si vienen más con ella lo sabremos esta noche. Avisa a la guardia —respondió el anciano—. Registrarla bien.

Un tintineo procedente de su pantalón al levantarse del suelo hizo que el viejo la mirase de nuevo.

—Kaleb, quítale eso, tiene que ser un recipiente de veneno —le dijo el anciano al joven.

Rocío bajó la mirada hacia su llamador de ángeles. A veces solía llevarlo colgado de alguna trabilla del pantalón, le gustaba mucho su sonido.

Kaleb tiró del colgante con fuerza, pensando que así rompería la trabilla de tela, pero no estaría muy acostumbrado a aquel tipo de tela gruesa ni a hilos fuertes modernos con setecientos años de avance, tampoco a máquinas de coser industriales de tela vaquera.

Arrastró a Rocío con el gesto hasta que la joven chocó contra él y su brazo.

De nuevo llamó la atención de todos.

—¡Qué demonios! —El hombre del tartán se giró para mirarla a ella y a la trabilla del pantalón.

—Quitadle todo lo que lleva encima —dijo el anciano—. Se lo llevaremos al señor de Lothian. No intentes hacer nada porque tu cabeza rodará antes de que lleguemos.

Rocío apretó los dientes.

¿A dónde demonios he ido a parar?

—¡Vamos! —le gritó firme el joven, que ya había perdido aquel haz de dulzura que pareció verle en la expresión, quedando por completo la rudeza de una época que ella no conocía y que por lo que estaba comprobando, no le iba a gustar conocer. Su hermana y las demás debían estar locas queriendo regresar allí.

Se tapó la cara con la mano.

—¡Vamos! —La segunda orden fue acompañada de un empujón que la hizo apartar el brazo y mirar a Kaleb de reojo, como solía mirar a los chulos de discoteca que se pasaban demasiado.

Pero a él no lo intimidó en absoluto, quizás porque llevaba una espada en el cinto y una especie de martillo y no sabía qué más era todo aquello que le colgaba. Le vio el intento de volver a empujarla.

—No me empujes —le dijo zafándose de él y el anciano volvió a dirigir sus ojos a ella.

Ni mucho menos me trates como a un mulo.

Se llevó la mano a la trabilla del pantalón para quitarse el llamador de ángeles y vio que el muchacho retrocedió levemente.

Sí, un arma letal, no jodas.

Lo tiró al suelo y este rodó un par de metros hasta que se detuvo mientras todos lo seguían con la mirada, como si fuese a explotar en cualquier momento.

—No es un arma —le dijo al anciano que apartó los ojos de la bola plateada para mirarla a ella—. No llevo armas —añadió dando un paso dirección a donde le había empujado Kaleb.

3

Alba

No se acostumbraba a andar rápido con vestido, menos aun con aquellos vestidos pesados e incómodos cadera abajo, en un castillo lleno de escaleras y de pasillos estrechos. Echaba de menos la ropa cómoda contemporánea, los pantalones, las mallas de licra y principalmente los zapatos. Las botas que llevó consigo no le durarían siempre, así que las guardaba para traslados o caminatas largas, que allí podían ser cualquier día.

Notaba que las cuatro iban cambiando de forma desde que llegaron allí. Las vitaminas se acababan, las acumuladas en su cuerpo también. Nunca imaginó que aceptar una beca de arqueología le podría cambiar tanto la vida. Ya recordaba como un sueño el avión y el hotel, el castillo de Lothian en ruinas, la llegada de sus amigas y aquel derrumbamiento que descubrió el cofre. El cuerno y su sonido, el arco y el símbolo del lobo de las Highlands. Ahora que había pasado todo entendió que aquel cofre esperó enterrado la llegada de Leonor, y Leonor las arrastró con ella por los océanos del tiempo, abriendo agujeros hasta la Edad Media. El destino de su amiga que se expandió al resto y ya ninguna pensaba en marcharse. Tampoco había ya muchas posibilidades.

Pero la vida en la Edad Media nada tenía que ver con la que conocían. Hasta su estómago y su piel tardaron en acostumbrarse.

Llegó hasta el patio del castillo, no había tantos soldados como esperaba. Sabía que tampoco habían llegado todos, aún faltaban el viejo Murray y los McDougal, que iban de camino. Pero aun así la comitiva no era tan extensa como imaginaba.

Salió al patio y rodeó a un grupo de soldados de Lothian, los del tartán verde. Y más adelante más soldados, esa vez los rojos, los lobos de las Highlands, aquellos rubios y enormes del norte. El

viento hizo que el pelo le revolotease en la cara. Mechones sueltos más cortos que la melena que había dejado crecer. Restos de un flequillo recto y planchado que llevaba en otra época, cuando tenía al alcance las planchas de pelo. Allí en Escocia que su pelo cayese liso era prácticamente imposible. Tampoco era común el corte a ras por los hombros, así que desde el primer viaje, convencida de que volvería a aquellas tierras vastas, lo dejó crecer y ahora le caía hasta la mitad de la espalda.

Detuvo sus pies en una frenada en seco cuando vio abierta la puerta de la muralla del castillo de Lothian. Y a través de ella pasaba el primer soldado de tartán azul claro, de un fondo celeste con líneas que formaban cuadros oscuros. La razón por la que había bajado al patio, pero ahora que estaba abajo se arrepentía de no haber ido a buscar a Leonor y al resto y bajar en su momento, sin que se notase nada su ímpetu por encontrar allí abajo el asta con la bandera del halcón.

El clan de los cazadores del sur.

Contuvo la respiración. Siempre le gustaron las ropas elegantes y la combinación del azul claro con el gris de la malla del pecho. Bajó la cabeza enseguida y desvió la mirada, girando también parte del cuerpo. Pero ya no había forma de disimular. Ni de echar a correr.

Nueve meses sin ver a Alastor, que en la Edad Media se traducía en demasiadas lluvias, demasiado frío… En definitiva, demasiado tiempo. Máxime cuando allí la esperanza de vida no era larga y ellas ya llevaban más de la mitad recorrido.

Era curioso cómo había pasado de ser joven en su siglo a ser una mujer de cierta edad en la época medieval, además de solterona.

Dio un paso atrás y se apartó de los soldados para dejar paso a los caballos del clan de los halcones. Sentía cómo la vergüenza en su cara aumentaba. No sabía en qué demonios había pensado cuando los vio llegar por la ventana y echó a correr.

El *laird* no estaba entre los primeros a pesar de ser como un hermano para el señor de Lothian. Tampoco había visto por allí a Tanarys, quizás el señor del sur había cabalgado para llegar a su encuentro, también él llevaba mucho tiempo sin ver a su amigo.

Y no se equivocaba. Tanarys, el señor de Lothian, llevaba la ropa de los Douglas, la de guardián del sur, de tartán verde oscuro y no la de los lobos, quizás por eso no lo vio con la comitiva de los halcones. El rojo con el azul para ella era binomio perfecto entre aquellos campos, quizá porque se acostumbró a ver la sombra del guardián en forma del mejor arquero de Escocia, quitando a Leonor.

Miró de reojo hacia la puerta del muro y todo su cuerpo quedó inmóvil, mientras una leve presión costillas arriba le apretaba el pecho y la hacía erguirse.

La malla gris oscura producía algún destello en el pecho de Alastor. Aquella forma especial de llevar el tartán de los halcones, recogido en uno de los hombros mientras que colgaba hombro abajo en el otro con unos pliegues que en el jefe del clan exaltaba aún más la elegancia de los Hunter de Escocia.

Contuvo la respiración, aquella presión costillas arriba ascendía de manera considerable, como si quisiese empujar su cuerpo del suelo y ascenderlo en el aire. No sabía si ya la gravedad de los océanos y aquella magia mística que las ataba a aquel lugar de manera física, seguía haciendo estragos en su cuerpo. Maelys, la madre del señor de Lothian, decía que una vez acabado todo el efecto desaparecería. Pero su cuerpo quizás se resistía a soltarlo. Era placentero hasta unos límites que no reconocería jamás delante de sus amigas, estar atada a Alastor con una fuerza intangible capaz de abrir agujeros de siglos de espacio y tiempo hasta pegarla a él.

Y una vez experimentado eso, nunca culparía a Leonor por haberlas arrastrado con ella.

Los ojos azul turquesa del halcón del sur, oceánicos, transparentes y con un brillo y una luz que se podía apreciar hasta a

media distancia, acostumbrados a apuntar con demasiada precisión, no tardaron en encontrarla entre soldados enormes y a caballo. Algo que sabía desde que echó a correr desde la escalera. No había forma de esconderse de la mirada de Alastor, por algo era el mejor arquero de Lothian.

Así que el caballo de Alastor se retiró de el de Tanarys y dirigió sus pasos cansados hacia ella.

Y el cuerpo de Alba se fue girando sin que ella pudiese controlarlo hasta colocarse de frente con Alastor.

Alzó la mirada hacia él.

Alastor Hunter, el jefe del clan cazador del sur. Elegante, no tan corpulento como la mayoría del norte, con el pelo a ondas castañas que desprendía algún reflejo caoba y después del camino con barba de varios días, pero perfilada como si hubiese tenido una afeitadora y corriente eléctrica por aquellos campos. Una onda de Alastor cayó sobre su frente al bajar la cabeza para mirarla.

Lo vio soltar las riendas del caballo con aquellos guantes de piel rellenos de pelo, del mismo gris oscuro que la malla. Alba alzó la mirada hacia él, llevaba un tartán que no debería de tener mucho tiempo, el que ella tenía en el dormitorio, una antigua capa de Alastor, estaba más descolorida, más grisácea que la que en ese momento tenía delante y que caía a pliegues hombro del cazador hacia abajo.

Y él sonrió levemente.

—Sabías de mi llegada, por lo que veo. —Se alzó en el caballo para pasar una pierna y bajar de él. Alba tuvo que dar un paso atrás para dejarle hueco—. Y las razones, supongo —añadió dejándose caer de un salto al suelo, frente a ella—. Es difícil traerte noticias cuando tú pareces conocerlas todas. —La sonrisa de Alastor esa vez fue más evidente, y eso hizo que Alba también sonriese.

Alastor sabía que ella no había pertenecido siempre a aquel mundo. Nunca hacía preguntas, nadie del círculo de Tanarys las hacía respecto a la procedencia de las cuatro, un círculo muy escaso y cerrado de hombres fieles y valientes que no buscaban más explicación a nada más que la lealtad a un guardián, a un rey y a una nación. Por esa razón Alastor nunca se negaría a ir hasta los ingleses y debatir con los enviados de Balliol. Aunque fuese en vano, aunque fuese incluso una trampa.

—Y no hace falta preguntarte. Ya sé que no te gustan —añadió Alastor.

Alba fue consciente de que su cara había reflejado la maraña de pensamientos de su cabeza, pensamientos que no podía quitarse ni delante del océano que parecía haber en los ojos del *laird* de los cazadores.

Bajó la mirada enseguida, las riendas en las manos enguantadas de Alastor se emborronaron mientras su cabeza seguía buscando algo qué decirle.

—¿Quién va contigo? —preguntó. Solo sabía rumores. A las mujeres allí no se les consultaba, no se les contaba.

—Vendrá Tanarys y un escueto grupo de soldados. Si somos muchos, los ingleses lo tomarán como una ofensa. Y con más soldados y clanes, mayor es el riesgo de que nos traicionen.

Bien, Alastor.

El viejo Murray y el clan MacDougal se quedará aquí en la frontera por lo que pueda pasar.

—Me llevaré también a Rob Black, su padre está desterrado y es cercano a los ingleses. —Alastor buscó su mirada inclinando la cabeza, su gesto hizo que Alba levantase la suya.

Siempre tuvo la misma impresión con Alastor, no la de un hombre medieval en absoluto, más bien un actor de una

superproducción de cine impecablemente caracterizado, hermoso a la vista hasta la locura, con una voz tranquila y tenue, delicado la mayor parte del tiempo y con una templanza que lo hacía ser certero con el arco hasta en los momentos más tensos.

Que le encantaba el *laird* de los Hunter no era algo nuevo para ella y de ahí las bromas de sus amigas aunque nunca lo había llegado a reconocer delante de ellas. Alastor era simplemente un amigo, alguien leal a Tanarys y a ellas. Un *laird*, un noble escocés de uno de los clanes más poderosos del sur, no era el *laird* de cualquier clan. Por eso mismo, porque no era otro cualquiera, Alba no podía permitirse ni siquiera soñar con nada más.

—¿Tanarys iría con soldados Douglas y Úlster? —preguntó, que Tanarys fuese con los lobos de las Highlands le daba cierta seguridad. Eran los mejores soldados de Escocia sin duda. Brutos a más no poder, salvajes… un carácter algo excepcional que Paula solía llevar hasta lo cómico.

—Sí —respondió él buscando de nuevo su mirada, no había sido consciente de cuándo había podido apartarla de Alastor de nuevo—. Ewan viene de camino con un grupo modesto de soldados.

No sería ella la que le diese la noticia a Paula. Era mejor que su amiga se llevase la sorpresa, grata o no, de volver a tener al lobo más salvaje de las Highlands cerca.

Fuera como fuese, volverían a estar todos juntos antes de la partida, Tanarys, Rob, Alastor y Ewan junto con ellas cuatro. Y por mucho que pareciese ser algo bueno, que los cuatro estuviesen juntos no era buena señal. Era señal de conflictos, batallas inminentes, traiciones y tensión continua.

La entrada de un grupo de caballos cuyos cascos repicaron en el suelo, hizo que Alba girase la cabeza y parte del cuerpo para mirarlos. Miró el estandarte, un águila. Los recordaba del torneo.

Los Mackenna.

Alastor no los había nombrado y sin embargo parecía un cortejo voluminoso. Los primeros dos carruajes no tardaron en entrar. Alba entornó los ojos hacia la ventana del carruaje.

Vio a una señora mayor y a dos jóvenes en su interior, una de ellas llevaba el pelo cubierto con una especie de velo y sobre él una diadema tan ancha que le cogía toda la cabeza.

—Son los MacKenna —le dijo Alastor—. El *laird* Harvey y sus hijas me acompañarán también.

La respiración de Alba se cortó de inmediato. Que un *laird* lo acompañase con su familia solo podía significar una cosa, que Alastor hubiese contraído matrimonio, no lo creía, hubiese llegado a sus oídos una noticia así en el sur, o que fuese la intención del *laird* unir a una de sus hijas con él. Eso cobraba sentido. La única manera de que una vez en territorio inglés no le impusiesen al negociador y mensajero matrimonio con una inglesa. Tenía que reconocer que era una buena jugada, aunque la jugada le doliese. Era cuestión de tiempo, Alastor no podía seguir mucho más tiempo soltero y sin descendientes. No con un clan así en sus espaldas.

—Voy a avisar a Leonor —dijo ella bajando la cabeza en un gesto cordial, de sumisión, demasiado frecuente en la época ante nobles y poco natural en ella, que no estaba acostumbrada a la pleitesía. La pleitesía no existía en su verdadero mundo. Un mundo que ya tenía casi olvidado y al que ahora solo quería echar a correr.

Huir de Alastor solo era una manera de no escuchar de su propia voz el plan de los Hunter y los MacKenna. No lo quería oír.

—Alba. —Alastor tuvo que sujetarla por el antebrazo, porque ella ya había avanzado para retirarse de él—. Hay algo más que tengo que decirte.

Ella se giró para mirarlo. Los océanos del tiempo parecieron agrandarse hasta sumar los setecientos años que había entre ella y el jefe de los halcones.

—La señora de Lothian tiene que saber que tiene invitados —respondió y quizás fue su tono de voz, el mismo que usaban los sirvientes con ella misma, lo que hizo que Alastor la soltase. Lo vio fruncir levemente el entrecejo, quizás no se esperaba aquella reacción. Pero llevaba meses sin ver a Alastor, tampoco era extraño un cambio en ella. Un cambio que ella esperaba en él. En él no lo encontró y le dolía aún más ser ella la que tomase la decisión de retirarse de la cordialidad y cercanía. La decisión correcta dadas las circunstancias.

Ella no era Leonor. No era una arquera con instintos sobrenaturales, no era un regalo de los ancestros, solo fue arrastrada por el poder de la magia de los Úlster, porque era necesaria en parte para que Leonor llegase hasta ellos. Un complemento, el personaje extra. Nada más.

Ella no podía ser cercana a un *laird*.

Tragó saliva y volvió a retirarse de Alastor, apresuró el paso mientras apretaba la lengua contra el paladar. Notaba cómo el peso de todo el cuerpo parecía haberse caído a los pies. Los meses sin noticias fueron infinitamente mejores, ahí había espacio para la fantasía.

La realidad siempre era peor.

Expulsó el aire por la boca y lo sintió rebotar.

Quería marcharse a casa, Maelys le decía que quizás ya no sería posible nunca más, los agujeros no habían vuelto a abrirse por aquel lado y lo sabía bien porque ni ella ni el resto habían notado el magnetismo, en Paula era muy visible porque el más mínimo movimiento del espacio y tiempo la hacía vomitar.

No volvían a abrirse. Estaba atrapada y atada a un mundo que no era el suyo, que el único lazo que la hacía permanecer allí se llamaba Alastor Hunter, aunque no quisiese reconocerlo.

Y él ya tampoco estaba en ese mundo.

Se metió por aquellas escaleras circulares de estrecho pasillo, asfixiantes por mucho que las hubiese recorrido. Jadeaba aunque no le hubiese costado esfuerzo.

Echó a correr hacia la habitación de Leonor.

1. <h2> 4</h2>

Rocío

No sabía de dónde habían sacado a una monja, pero la mujer había sido lo más amable, aparte de Heracles, que había encontrado por allí. Le había dado unos harapos que apestaban a tigre y unos zapatos que era peor que ir descalza. Primero la hizo desnudarse al completo, luego le hizo ponerse unas enaguas y unos zuecos de tela que le helaban los pies.

Y sin bragas.

Encima una especie de túnica que le quedaba algo grande, quizás por los agujeros y las partes de tela pasada y deshilachada. Y una capa que se había colocado como manta para taparse las piernas.

Estaba infinitamente mejor con sus *jeans*, sus bragas, sus calcetines, su camiseta y su sudadera de licra, la mujer llamó a estas dos prendas «del demonio» y otras palabras que no entendió bien y hasta rezó antes de echarlas al fuego. Las vio consumirse y fue consciente de que ahí acababa su mundo, el otro, al que posiblemente no volvería.

No volver a ver a su familia era lo que peor llevaba, tendría a Paula si la encontraba, pero jamás volvería a ver a sus padres. Eso sin contar con el sufrimiento en que los tendría al ver que una segunda hija desaparecía también de la nada. Lo de que estuviesen con una organización extraña no colaba del todo y hasta los había oído que querrían ir a poner una denuncia por la desaparición de Paula. Tampoco sabía dónde estaría su mochila, la dejó cuando cayó y no la recordaba cuando la sujetó Heracles. Tampoco el dinero moderno ni las tarjetas ni mucho menos el móvil le servirían allí.

El fuego consumía la ropa al completo y aumentó las llamas. Al menos podía calentarse. La mujer se marchó y cerró la puerta, volvió a quedar sola en aquel cuartucho que olía tan mal como la ropa.

—O peor, vaya peste a mierda.

Lo mismo la habían metido en las letrinas. Lo del olor a orina lo venía percibiendo desde las escalera. Allí todo olía a amoniaco descompuesto.

Cogió aire por la nariz y lo soltó de una vez.

—Vaya marróoooooon. —Se llevó la mano a la frente—. En menudo lío me he metido.

No era la primera vez, tenía el gafe en todo. Era como un imán para los líos de todo lo que pasase en el barrio León, les dio a sus padres una adolescencia como para ponerles una corona a los dos por la paciencia. Y ya que parecía que estaba sentando la cabeza con veinte recién cumplidos, metía el pie en un agujero del tiempo.

Se encogió de hombros.

La puerta se abrió y levantó la cabeza. Era el joven del pelo ondulado. Ni siquiera pareció mirarla más que para comprobar que se había cambiado de ropa. Dejó en el suelo un cuenco y un vaso, el sonido fue como si dejase dos piedras.

Cerró la puerta.

Lo de que todos los tíos buenorros sean unos chungos parece ser la regla desde hace varios siglos. Vaya tieso, tío.

Se estiró para comprobar qué había en el cuenco y en el plato. No fue suficiente, tuvo que gatear.

—Dios, qué asco, ¿esto es comida? —Cogió el cuenco para alumbrarlo con el fuego y verlo mejor—. Qué ascooooo.

Era un líquido color barro con unos tropezones que parecían chicharos enormes, con otros tropezones que no sabía qué podían ser.

—Esto no me lo como yo ni de coña. —Dejó el plato en el suelo —. Prefiero morirme.

Cogió el vaso y olió lo que había dentro. Parecía agua, pero olía similar al plato mezclado con el olor de la ropa.

—Sabe Dios lo que puedo coger con esto. —Dejó el vaso en el suelo—. Prefiero beberme mi orina. —Hizo una mueca—. Con la orina se sobrevive, con eso no lo sé.

Volvió a suspirar. La noche, si es que era de noche, porque allí sin ventanas no veía una mierda, iba a ser larga.

Oyó un chirrido tras ella y dio un respingo.

Hostias que es una rata como un demonio.

Se puso en pie y se fue hacia la puerta. Dio golpes enseguida.

—Ehhhhhh —gritó y dio más golpes—. Ehhhhh.

—Silencio. —Se oyó al otro lado, no reconoció la voz de Kaleb.

—Hay ratas aquí —dijo sacudiéndose la ropa.

Se oyeron pasos acercándose a la puerta.

—¿Están vivas? —Ahora sí reconoció la voz de Kaleb.

—Pues claro que están vivas.

Mira que los cojones de la pregunta.

—Entonces no pasa nada —respondió él.

—¿Perdona? —Do hasta un manotazo en la puerta.

¿Está de guasa o qué?

—Si están vivas es que no están enfermas y no enfermarás tú —añadió él y el tono le gustó aún menos. Le respondió como si fuera imbécil.

De nuevo el chirrido, esa vez múltiple. Se giró enseguida dándole la espalda a la puerta. Tres ratas olían el cuenco de la comida y una de ellas se subió encima. Eran marrones, del tamaño de una cuarta con un rabo fino y largo.

—Sácame de aquí, por Dios. —Volvió a golpear la puerta, esa vez con más desesperación. Le picaba todo el cuerpo y lo sacudía sin parar—. Ratas no, por favor.

—¿Quieres dejar de hacer ruido? —dijo otra voz.

Rocío aumentó los golpes.

—No voy a dejar de hacer ruido hasta que me saquéis de aquí. —Pateó la puerta, gesto que lamentó. No llevaba sus botines, sino zapatos de tela. El dolor hizo que se detuviese.

—Haz callar ya a esa mujer. —Se escuchó otra voz.

Rocío volvió a gritar al sentir que algo había tirado de la tela de la capa, que tenía enrollada en el brazo.

Ratas, por Dios. Y no se asustan, se acercan como si yo fuese…

Algo con lo que estaban acostumbradas a convivir. Se sacudió todo el cuerpo en una especie de convulsión provocada por el asco extremo y golpeó la puerta de nuevo.

—Por favor —añadió a punto de romper a llorar.

Su cuerpo había entrado en pánico.

—Átala al algún mástil fuera, verás como suplicaría que la metieses ahí otra vez. —Se volvió a escuchar otra voz.

Frunció el ceño al escucharlo, ya las primeras lágrimas le caían.

—Mi abuelo ha dicho que la quiere viva cuando lleguemos a Lothian.

¿Moriría fuera atada a un palo?

—Se lo dije a tu abuelo hace años. Eres blando, no tendrás un buen fin —replicó otro hombre.

Blando, dice. Con los «rempujones» que me ha dao*. Entonces los chungos mejor que no me los cruce.*

Se dio media vuelta dándole la espalda a la puerta y buscó con la mirada a las ratas. Contuvo la respiración para no volver a gritar.

¿A dónde demonios he ido a parar?

Cerró los ojos.

Esto es el infierno.

Rompió a llorar.

5

Alba

Dejó pasar a Leonor delante para bajar al salón, Inés iba justo detrás de Leonor y se detuvo a la altura de Alba.

—Yo le veo muy mala cara, ¿tú qué dices, Pauli? —dijo su amiga Inés.

Paula dio una carrera ridícula hacia Inés y en la expresión pudo verle las intenciones de soltar una de las suyas.

—No vayáis a empezar —les dijo de la peor manera que pudo.

Pero a Paula pareció darle igual lo que les había dicho.

—Porque Alastor viene con dos *gachís* y piensa que posiblemente anuncien hoy el compromiso con una —soltó su amiga—. Sabe que el leader halcón prefiere casarse con un mástil de bandera que con una inglesa, que es lo que va a pasar en cuanto pise tierra extranjera…

Agarró el hombro de Paula y la empujó delante de ella haciéndola callar.

—Ponte delante que así te controlo mejor —le dijo a Paula.

—Nah —replicó su amiga Paula. Inés empezó a reír y pudieron escuchar delante de ella cómo la señora de Lothian se encogía para no soltar una carcajada.

—Además tienes al lobo abajo ya, entretente con él —añadió Alba y Paula dio un respingo. Volvió a empujarla para que comenzase a bajar escalones—. ¿No lo sabías?

—No. —La miró extrañada, como si no la creyese—. ¿Pero ha llegado de verdad?

—Sí. Pensaba que habías estado pegada a la ventana, como llevas haciendo desde que te has levantado.

—Pues no —replicó Paula enseguida—. Además, para mí como si no hubiese venido. Paso por completo.

—Seguro… —dijo Alba y esa vez Leonor no pudo contener la carcajada.

Paula se pasó la mano por el hombro como si se quitase algo de encima.

—Él es un lobo de las Highlands. —Seguía bajando escalones, ya los últimos—. Un lobo de las Highlands —repitió con tono irónico y haciendo una reverencia—. Solo se relacionan entre ellos. —Hizo una mueca—. Es una aberración mestizar su sangre con un medio lobo y estarían malditos. —Su tono de ironía ascendió y volvió a pasarse la mano por el hombro, como si limpiase algo que fuera cayendo—. Pues por mí se puede ir a la mierda.

Inés rompió en carcajadas. Leonor se detuvo en seco y Paula y Alba chocaron contra ella, haciéndola dar un paso más.

Al otro lado de la entrada cuadrada del castillo estaban los enormes lobos de las Highlands de tartán rojo, y entre ellos la cabellera platina y brillante de Ewan Úlster.

Alba contuvo la sonrisa y enseguida miró de reojo a Paula, que entornó los ojos y contuvo la sonrisa también.

—Tan alegre y sonriente como siempre —dijo Paula y se oyó la risa de Inés—, cualquier día le va a dar un espasmo en la mandíbula de apretarla tanto. —Paula encogió la nariz y Alba se echó a un lado para dejarla pasar mientras cruzaba una mirada con Leonor, que seguía aguantando la risa.

Paula se detuvo a mirarlo y entornó los ojos.

—Uffff, es que no puedo evitarlo —dijo su amiga—. Me llama a fastidiarlo continuamente.

Inés se hizo hueco al lado de Alba para no perderse detalle.

—Esto no acaba de empezar y ya me estoy ahogando —decía Leonor sujetándose a la pared, seguía aguantando la risa, pero los ojos ya le brillaban. No podría aguantar mucho más.

A través de la puerta del salón, Alba pudo ver un tartán azul claro. Alastor ya estaba dentro.

—¿Y la Pauli? —preguntó Leonor cuando se giró hacia ellas.

Alba se sobresaltó. Paula ya se les había escabullido entre la multitud. Se sujetó al hombro de Inés para alzarse en el suelo y recorrer la entrada con la mirada, pero entre tantos hombres enormes, Paula era difícil de localizar.

Ewan, sin embargo, ya entraba con los suyos en el salón, pero pudieron ver cómo se sobresaltaba y se giraba sujetando la tela de su tartán, que caía al completo desde su hombro al suelo. Paula pasaba tras él sin mirarlo, algo que hizo que él girase la cabeza siguiendo su movimiento hasta girar sobre sí mismo.

—¿Le ha quitado el broche del tartán? —preguntó Inés.

—Sí —respondió Leonor y hasta Alba tuvo que taparse la cara para reír.

Es tremenda.

Mientras Ewan, sin dar un solo paso para seguir a Paula, le lanzaba una mirada equivalente a la punta de los claymor de su clan. Luego se echó el tartán al hombro de cualquier manera y sin broche, y se dispuso a entrar apretando la mandíbula aún más que antes.

—Desde luego que a la Pauli le va la marcha. Mira que cabrear a un tío de estos… —dijo Alba y resopló.

Inés se inclinó entre Alba y Leonor.

—Se vacila porque sabe que él solo va a cabrearse, apretar la mandíbula, y decirle estupideces —les susurró.

—Pues que no se pase mucho —replicó Alba viendo cómo Paula había regresado a ellas y las estaba escuchando—. Que aquí los estatus sociales marcan la diferencia a que te den un par de azotes en el mástil. Y él en unos años será el leader de los lobos. —Y lo decía en serio.

Pero su amiga seguía con la misma expresión triunfante y abrió la mano en la que tenía el broche dorado con el relieve de una cabeza de lobo mirando de frente y de hocico sobresaliente, para que las tres lo viesen bien.

—Y es el segundo que tengo. —Cerró la mano y se lo guardó en la pequeña bolsa de tela que colgaba de los lazos en la falda del vestido.

—Dos azotes serían poco —le respondió Alba y Paula huyó de ella riendo y dirigiéndose hacia el salón.

Un grupo de soldados de Alastor se detuvieron para dejar a Paula pasar delante, con aquella cara que se les quedaba a los hombres cuando la veían de cerca.

—Bienvenidos a Lothian —les dijo ella con una sonrisa espléndida antes de sujetarse la falda del vestido con ambas manos para subir el escalón que daba paso al salón. Sonrisa que hizo que ellos sonrieran también de una manera automática, como si acabasen de ser víctimas de un hechizo. Un hechizo procedente de aquellas facciones tremendas que habían hecho que Paula tuviese demasiada fama en el sur para ser simplemente una plebeya. Podría dejar de serlo en cualquier momento, en cuanto ella quisiera.

No quería, lo había demostrado demasiadas veces. Ni carruajes, ni un castillo, ni joyas ni telas habían conseguido despertar su interés en quien se las regalase. Ni siquiera la habían visto sonreír de aquella manera espléndida en los últimos meses, pero ahora lo hacía con unos soldados desconocidos. Y conociéndola, sonreiría a muchos más hombres aquella noche.

Leonor negaba con la cabeza mirándola.

—Estaba deseando ver a Ewan, ¿verdad? —dijo Inés.

—Más de lo que ella es capaz de reconocer. —Leonor resopló.

—Podría haberse fijado en otro, no en un lobo. —Alba se adelantó para abrirle paso a Leonor, debía entrar antes que ellas dos. Paula se había saltado el protocolo, iba por libre, como siempre.

—Tanarys es un lobo también —replicó Leonor—, ¿por qué no?

—Tanarys es un mestizo y se ha criado en el sur. Hasta Ewan lo desprecia por eso. Y ya sabemos lo que pasa cuando un Úlster se mezcla con cualquier otra sangre.

Muerte segura en partos imposibles, estaba convencida de que ninguna de las tres quería eso para Paula. Aunque esa situación tampoco se daría. Ewan era uno de Úlster más cerrados y orgullosos de su clan. Nunca aceptaría a nadie que no fuese una loba. Y Paula lo sabía.

Alba bajó la cabeza para entrar tras Leonor en el salón y una vez dentro alzó la mirada tras el hombro de su amiga. En la mesa presidencial estaba el *laird* de los halcones junto a Harvey McKenna y Tanarys. En otra mesa larga estaban sus dos hijas y una dama de compañía. Fiona y Emily, por edad, si había una posible esposa para Alastor sería Fiona. Emily era muy, pero que muy jovencita. Vio a la jovencísima McKenna sonrojada y con la mirada baja, lo que le confirmaba la razón por la que acompañaban a su padre.

—Es como una exposición de ganado, yo no puedo con estas cosas. —Oyó la voz de Paula a su derecha y se sobresaltó—. Aprovechan la mínima reunión para traer el muestrario. —Paula giró la cabeza para mirarla y se encontró con los ojos azul tornasolado de tan cerca que tuvo que despegar su cara de ella—. Están aquí las McKenna, las McDougal, una nena Ballantine, tres McLeods que parecen trillizas y una Fraser que no sé la edad que tiene, pero que en mi barrio no habría acabado ni la secundaria, pobrecita. —Paula miró a Leonor—. Está esto de nanas de compañía que vas a necesitar un torreón para meterlas a todas.

Su amiga alzó las cejas al mirar a Alba de nuevo.

—La prisa que les entra a esta gente por casar a la peña cuando se avecina algo chungo —añadió Paula.

—¿Sí? —Inés dio un paso y colocó su cara delante de la de Paula —. ¿Se avecina algo chungo? ¿Ya lo sabes? —le preguntó con ironía a Paula.

—*Lairds*, y futuros *lairds*, un grupo de maromos que van a entrar en tierras hostiles entre ingleses y desertores, traidores y exiliados… tierras que quedarán sin mando en Escocia si mueren. Claro que han venido con todo lo que tienen para asegurarse rellenar esos huecos con derechos —respondió Paula y Leonor y Alba se giraron enseguida para mirarla, sorprendidas de aquella respuesta tan certera poco común en ella. Y aun menos cuando estaba a punto de iniciarse una comida entre clanes invitados, que solía ser la mayor diversión de Paula en aquel castillo en el que se moría de aburrimiento—. Y todo recto a la derecha tienes al «poco hecho». No sé si ya le habrán dado un par de vuelt… —Alba le dio un codazo.

—Ya está bien, vamos a la mesa. —Tuvo que empujar a Paula.

—¿Qué mesa? Ahí no vamos nosotras, ahí va el ganado —protestaba Paula dejándose empujar.

—Entonces eres ganado también, venga. —Seguía empujando a Paula.

Paula miró a Leonor.

—Las ganas que tiene tu marido de largarnos a las demás —le dijo y arrugó la nariz—. Pues va listo conmigo.

Tanarys, el señor de Lothian, aún no había tomado asiento junto a los *lairds*. Estaba frente a la mesa principal hablando con un anciano. Los clanes siempre llevaban consigo viejos soldados, no sabían muy bien para qué cuando siempre los dejaban atrás si se dirigían a la batalla. Quizás eran simples consejeros, sabiduría y

vigilancia de las mujeres que dejaban atrás. Alguien que velaba por el clan.

Llegaron hasta Tanarys.

—¿Las solteronas que no piensan casarse dónde vamos? ¿Ahí también? —preguntó Paula y esa vez fue Inés la que le dio en el hombro. Paula se giró para mirarla—. Yo solo quería recordárselo.

Como la mayoría de las veces, Tanarys hizo como si no la hubiese oído.

—Acompáñalas tú hoy —le pidió Tanarys a Leonor—. En estos días vais a tener trabajo.

Leonor no siguió a sus amigas, se detuvo en Tanarys. Alba y el resto se detuvieron también.

—Necesitamos algunas alianzas con los clanes más alejados del sur. —Tanarys miró a las muchachas—. No os será difícil.

—¿Nosotras? —Leonor abrió la boca y se la tapó con la mano.

—¿Perdona? —Hasta Inés pareció Paula.

Paula negó con la cabeza en una sacudida.

—Seré yo quien designe las uniones, pero tras vuestras sugerencias —añadió Tanarys y se retiró de ellas tan rápido que no fueron capaces de protestar más.

Las cuatro se agruparon ocupando el hueco que había dejado Tanarys.

—Qué marrón —dijo Inés.

—Yo no pienso sentenciar a ninguna chavalita, paso. Para que luego el tío sea un cabrón y no la trate bien —dijo Paula y volvió a sacudir la cabeza—. Él es el señor de Lothian, pues que cargue con las responsabilidades.

—Y va a cargar con las responsabilidades. —Alba entornó los ojos, mirando la mesa larga de mujeres—. Por eso quiere nuestra opinión.

—Inés, el que fue tu marido unas horas ha mirado aquí ya tres veces. Ve a saludarlo o algo —le dijo Leonor.

—Mejor así, vamos a la mesa de una vez, que siempre nos tenemos que quedar paradas en medio como idiotas —respondió Inés.

—Alba, ahí viene tu *laird* —susurró Paula y Alba vio cómo sus amigas se escabulleron para dirigirse hacia la mesa.

No le dio tiempo de seguirlas, Alastor se abrió paso tras el vuelo de los vestidos de Inés y Leonor y se detuvo frente a ella. Los ojos de Alastor le gustaban infinitamente más en los exteriores, donde el tímido sol entre nubes le daba aquel brillo llamativo.

—Iba a esperar a decírtelo más tarde, pero… —Alastor miró fijamente hacia la mesa de los *laird*—. Hoy no sé si me dejarán tiempo de acercarme a tu mesa antes de la noche.

Alba frunció el ceño y Alastor inclinó la cabeza para hablarle, buscando de nuevo su mirada. Mirada que Alba tenía que alzar para encontrarse directa con los ojos del *laird* halcón.

—Es difícil pedirte esto, sabiendo las circunstancias y las consecuencias de que aceptases ayudarme —comenzó él—. Y aunque parezca egoísta lo que voy a decir, te juro que lo he meditado lo suficiente.

No, no, no, ni de broma.

—No voy a elegirte la novia si es lo que pretendes pedirme —le soltó tan directa que ella misma se sorprendió de la rapidez de su lengua.

Alastor levantó la cabeza enseguida y hasta dio un paso atrás para mirarla, frunciendo el ceño.

—No… es lo que pretendía pedirte —respondió él.

El pecho le emitió un tintineo que hizo que le elevase cierto calor hacia las mejillas. Abrió la boca para decir algo, pero no fue capaz con el bochorno que tenía encima. Nunca había sido muy impulsiva, pero desde que Alastor había puesto un pie allí aquella mañana, ni siquiera ella se reconocía.

Alastor le puso una mano en el hombro.

—Quiero que me acompañes a discutir el rescate del rey —añadió él y el cuerpo de Alba dio un respingo—. Sé que lo que te pido es egoísta y que no tengo derecho a ponerte en peligro si los hubiera. Pero estoy convencido de que tu compañía sería más útil que veinte espadas escocesas. Llevo trescientas espadas. Y quiero llevarte a ti.

Las cejas de Alba se alzaron aún más, esa vez no de sorpresa, sino de un reflejo del continuo tintineo que le estaba dando el interior del pecho garganta arriba.

—No tienes que responderme ahora —añadió Alastor—. Medítalo estos días y cuando tomes la decisión prepararé un séquito para ti.

—No necesito ningún séquito —lo cortó ella enseguida.

Alastor no añadió nada más, solo se detuvo a mirarla, como intentando leer en su expresión una posible guía hacia su respuesta. Alba bajó la barbilla y miró las cintas del puño de su vestido, esperando a que Alastor se alejase para asimilar a solas lo que acababa de decirle. Para lo que ya, claro estaba, tenía respuesta.

—En cuanto a lo de elegirme la novia. —Alastor miró hacia la mesa de las jóvenes—. Que no te pida el favor no significa que no me gustase que la eligieses tú por la misma razón que te he pedido que vengas conmigo. —Volvió a mirarla a ella—. Tus decisiones suelen ser certeras. Una lucidez que rara vez encuentro por ninguna tierra que conozca.

A pesar del halago, el contexto le produjo cierta tensión en el cuerpo que hizo que contuviese la respiración ante la mirada de aquel *laird* que, aunque pegado a ella, había podido ver echar a volar aquella misma mañana.

No erró en sus cábalas, Alastor tenía que casarse, ya estaba tardando demasiado siendo un *laird* sin descendientes. No sabía si lo haría antes o después de su viaje, no sabía qué sería peor para ella, si acompañar a un hombre casado o acompañar a un hombre soltero que nunca sería para ella. Supuso que sería infinitamente peor lo segundo.

Alianzas, una que beneficiase al clan. Cualquiera de las grandes familias del norte o del centro sur. Nunca una plebeya.

Tragó saliva. Podría negarse a acompañarlo, dejarlo a su suerte en lo personal y en los conflictos con el enemigo. Echar a correr al norte, ya tenía conocidos que la acogerían, retirarse a un convento, vivir los días que le quedasen en aquellas frías tierras siguiendo en sueños de una realidad alternativa. Una que hubiese hecho que aquel viaje en el tiempo mereciese la pena.

Miró los ojos de Alastor. Él sí que tenía los océanos del tiempo en sus ojos. Y él era una de las razones por las que decidió volver. O más bien no. No fue él la razón, lo fue ella misma y sus ganas de asegurarse de que todo saliese bien. No podía dejar sola a Leonor y no quería dejar al sur a su suerte.

Meses más tarde y con una aparente tranquilidad de conflicto, sus ganas estaban intactas. Tan claras como los iris de Alastor.

—Mi respuesta es sí.

Y que sea lo que Dios quiera.

Rodeó a Alastor para atravesar el pasillo y dirigirse a la mesa de mujeres.

—No puedes tomar una decisión así sin meditar —le dijo él tras su hombro, la seguía.

—Claro que puedo —le respondió con tanta frescura que le recordó a Paula.

—No —insistió él intentando cortarle el paso.

Alba se detuvo y alzó la mirada de nuevo hacia él.

—No puedo asegurarte que no sea una trampa. —La voz de Alastor se endureció, como la de un auténtico *laird* de Escocia, el que al fin y al cabo era él. Una de las familias nobles más respetadas y poderosas. Y aunque joven por las circunstancias en las que heredó el liderazgo del clan, había sabido estar a la altura en momentos difíciles.

Mirar directamente los iris de Alastor la hacía ser consciente de que su cuerpo liberaba algo que le aligeraba ascendiéndola del suelo. Desde que se fue, los meses que no lo vio, su recuerdo le causaba la misma sensación. Y ahora que lo volvía a tener delante, por mucho que intentase sujetar sus pies al suelo, no le iba a ser posible.

—No puedo asegurarte que todo esto no sea un engaño para volver a invadirnos —añadió él—. Y que no pueda salir bien.

—Yo tampoco.

Su presencia tampoco aseguraba nada. Por mucho que quiso recordar, por muchos apuntes y notas que llevó consigo en su último viaje, de un trabajo de investigación a conciencia, exhaustivo, que hizo los meses que esperó en casa, en su antigua casa, que volviese a sonar el cuerno, no había nada claro, solo conjeturas. Cuentos narrados de unos a otros, tergiversados a veces, con nombres confusos. Y eso sin tener en cuenta un posible cambio de acontecimientos ahora que sabía que el espacio y el tiempo eran manipulables y que al igual que ellas había otras personas que

abrían agujeros y que hasta podían recorrerlos a su antojo como aquellos portadores del tiempo.

Se quitó el mechón del flequillo de la cara, Alastor había bajado la cabeza.

—Hace meses que me informaron de que sería yo el que fuera a hablar con Estuardo. —El tono de Alastor volvió a ser el de siempre. Lo prefería así—. Y se me pidió que no contrajese matrimonio antes de mi partida. —Lo vio alzar la cabeza y mirar hacia la mesa de mujeres—. Pero los señores del sur no quieren una inglesa de señora de estas tierras.

Alba asintió con la cabeza. Entendía lo que podía significar eso para un pueblo así.

—Ni yo tampoco —añadió Alastor.

Entonces la hermana pequeña o la mayor sería la nueva *lady* de los cazadores, como había presentido desde que las vio llegar. Un nuevo tornado caliente le recorrió pecho arriba haciendo que su cuerpo quisiese separarse del de Alastor.

—Encárgate tú de esa parte del conflicto —le dijo ella dando un paso lateral que la alejaba de él—. Yo del otro.

Alastor la agarró del brazo antes de que ella lo rebasara. El joven inclinó la cabeza para acercar la boca a su oído.

—Gracias —le dijo a media voz—. Una vez más.

—No tienes que darlas. Ahora Lothian es mi casa también. —Alba dirigió la mirada hacia sus tres amigas. Y había alguien más por quien tenía que velar, un bebé rechoncho, gigantesco, con la sonrisa y los ojos de Leonor, y el pelo de Tanarys de Lothian. James era el futuro de aquella región, el próximo guardián.

Notó cómo Alastor aflojaba la mano que le envolvía poco a poco.

—Pueden acompañarte ellas si quieres —le dijo él—. Por mi parte puedes llevar lo que quieras, aunque digas que no necesitas nada.

Asintió sabiendo que no llevaría absolutamente nada, ni siquiera a las tres locas. No podría ponerlas en peligro de una manera así.

Dio unos pasos dejando a Alastor atrás y llegó hasta la mesa. Se oían voces demasiado fuertes en la mesa de los *laird*.

—Mira, mira —dijo Inés—. Ya están haciendo el gilipollas con el niño. Leo, ve por él que lo van a desgraciar.

Alba se giró enseguida al escucharlo. Habían alzado a James entre unos cuantos y se lo estaban pasando entre la multitud de unos hombros a otros entre vítores. Vio a Alastor alzar los brazos y agarrarlo por las axilas y apartarlo de la multitud para que no siguieran haciendo eso.

Leonor, que se había levantado de un salto para echar a correr, se detuvo y volvió a sentarse. Alba tuvo que contener la sonrisa con la reacción de su amiga. También Leonor sabía que con Alastor el pequeño James estaría bien. De hecho, fue el propio Alastor la primera persona con la que James cruzó el sur para salvarlo de los invasores y traidores que buscaban la muerte del señor de Lothian y de su heredero.

Los océanos del tiempo.

Estaban cerrados, o eso decía Maelys, la madre de Tanarys. Completamente cerrados, la tierra no vibraba ya. Y lamentaba que aquellos agujeros que se consiguieron abrir y que tan útil les fueron en aquel momento, ahora no las salvarían de nada.

Contuvo la respiración al recordar la propuesta de Alastor, allí hacerse la valiente no servía de nada, no era ninguna simulación, ningún invento ni ninguna película. Era historia, la real.

—Alastor me ha pedido que lo acompañe —les dijo sentándose en su silla.

Alba hasta se inclinó hacia delante junto a Inés.

—Y le habrás dicho que se compre un peine, ¿no? —replicó Paula enseguida.

Alba bajó la cabeza, ni siquiera miró a sus amigas.

—Le he dicho que sí —respondió con rapidez y Leonor dio un respingo en la silla.

—¿Estás loca, tía? —Inés soltó la copa en la mesa—. Tú sabes mejor que nadie de aquí que no va a haber rescate.

—Shhhh —la calló Alba enseguida y miró alrededor si alguien las estaba escuchando.

—Aquí no nos entiende nadie, qué más da que nos escuchen. —Inés hizo rodar un cucharón.

Pero Alba sabía que entre aquellos hombres aparentemente toscos, los idiomas no eran algo desconocido y podrían deducir palabras. Era cierto que nada tenía que ver el castellano medieval con su dialecto andaluz moderno, pero aun así no le gustaba hablar aquellas cosas libremente entre clanes.

Miró a sus tres amigas, que la miraban en silencio como si estuviese desvariando.

—Voy a ir —les repitió y Paula negó con la cabeza. Quizás Leonor, la única en no hacer ningún gesto de desaprobación, era la única que la entendía. Ella lo había hecho, ella lo haría tantas veces como hiciese falta.

Paula se sentó mejor en su asiento.

—¿Sabes para qué han venido todas estas tías, no? —le dijo su amiga—. Sobre todo las dos de McKenna.

—Eso me da igual —le replicó.

—Van a casar a una de ellas con Alastor.

Clavó los ojos en los azules de Paula, los únicos ojos de todo el salón capaces de competir con los del *laird* de los halcones.

—¿Y? —Mantuvo el temple, aunque notaba cómo algo se le descascarillaba por dentro.

—Que vas a arriesgarte o morir por el futuro marido de otra. —Paula iba a matar a veces.

—Sigue siendo Alastor. —Volvió a contener la respiración.

Inés soltó el cucharón tan fuerte que el ruido en la madera tosca hizo que las mujeres del otro extremo de la mesa mirasen.

—A tomar por culo —dijo su amiga Inés—. No me das elección. Me voy contigo.

—¿Qué? —El cuerpo de Alba se sobresaltó tanto que hasta despegó el culo de la silla—. Ni se te ocurra.

—No. Te voy a dejar sola con esa gente —replicó Inés con ironía.

Leo miraba a una y a otra, notaba cómo a la señora de Lothian le brillaron los ojos.

—En la práctica no va sola —dijo Paula encogiendo la nariz—. Va con Alastor y todos los que se están apuntando.

Inés miró a Paula de reojo, una mirada punzante para que se callara.

—Tu ex va también.

—¿Quieres dejar de llamarlo así? —Inés hasta la empujó con el codo.

—Vale. El poco hecho va también.

—Y el lobo. —Ahora era Inés la que iba a matar con Paula. Seguía con aquella mirada punzante con su amiga.

Paula suspiró.

—Iros a la mierda las dos. —Paula volcó hasta la copa, un nuevo estruendo que hizo que hasta los hombres cercanos la mirasen—. A la mierda las dos —repitió poniéndose en pie—. Iré con vosotras, me cago en mi puta estampa. —Se retiró de la mesa despotricando.

Alba siguió a Paula con la mirada mientras esta rodeaba la mesa.

—¿A dónde vas ahora? —preguntó Inés a Paula.

—¿Yo? —Alba se fijó en que Paula había mirado a Ewan Úlster, lobo de las Highlands, inconfundible entre tanta gente por la estatura y por el color platino del pelo, antes de dirigirse a Inés—. A cambiarme y a vestirme de putón medieval —le soltó.

Inés se llevó la mano a la nariz mientras esparcía saliva con la carcajada nasal que le sobrevino. Hasta Leonor se llevó la mano a la cara para reír.

Alba había encogido toda la expresión sin entender muy bien a Paula.

—¿Y para qué? —le dijo a Paula, que por mucho tiempo que pasasen allí, seguía siendo la joven contemporánea inmadura de siempre.

Inés se puso en pie enseguida para sujetarla, Leonor negaba con la cabeza conteniendo la risa.

—Tú no vas a ninguna parte. —Su amiga la sujetó del brazo—. Te sientas ahí y te quedas quieta. —Luego miró a Alba—. ¿A esta piensas llevártela con los ingleses? ¿Para que la líe parda del todo y se inicie una guerra peor que la última?

Alba se llenó de aire y giró la cabeza para soltarlo a un lado. No contaba con ellas cuando aceptó la propuesta de Alastor. De ninguna manera pensaba ponerlas en peligro.

—No vais a venir ninguna —dijo Alba enseguida y sonó firme.

Leonor se puso en pie también y dio unos pasos hacia Inés y Paula, luego se dio media vuelta para mirar a Alba, que seguía sentada en la mesa. Vio que el hecho de que la señora de Lothian se pusiese en pie llamó la atención de las damas del resto de la mesa y también la de algunos hombres de las mesas cercanas, no quiso comprobar si la curiosidad llegaba a la mesa donde estaba Alastor.

Una mujer acercaba a James y se lo dio a Leonor. Era grande, enorme para no tener ni siquiera un año. El niño enseguida le agarró el pelo a Inés con una mano ancha llena de hoyuelos y ella inclinó la cabeza para evitar el tirón, apoyando su frente en la del niño y haciendo ruidos con la boca para hacerlo reír, la única manera que había para que James soltase cualquier cosa que agarraba con la mano.

Alba vio que la mirada de Leo se perdía en la imagen de su hijo, como si estuviese viendo más allá. Para Leonor todo aquello era diferente, de no tener a James sería la primera que hubiese dicho que iría con ella. Máxime yendo Tanarys en la comitiva.

Pero estaba James. Un hijo eran palabras mayores.

Su amiga Leonor guardó silencio, abrazó al niño y se retiró de Inés y Paula.

Separarse. Sabían que cualquier cambio en los acontecimientos podía provocarlo, sin embargo era algo de lo que nunca solían hablar, a pesar de la multitud de posibilidades. Caminos independientes, fuese por matrimonio, por proyectos o curiosidad. Alguna vez había hablado con Inés de subir hasta las Highlands y conocer el resto de Escocia. Ella misma lo había pensado en solitario. Pero ahora la separación se hacía real para Leonor, que era la que no podía moverse de Lothian.

Allí en Lothian era donde debían quedarse Inés y Paula también, alejadas de la frontera y con un pequeño ejército y el arco certero de Leonor protegiendo el castillo.

Alba se volvió a sentar en la mesa.

—Pienso que habéis decidido mal —les dijo—. Y que deberíais aprovechar la ventaja de «ese patriarcado medieval» que dice Paula. —Miró a Paula al decir esto último.

Inés hizo un ademán hacia las hijas de McKenna con la cabeza.

—Van esas, ¿no? ¿Por qué no vamos a poder ir nosotras? —respondió Inés.

Igualitas que vosotras.

Alba alzó la cabeza y bajó los ojos para mirarlas con expresión cansada.

—Porque preferiría llevar a diez hijas de McKenna que a vosotras —negó con la cabeza.

Paula alzó el dedo índice.

—No soy ninguna inútil —replicó enseguida—. Ya he demostrado mi valía muchas veces.

—Síiiii —reía Inés apartándose de ella—. Anda, siéntate.

Alba vio cómo el pecho de Paula se hinchaba cogiendo aire, luego suspiró.

—Otra vez en otro lío —protestó Paula dirigiéndose hacia la mesa —. Encima en tierra inglesa. A meternos en la boca del lobo. —Se sentó en su silla.

Inés le dio un empujón.

—Eso quisieras tú, Paula, meterte en la boca del lobo. —La risa de Leonor sobresaltó a las damas de la mesa.

—¿Yo? ¿De ese? Más quisiera él —replicó Paula enseguida—. ¿Dónde está? —Lo buscó con la mirada en la mesa de los *laird*—. Míralo, con esa cara de alegría perpetua. No sonríe ni delante de un plato de solomillo a la brasa.

—Pues yo lo he visto sonreírle antes a una chavalita —dijo Inés inclinando su cuerpo por detrás del de Paula para hacerle a Alba una mueca.

—¿A quién? —Paula miró hacia el extremo de la mesa donde estaban las damas.

Leonor volvió a romper en carcajadas y Alba tuvo que contener la sonrisa.

—Idiota. —Inés recibió un manotazo de Paula —. Como si a mí me importase.

Inés asentía con ironía, Alba tuvo que contener la sonrisa de nuevo, luego miró a Inés. Cogió un cucharón, no tenía hambre alguna, pero al menos debía de echarse en el plato y marearlo o podrían pensar que la comida estuviese contaminada. Allí, en aquellas reuniones, se observaba todo, nunca se sabía dónde estaba el enemigo. Era una de las cosas que detestaba de la época, la sensación de inseguridad continua. Una sensación que se aminoraba cuando Alastor estaba cerca. Ni siguiera las tierras inglesas sonaban tan mal.

Miró a Inés de reojo y la pilló mirando a Rob Black.

—¿No piensas hablar con Rob? —preguntó a Inés con tranquilidad, sin dar pie a risas o bromas.

—No hay nada de qué hablar.

—Rob le dio el plantón, está enfadada porque no le dio ni tiempo de darle el vuelta y vuelta antes de que se fuera —dijo Paula.

—No me dio el plantón. Esa boda fue por lo que fue. Los dos estábamos de acuerdo y él quería irse de aquí.

—Es un Black, clan de traidores. Yo también me hubiese ido —dijo Leonor—. Aun ahora la gente lo mira mal. —Leo también dirigió la mirada hacia donde estaba Rob—. Nosotras sabemos la realidad y

lo que hizo. El resto no pudo verlo, no se fían de él y menos ahora que va en la comitiva con Alastor a tierras inglesas.

—Le dieron la opción de cambiar de escudo, de colores, de clan y no quiso —replicó Inés—. Allá él con las consecuencias.

—Uhhhhh. —Regresaba el tono irónico de Paula—. Y dice que no está enfadada.

Inés se dejó caer en el hombro de Paula haciéndola bascular también.

—Que yo no estoy enfadada. Éramos dos piezas del puzle, solo eso. El puzle se acabó y él por su camino y yo por el mío.

Paula miró a Alba y entornó los ojos con sonrisa maliciosa.

—Ni siquiera le dio tiempo de darle el vuelta y vuelta antes de que se fuera —dijo y con el empujón que le dio Inés el hombro de Paula llegó hasta el codo de Alba, el cucharón chocó contra su basto plato y se volcó levemente dejando caer la sopa. Paula respondió al empujón de Inés con otro que alcanzó la espalda de Leonor, que estaba intentando que James no se diese en la cabeza con un tenedor.

Alba enseguida miró al resto de la mesa, las damas volvían a mirarlas. Cómo no iban a mirarlas.

—Se acabó las dos, que ya tenéis a todo el mundo pendiente de vosotros —les dijo seria y negó con la cabeza—. Que seáis unas chonis hasta en la Edad Media…

La risa aguda de Inés la hizo volver a negar con la cabeza, sin ni siquiera mirarlas.

—Alba, piénsate bien si te las vas a llevar —le dijo Leonor con ironía.

—¿A estas? Ni a la puerta del castillo —respondió y las risas de Inés y Paula aumentaron.

Vio de reojo que Paula le había dado un codazo a Inés. Aquellas dos pasaban de la guerra al compadreo en décimas de segundo. Y eso la alteraba sobremanera. No pensaban dejar de llamar la atención, por lo que estaba viendo. Como siempre. Nada nuevo.

—Inés, a Alastor le vamos a poner a la Fiona McKenna en la solicitud esa de matrimonios que nos ha dicho Tanarys que hagamos.

Alba cerró los párpados y respiró hondo intentando que el calor no le subiese más.

—No vayáis a empezar —les reprendió.

Le esperaba un viaje difícil. Mucho. Aquellas dos no pensaban hacérselo liviano ni lo más mínimo.

6

Leonor

Le dejó a James a sus amigas y se puso en pie buscando con la mirada al señor de Lothian. Tanarys ya había terminado de comer y estaba también en pie hablando con McKenna y Alastor en un extremo de la mesa.

En los salones ya estaba acostumbrada a que el único margen sin gritos ni bullicio altanero era mientras estuviesen los platos llenos. Ahora comenzaban las conversaciones a voz alzada, las risas y los golpes de mesa.

Miró de reojo a sus amigas, por suerte las risas no habían cesado, quizás porque aún no habían asimilado el cambio de circunstancias. No le gustaba un ápice que marchasen a tierras inglesas, como tampoco le gustaba que lo hiciese Tanarys. Pero no había muchas opciones para él.

Pasó por delante de las damas que la acompañaban en la extensa mesa y estas le fueron sonriendo una por una. Hizo un esfuerzo por responder a todas, incluso a Emily y Fiona, que apenas las conocía y ni siquiera le caían mal, pero el simple hecho de la razón por la que intuía que las había llevado McKenna y lo que eso conllevaba para Alba, hacía que ya no le gustasen.

Alba no se quejaba, ni siquiera había sido capaz de reconocer nada que tuviese que ver con Alastor. Conocía bien a Alba y sabía que su amiga, a pesar de haber caído por los agujeros del tiempo, tenía muy bien los pies en el suelo. Y los pies en el suelo significaba saber que él era un *laird* de uno de los grandes clanes. No era cualquier soldado. No era un escocés más. Y su clan siempre había servido para forjar alianzas y uniones. Para engrandecerse, para extenderse.

Era cierto que ninguna de ellas había puesto los ojos en cualquier escocés. Ella en el señor de Lothian, aunque por otras circunstancias, Alba en su mano derecha, el *laird* de la familia más grande del sur. Inés en el hijo de uno de los mayores traidores de Escocia. Y Paulita, que como el resto tampoco quería reconocer nada, en otro poco accesible: Ewan Úlster, un lobo de las Highlands, el único clan hermético que no mezclaba su sangre con ninguna otra.

Alargó la mano hacia Tanarys y este enseguida se retiró de los hombres. Dentro del machismo y de que una mujer no debía acercarse a conversaciones entre los que mandaban allí, ella era respetada como una heroína. Por eso al sur no le importó que la nueva señora de las tierras fuese una extranjera sin nobleza ni riqueza.

Ella era todo lo que el sur necesitó en su momento, una heroína capaz de rescatar a su señor las veces que hicieron falta de traidores e invasores. La razón por la que el poder ancestral la arrastró a través de los siglos.

Por eso los hombres y damas inclinaban la cabeza a su paso, sensación extraña donde las hubiese y a la que no acababa de acostumbrarse. Ella no era nada más que una viajera asustada que pensaba que no sería capaz ni de mantenerse con vida.

Tras la silla de Alastor estaba el arco del *laird* de los halcones. Aquello la transportó al comienzo de todo, que encima no fue de las mejores maneras. Tuvo que contener la sonrisa al recordarlo.

Se atrevió a alcanzarlo con la mano para soltarlo de nuevo sobre la pared. Alzó los ojos hacia Tanarys recordando que últimamente no lanzaba flechas a ninguna parte. Algo que le haría perder la habilidad.

—Se van con vosotros —le dijo a Tanarys antes de que él pudiese preguntarle qué quería decirle—. Las tres se van.

Desvió la mirada hacia la pared, donde descansaba el arco de Alastor. Y ahí fue consciente de la realidad de sus palabras. No tardaron en hacerle efecto en la garganta. Se iba Tanarys, se iba Alba, Inés y Paula. Sus pilares.

El extremo del arco de Alastor se emborronó en la basta pared, ante Tanarys no era capaz de aguantarlo.

Sintió la mano de Tanarys en la suya.

—Estaremos nosotros, Leonor. —Lo oyó decir. Y su voz no era cualquier cosa—. Estarán bien.

Asintió, pero lo de los ojos aumentaba. Tanarys no podría ni asegurar su propia seguridad ni la de su cortejo. Tragó saliva y apretó su mano. Era lo que peor llevaba de aquel mundo, la inseguridad, el miedo a la falta de las personas queridas.

Ella venía de otro mundo en el que la muerte no era tan resbaladiza y acechadora. Ella venía de un mundo en el que era habitual planear a largo plazo. En diez años, en veinte, allí parecía algo imposible. Allí la gente vivía un día y al siguiente no. Y era algo normal.

Programar su mente para eso era un proceso que aún no había digerido. Ni siquiera su hijo estaba a salvo con tantas enfermedades rondando el castillo. Y allí también era algo normal que un bebé no llegase a andar.

Su mente y su cuerpo pertenecían a otro lugar en el que vivir era mucho más fácil.

Tanarys la rodeó con un brazo y le besó la sien.

—Cuida del castillo y de James. Estaremos de vuelta todos. —Y sonaba con tanta seguridad que hasta consiguió calmarle lo de la garganta, pero al mirar a Tanarys vio que había algo que todavía no le había dicho—. Yo tampoco iré a tierras inglesas. Me quedaré con el viejo Murray en la frontera.

Los instantes que se había calmado su pecho supusieron tan solo un frenazo para el *spring* final. Se le aceleró tan de golpe que pareció explotar.

—¿Esperáis una invasión? —De ahí que le pidiese que no se moviera del castillo Douglas.

—Creemos que no todos los ingleses están de acuerdo y que alguno podrá aprovechar para bordear la frontera si la ven desprotegida.

Tragó saliva de nuevo y asintió a las palabras de Tanarys. Era una de las consecuencias de vivir en aquella época, las asumió en su momento y tendría que llegar hasta el final.

Tanarys se inclinó para acercar su cara a la de ella.

—Y que un castillo vacío y sin señores puede llamar a revueltas. Y un castillo negro con su clan exiliado, un castillo de halcones sin su *laird* ni sus soldados, y el castillo del guardián desprotegido, es una tentación que va a ser difícil que ingleses o traidores obvien.

Leonor alzó las cejas y abrió la boca. No solo la dejaba allí para que cuidase de James.

Tuvo que contener la respiración. Al fin y al cabo, no solo el pueblo y los clanes la veían como una heroína. Sino también el señor de Lothian.

Negó levemente con la cabeza, una especie de sacudida mientras digería.

—Protegeré la frontera tanto como pueda, pero si no es suficiente… —No había ni un ápice de ironía en Tanarys. Lo decía en serio—. Todos los soldados obedecerán a su señora. ¿Puedo contar contigo?

No era capaz de soltar el aire. Ya estaba habituada a simplemente pasar los días entre pañales de trapo y risas con sus

amigas. El arco era un elemento que decoraba la pared de su habitación.

Pero de nuevo lo que se esperaba de ella iba más allá.

Bajó los ojos.

Contar conmigo.

Como Alastor había pedido contar con Alba. Su amiga, sin arco, sin soldados, había dicho que sí.

Y ella en cualquiera de las condiciones también lo haría.

Asintió con la cabeza.

—Tú y Lothian siempre podréis contar conmigo —le dijo y Tanarys sonrió. Aunque por su expresión él ya sabía que aceptaría.

—En cuanto a ellas, confía en Alastor —dijo Tanarys y Leonor volvió a asentir.

Echó un vistazo a sus amigas. Una vez más tenían que correr el riesgo. ¿Saldría bien? Solo esperaba que sí.

Un mal final, no quería ni pensarlo.

7

Paula

El idiota este no me ha echado ni una mirada.

O estaba perdiendo facultades o Ewan estaba a otro nivel de tío bruto del medievo.

Se sobresaltó con el codazo de Alba.

—Ya. Que te veo venir —le dijo Alba con aquel tono de reprimenda que solo hacía que tuviese más ganas de liarla.

No pudo aguantar la sonrisa con las palabras de Alba.

—Y devuélvele el broche —añadió Alba.

No pensaba devolverle nada a Ewan. Volvió a entornar los ojos hacia él, ni siquiera lo tenía de frente. No sabía si intencionadamente o no, él ahora estaba de espaldas hablando con hombres que le llegaban por el hombro.

No recordaba haber conocido a nadie tan grande en el otro mundo, en el suyo, y después de tantos meses se le había olvidado el tamaño de los lobos de las Highlands. Contuvo la sonrisa al recordar su primer encuentro con Ewan.

La verdad es que le eché narices.

Desvió la mirada y su risa aumentó, tendría que volver a acostumbrarse a él si quería que aquel viaje a tierras inglesas mereciese la pena. Y tenía que merecerla porque allí podrían estar los últimos minutos de todos. Y tenía que reconocer que la presencia de aquel lobo rubio le había inyectado a su cuerpo una especie de energía que hacía que le fuera difícil dejar de moverse y de pensar.

Alba seguía con aquella mirada de maestra de escuela hacia ella, como si pudiese leerle el pensamiento. Así que se puso en pie. Alba

fue rápida en agarrarla.

—Ni se te ocurra… —A Alba no le dio tiempo de decirle más, se escabulló de ella ante la risa de Inés.

Paula alzó los brazos y los movió como si estuviese bailando al ritmo de una música *dance* que llevaban demasiado tiempo sin escuchar, y con aquel movimiento se alejó más de ellas. La risa de Inés aumentó en carcajadas.

Aquella reacción de Paula, aquellos movimientos y la forma de estar a punto de perderse entre la gente ya la conocían. De otro tiempo, de otro lugar, de otra vida.

Le sonrió con malicia y atravesó parte del salón para dirigirse hacia la mesa donde estaban los hombres.

Vio a Alba levantarse, quizás para ir a por ella, pero una mujer la detuvo para decirle algo. No la conocía, pero había sido una suerte que entretuviese a Alba justo en ese momento.

Dirigió enseguida la mirada hacia Ewan. Dejó caer los párpados sin dejar de mirarlo y vio que él la había divisado también, pero siguió su conversación como si no hubiese visto nada.

Parece que te has estado preparando a conciencia. Pero yo te llevo unos cuantos siglos de ventaja, chaval. En ninguna época ha habido tanta información sobre los hombres ni ninguna mujer con tanta experiencia con ellos como mi generación.

Paula bajó los ojos hacia su escote y tiró de las cintas para que el lazo se deshiciera, ya la ausencia de tensión haría el resto en su escote.

Y que esto sea ya nivel putón medieval manda narices. No se me ve ni el lunar de la teta.

La tela de la camisa se tensaba en la espalda de Ewan. Sin broche ya no se sujetaba el tartán, así que lo había dejado sobre la silla en la que había estado comiendo. Le sobrevino la tentación de

cogerlo y quitarlo de en medio, como había hecho con el broche. Le encantaba aquella tela roja escarlata de los lobos, su preferida de todas las telas de clanes del norte y el sur.

Pero eran demasiados metros de tela. Ewan lograría alcanzarla antes de que la quitase de en medio.

Notaba cómo se aflojaba el pecho bajo la tela haciéndose sitio y los hombres más cercanos ya se habían percatado. Aunque tenía que reconocer que no le hacían falta unas cintas sueltas para tener soldados medievales alrededor. En la diferencia de época había una cosas que estaba intacta, el interés de los hombres en ella.

Sonrió a unos soldados de Alastor, la ropa azul les daba una elegancia similar a la de su *laird*. No les interesaba en absoluto. Últimamente soñaba con cosas más salvajes y su fantasía era tremendamente ansiosa.

Los lobos de las Highlands, un clan hermético y tremendamente conservador con la creencia de que los lazos con cualquier otra sangre conllevaban una maldición terrible. Y la prueba eran las consecuencias de los cruces que había intentado Tanarys y que siempre acababan con una joven dama muerta en el primer parto.

Recordaba aquella imagen de los barrotes de la cama que vio cuando cayó en uno de los agujeros del tiempo. Recordó su imagen llorando, gritando… y era aterradora. Ni siquiera se lo había contado a sus amigas.

Apretó los dientes y desvió la mirada. Sabía que tenía que disuadir sus pensamientos sobre Ewan. En cualquier momento Ewan llegaría con una esposa loba, si no la tenía ya. Y aquel pensamiento solo aumentaba las ganas de fastidiarlo y ponerlo al límite de la paciencia.

Y Alba la veía venir aun antes de que empezara a tocarle los cojones al lobo.

Daba pasos hasta el lobo siendo consciente de muchas cosas que no había asimilado en tierras extrañas y primitivas. Al otro lado ella era una más entre tantas, con las mismas limitaciones y posibilidades que el resto.

Allí no era nada. Ni siquiera podrían cambiarla por dotes y alianzas como ganado, como las damas que estaban en la mesa. Aunque tampoco las dotes y alianzas que había en la mesa les servían a los lobos de las Highlands.

Aun así, había muchos hombres de honor que preguntaron a Tanarys por ella, como en su mundo se podría preguntar por el precio de las deportivas de un escaparate. Algo inusual e inexplicable en aquella época para una extranjera sin familia. Era el privilegio de la forma de una cara que ni siquiera iba con el canon de la época. Nada de eso le interesa. Nadie allí le interesaba lo más mínimo.

Nadie, salvo uno. Un hombre descendiente de sangre vikinga, con el pelo rubio platino y el carácter tan congelado como las tierras de su clan.

Contuvo la respiración al tenerlo cerca, sus amigas le habían logrado infundir el miedo de que no estaban en su mundo y allí alguien que no valía nada no debería andar en cuerdas flojas. Al fin y al cabo, una herida, un castigo o su muerte no tendría consecuencias para nadie.

Ewan estaba ya cerca y seguía sin mirarla. Notó cómo la sangre le hervía tobillos arriba y solo lamentaba una cosa: la sarta de estupideces que le dijo en el carro camino a Lothian cuando Ewan estaba herido. Pensaba que no la estaba escuchando, que estaba medio inconsciente por la pérdida de sangre. Ni siquiera pensó que él saldría de aquella.

La culpa es de aquella imagen que vi en el agujero del tiempo.

Apretó los dientes al volver a recordarse sujeta a la cama. Era quizás un augurio de su propia muerte, y aunque era aterradora, tan

solo escuchar a Ewan diciéndole que era la persona más valiente que conocía consiguió que todo lo que le hacía sentir la visión se diese la vuelta del revés.

Y al fin se encontró con los ojos azules del lobo, bajo unas gruesas cejas de un rubio tan blanquecino como el de su pelo. Ewan se giró al completo para ponerse de cara a ella y cortarle el paso.

—Las mujeres están al otro lado —dijo con aquella voz que daba más miedo que la de Tanarys, y dirigió su mirada hacia la mesa de las damas.

Alzó los ojos hasta su mandíbula, una parte de su cara que era capaz de ver en la cercanía con su altura. Y a pesar de llegar dispuesta a que le explotase la lengua diciéndole barbaridades, que regresase a su cabeza la imagen de aquella visión como si fuese una película, la hizo no poder decir una palabra.

Lamentó no haberse quedado en la mesa con el resto.

—¿Ahora eres muda? —Lo oyó decir con chulería.

Si es que no falla. A la mínima de debilidad se suben. Menudos fantasmas son los tíos.

Comenzaba a sentir la sangre de nuevo, la presencia de Ewan tenía más poder en su cuerpo que la visión del agujero del tiempo.

Lo vio inclinar la cabeza con ironía, como si no creyese que Paula realmente no estaba diciendo nada.

Y sentía cómo le palpitaba la lengua deseando explotar.

¿Y este me gustaba a mí? Menudo gilipollas.

—Mudo no tengo ni el co…

Uhhhh lo que iba a decirle, por Dios. Si me llega a escuchar Alba, hubiese acompañado a Ewan para atarme al palo de fuera.

No había terminado la frase y Ewan seguramente no tendría ni idea de cuál era la palabra que no había pronunciado. Aquellas expresiones correspondían a una época que él no conocía. Pero parecía satisfecho con haberla sacado de la tranquilidad. Y eso la enfurecía más, cuando era ella la que había ido a tocarle las narices a él.

—En cuanto al broche. —Ewan se retiraba de ella dando un paso hacia los hombres de nuevo—. Espero que lo tires al río. Una mujer como tú con un broche de cualquier clan solo da problemas.

Ewan le dio la espalda y ella entornó los ojos.

Pues sí que viene chulo el mierda este.

—Pedazo de capullo estás hecho —dijo a media voz y lo vio girarse para mirarla. Pero allí no entendían esos insultos. Y aunque los entendiese, a él parecía darle todo igual.

Te vas a acordar bien de mí todo el viaje. Te voy a dar un camino que lo vas a flipar.

Pasó por delante de Ewan como siempre hacía, poniendo la planta de su pie sobre el empeine de Ewan para pisarlo, y sonrió amablemente a los que lo acompañaban, que enseguida le devolvieron la sonrisa.

En cuanto dejó el peso de su cuerpo sobre el pie de Ewan para pisarlo con furia, este la alzó en el aire con las dos manos la altura justa para que alzase los pies y dejase de pisarlo, y la mantuvo ahí, como si fuese una silla o cualquier cosa que no pesara mucho.

—Y mira bien por donde pisas —le dijo él.

Ella movió los pies, sus puntas rozaban el suelo, solo esperaba que no la dejase caer.

—Con ese tamaño de pie es difícil no pisarte —le respondió y los que acompañaban a Ewan empezaron a reír.

Pero Ewan no reía un ápice. Aun sosteniéndola en el aire, se inclinó para acercar su cara a la de ella.

—Quizás la solución sea que no te acerques tanto —replicó él.

—Quizás la solución sea que no te cruces en mi camino —respondió ella en cuanto él pronunció la última letra.

—Es difícil si cruzas todo el salón para venir a la parte de los hombres. —Ewan dio unos pasos para acercarla a la mesa de las damas—. Mujeres allí, hombres aquí. —Se detuvo para mirarla—. ¿Es muy difícil?

—¿Vas a venir tú a decirme a mí por dónde puedo ir? —Las puntas de su pies seguían rozando el suelo todo el trayecto y a medida que habían avanzado, los dedos de Ewan le apretaban más, quizás para que no se le resbalase y cayese al suelo—. Yo ando por donde me da la gana.

—Pues no te quejes de las consecuencias. —La dejó en el suelo —. La próxima vez te llevaré directa al mástil del patio.

—Inténtalo —se apresuró a replicarle mientras Ewan le daba la espalda para irse.

Paula abrió la boca para añadir algo más, pero sintió una mano sujetándole el brazo. Giró la cabeza enseguida, era Alba.

—¿Puedes estarte quieta un rato, por favor? —le reprendió Alba —. Mira que te dejo aquí con Leonor.

—¿Qué dices? Mañana estoy haciendo la maleta. —Miró hacia Ewan, que ya había llegado con los hombres con los que estaba cuando ella lo interrumpió—. Se va a enterar ese. Le voy a dar un viaje que va a lamentar haber venido al sur. —Alba tiró de ella para llevársela, Paula se dejó llevar de mala gana sin dejar de mirar a Ewan—. Las mujeres aquí y los hombres allí, dice. —La distancia hizo que ya no pudiese verlo bien y miró hacia Alba—. Yo en este salón puedo ir a donde me salga del coño, ¿sabes?

Alba negó con la cabeza y bajó la mirada hacia el escote de Paula. Se apresuró a tirar de las cintas y atárselas.

—¿Tú quieres acabar hoy manoseada en algún rincón? —Le ataba la cinta.

—¿Por quién? —Frunció el ceño sin entender.

—Por Ewan no, desde luego. —Alba volvió a tirar para ajustarle bien el vestido al escote.

—Más quisiera ese. —Giró la cabeza para mirar hacia donde él estaba de nuevo.

—Por cualquiera. —Alba ataba el lazo—. No es que pases desapercibida precisamente. Algunos de aquí llevan semanas de camino y tú no tienes marido ni clan. ¿Por qué van a respetarte?

Paula se sobresaltó al escuchar a Alba y la miró mientras notaba cómo su estómago se encogía.

—No hagas estupideces, ¿vale? Ni aquí ni en tierras inglesas. —Su amiga lo decía en serio—. Intenta no moverte sola por el castillo estos días.

—Tú tampoco tienes marido ni clan —replicó a su amiga.

Alba negó con la cabeza, pero no añadió nada más.

—Vamos. —Su amiga volvió a agarrarla del brazo y se la llevó hasta la mesa.

Paula se giró de nuevo hacia la zona de los hombres, divisó el pelo rubio del joven lobo. Ladeó la cabeza sin dejar de mirarlo.

Con todo lo estúpido que eres…

Contuvo la sonrisa al ser consciente de que él no había tardado ni unos segundos en sacarla de allí. Y su pecho no tardó en responder a sus pensamientos con vibraciones que desprendían ligerezas hacia arriba. Era como tener dentro una lámina de aluminio

que se agitaba, las que se usaban en los teatrillos para simular tormentas.

Alba la miraba de reojo.

—Déjalo ya hoy —le advirtió su amiga.

No iba a prometer nada, pero merecía que le diese margen la primera noche. Habría más, por suerte para ella, muchas más.

8

Inés

Alba llevaba a Paula tirando de un pellizco de su vestido. Inés tuvo que girar la cabeza para que no la vieran reír.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, aunque ya lo imaginaba. Que lo contase Paula siempre era más divertido.

—Que el lobo *se me ha vacilao* —respondió ella a pesar de que Alba la reprendía para que no dijese ninguna burrada.

—Le has quitado el broche, qué esperabas —le respondió ella riendo.

—¿A mí me va a vacilar un fantasma de estos? ¿A mí? —Paula se dejó caer en la silla.

—Venga ya, Paula, si en el fondo te gusta que sea así —reía Leonor, que acababa de llegar a la mesa también.

Paula asintió con ironía.

—Síiiiii, que sea un gilipollas nivel Dios me pone el conejo tocando fandangos —replicó Paula.

Inés y Leonor rompieron en carcajadas, mientras Paula miraba a Ewan al otro lado del salón. Claro que a su amiga le gustaba Ewan y aquella guerra que se inició un tiempo atrás. A Paula solían aburrirle los pretendientes, los ligues y hasta los novios, tanto en aquel mundo como en el otro. Con Ewan no la había visto aburrirse un ápice jamás. Ewan siempre producía algo en ella, aunque fuese enfado.

Alba suspiró.

—Vaya camino que me espera… —La oyó protestar.

Inés volvió a girar la cabeza para reír y su mirada se detuvo en una de las mesas al otro lado. Allí estaba Rob Black. Era extraño ver aún aquella ropa negra y plata en las Lowlands. Recordaba un tiempo atrás cuando los Black tenían soldados repartidos por toda la frontera, lo que imponía aquel castillo de aspecto siniestro en la ladera y la sobriedad de sus dueños.

Los Black eran ricos y poderosos. Pero después de la traición y el exilio, su fortuna pasó al estado y fue repartido para una futura próxima guerra.

Recibió un codazo de Leonor.

—No te digo que a partir de ahora te hagas su mejor amiga —le dijo Leonor—. Pero sí creo que deberías hablar con él.

Miró a Leo antes de ponerse en pie. Estaba dilatando el momento, pero no podía esperar mucho más o ni siquiera ella estaría sobria. Las bebidas allí no eran ligeras precisamente.

Cogió aire y lo soltó de un golpe.

—Suerte con el poco hecho —le dijo Paula y se oyó un manotazo que no sabía bien dónde le había dado, porque Paula seguía con su expresión fresca de siempre—. La Fiona le está poniendo ojitos al Alastor. Luego no digas que no te he avisado.

Segundo manotazo, esa vez sí lo vio caer en la nuca de Paula.

—Trae la libreta, que la vamos a casar con otro. Yo no aguanto a Alba con el señor *laird* halcón casado con nadie.

Inés tuvo que meter los labios entre los dientes para no reír, mientras se alejaba de ellas. El murmullo de la discusión entre Paula y Alba se hizo imperceptible entre las demás conversaciones del salón.

Rob ni siquiera esperó a que ella se acercase a la mesa, en cuanto la vio retirarse de las damas se levantó de su asiento y salió

a su encuentro. Salvo todas sus rarezas, que eran unas cuantas, no podía ponerle pegas a su comportamiento.

—Señor Black —le dijo bajando levemente la cabeza cuando lo tuvo cerca.

—Lady Black. —Fue la respuesta de él.

Ser una Black era una sensación extraña. Máxime cuando los Black ya no parecían existir, salvo unos cuantos soldados salvados por Rob y que lo seguían a todas partes. Ella nunca se consideró una Black, sobre todo porque tenía «un marido» que tampoco parecía existir.

Pero ese era el acuerdo. Se casó con él para acercarse a los traidores, luego pasó todo lo demás. Una vez pasado, él se marchó. No hubo más. Absolutamente nada más.

Por eso quizás el leve acercamiento que tuvo con él una vez se había enfriado con el silencio y la distancia. Rob ni siquiera parecía un viejo conocido en aquel saludo tan frío como el castillo de los Black.

—Vengo a decirte que Alba, Paula y yo iremos con Alastor a tierras inglesas —soltó para romper aquella frialdad, quizás buscando una reacción en él.

Rob desvió la mirada y sus rizos oscuros se movieron sin dejar de enmarcar su cara, un gesto de desaprobación absoluta.

—¿Por qué? —preguntó él enseguida y no le gustó su tono de voz.

—Porque Alba va a ir y no pienso dejarla sola —replicó ella en un tono igual de tosco que el que estaba usando él. No era el tono que esperaba de Rob, pero al menos era algo mejor que la indiferencia.

—Me parece una… —Rob negó con la cabeza—. No lo apruebo.

Inés frunció el ceño.

—¿Qué? —Y ya estaba lamentando no haber arreglado aquella boda falsa como tendría que ser, con una nulidad absoluta.

Hasta se inclinó hacia Rob para escuchar mejor lo que intentaba decirle.

—Que te prohíbo salir de Lothian. —Y sonaba rotundo.

—¿Tú a mí? —Hasta le clavó el dedo índice en el pecho, que chocó contra la malla plata de los Black—. No tienes derecho de prohibirme nada.

—Soy tu marido —replicó él.

—No eres mi marido. —Se agarró la falda del vestido para irse y Rob le agarró el brazo.

—Lo soy, y claro que tengo el derecho de prohibirte que vayas o no. —Él pegó el pecho al hombro de Inés.

Y ella giró la cabeza para mirarlo. Tenía la cara de Rob tan cerca que uno de sus rizos le hizo cosquillas en la mejilla.

—Voy a ir con tu permiso o sin él. —Fue firme al decírselo. El calor comenzaba a subirle pecho arriba. Nunca pensó que Rob iba a ser capaz de producirle aquella sensación.

—No me dejas más opciones que mandarte a encerrar. —Y no parecía estar de broma.

Inés entornó los ojos hacia él.

—Entonces irás a tierras inglesas como hombre viudo. Porque si logran encerarme es porque estoy muerta —respondió y tampoco estaba de broma.

Dio un tirón de brazo para que la soltara. Solo quería echar a correr, coger un caballo y perderse rumbo a la frontera hasta que la comitiva llegase. La única forma para que Rob no la pudiese encerrar, que por mucho que ella dijese que no se dejaría, no

tendría forma de impedirlo. Eso contando con que no le diese un cachete o cualquier cosa que se les permitiese a aquellos bárbaros.

Le gustase o no, estaba casada y eso en el medievo era pertenecer de una manera literal, sin voz, sin voto. Y aunque una vez entendió que Rob se marchase para no perjudicar a nadie, ni siquiera a ella, en el sur, ahora ese hecho la estaba enfadando sobremanera.

—Tú y yo sabemos que no estamos casados. —Lo estaban por ley eclesiástica, pero esperaba que Rob entendiese el porqué de sus palabras—. Así que no me pidas obediencia jamás porque lo único que vas a conseguir es que me escape.

—No sabes lo que estás diciendo. —Rob volvió a agarrarla del brazo—. No sabes lo que hay ahí fuera.

—Ni siquiera eso me importa. —Volvió a tirar de su brazo.

—¿Conoces los peligros de ese viaje? Enemigos y traidores.

Tuvo que girarse para ponerse de frente a él.

—Antes de casarme contigo me entrenaron para convivir entre enemigos y traidores —replicó ella enseguida y vio que Rob cerró la boca de inmediato a lo que fuera que iba a decirle. Pero enseguida volvió a abrirla.

—Eres una Black, eso te pone en peor situación —añadió él y ella volvió a fruncir el ceño—. He matado a mi propia familia porque estaban aliados con los ingleses, el resto está en tierra inglesa. Y no sé lo que podrá pasar allí. No puedes ir, Inés.

—Entonces manda a que me encierren. —Se alejó de él.

Y Rob la agarró de nuevo para que no se marchase.

—Te enviaré con mi hermana Ceara al norte. —Esa vez Inés zarandeó su brazo antes de que él acabase de hablar. La discusión

estaba llamando la atención de las damas de la mesa y de algunos hombres, incluidos Alastor y Tanarys.

—Tú solo intenta separarme de las mías —respondió poniendo una mano en el pecho de Rob para empujarlo. No logró desplazarlo un ápice—. Y a ver qué pasa.

Aligeró el paso para regresar con las demás y huir de él. Sentía el corazón acelerado y una presión extraña que la empujaba a querer retirarse y llorar. Nunca se había arrepentido de haber accedido a casarse con Rob, nunca, ni siquiera cuando él se fue, hasta ese momento.

Allí casarse era venderse. No le importó en su momento, al fin y al cabo era Rob. Siempre creyó en él, desde la primera vez que lo vio sentía que Rob era diferente al resto de los Black. Pero ahora nada tenía que ver con los cuervos traidores. Ahora el problema era haber perdido libertad y decisión. Algo sin lo que, por su cultura, no sabía cómo vivir.

No iba a permitirle a nadie, ni siquiera a Rob, algo así. Menos aun cuando él no estaba cerca de ella.

De eso nada. Ni hablar. Prefiero estar muerta.

Llegó hasta la mesa, sus amigas la seguían con la mirada mientras se sentaba.

—Yo es que estas discusiones maritales sin ni siquiera haber echado un polvo una sola vez, no las entiendo —soltó Paula y Leonor la empujó para que se callara—. ¿Qué? —reprendió a Leonor por el gesto—. Es que quizás el problema sea ese.

Pero Alba seguía pendiente de lo que Inés tenía que decir.

—Dice que me prohíbe ir con vosotras —les dijo.

Alba asintió con la cabeza.

—Lo que queda de su familia sigue exiliada allí —respondió Alba —. Y lo consideran un traidor al clan. No sabemos lo que pueden tramar.

Miró a Alba con cierto recelo por ponerse de parte de Rob.

—Que se vayan a la mierda los Black. Y este Black también. Voy a ir diga lo que diga.

Paula sonrió mirándola.

—Al menos seremos dos atadas al palo del patio —soltó su amiga e hizo que en su estómago rebotase una carcajada interna—. Tía, como en los viejos tiempo en el insti. —La sonrisa de Paula aumentó —. Que echaban a una y a los pocos minutos nos veíamos en el pasillo. —Tuvo que llevarse la mano a la boca para reír también.

—Pues yo creo que Rob tiene razón —dijo Alba.

—La señora *cortarollos* haciendo honor a su fama —replicó Paula.

—Es que os teníais que quedar las dos aquí con Leo —insistía Alba.

Paula levantó las dos manos.

—Estas dos tienen marido y se tienen que joder si ellos lo deciden, pero ¿yo? Yo —se señaló con el dedo—, puedo hacer lo que me salga del *jigo.*

Y envidió esa libertad absoluta.

Inés se inclinó hacia delante, donde estaban ellas.

—Y yo también. —Apretó hasta la mandíbula después de decirlo —. Va a venir este que lleva meses por ahí haciendo a saber qué a prohibirme. ¡Y una mierda! —Se cruzó de brazos.

Paula se apresuró a llenarle uno de los vasos con *whisky* escocés.

—Muy bien, chica, así se habla. —Le acercó el vaso para que bebiera—. Este es el leñero, ten cuidado, no te lo empines del todo.

Vio a Leonor girarse para reír.

—Está mirando —añadió Paula—. Hazle una peineta. No saben lo que es, pero se quedan *todo rayaos*.

Inés tuvo que reír otra vez.

—Sois tremendas, vaya viajecito. —Alba dejó caer la cadera en la mesa y suspiró.

—No, que va —respondió Paula—. El viaje te lo va a dar la Fiona. Mírala.

Todas se giraron para mirarla. La joven ya no estaba en la mesa, se había levantado de la silla y estaba hablando con el *laird* halcón.

—Ahí la tienes, con el chocho hablando en arameo —soltó Paula y todas menos Alba rompieron en carcajadas—. Ea, pues ya sabemos la que va a ir a saco a por el *laird*. —Paula seguía repartiendo vasos de *whisky*.

—¿Y qué más da eso? —le sorprendió que Alba cogiese el vaso que le daba Paula. Tuvo que contener la sonrisa al verla.

—No te hagas la tonta, que con nosotras no vale. Que aquí de santas tenemos poco todas —respondió Paula y la risa de Inés aumentó—. Chicas —Paula alzo su vaso para brindar—, porque salgamos también de esta. —Acercó su vaso al de Inés.

La propia Paula suspiró. La vio echar un ojo a Ewan de nuevo.

Salir de aquella parecía difícil. Pero después de lo de la otra vez podría pasar cualquier cosa.

9

Rocío

Haber caído directa al infierno, esa era la sensación. Ya le temblaban las piernas de estar pegada a aquella puerta que olía a madera vieja y humedad, y que conseguía transmitirle el frío, ahora que ya no había fuego que calentase la habitación.

Oscuridad absoluta solo rota por el roer y el raspar de las ratas. Rocío no era capaz ni de despegar la frente de la puerta, como si allí hubiese un halo que pudiese protegerla de las alimañas, pero no había ningún halo de protección en ninguna parte y de vez en cuando notaba cómo le tiraban de la capa.

Había llorado durante horas, supuso. Desconocía el tiempo que llevaba allí dentro. Le parecía mucho, demasiado. Tenía sed, pero no de aquella agua maloliente y dulzona. La sed hacía que su cuerpo comenzase a aflojarse. La tensión continua, el llanto, el miedo, el frío… todo aquello había arrasado con su cuerpo como si le hubiese pasado un tráiler por encima.

No voy a sobrevivir ni la primera noche.

Quizás era ya de día, o quizás no. Ya no se oía nada fuera.

Cerró los párpados y notó cómo su cuerpo basculaba a un lado, del agotamiento y el abandono.

—Ha llegado un mensajero de Lothian. —Escuchó decir a uno de los hombres—. Tanarys quiere que guardemos la frontera junto a él. No se fía de los ingleses.

Frunció el ceño al oírlo.

—Nadie se fía de los ingleses. —Esa voz sí la reconocía. Era Kaleb.

—Tanarys y sus soldados estarán aquí en dos días —añadió la voz del otro hombre.

—¿Qué hacemos con la extranjera? —Otra voz de hombre.

—Mantenerla ahí dentro, de momento. —Reconoció la voz. Era el otro hombre que parecía mandar en los soldados junto al anciano—. Es el momento del movimiento de los enemigos y ella ha aparecido justo aquí.

—No llevaba ningún arma. —La voz de Kaleb de nuevo.

—Quizás su arma no se ve a simple vista. A veces la lengua es el único arma —replicó el hombre enseguida—. Las mujeres extranjeras no caen del cielo, Kaleb. Quizás iba a informar a alguien. Los traidores pueden estar en cualquier parte. Se quedará ahí hasta que esto acabe, quizá así hable de lo que se trae entre manos.

¿Aquí? ¿Con las ratas?

—Y luego decidiremos qué hacer con ella.

Matarme.

—No me creo su historia de Leonor de Lothian y sus acompañantes, precisamente ahora.

Cerró los ojos y el llanto regresó enseguida.

Leonor de Lothian y sus acompañantes. Escuchar que las nombraban hizo que su llanto aumentase considerablemente.

¿Cómo leches ha sobrevivido mi hermana aquí?

Parecía imposible.

Abrió los ojos y miró tras de sí.

Leonor, Alba, Inés y Paula habían sobrevivido, así que no era imposible. Había posibilidades, el problema era que ella estaba sola y las posibilidades y consecuencias le daban mucho miedo.

Pero el miedo solo la haría pudriese allí dentro o sobrevivir hasta que decidiesen matarla.

Respiró despacio, viendo el chisporroteo de la lumbre.

Aquí el miedo no vale.

Y golpeó la puerta con fuerza. A oscuras todo le parecía demasiado difícil.

—Se ha apagado el fuego —dijo a media voz.

Oyó un ruido al otro lado, una especie de queja.

—Esa mujer otra vez. Qué demonios, las mujeres no duermen.

—Hay paja ahí dentro. —Oyó otra voz.

Buscó con el pie y notó el crujir de la paja, pero estaba esparcida por el suelo y no se atrevía con las ratas. Tampoco tenía muchas más opciones. Se inclinó y cogió un puñado para echarlo sobre lo poco que chisporroteaba. Sopló y la estancia se iluminó unos segundos, vio a los roedores huir. Volvió a soplar mientras contenía el espasmo de asco en su cuerpo. Las piernas comenzaron a temblarle ligeras de nuevo y regresó el brillo a los ojos y el llanto, pero volvió a soplar.

Y poco a poco, en unos minutos, se volvió a hacer la leve luz lo suficiente como para ver que había más paja en el suelo, la recogió y la luz aumentó. En una esquina vio lo que parecía un pequeño palo, no muy largo ni muy ancho, pero un palo al fin y al cabo. Lo cogió y removió los restos de madera para que saltasen las lascas quemadas y quedara al aire el interior ardiente.

Siguió echando paja hasta que el fuego se avivó, pero la paja no solía arder durante mucho tiempo. Se apresuró a romper un trozo de su capa y envolver el extremo del palo, rellenando con más paja. Una antorcha cutre y de corta vida, pero quizás era suficiente.

Se acercó a la pequeña ventana de madera que había a un lado de la habitación de piedra. Una madera con demasiada humedad, como la de la puerta, quizás su idea no serviría.

Acercó el fuego a ella y esperó hasta que se consumió al completo. Sopló, pero solo logró prender los bordes de la madera levemente, en cuanto el aire que soplaba se acabó, la madera pareció apagarse.

Rocío resopló. Pasó el dedo por la madera que había quemado y vio caer un polvo similar al serrín, pero no tan arenoso, eran trozos de madera podrida o apulgarada.

Se desmorona con el calor.

Volvió a romper otro trozo de la capa y encendió otra mecha en el palo. No tenía ni suficiente tela, ni suficiente paja, ni suficiente largura de palo para echar abajo una ventana. Pero quizás podía hacer el agujero justo en el que le entrara su delgada muñeca o parte del antebrazo y poder quitar lo que fuese que la atoraba por fuera.

Habría vigilancia, o no. Lo mismo la atravesaban con una flecha en cuanto saliese de allí. Ya no sabía si era mejor marcharse o quedarse.

—¡Deja de hacer ruido! —protestó uno de ellos fuera—. Eres peor que las ratas.

—Cualquier mujer es peor que una rata —respondió otro y se oyeron risas.

Los tíos son igual de capullos en todas las épocas.

Hizo una mueca. Le llevó varios trozos de tela poder desprender una lasca bastante grande como para que le entrase la mano por el hueco. Se asomó, la oscuridad y el frío fuera eran terroríficos. Pero lo que había allí dentro no era mejor.

Varios trozos de tela más y más lascas, se arañó el antebrazo al intentar pasarlo, el escozor fue inmediato.

Ahora para que me entre una infección o algo.

Allí poco importaba eso, era lo menos que pudiese pasarle. Quizás aunque escapase no podría soportar el frío y moriría bajo cualquier árbol. Sin contar con alimañas y otros depredadores.

Oyó un golpe en la puerta y se giró asustada.

—¡Eh, tú! —Oyó al otro lado, pero ya estaba llegando a algo metálico por fuera de la ventana—. ¿Vas a dejar de hacer ruido? ¿O te atamos en el patio?

No tenía ni idea de cómo eran los cierres en la Edad Media. No era arqueóloga como su hermana y el resto. Ella estudiaba primer curso de telecomunicaciones, algo completamente inútil allí.

Pero recordó que en el pueblo de sus abuelos algunas casas solían tener puertas en graneros con un cierre curvo como el que estaba tanteando. Se mordió el labio inferior mientras lo subía, sin dejar de mirar a la puerta.

—No responde, ¿le habrá pasado algo? —Reía otro de los hombres.

—Puedo ir a comprobarlo y regresar en un rato —dijo otro y las risas aumentaron.

—Ahora que no está Kaleb. —Oyó la siguiente voz en un susurro —. Ha subido con McDougal, tardará en volver.

Madre mía.

Las piernas cada vez le temblaban más y ni siquiera la mano le obedecía accionando.

—Yo he tenido la idea, yo voy primero. Vosotros lo echáis a suerte —añadió otro y su voz hizo que el pánico la invadiese. Ellos seguían riendo.

Que piensan violarme uno por uno.

Su estómago se encogió de inmediato y su cuerpo se paralizó.

—De eso nada, lo echamos a suerte los tres.

Se oyó un sonido metálico.

Huye o te violan.

Su cuerpo seguía sin moverse. Que la violasen en grupo aquellos tiñes apestosos entre ratas, su final allí no podría ser peor.

Huye, Rocío.

Los dedos de la mano que tenía fuera de la ventana se le estaban helando, apenas podía moverlos. Se hacía la oscuridad poco a poco en el cuarto, el fuego se apagaba.

—¿Veis? Sigo siendo el primero —Reía uno de ellos.

—Y yo el último. Si baja Kaleb seré el que me quede sin nada.

El cierre metálico chirriaba levemente.

—Ajústale bien el cuchillo al cuello. Que no grite. —Se oyó un sonido seco al otro lado.

—Es joven, ¿será virgen?

—Ya se está relamiendo, jajaja.

Era vomitivo escucharlos, que se refiriesen a ella era algo que su mente de siglo moderno no era capaz de digerir. Era como escuchar el audio de una película. A través de una puerta, una pantalla, algo ajeno con una sensación de impunidad que allí en la Edad Media no existía.

Nada de eso era un película y abrir la ventana solo era el sorteo para escapar del primero de los peligros. Una improvisación quizás acertada o no. Y así tendría que seguir hasta, si algún día, lograba encontrar a Paula.

Contuvo la respiración mientras abría la puerta.

Caballos.

Con un abuelo en Almonte con una cuadra repleta sabía reconocer su silueta en cualquier momento. Le daba igual la silla y las riendas que tuviesen, montaba desde los tres años. Y a diferencia de su hermana, a ella se le daba tremendamente bien.

La suerte estaba de su lado, o eso parecía.

Se aupó y apoyó la barriga en la ventana. El frío era tremendamente insoportable, pero su piel parecía no notarlo, necesitaba salir de allí. Cayó en suelo un suelo blando, quizás fango, barro o mierda de caballo.

Reconocer en la oscuridad cuál era el más joven, más fuerte y menos cansado no era fácil. Solía ayudar a su abuelo en la selección, con el tacto no era suficiente.

No buscaba al más alto ni al más ancho, sino lo que necesitaba: velocidad.

Alzó la mano hacia un caballo claro de esbelto cuello, un caballo tipo línea árabe. Sin bragas y con aquella mierda de vestido no sabía cómo iba a poder abrirse de piernas en la silla.

Oyó una voz desde la ventana y alzó el pie con rapidez al estribo. Oyó cómo la tela pasada se rasgaba, era una suerte que estuviese tan roída.

—¡Se escapa! —gritó uno de los hombres, el que había ganado el turno.

—Vas a violar a tu puuuta madre —dijo cogiendo las riendas.

Azuzó al caballo y este relinchó antes de echar a correr. No había errado, era un caballo joven y ligero, no tardó en emprender el trote y dirigirse hasta un camino. Allí lo hizo correr sin mirar atrás.

A la mierda.

Sabía que si la cogían, la matarían.

Mi última carrera.

Oyó el relinche de caballo atrás, pero ya a lo lejos.

Va por ti, abuelo. Donde estés.

Volvió a darle a los estribos. No podía ver ni cómo llevaba el vestido, se había rajado por alguna parte y tenía sus partes íntimas entre pliegues que acabarían por herirla si la carrera se alargaba, pero lo que estaba dejando atrás era infinitamente peor. Era el medievo y ya tenía la suerte de tener un caballo y ropa con la que mezclarse entre la gente y no llamar la atención.

Solo tenía que hacer una cosa, llegar a Lothian. ¿Cómo? No tenía ni idea. Ni siquiera sabía si iba en dirección contraria. Ya preguntaría si se cruzaba a alguien.

Miró atrás, la oscuridad era tan espantosa que helaba la sangre. Frío, niebla, un bosque solitario y frondoso en el que podría salir un monstruo de un momento a otro.

Escaparse había sido demasiado fácil.

Quizás los peligros estaban en otro lugar.

Llegó hasta un cruce de caminos y eligió uno de manera aleatoria. Miró atrás, se escuchaban caballos, pero no podía verlos.

El sonido.

Podrían seguirla por el sonido.

Aminoró la marcha. Meterse entre los árboles, entre a saber qué podría encontrar allí parecía una muy mala opción. Tampoco era que hubiese buenas opciones allí.

Si me cogen, me matan.

Todo lo que encontrase sería más o menos igual de malo.

Mi hermana ha sobrevivido.

Contuvo la respiración y dirigió al caballo entre los arbustos. El animal se resistió y necesitó un esfuerzo más hasta que cedió. Oscuridad, pasto, bosque y ruidos extraños.

Los cascos no sonaban entre la maleza más que los de otras alimañas.

El frío ya no parecía tener importancia. La herida de su brazo tampoco.

Lothian.

10

Alba

Allí no solía haber mucho tiempo de preparar nada. Saldrían al amanecer, que eso solía ser demasiado temprano. Tampoco es que tuviesen mucho que llevarse, un baúl grande y uno pequeño, allí cabían las cosas de las tres.

—Y yo como en todos los viajes, con la puñetera regla —dijo Paula haciendo una mueca. Alba dirigió la mirada hacia ella. Vio que Paula se metió la mano entre la tela del vestido para frotarse o colocarse bien los paños—. Yo con los paños estos no puedo. —La oyó decir—. Desde que se han acabado las compresas… —resopló.

—Le di la última a Inés hace un par de semanas —dijo Leonor, que estaba ayudándoles a hacer el baúl, para que pudiesen repartirse las pocas cosas que les quedaban del otro mundo.

Paula volvía rascarse sus partes.

—Es estar sucia todo el tiempo. Y el pestazo. —Se subió el vestido para inclinar las piernas y mirarse—. Es terrible.

—Bájate el vestido, anda —le dijo a Paula—. No tenemos por qué verlo las demás.

—¿Te vas a asustar ahora por un chumino? Estás más medieval de lo que pensaba —rio Paula.

—Pues imagínate con todo esto y encima de la silla de un caballo un montón de horas —dijo Paula y Leonor se tapó la boca para reír —. Me voy a rozar para media vida.

La risa de Leonor aumentó.

—Están preparando un carruaje —le respondió a su amiga.

—Irás tú en carruaje. Yo ahí no me meto que me da fatiga. —La puerta del dormitorio se abrió—. Prefiero rozarme —replicó Paula mientras Inés entraba y habiendo escuchado lo de Paula y viéndola rascarse bajo el vestido, la miró frunciendo el ceño—. Los putos paños de la regla.

Inés llevaba unos vestido doblados y los dejó en el baúl grande.

—Hemos mezclado utensilios con telas, para que no se vea si lo abren —le explicaba a Inés—. No hay mucho. Ha aparecido por ahí algún *spray* pimienta que traía Paula. Gastamos casi toda la gasolina, lo poco que hay se queda en Lothian. Quedan pastillas y líquido de barbacoa, mecheros…

—Vamos, una mierda muy grande —dijo Paula.

—Dos tracas de petardos y algunos sueltos —siguió Alba como si no la escuchase.

—Una mierda muy grande. —Paula lo aclaraba de nuevo.

—Más o menos, sí —dijo Alba y suspiró.

Inés asintió con la cabeza.

—Era cuestión de tiempo que nos viéramos en el medievo con recursos únicamente del medievo —dijo Inés y alzó la mirada hacia Paula, que seguía con las manos bajo el vestido poniéndose bien los paños.

—Es que se enrollan y se meten en toda la raja —decía su amiga y tuvo que sonreír al oírla.

—¿Y tú qué? —le preguntó Leonor a Inés—. ¿Te ha dicho algo más?

Inés hizo una mueca.

—No sé si ha dicho algo más. Pero es que me da igual, vaya —respondió Inés y Paula sonrió con malicia.

—El dueño del conejo que no usa el conejo ha venido prohibiendo cosas. —Paula se soltó el vestido y cerró las piernas—. ¿No os digo yo siempre que los que parecen tontos son los peores?

Inés negó con la cabeza.

—Si hace alguna gilipollez para que me quede aquí, me echáis una mano para que salga antes con un caballo y os espero en el castillo de Alastor.

Leonor la miró de reojo.

—Y que te pase algo por el camino —replicó su amiga.

—¿Qué me va a pasar? No hay ni un día a trote.

—Un día a trote en Lothian es toda una aventura. —Leonor se retiró de Inés y las miró una a una—. Y yo siento no poder ir con vosotras.

Paula se acercó a Leonor y le puso una mano en el hombro.

—Tengo que reconocer que a mí también me gustaría que tú y tu arco os vinieseis. Pero primero está el bienestar de mi sobri —le dijo y luego se apartó de las tres y volvió a subirse el vestido y meter la mano debajo.

Leonor la miraba con el ceño fruncido sin saber si reír.

11

Rocío

Había visto el humo en cuanto la luz de la mañana la dejó ver algo y se había dirigido hacia allí.

Siempre me he metido en líos, pero esta vez me estoy coronando.

No sabía las razones de por qué demonios había caído en el tiempo, quizás no tendría que haber ido al sitio tantas veces, quizás su deseo de que fuese verdad lo que contaba su hermana, quizás el deseo de descubrir que no era mentira…

La realidad era surrealista. Aún parecía un mal sueño, una pesadilla que estaba durando demasiado.

El humo provenía de tres casas que había junto al camino, colocadas en triángulo, con una pequeña cerca alrededor.

Como haya gente a ver qué historia me invento para que le den de comer al caballo.

Porque a ella no le entraría ni una uva. Seguía teniendo sed, mucha, pero el agua que encontraba estaba embarrada y olía mal. Y mucho se temía que ese era el tipo de agua que encontraría allí.

El tiempo que había estado esperando a que amaneciese había estado revisando las alforjas del caballo. Había agua, algo de fruta, una masa que parecía pan y otro amasijo de «algo» que olía parecido al embutido. También tenía una bolsa de pellejo con agua maloliente de un color rosado. Y tres cuchillos, uno de ellos en una funda en la propia silla del caballo, bajo el muslo. Los hubiese guardado en su propio cuerpo si hubiese tenido dónde. Pero todo lo que llevaba era suelto, por fuera y por dentro. Una sensación incómoda que la hacía parecer ir desnuda.

Había pasado frío y tenía la capa con cierta humedad, lo cual aumentaba el frío. Necesitaba acercarse a algún fuego para secarse. Y no sabía cómo demonios hacerse con uno. A medida que se acercaba, el olor a quemado y el humo eran más evidentes.

En mi mundo con un mechero o una caja de cerillas…

Allí hacer fuego parecía imposible. Solo le quedaba pedir prestado de uno hecho.

Tenía la boca seca a más no poder y con un sabor amargo. Echaba de menos un caramelo mentolado que si no volvía, no probaría de nuevo jamás.

El olor a mierda se hizo intenso, reconocía un olor similar de cercas porcinas, pero allí parecía estar aumentado por diez. Fue rodeando la primera casa despacio, buscando si pudiese haber alguien allí. Todo el cuerpo le temblaba de frío.

Y oyó el relinchar de un caballo.

Echó el freno al suyo, que hasta saltó sobre las patas delanteras cuando salió un caballo marrón del otro lado de la casa, sobre él un soldado enorme.

Kaleb.

Mierda.

Pensaba que los había despistado. Pensaba que habían desistido y vuelto a aquel pequeño fuerte repleto de ratas.

Pero no, allí estaba Kaleb con un caballo más alto y acho que el que ella llevaba y con una espada atravesada en la espalda.

Hasta aquí llegué. Aquí es donde me degüellan o me cuelgan.

Girar al caballo dándole la espalda a Kaleb parecía una mala idea, aquella espada era larga, podría hasta alcanzarla antes de que su caballo echase a correr. Pero que intentase cogerla en la carrera y la

dejase caer. Prefería morir que romperse una pierna allí sin hospitales ni anestesia ni médicos.

Alzó las manos enseguida. Tenía que pensar rápido.

Pero no había muchas opciones de escapar de nuevo.

Solo una, por absurda que parezca.

—¡Me rindo! ¡Me rindo! ¡Me rindo! —soltó con rapidez, la misma expresión que usaba en la infancia en juegos de niños cuando veía las de perder, y sonó tan ridículo que enseguida apretó los dientes.

Kaleb frunció el ceño al oírla.

—Baja del caballo ahora mismo —dijo él y Rocío saltó al suelo, Kaleb no parecía muy dispuesto a bromas, así que antes de que hubiese acabado la frase ya se había bajado.

Y se enredó la rienda en la muñeca, gesto que no se le fue por alto a Kaleb. Alzó la mirada hacia los ojos azul zafiro del soldado y vio cierto orgullo de haberla encontrado.

—La mujeres nunca vais muy lejos —dijo él mientras su caballo daba pasos hacia ella.

Gilipollas.

Lo hubiese dicho en voz alta en el otro mundo. Pero allí se sentía a la altura insignificante de un gorrión. Bajó la cabeza al suelo cuando vio que Kaleb bajaba del caballo.

—Te dijimos que no íbamos a matarte. ¿Por qué te escapas? —La cogió del hombro para darle la vuelta y ponerla de espaldas a él, agarrándole una mueca y luego la otra. Tuvo que soltar las riendas.

—Porque iban a violarme. —Aunque suponía que allí eso daba igual, ni siquiera sería delito.

—¿O porque tenías que reunirte con alguien? —Sintió la cuerda deslizarse y quemarle la piel de la muñeca.

—Solo tengo que reunirme con cuatro mujeres. Paula, Inés, Alba y Leonor, ¿las conoces? —Giró la cabeza para mirar su reacción en los ojos.

Y ver que sabía de quienes le hablaba hizo que la garganta se le arrugase por dentro y los ojos le brillaran.

¿Y dónde coño están?

Vio que Kaleb se retiró de ella.

—¿Y por eso te comportas como un enlace de traidores?— preguntó él llegando hasta la alforja de su caballo.

Si había dudado en escapar de nuevo o no, se le despejaron todas las dudas. Ahora ellos confirmaban su inútil teoría de que era una de los malos.

Huye.

No contaba con que Kaleb le atase las manos a la espalda. Pero ya daba igual, solo esperaba no perder el equilibrio. Se inclinó y pasó el cuerpo por debajo del caballo blanco, el suyo, para salir por el otro lado.

—¡Eh! —gritó Kaleb, pero ella ya tenía un pie en el estribo.

No creyó ser capaz de subir a un caballo sin apoyar las manos, pero lo había hecho. Quizás la necesidad o la desesperación.

Echó a correr.

Kaleb no tardó en montarse en su caballo y seguirla, se giró para comprobar la distancia que los separaba, eran unos cinco o seis metros. El caballo de Kaleb era más grande, por ende, menos veloz contando que soportaba muchos kilos encima y el suyo solo cincuenta y cinco.

Se torció para coger uno de los cuchillos para cortarse las cuerdas. Era fácil cuando lo veía en las películas, pero con el

movimiento del caballo y lo afilado que estaba, el primer intento fue cortante y escocía.

Volvió a mirar a Kaleb.

—¡Para! —gritaba él.

Cuerda dura y gruesa, como si el hilo se hubiese secado al sol, basto a morir, de nuevo se clavó el cuchillo, esa vez más profundo.

Dios...

—Detente, mujer —gritó de nuevo Kaleb.

Rocío se giró otra vez para mirarlo, sabía que si hubiese tenido las manos libres podría inclinarse hacia delante, sujetarse bien y ganar distancia, pero era difícil liberarse de las cuerdas y de aquellos nudos perfectamente hechos. Acabaría cayendo al suelo.

—¡No soy una traidora ni una espía! —respondió ella. Kaleb la alcanzaría en pocos minutos —. Solo busco… —La garganta le ardió sobremanera y las ganas de explotar a llorar se hicieron reales al recordar su único objetivo para salir de aquella pesadilla.

Paula.

El ansia por estar junto a su hermana aumentaba por momentos. Necesitaba verla. No quería estar sola. Tenía miedo, y frío. Aquel lugar era peligroso, inhóspito y terrible.

No podía soltarse de las cuerdas, la prendería aquel soldado enorme o caería al suelo.

Se inició el llanto, tuvo que encorvar el cuerpo y aminorar el paso del caballo.

—¡Solo busco a mi hermana Paula! —dijo en un grito desquiciado entre lágrimas—. ¡A mi hermana Paula! —El estómago y el pecho le rebotaban con el llanto.

El sonido de los cascos del caballo de Kaleb estaba ya cerca.

—Y no quiero morir antes de encontrarla —añadió en un susurro con el caballo casi detenido.

Alzó la mirada hacia Kaleb. En una situación así, que aquel soldado fuese un ejemplar masculino de máximo nivel ni siquiera parecía tener la menor importancia. Menos cuando él le daba el mismo miedo que todos los demás.

—No sé quién demonios eres —dijo Kaleb acercando su caballo al de ella—. Pero si vuelves a escapar de nosotros cualquiera de los soldados acabará matándote.

Rocío apretó los dientes mientras las lágrimas le caían por la cara. El calor de sus propios fluidos le resultaba agradable, lo que no sabía era cómo con tanta sed y falta de agua, era capaz de producir líquido por ninguna parte.

Volvió a encorvarse, el estómago se le apretó tanto que parecía a punto de vomitar.

Un chenil, ratas y posibles violaciones. Eso era lo que le esperaba hasta a saber cuándo.

—Avisad a Leonor, por favor. —Ya no sabía cómo decirlo. Toda su esperanza estaba en que aquella Leonor fuese su Leonor. Y por cómo reaccionaban cuando nombraba a Paula, sabía que Leonor no podía ser otra.

Ellos las conocían. Y tenía que hacer lo imposible por llegar hasta ellas.

—Una desconocida extranjera que aparece en el bosque pretende llegar hasta la señora del sur —le dijo como si ella estuviese desvariando.

No me cree. Creen que soy una espía o algo peor.

Contuvo el aire.

Un zulo, ratas, comida pestilente…

Las sogas de sus muñecas se soltaban despacio al fin, la cuchilla habría cortado lo que quedaba de cuerdas y Rocío dirigió su mirada hacia las manos de Kaleb, que se dirigían a las riendas del caballo blanco en el que iba montada.

No morir antes de encontrar a Paula.

Apretó los dientes.

No va a salir bien y te van a colgar.

Quizás iban a colgarla de todos modos. Nadie la creía y encima se había fugado. Ahora la creerían aún menos.

Cogió las riendas de su caballo antes de que las atrapara él y le dio a los estribos. El caballo echó a correr.

—¡Maldita mujer! —gritó él. Se oyó relinchar al caballo.

Rocío se alzó en los estribos e inclinó las piernas colocando la mejor postura para coger velocidad. Iba cuesta arriba y rezaba porque el suelo siguiese así, más ventaja le sacaría al soldado.

—¡Detente! —Lo oía decir.

Pero no pensaba parar. No iba a parar hasta alejarse de allí lo suficiente como para que no la encontrasen. Tendría que haber en alguna parte un pueblo y muchedumbre suficiente como para perderse y que no diesen con ella. Estaba en el medievo, no había cámaras ni existían carnet de identificación. No había control. Si ella quería, no la encontrarían jamás.

Y quizás tampoco ella encontraría a Paula.

—¡Mujer! —gritó él de nuevo.

—¡Mi nombre es Rocío! —respondió ella también en un grito. Solo quería que a él se le grabase el nombre—. ¡Rocío!

—¡Detente!

Azuzó al caballo de nuevo, seguía subiendo, ganaba distancia a Kaleb.

Su caballo saltó unas piedras y salió a un camino. Ahora era el momento de darle la velocidad. Se giró un instante.

—Dile a Leonor que la hermana de Paula está aquí —dijo y alzó los estribos.

—¡Rocío, no! —Al menos se había aprendido el nombre.

El caballo relinchó.

Era una jinete de un nivel considerable, no la cogería ningún gigante medieval.

12

Alba

Paula pasó delante de ella a pie junto a su caballo. El carruaje ya estaba preparado, pero las tres habían optado por ir a caballo, al menos el tiempo que soportasen. Tenía que reconocer que el camino sobre ruedas era fatigoso con tanto bamboleo.

Leonor se había limpiado varias veces las lágrimas desde la puerta del castillo. Apenas habían dormido ninguna de las cuatro. La despedida se había alargado horas, hasta el amanecer.

Un grupo de arqueros con el tartán azul de los de Alastor se montaban en los caballos.

—Pues ya está, nos vamos. —Oyó decir a Inés y se dio media vuelta para mirarla.

Inés no llevaba la ropa negra y plata de los Black, imaginaba que no se la pondría. Buscó con la mirada a Rob Black, no lo veía, quizás estaba en el principio, pero tres de sus soldados se aceraron a ellas.

—Lady Black, tiene que acompañarnos —dijeron a Inés, que se subió de un salto a su caballo.

—Esto lo estaba yo viendo venir —dijo Inés—. Los cojones me van a sujetar a mí. —Oyó protestar a su amiga al tirar de las riendas.

—¡Lady Black!

Inés no reaccionaba a ellos, desvió el caballo para rodear el carruaje.

—Leo, nos vemos. —Alzó la mano para despedirse de Leonor.

—¡Lady Black!

—Decidle a Rob que se vaya al cuerno —les dijo a los soldados.

—Tenemos orden de que…

—Cogedme si tenéis narices. —Inés azuzó a su caballo y echó a correr hacia la cabecera de la comitiva.

Alba negaba con la cabeza y oyó a su espalda la risa de Paula.

—Lo que le hacía falta al poco hecho era una mujer del siglo más feminista de la historia —dijo Paula entre risas—. Aquí va a acabar en una mazmorra o entre rejas.

Leonor se había acercado a ellas de nuevo, no dejaba de mirar por dónde se había ido Inés, aun podían verla a lo lejos entre los soldados para huir de los Black.

—Cuidadme a la loca esa, que con las peleas maritales se la va a liar parda a Rob sin necesidad de ingleses o los exiliados de su familia —les dijo antes de retirarse de nuevo para dejar pasar los caballos. La risa de Paula aumentó. Pero se le cortó la risa de inmediato cuando vio que pasaban a caballo los Úlster.

—Ya está aquí el idiota este. —Paula tensó las riendas del caballo para subirse a él—. No tengo la habilidad de mi hermana Rocío montando a caballo, pero al lobo idiota lo fundo, fijo.

—Paula. —Alba la cogió del brazo—. Vamos a tener el camino en paz, ¿vale?

Paula ni siquiera la miró, seguía con la mirada en Ewan Úlster y asintió con ironía sin sonreír un ápice. No era buena señal.

Ewan pasó sin mirarla y Alba tuvo que contener la sonrisa. Ewan no era consciente del monstruo que estaba a punto de despertar.

—Paula —volvió a decirle. Aunque a ratos se riese con ella, su misión era mantener todo lo posible la paz dentro de la comitiva.

Se apartó de la carretera para dejar pasar al otro carruaje, el de las McKenna. Fiona se había asomado por la ventanilla y la vio

buscar con la mirada un caballo marrón chocolate bajo un arquero de manto azul y de iris transparentes.

El *laird* llevaba alrededor del cuello una piel de cuero por un lado y pelo por dentro, similar a la de sus guantes. Dentro de las posibilidades de la época, la estética de Alastor era una locura y no culpaba a Emily o Fiona por andar por allí como las modernas fans del músico de moda.

Y una de ellas se llevaría el disco firmado. No dejaba de preparar su mente para ello.

Contuvo la respiración y alzó la mirada hacia Alastor. Quizás su imagen había ocupado todo el campo de visión de Alba, pero no había visto que llevaba consigo un caballo de pelaje brillante color miel, algo más fino en hechura que el suyo, ensillado con una mullida silla con el símbolo de los halcones.

Y Alastor se detuvo delante de ella.

Sintió un codazo en la espalda que la hizo sobresaltarse, iba a matar a Paula en cuanto él no estuviera. Alastor retiró el caballo del suyo sin soltarle las riendas y alargó la mano hacia Alba para ayudarla a subir.

—Qué maravilla, hija. —Oyó murmurar a Paula—. Mira que es difícil aquí uno educado.

Se giró un instante para lanzarle una mirada firme a Paula.

—Ewan va ya muy lejos, ¿no? —le dijo Alba también en un susurro.

Y Paula sonrió con malicia.

—¿Ahora te da igual que la líe? —Se agarró a la silla de su caballo—. ¿Con tal de perderme de vista? —La vio mirar a Alastor con aquella expresión de niña mala y le dio un pellizco en el codo antes de que pudiese soltarle al *laird* una de sus burradas.

Paula subió a su caballo y la vio morderse la lengua y después el labio antes de hacerlo relinchar para echarlo a trote.

Miró la mano de Alastor y se agarró a ella. No tenía la agilidad de Paula para subirse, ella no estaba acostumbrada a estar entre caballos como Paula y su familia. De hecho, antes de hacer amistad con Paula solo había montado en algún campamento con el colegio, hasta que su amiga las arrastraba a veces a Almonte.

Allí no había autobuses ni coches ni bicicletas. Solo caballos, daba gracias a aquella insistencia de Paula en el otro mundo de enseñarla a montar.

Apretó la mano de Alastor y con la otra se agarró a la silla, tenía que reconocer que le resultaba más cómodo subirse sola que con dos apoyos, y seguramente parecería menos torpe.

Montar con aquellos vestidos era ir con la piel directa en los cueros. No lograba acostumbrarse, pero allí estaba mal visto vestirse con «ropa de hombre».

—¿Seguro que no vais mejor en el carruaje? Hace frío y lloverá pronto —le dijo él.

—Vamos bien, no te preocupes. —Sabía que no habría tormenta que hiciese que Paula se metiese allí dentro. Pero ella e Inés no lo dudarían antes de calarse.

Inició la marcha a la vez que Alastor, el carruaje de las McKenna estaba ya a unos metros. La comitiva avanzaba delante de ellos.

—Pasaremos la noche en el castillo Hunter —le dijo Alastor.

Alba asintió con la cabeza. Apenas podrían detenerse si querían llegar antes de que se hiciese de noche, aun así a aquella velocidad llegarían tarde.

—Allí nos espera Moira —añadió Alastor y Alba se sobresaltó. Pensaba que Moira seguía en el norte.

—¿Moira está en el sur? —No creyó que la joven pensase en volver, pero allí las mujeres no tenían mucha elección más que hacer lo que mandaban los varones.

—La traje conmigo —respondió él—. Quise darle un tiempo alejada de Lothian, pero no puedo esperar más.

Una joven doncella soltera, una condición que no cuadraba mucho en la época. A los hombres se les daba otro margen, a ellas ninguno.

—Y yo no sé qué hacer. —Lo vio bajar la cabeza.

Unos soldados los adelantaron al trote para ponerse delante de ellos. Alba fue consciente de que los Hunter los habían rodeado, una escolta de halcones preparada para cualquier asalto fortuito.

—Siempre me dijo que si no era Tanarys prefería estar muerta —continuaba Alastor—. Pero dice que al fin lo ha aceptado.

—Es joven, era cuestión de tiempo. —Alba sonrió al decirlo y Alastor giró la cabeza para mirarla. Comprobó que él no estaba convencido de que Moira olvidase a Tanarys de Lothian y que ella la creyese le sorprendió—. Quiero decir, siempre ha estado en el castillo Hunter y Tanarys era el hombre más cercano. Solo necesita viajar y conocer otros hombres.

Vio que Alastor fruncía el ceño.

—Una mujer solo tiene que conocer a su marido —replicó él y Alba apretó los dientes con la metedura de pata con el comentario. Hasta ella, comedida al límite, era capaz de meter la pata. No quería ni imaginarse las conversaciones que pudieran tener sus amigas con Rob, Ewan o Tanarys.

—Sí, sí —se apresuró a rectificarlo.

—¿Que no? —No fue muy convincente.

—Que sí.

Pero él la seguía mirando como si quisiese que Alba añadiera algo. Ella no pensaba decir ni una palabra más. Así que disimuló mirando atrás.

Leonor seguía en el mismo lugar viendo cómo se marchaban, alzó la mano para decirle adiós de nuevo. Fue una buena idea despedirse en el dormitorio, la señora de Lothian no había dejado de llorar. Ya había despedido unas horas antes a Tanarys, que había salido con un grupo de soldados de madrugada al encuentro del viejo Murray. Y luego a ellas. Tendría que estar completamente rota.

—¿Un McLeod? —preguntó Alastor y tuvo que dejar de mirar al castillo para que él de nuevo ocupase el centro del universo verde en el que se estaban adentrando—. ¿Un McDougal?

A mí no me vayas a poner a opinar con quién casarla, que no quiero cargos de conciencia si lo pasa mal.

Guardó silencio y Alastor pareció saber interpretar su reacción.

—No parece que estés muy de acuerdo con los matrimonios en general —le soltó él al ver que seguía sin decir ni una palabra.

—Lo estoy —replicó ella enseguida—. Pero no de la forma en que lo veis aquí. —Alastor alzó las cejas al escucharla—. Yo pienso que debe ser Moira quien te dé su opinión sobre si prefiere un McLeod o un McDougal. Y no una mujer que apenas la conoce. —Las cejas de Alastor se alzaron aún más. Alba se detuvo un instante a mirarlo—. Quieres lo mejor para tu hermana, entiendo.

—Y para mi clan —se apresuró a responderle él para dejarle claro que cada paso sería pensando en los suyos.

—Pues entonces busca a alguien que tenga las dos cosas. —También ella fue rápida en replicarle y vio que Alastor cerró la boca.

Alba desvió la mirada de Alastor, tenían que apresurar el paso para que su círculo de halcones no rompiese la fila de la comitiva. Alastor se había adaptado a su paso y con él todos los Hunter.

—¿El nieto del viejo Murray? —preguntó Alastor.

Ahora ha pensado en uno de los guapos de aquí.

Alba tuvo que contener la sonrisa al escucharlo y procurar que no se le notase, al ver el cambio de criterio que habían provocado sus palabras.

—¿Ian MacLeod? —añadió él.

Otro guapo.

Y ya no fue capaz de aguantar la risa. Miró de reojo a Alastor y este había bajado la cabeza para reír también al ver que ella había notado su cambio de parecer. Por más que se había propuesto dibujar una línea entre Alastor y ella, solo había necesitado unos minutos junto a él para echar a perder esa distancia que se había propuesto mientras preparaba sus cosas del viaje.

No me la propondría con mucha dedicación.

No quería distancia entre ella y el *laird*, cómo iba a quererla. Alastor era, sin ninguna duda, el epicentro de lo mejor que había encontrado en aquella época. Y las razones comenzaban a pasar de nuevo por delante de su cara.

Lo vio alargar la mano hacia el lateral que caía abierto de su abrigo. Tuvo que contener la sonrisa de nuevo. La nueva y curiosa afición de Inés.

—Curiosa prenda —dijo él y ella apretó los labios para no sonreír.

—Los diseña Inés. —Vestidos y abrigos que combinaban lo contemporáneo y lo medieval. Tenía hasta un grupo de costureras para hacer reales sus diseños.

Ella llevaba puesto un vestido normal, de los de serie de allí, sobre él un abrigo gris de los de Inés. Con mangas ajustadas y cuello cerrado, relleno de pelo completamente, como los guantes de Alastor que tanto le gustaban. Una protección al frío inhumano de

aquellas tierras. A cada abrigo solía combinarle elementos decorativos, aquel en concreto era liso, solo tenía unas cuerdas en la parte de delante como si fuera un vestido.

Como decía Inés, ellas no pertenecían a aquella época y no tenían por qué disfrazarse de mujeres medievales. Por esa razón tampoco solían llevar el pelo con aquellas trenzas de pelo y lazo, ni tenían los cabellos interminables.

A veces pensaba hasta en volver a cortarse el flequillo y la media melena. Ya daba igual. No pertenecía a aquello, no engañaba a nadie, ni siquiera a ella misma.

Apretó el estómago y cortó la respiración. Iba a ser difícil sacarse de la cabeza al *laird* Hunter si estaba junto a él todo el viaje. Y durante el viaje tendría que ver demasiadas cosas. ¿Estaba preparada? No.

Necesitaba la línea fría entre los dos.

Tenía un soldado de Alastor a dos metros, más adelante, aunque quisiera no podía retirarse de él.

—Gracias por venir, Alba. —Alastor soltó la tela del abrigo y la alargó hacia los dedos con los que sostenía las riendas. Fue solo un roce, un leve gesto cordial que hizo que todas las hojas secas y amarillentas que revoloteaban en el aire se le metiesen dentro, costillas arriba—. Con todas las consecuencias.

—No tiene importancia.

—Claro que la tiene —añadió él y ella lo miró de reojo, las hojas se seguían moviendo—. Para mí la tiene. —Sus palabras solo hacían que lo de las costillas subiese a más velocidad.

Alastor se inclinó hacia ella, su caballo también se acercó más al de Alba.

—Confío más en ti que en cualquier *laird* de cualquier clan. —Tuvo que girar la cabeza hacia él al escucharlo.

El escozor de la garganta y el peso en los ojos fue inmediato. Se le llenaron completamente, algo que no le pasó por alto al *laird*.

—Así que solo voy a pedirte una cosa más —dijo él y ella abrió la boca para replicar, se estaba viendo venir de nuevo lo de las McKenna—. No te separes de mí.

Las hojas secas del pecho se arremolinaron formando un tornado a toda velocidad. Bajó la mirada enseguida. Alastor le acababa de poner una cadena, una cadena que conllevaría sufrimiento. Lo de sus ojos fue a más. Todas aquellas hojas que subían sin parar acabarían cayendo todas a la vez, quizás antes de cruzar la frontera. En cuanto Alastor tomase esposa. ¿Tendría que estar a su lado también en ese momento? Por lo que le estaba diciendo, sí. Ella iba a ser confidente y asesora, no sabía cómo se llamaría allí aquel puesto. Pero significaba estar pegada a él día tras día.

La ligereza en el cuerpo hizo que quisiese echar a correr.

Tiró de las riendas de su caballo para alejarse de Alastor haciendo que el círculo de soldados que los envolvía se dispersase a su lado.

—Estaré contigo —le dijo mientras Alastor observaba cómo desviaba el caballo aún más, haciendo que los soldados le dejasen paso—, pero según qué circunstancias, no deberías estar acompañado todo el tiempo de una mujer.

Acabó de salir de entre los halcones.

—Voy a ver qué hace Paula. —Le dio la los estribos y el caballo inició el trote.

En cuanto se desplazó unos metros, volvió a darle a los estribos para acelerar. No creyó ni que se detuviese en Paula, seguiría su camino hasta la cabecera, donde iba Inés.

Lo de los ojos le había aumentado demasiado y con la velocidad y el viento se disminuía aquella sensación y las ganas de llorar.

No era ninguna broma, no era ningún antojo, ni mucho menos el maletín por la escasez que decía Paula. Lo de ella con Alastor iba mucho más allá. Por eso quizás se apenaba tanto de Moira. Porque Moira era el reflejo de ella misma.

Y tendría que ver más de lo que quería y seguramente tendría que contribuir a aquello que le hacía daño.

Lamentó la forma de alejarse del *laird* de los halcones.

Soy una estúpida.

Rebasó el carruaje de las McKenna y vio la clara tez de Fiona, y la de la gruesa mujer mayor que las acompañaba, asomarse a la ventana. Alba aceleró el caballo, aquella joven no tenía culpa de nada, pero ni siquiera quería mirarla.

Ya le hubiese gustado saber protegerse de aquellos sentimientos de una manera distinta y menos brusca. Pero era lo único que sabía hacer. Como Paula se protegía haciendo explotar a Ewan, o como Inés se imponía a las decisiones de Rob.

Cada una a su manera.

Pero la realidad era solo una: frustración.

Ella por la posición de Alastor, Paula por el tipo de clan de Ewan, y su amiga Inés por la forma de actuar de Rob.

Cogió aire y lo echó de golpe.

Sintió un caballo correr tras ella, giró la cabeza para mirar. Era Paula, que no tardó en cogerla.

—¿Quieres llegar al castillo inglés esta tarde? —preguntó su amiga pasando por su lado y colocándose delante—. ¿O es que el caballeroso *laird* te ha cogido el culo? —Se mordió la lengua después de decirlo, arrugando la nariz.

Se libró del manotazo porque a caballo era imposible cogerla. Aceleró para seguir a su amiga.

Le voy a ver las intenciones de no haber acabado.

—¿Por qué has salido huyendo de Alastor?

Alba frunció el ceño.

—¿Pero tú no estabas jodiendo a Ewan? —Intentó alcanzarla con la mano, pero desistió. Acabaría cayendo.

—Estaba observando cuánto de deshidratado tenías *el poto*. —Volvió a arrugar la nariz—. Y no sé qué, en cierto punto de la conversación he notado que…

Aunque se cayese al suelo, tenía que agarrarla.

—¿Quieres dejar de decir…? —La alcanzó y pellizcó su abrigo.

—¿Que se te caen las bragas con el halcón? —la cortó Paula—. No puedo decirlo, no llevas bragas. —Paula agarró su abrigo también, los caballos llegaron a rozarse—. ¿O sí?

Tuvo que soltarla para agarrarse el vestido que le levantaba Paula.

¿Tendrá poca vergüenza?

—¿Y la Inés dónde está? —Paula le soltó el vestido y miraba a los lados. Alba se fijó en que había soltado las riendas. La confianza de Paula sobre un caballo en aquel lugar podría darle problemas, al fin y al cabo los medievales no eran los caballos de su abuelo.

—Huyendo de los Black —le respondió rebasando la parte delantera de la comitiva.

—Pues huye bien, porque no la encuentro ni yo. —Paula la adelantó.

—¿Y tú? ¿Has indultado al lobo rubio? ¿O solo estás haciendo tiempo?

Paula echó la vista atrás un instante y sonrió con malicia.

—Quiero que crea que su estupidez está funcionando.

Alba frunció el ceño y acercó su caballo al de su amiga.

—Escúchame. —Le agarró el codo, pero Paula seguía con la mirada fija en Ewan—. Mírame cuando te hablo. —Y su amiga obedeció—. Debes tener ya un grado de madurez mínimo. Así que te lo voy a decir claro. Deja a Ewan.

Paula alzó la barbilla y bajó los ojos para mirarla con los ojos entornados.

—¿Piensas quitarme la poca diversión que tengo aquí? —Paula aceleró el paso con su caballo y la adelantó.

—¿La diversión? ¿No enterrar el hacha de guerra con él? ¿A dónde va a llevarte, Paula? ¿Lo has pensado?

Paula frenó en seco su caballo y esperó a que Alba la alcanzase. Vio que su amiga giró la cabeza para mirarla.

—A dónde va a llevarme —repitió Paula—. Seguir este juego, dejarlo, ignorar al lobo, cabrearlo, mantener la distancia, acercarme a él cada vez que me parezca, alejarme o simplemente ser transparente en esta puñetera comitiva. Todo me llevará al mismo sitio. —Paula había tomado un tono serio, poco habitual en ella, y eso la desconcertaba—. Porque no hay otro sitio para ti o para mí, Alba.

Alba detuvo la respiración al oírla. Tuvo que cerrar la boca completamente ante las palabras de Paula.

—Todo lo que tú y yo hagamos no cambiará nada el final. —Vio que el caballo de Paula se ponía nervioso, ella estaría ya moviendo los estribos—. Así que para qué preocuparse de qué es mejor, cuando no va a haber nada que sea mejor que lo que tú quieras hacer en cada momento.

Paula sonrió levemente y alargó la mano para empujarle el pecho con el dedo.

—Ya conocemos el final —añadió Paula empujándola de nuevo.

—Se pueden aminorar las consecuencias de ese final —le replicó a Paula.

—No, no se puede. Y tú eres más lista que yo, sabes muy bien que no se puede.

Paula sonrió y tiró de una de las cuerdas delanteras del abrigo de Paula.

—Se te permite volar entre halcones todo lo que quieras. —La sonrisa de Paula se ampliaba mientras alzaba los ojos hacia los de Alba. Luego su amiga puso de nuevo la expresión picaresca—. Y veremos lo que viene después del final. —Volvió a empujarla—. Lo mismo los conventos por aquí no están tan mal.

Paula rio dándole de nuevo a los estribos y su caballo salió al trote.

Bajó la cabeza enseguida sin atreverse ni a dar un paso.

Lamentaba reconocer que la más disparatada del grupo llevaba razón. No había nada que fuera mejor, nada que amortiguara a dónde llevaría todo, como no había forma de detener el carruaje de las McKenna y que lo devolviesen al castillo Douglas. Daba igual que se mantuviese cerca o lejos de Alastor.

Y ella no quería alejarse de él.

Miró tras de sí, allí estaba la banda de halcones rodeando a su *laird*. Contuvo la sonrisa.

Giró al caballo y lo detuvo mientras la comitiva seguía pasando por delante de ella.

Se me permite hacer lo que quiera.

Comenzaba a gustarle la filosofía de Paula. Podía mantenerse entre halcones, o podía recorrer la comitiva a ratos de delante a atrás y de detrás a adelante.

Lo que me dé la gana.

El final sería el mismo.

Lo que sienta. Lo que me haga feliz.

Allí no importaba otra cosa, la vida podría acabar en aquel mismo viaje.

Pasó el carruaje de las McKenna por delante de su cara de nuevo y volvió a ver a la dama de compañía y a Fiona, esa vez no sabía por qué le contrarió verla allí parada, esperando el paso de soldados y carruajes.

Sabe que regreso con Alastor.

Y no le gustaba. Aún menos a su dama, una mujer mayor y con más vida recorrida, y con más acierto seguramente.

No va cambiar el final.

Las jóvenes y la dama, que seguramente las habría criado, sabían bien que la nobleza rara vez se mezclaría con las personas de a pie. Ni siquiera la considerarían una competencia.

Tampoco sabría las razones que habría dado Alastor de su presencia allí, ni de Paula, ni de la señora no señora Black.

A ratos no lo sabía ni ella misma. Las probabilidades de caer por un agujero en el tiempo al medievo escocés y acabar en un comitiva con líderes del sur dirección a tierras inglesas eran más que remotas. Lo usual es que hubiesen mal vivido durante semanas y haber acabado muertas, detenidas o ajusticiadas.

Pero la magia Úlster era poderosa. Sin esa magia jamás hubiesen llegado hasta ellos.

13

Rocío

No tenía ni idea a qué dirección estaba huyendo. Al fondo, atrás, cada vez más atrás, a ratos se escuchaba un caballo que seguía sus pasos.

Y al fin, después de horas de lluvia intermitente, frío, minutos cortos de sol y mirar demasiadas veces atrás, encontró una construcción diminuta a un kilómetro a la derecha del camino de arena.

Ya no se fiaba de nada, así que había bajado del caballo, y cuchillo en mano, se acercaba entre la maleza. Ya sabía que su recipiente de agua maloliente no era su única opción. En cuanto pudiese detenerse en alguna parte, con aquel clima, el agua de la lluvia sería suficiente. Allí no había fábricas ni nada que contaminase el clima. Sería lo mejor que pudiese beber, sin ser potable. Dudaba que nada fuese completamente potable allí.

Pero necesitaba algo en lo que recogerla.

Amarró el caballo a un árbol cercano a la casa y siguió a pie lo que quedaba de camino. El sonido de los animales le indicaba que habría gente por allí, debía ser rápida.

Como esto sea lo único que pueda hacer aquí para sobrevivir, voy a acabar colgada en menos de dos días.

Por ladrona. Pero pedir le resultaba complicado, entre otras cosas porque en cuanto Kaleb, que no dejaba de seguirla, preguntase a alguien que la hubiese visto, la delatarían sin duda.

Nadie escondería a una extraña con el riesgo que suponía.

Un gallinero.

Bien.

Rompió un trozo considerable de tela pasada de su capa y la estiró. Se agachó lo suficiente como para que los animales no se asustasen, hiciesen ruido y la delatasen.

Dejó caer las rodillas al suelo y gateó despacio.

Qué peste, madre mía.

En el primer ponedero no había muchos huevos. Dos y uno de ellos roto.

Mierda. Con todas las gallinas que hay.

Gateó con rapidez hasta el segundo. Allí sí tuvo más suerte. Dirigió la mirada hacia el siguiente.

Pero como la avaricia siempre acaba saliendo mal… mejor me voy con lo que tengo.

Salió rápido del corral y echó a correr.

Hostias, un cubo de lata. Perfecto.

Llegó hasta el caballo. Entre todo, no creyó haber tardado más de cuatro minutos.

Y eso que es la primera vez.

Oyó el relinchar de otro caballo y se sobresaltó.

Menudo tío fatiga. No se cansa.

—¡Ehhhh! —Oyó gritar desde la casa y saltó sobre el caballo—. ¡Soldado! ¡Ladrona!

Arreó al caballo y echó a correr de nuevo, pero Kaleb estaba en buena posición para alcanzarla en la huida hacia el único camino donde su caballo pudiese correr.

—¡Detente!

Ooooootra vez con detente.

—¿No estás viendo que no pienso detenerme, gilipollas? —murmuró ella, sintiendo de nuevo el calor del miedo a que la atrapase.

Lo vio venir hacia ella, se cruzarían antes de que su caballo alcanzase el camino de nuevo. Desde la casa más personas gritaban «ladrona».

Soltó una mano de las riendas y la metió en el hueco de la bolsa improvisada de tela donde había echado los huevos.

Es una pena, pero si hay posibilidad de escapar, que le den a los huevos.

Lo vio alargar la mano hacia ella, estaban a unos tres metros. Rocío sacó uno de los huevos y lo lanzó en la cara de Kaleb mientras arreaba los estribos.

Lo oyó insultarla.

—Zorra, tu puta m… —replicó ella alejándose de él a gran velocidad.

Miró atrás y le hizo una peineta, mientras Kaleb detenía el caballo y se quitaba un guante para limpiarse con él el huevo de los ojos.

Que te jodan, so guapo.

Cogió de nuevo las riendas y alcanzó el camino. Resopló con fuerza.

Estaba descubriendo que cuando el miedo se alejaba y se abría el camino de la esperanza de seguir libre y con vida, la sensación era profundamente placentera.

14

Alba

La comitiva se detuvo ante el castillo del clan de los Hunter. El castillo de Alastor tenía una forma peculiar; era muy ancho, pero no de gran altura, y cuatro torres sobresalían de lo construcción. Le recordaba al típico castillo de arena que hacían los niños en la playa.

En la puerta principal de la muralla había dos estandartes, uno a cada lado, con las banderolas azules y el símbolo del águila. Bajo ellas había una dama sobre un caballo que se acercaba solitaria hacia la comitiva.

Moira.

Hasta en la distancia podía apreciar la diferencia de la dama halcón con el resto de damas que había conocido en el sur. Moira no solía seguir reglas ni pautas, una versión contemporánea y poco común en la época. Y suponía que eso le traería más de un dolor de cabeza a su único hermano mayor.

El pelo de las damas medievales, por lo general solía ser interminable en extensión, ya según la chica, más o menos abundante. Pero el de Moira en concreto, era una auténtica locura. Supuso que de estar suelto podría llegarle cerca de las rodillas. No era habitual que un pelo creciese tanto aunque no lo cortasen nunca.

Era la mayor diferencia entre las damas con las que solían rodearse y ellas cuatro, el pelo. Los de ellas seguían siendo cortos y contemporáneos para la Edad Media. Las mechas crecidas de Paula, los reflejos de Inés y su propio flequillo. Sin embargo, el pueblo llano sí solía llevar otro tipo de peinados, si se les podía llamar así. Era habitual que las mujeres de clases más bajas lo llevasen corto. La explicación era sencilla, la ausencia de aceites de desenredo y la

multitud de piojos. Las damas tenían acceso a cosmética que el pueblo no. Bastante tenían con buscarse la comida para sobrevivir.

Un caballo corría veloz con su jinete hacia el castillo. Alastor no se detuvo en la cabecera de la comitiva, sino que continuó acelerando el trote al encuentro de su hermana Moira.

Alba entornó los ojos para observarlos en la lejanía.

—Yo no quise decir nada en su momento. —Oyó decir a Paula. Ni siquiera sabía que estaba cerca de ella—. Pero la competencia de la Leo era de cojones, eh —añadió su amiga y ella tuvo que contener la sonrisa—. Es una muñeca esa niña.

Una belleza elegante y sublime, como la de su hermano Alastor.

—Con la tirria que nos debe tener, a ver cómo nos recibe. Menos mal que la Leo se ha quedado en Lothian. —Paula hizo una mueca.

—Anda ya. Ya se le habrá pasado.

Paula asentía con la cabeza con ironía.

—Según el premio de consolación que se lleve —replicó su amiga.

Paula bajó la cabeza y desvió la mirada. Estaba demasiado acertada en sus palabras desde que habían salido de Lothian, teniendo en cuenta que era Paula. Un premio de consolación…

No quiso ni mirar el carruaje de las McKenna cuando pasaron por su lado. Solo había un primer premio, uno solo, el resto serían de consolación.

Pero ella tenía la suerte de no pertenecer a ningún clan y no tendría ninguno, ni bueno ni malo.

Y era una suerte.

Porque cada día estaba más convencida de pensar como Paula. Para ellas dos no había nada allí.

—¿Nos darán de comer por lo menos, no? —Paula se adelantó a ella—. Las naranjas del camino me han dejado la boca como un zapato —soltó y escuchó cercana la risa de Inés.

—Igual que a mí. —Inés también la rebasó y se colocó junto a Paula—. Pero más deseo una cama que comida. Tengo la espalda y las piernas…

No habían usado el carruaje ni un tramo. Hicieron el camino a caballo como los soldados.

La risa de Inés resonó de nuevo. Paula se había restregado los genitales en la silla de montar.

—Los putos paños estos, tía —negó con la cabeza—. Estoy deseando lavarme y cambiarme.

—Es que si ya de por sí son incómodos —dijo Alba acercándose a su amiga—, en un caballo todo el día, madre mía. —Tocó el codo de Paula—. Pero intenta disimular por lo menos. Que no puedes ser más basta.

Inés volvió a reír.

—¿Y Rob? —Alba se dirigió a Inés—. ¿Te ha dicho algo?

Inés negó con la cabeza.

—Ahora no me habla. Mejor. —Lo buscó con la mirada.

—Es que eso de no obedecer al marido será aquí como una ofensa, ¿no? —dijo Paula, comenzaron a avanzar despacio hacia el castillo—. Y cómo son por aquí los tíos para eso. —La propia Paula se rio al decirlo y luego hizo una mueca. Luego empujó a Inés—. Te va a ser difícil darle un par de vueltas al poco hecho.

—Paulaaa —tuvo que intervenir Alba.

—Ya está mi madre cortando el rollo. —Le sacó la lengua—. Que estamos aquí a dos velas, hombre. Por lo menos que una se ponga las botas el par de noches que vamos a estar en el castillo.

—Es solo una noche —dijo Alba y Paula negó con la cabeza.

Alastor regresaba de nuevo a la cabecera de la comitiva.

—Y tú de paso a este también le deberías de dar un par de vueltas —soltó Paula—. Total, ya para lo que vamos a quedar…

Le dio un manotazo a Paula.

—Claro, y que me cuelguen los McKenna —replicó ella.

Paula enseguida se sobresaltó al escucharla. La señaló con el dedo.

—¿La has escuchado? Ha dicho: y que me cuelguen los McKenna. Ya al menos no dice que no quiere —dijo Paula riendo e Inés rompió en carcajadas.

Alba ladeó la dirección del caballo, su pie se aplastó entre el suyo y el de Paula.

—Y tú tampoco hagas ninguna tontería, que ya bastantes problemas tenemos encima —le advirtió.

—¿Yo? ¿Tonterías? —replicó su amiga.

La risa de Inés aumentó cuando Alba dirigió una mirada irónica hacia Paula.

Paula sonrió con malicia.

—No os quejéis. —Adelantó su caballo, lo detuvo y lo colocó de lado cortándoles el paso—. Que gracias a mí somos bien conocidas en el sur.

Hasta Alba tuvo que reír.

Se oyeron cascos de caballo y las tres giraron la cabeza para mirarlos. Eran cinco soldados de Alastor.

—Mi señora —le dijo uno de ellos—. Hay que dirigirse al castillo ya.

Inés la miró e hizo una mueca. Vio a Paula con la sonrisa maliciosa de nuevo, tuvo que hacerle una señal para que no dijese ninguna burrada.

Dos de los soldados se colocaron delante de ellas y otros tres detrás. Paula enseguida colocó el caballo junto al de Alba para que pudiesen andar. La vio inclinarse en su hombro.

—No abras la boca —la cortó antes.

Inés se le inclinó al otro lado.

—¿Puedo abrirla yo? —preguntó.

—Tampoco.

—Pues menuda porquería de viaje que nos espera —soltó Paula e Inés empezó a reír—. No nos vamos a reír una mierda.

Que no iban a reírse, decía Paula, y ya estaban las dos con los ojos brillantes de la risa.

Oyeron el relinchar de otro caballo al galope y Alba alzó los ojos.

—Diosa del sur. —Era la voz de Inés en un susurro.

La trenza interminable de Moira volaba tras ella mientras avanzaba a toda velocidad. Ahora ya podían ver que tenía el mismo arte que su hermano para llevar el tartán alrededor del cuello del pelo, el mismo de Alastor y como no, a juego con los guantes.

—Lady Hunter —dijo uno de los soldados.

—Señora. —Los dos soldados se abrieron para dejarla pasar hasta ellas.

Y Alba detuvo su caballo ante Moira, que dirigió su mirada castaña directa a ella. Podía reconocer la tez y la forma elegante de la nariz de Alastor. Pero en lo que más se parecían los dos hermanos era en los labios. Gruesos y anaranjados, un color que en Alastor completaba la carta perfecta de colores. El pelo de Moira era más

oscuro y tampoco tenía el azul turquesa acuoso y llamativo de su hermano. Pero eso no le restaba belleza en absoluto.

—Bienvenidas —les dijo, aunque no llegó a sonreír del todo. Seguía observando a Alba—. Espero que vuestra estancia en la casa Hunter sea cómoda y podáis descansar para el viaje.

—Gracias —le dijo Alba bajando la barbilla, la mirada de Moira seguía fija en ella.

—Mis damas os atenderán en cuanto lleguéis. —Moira desvió su caballo y les dio la espalda un instante antes de echar a correr de nuevo.

Enseguida Inés se inclinó en el hombro de Alba.

—Te acaba de hacer una radiografía de suegra que flipas —le dijo y Paula se llevó la mano a la boca para romper en carcajadas.

—Esta sabe el tema —dijo Paula dándole un codazo.

—¿Qué tema? —La voz de Alba sonó a hartazgo ya.

—Que entre tú y el halcón hay una amistad fina…

—Claro que sí —les respondió con el mismo tono.

El carruaje de las McKenna pasó por delante de su grupo.

—Pronto sabrá que es a estas a las que tiene que hacerles la radiografía —añadió mirando el carruaje.

—Ya lo sabe y no le interesan —dijo Paula observando cómo Moira pasaba de largo del carruaje McKenna—. Le interesas tú. Al igual que al hermano.

—Porque Alastor le habrá dicho que voy a ayudarle en esto. Y a él no le intereso para otra cosa.

—Shhhhh. —Las calló Inés y Alba miró tras de sí enseguida. Alastor estaba entre sus soldados, a su espalda.

Mierda.

Y lanzó una mirada de reprimenda a Paula que se encogió de hombros.

Claro, tú nunca tienes culpa de nada.

Sintió el calor del bochorno hasta en las orejas y se rascó la ceja.

Solo esperaba que no las hubiese escuchado.

—Yo a ti te mato. —No llegó ni a pronunciar las palabras, solo a formarlas con los labios. Paula contuvo la sonrisa y miró tras de sí al *laird* de los Hunter.

Alba esperó a estar más cercanas a la puerta del castillo.

—Pararos, pararos —les susurró a sus amigas.

Lo correcto era que Alastor y los Hunter entrasen antes que nadie en su castillo.

Paula no tardó en retirarse para dejar a Alastor pasar y oyó los cascos del caballo de acercarse. Alba contuvo la respiración y lo miró de reojo. No sabía por qué, le daba cierto sentimiento ver al *laird* entrando en su casa. Si la Edad Media no era tan diferente en ciertas cosas, y en lo cierto no lo era, Alastor estaría reviviendo multitud de recuerdos de la que siempre había sido su casa, cuando sus padres y hermanos vivían.

Pero ya solo quedaban él y Moira.

Alastor se detuvo a su altura y Alba alzó las cejas.

—¿Qué te parece el fuerte de los halcones? —preguntó con media sonrisa.

Alba tuvo que sonreír al ver a Alastor tan orgulloso de su casa.

—Enorme —respondió ella.

La sonrisa de Alastor se amplió mientras asentía.

—¿Sabes por qué? —dijo él tirando de la rienda del caballo de Alba para que se adelantase con él.

Alba no hizo ningún movimiento con las riendas y dejó que fuese Alastor el que dirigiese su caballo. Su mirada se concentró en las puertas del castillo. Ambas se abrían.

—¿Has visto algún poblado a kilómetros de aquí? —Alastor giró la cabeza para ver su expresión mientras se abría la puerta.

Alba abrió la boca.

Por eso aquella forma ancha, aquel muro interminable.

El castillo de los halcones no era un castillo. Era una ciudad. Un fuerte. Un lugar para estar a salvo de los invasores y enemigos.

Y estaba repleta de gente. La gente que protegía Alastor.

Alastor detuvo los caballos y se bajó del suyo para rodearlo y llegar hasta el suyo.

—Mi padre mandó a ampliar los muros lo suficiente para que todo el pueblo pudiese refugiarse aquí. Aún quedan algunas granjas en el camino, pero nada más. —No le ofreció la mano para bajar, se la cogió directamente y en cuanto ella se apoyó en él y pasó la pierna para llevarla al suelo, Alastor la rodeó con el otro brazo para amortiguarle la caída.

Así que llegó al suelo de manera ligera y suave.

Flotando.

Alzó los ojos hacia él. Ni las nubes ni la bruma eran capaces de disminuir un ápice el fondo acuoso y brillante de los iris de Alastor.

—Bienvenida a la casa de los Hunter —sonrió dando un paso atrás para retirarse de Alba, y se giró hacia el portón de los muros que ya estaba completamente abierto.

Alba dudó en seguirlo y esperar a las suyas. Pero el verlo avanzar sin soldados y la curiosidad por ver cómo era aquel coloso por dentro hizo que diese pasos sin ser del todo consciente.

El frío y la humedad se estaban haciendo intensos, caía la noche. Cogió de su caballo el cubre manos de pelo gris y lo sacudió sin dejar de avanzar, para luego guardar las manos. Tenerlas refugiadas le daba una falsa sensación de seguridad cuando no sabía muy bien hacia dónde mover su cuerpo. Y con Alastor cerca solía ser la regla.

Las piedras crujían bajo sus suelas, a ratos hasta parecía que se le hundían los pies. Oyó los vítores antes de ni siquiera atravesar la puerta. El *laird* ya había cruzado el umbral y la multitud había acudido a él.

Ya no podía juzgar cuándo se unían los olores corporales sin higiene, la orina, el olor a animales diversos y a fermentos que luego al ingerirlos tampoco estaban tan mal.

Su nariz iba haciéndose poco a poco a todo, hasta a lo malo.

Y bajo las banderolas azules, atravesó la puerta de los halcones.

Había una clara calle central con construcciones a los lados, más extensa de lo que esperaba. Así era la casa de Alastor, callejones que le recordaban a pueblos, no muy diferentes a rincones que ya conocía en otra época y que parecían guardar mucho de su historia pasada.

Suelos de piedra, un canal de agua donde multitud de cubos de madera esperaban ser llenados. Olor a hierro forjado, a maíz y a especias, intentaban combatir la orina, a ratos según se acercaba a la esquina de las construcciones, poco eficaz.

Una ciudad, granja y mercado dentro de muros altos y fuertes. Y aunque con la multitud no podía verlo, al final del todo podía apreciar una construcción más elaborada, sin ser demasiado alta, que se conectaba con las cuatro torres.

Y aquella debería ser la guarida del *laird* de los halcones.

Un mundo completamente diferente a Lothian. Un mundo pequeño y reducido entre aquellos campos donde demasiadas personas convivían y compartían un espacio algo más escueto. Pero que transmitía una sensación familiar que le estaba encantando. Y lamentaba que estuviesen allí de paso.

—Mi señora. —Oyó la voz de una mujer y Alba giró la cabeza. No debía de ser mucho mayor que ella, aunque llevase varios niños alrededor, una de ellas ya con bastantes años. Allí los tiempos corrían de diferente manera. La mujer le acercó un melocotón con bastante buen color—. Los hemos recogido hoy para vosotros, para que pudieseis reponeros del viaje.

Alba sonrió sacando una mano del cubre manos de pelo.

—Gracias. —No era exactamente un melocotón lo que le apetecía, sino algo más contundente. Pero la amabilidad de aquella mujer y su sonrisa orgullosa de lo que llevaban en las cestas, hizo que agarrase la fruta y la mano de la mujer—. Gracias —le repitió.

La mujer pareció satisfecha y se retiró de ella junto a sus hijos para seguir repartiendo comida a los que iban entrando.

—Menos naranjas, lo que tú quieras, mi alma. —Oyó la voz de Paula y se llevó la mano a la frente.

La madre que la parió.

Paula sería siempre la nota surrealista de aquel mundo.

Buscó con la mirada a Alastor entre la gente. Al encontrarlo comprobó que aquella sensación con la casa Hunter era real. Las ancianas lo besaban, los ancianos le daban palmadas en el hombro, las mujeres le daban flores para la capa y los niños se acercaban a cogerle las manos. No lo saludaban solo como a un héroe de guerra, sino como a un hijo, a un hermano, o a un amigo sin importar que fuesen soldados, panaderos, granjeros o herreros. Cada uno con su

ropa de faena que representaba lo que eran, un clan al que no le faltaba ni un solo elemento.

Entornó los párpados, siempre imaginó a Alastor en la soledad absoluta y eso contrastaba bastante con la imagen que tenía de él. Siempre andaba acompañando a Tanarys de un lado a otro y pensaba que sería más distante con su clan, un escape a la soledad de que ya no quedase nadie cercano. Se equivocaba, no solo estaba Moira en su vida. Había muchas personas más.

No había riquezas en la casa Hunter, ni mucha ornamentación, ni estatuas ni grandes colosos como en otros castillos de clanes. Pero frente a la multitud de pueblos pobres que había visto, era evidente que los Hunter eran el pueblo con más riqueza.

Y eso era obra de los que dirigieron el clan y supieron transmitir esos valores a sus descendientes. Ahora entendía el comportamiento de Moira, el carácter de Alastor y las fascinaciones de Tanarys con los Hunter.

—Toma, límpiate la baba y disimula un poco —le dijo Inés riendo.

Se sobresaltó con sus palabras. Su amiga no tenía ni idea de lo que acababa de cortar en percepción y sensaciones. Se mordió el labio al entender que su cara reflejaba todo aquello también y entonces se alegró de que Inés lo cortase de raíz y la devolviese al suelo empedrado de nuevo.

—Ayyyyy, qué perrito más mono, por Dios. —Paula se inclinó ante un perro pequeño, apenas le llegaba a la mitad de la pierna, sería de un color blanco, pero con tanta suciedad el color estaba un poco difuso. Tenía el pelo ondulado, más tipo lana que pelo grueso. Los ojos redondos y oscuros, la nariz brillante.

El perro movió el rabo cuando Paula lo alcanzó con la mano y se puso en pie apoyándose en ella.

—Ayyyyy. —Paula lo alzó del suelo y lo cogió en peso.

Tras ella podía verse una silueta enorme con frondosa melena rubia a la que le había llamado la atención aquella especie de grito de su amiga. Ewan miraba a Paula y al perro.

—¿Quién eres tú, precioso? —le decía al perro, que tenía cogido por las axilas a la altura de su cara—. Eres muy guapo.

Alba tuvo que contener la sonrisa al ver la expresión de Ewan. Inés le dio un codazo, llevándose la mano a la boca para que no se la escuchase reír.

—¿Tienes hambre? Te vas a venir conmigo para que vaya a buscarte algo de comida. —Paula le lanzó un beso al perro.

La expresión de Ewan no tenía nombre. Allí no estaban acostumbrados a aquel trato con los animales, ni siquiera con los perros. Hasta Alba sintió el brillo en los ojos de aguantar la risa.

Ewan se inclinó hacia Paula. Por mucho que el lobo intentase ignorarla, quizás aquello se salía un poco de su encuadre mental.

—¿Tú sabes que ese bicho está lleno de pulgas, verdad? —le soltó él.

Inés se separó para reír, ya no podía aguantar más. Alba apretó los labios.

—¿Y tú tienes que meter la nariz en todas partes? —replicó con rapidez su amiga.

Inés seguía alejándose de ellos para reír.

—Es mucho más pequeño que tú —añadió Paula—. En teoría también tendrá menos pulgas.

El cuerpo enorme de Ewan dio un respingo.

—¿Me estás diciendo que yo tengo pulgas?

Alba tuvo que apretarse la base de la nariz con los dedos, ya no sabía qué hacer para no reír. La señora de la fruta se había acercado

a Ewan.

—No quiero nada —Ewan le respondió tan brusco que la mujer huyó enseguida.

—No se puede ser más desagradable, ¿tan difícil es para ti no ser grosero? —le reprendió Paula—. Si yo fuera ella, te habría tirado la cesta de fruta a la cabeza.

—Y ya sabes dónde hubieses acabado.

—Mira que te gusta la idea de atarme al palo del patio, eh.

—¡Paula! —La voz de Ewan sonó firme—. Aquí ya no está Tanarys para evitarte castigos.

—Como si a mí me hiciese falta Tanarys para nada. Aparta, que luego te quejas de que te piso.

Alba se giró dándoles la espalda para alejarse como había hecho Inés. Vio a su amiga agarrada a una fachada y con el cuerpo encorvado riendo.

—Tú también eres muy desagradable. —Oyó soltar a Ewan—. La diferencia es que yo puedo ser lo que quiera, y tú no.

Madreeeee.

Alba hasta cerró los ojos esperando la respuesta de Paula. Inés levantó la cabeza limpiándose las lágrimas.

—Ewan Úlster de las Highlands —respondió Paula y sus amigas enseguida se giraron para mirarla—. Aparte de grosero y desagradable… Eres tonto. Claro que puedo hacer lo que quiera, ¿quién va a prohibírmelo?

Paula soltó al perrito en el suelo y dio dos pasos hacia Ewan, su amiga tuvo que alzar la barbilla para mirarlo. Paula al lado de él parecía una muñeca.

—Porque la mayoría de hombres de por aquí del sur, y posiblemente los del norte si los conociera, no me ponen ningún límite. —Aquello iba con un significado paralelo que Ewan pilló al vuelo. Paula sonrió con malicia—. Absolutamente ninguno.

La mandíbula de Ewan se endureció de manera evidente. Paula había ganado esa vez y con creces, haciéndole ver a Ewan la cantidad de hombres que querían intimar con ella. Ella se retiró de él para rodearlo, volvió a coger el perro y siguió el camino de los soldados hacia la casa de Alastor.

—Es que son muchos siglos de ventaja y mucha Triana recorrida —susurró Inés aguantando de nuevo la risa para no cabrear aún más a Ewan. A Paula no le importaba ofenderlo, pero teniendo al lobo de cerca, a ellas les producía cierto respeto.

Alba se cruzó de brazos.

—Yo digo que termina atada al palo antes de llegar al castillo inglés —le dijo a Inés.

—O a la pata de una cama. —Inés se encogió de hombros y Alba tuvo que reír—. ¿Has visto la cara que ha puesto él? —añadió Inés y las risas de las dos aumentaron.

Alba volvió a buscar con la mirada a Alastor, esa vez ya no lo rodeaba la gente de su pueblo, sino un hombre de tartán mostaza y una joven.

—Tía, *Ine* —le susurró a Inés. De las cuatro era la que mejor se sabía las insignias y colores de los clanes de los meses que la prepararon en el castillo Douglas para espiar a los Black. Ella no solía acertar siempre—. Esos no venían con nosotros, ¿quiénes son?

Inés tuvo que girarse al completo para mirarlos.

—Son McDougal —respondió Inés—. ¿Estaban con el viejo Murray, no?

—Pero al viejo Murray lo han mandado a la frontera, a donde va Tanarys. —Alba ladeó la cabeza—. Y ese es muy joven para ser un *laird*.

—El *laird* de los McDougal es Jonah, y no tiene veinte años como tendrá este. O menos. —Tuvo que sujetar a Inés para que disimulase mirando hacia otro lado. Alastor las había pillado mirando. Las dos se giraron levemente hacia otro lado—. Y ahí tienes otra candidata para tu *laird* —añadió Inés riendo.

Alba negó con la cabeza.

—A mí eso me da igual.

Pasó la mano por debajo del codo de Inés para agarrarse a ella.

—Vamos con Paula, anda.

—Y estará en algún baño. Venía loca por lavarse, lo está pasando fatal con los paños.

—Pues se tiene que ir acostumbrando. Aquí es lo que hay.

Inés bajó la cabeza.

—A veces sueño con el otro mundo… —Oyó decir a su amiga, y su voz cambió por competo a más grave y ronca—. Y cuando me despierto me pregunto si hicimos bien viniendo aquí.

Alba se detuvo y cogió la barbilla de Inés para alzarla.

—Maelys dijo que los agujeros se cerraron —añadió Inés y bajó los párpados—. ¿Y si algún día se abriesen? ¿Volverías?

Tenía que reconocer que la tentación de volver a casa era grande. Las comodidades de su tiempo, la facilidad, la despreocupación y la multitud de posibilidades y retos. Todo aquello era difuso y cada vez más en una época en la que no acababa de encajar del todo.

—¿Volverías tú? —preguntó a Inés.

—Sí —respondió su amiga con rapidez.

—¿Y Rob?

Inés negó con la cabeza.

—Aquí soy más un estorbo que otra cosa. —Le dolió escuchar aquello de Inés—. Alba, no somos Leonor, no correspondemos a esto. A nosotras solo nos arrastró su fuerza. —Inés volvió a bajar la cabeza—. Y a veces estoy convencida de que nuestro sitio está al otro lado. No voy a engañarte, no pierdo la esperanza de que algún día los agujeros vuelvan a abrirse. Y que al igual que llegamos aquí, un día cualquiera aparezca en casa de nuevo.

Alba tuvo que abrir la boca para suavizar el escozor de la garganta. Volver a casa, aquello sonaba difícil e imposible. Pero solo de pensar en volver le devoraba una mezcla de sentimientos y no sabía cuál de ellos tenía más fuerza. Regresar a Sevilla, al ruido, a la multitud de olores, de bullicio… parecía tan maravilloso.

—Maelys piensa que si los agujeros se abren, lo de la otra vez volverá a anclarnos aquí. Ni Heracles y los suyos podrían llevarnos de vuelta.

—Eso ya se apagó, no hay nada. —Inés se pasó la mano por el brazo—. Ninguna lo ha vuelto a sentir ni una sola vez.

—Alba. —Oyó la voz de Alastor y se dio la vuelta enseguida—. Acompaña a las damas de mi hermana hasta el dormitorio. Luego enviaré a los soldados a buscarte. Necesito hablar contigo —añadió.

Ni siquiera se detuvo junto a ella, atravesó la calle central y se metió entre las casas seguido de los soldados.

Inés le pasó la mano por el brazo.

—¿Lo ves? —Volvió a pasarle la mano por el brazo. Y tenía razón, ya no había nada de aquellas cadenas invisibles, repletas de imanes, que erizaban la piel. Lo que había, si es que había algo sobrenatural

entre ella y Alastor, eran solo sus propios pensamientos y sentimientos—. Ya no hay nada que nos ate aquí.

Inés la soltó y dio unos pasos hacia delante.

La comitiva se deshacía a medida que iban accediendo al interior de los muros del clan y se iban esparciendo por las distintas calles. Siguió a Inés con la mirada, que seguía avanzando hacia la casa.

Las primeras gotas caían, tenía que apresurarse ella también o se mojaría con la inminente lluvia.

—Alba. —Reconocía la voz, esa vez la de Rob Black.

Giró la cabeza para mirarlo.

Lo vio dirigir la mirada hacia Inés.

—¿Hay alguna forma de que puedas convencerla de que se quede aquí hasta que regresemos? —preguntó él sin dejar de mirar a su amiga.

Y lamentó que Inés no pudiese ver la expresión de Rob al decirlo.

—No, lo siento. —No habría forma de convencer a Inés.

Pudo ver cómo la mandíbula de Rob se tensaba.

—Para los Black yo soy el traidor. —Rob la miró a ella de nuevo —. Y ella está casada conmigo. Lo que la convierte en una traidora.

Alba asintió con la cabeza. Pero sabía bien que Inés, aunque no hubiese dicho una palabra, lo había valorado. Inés no era Paula, a pesar de que a veces se le pareciese mucho.

—Si no deja que mis soldados ni siquiera se acerquen a ella, no podré hacer nada —añadió Rob.

—Entonces tendrás que ser tú el que esté cerca —dijo a Rob. Quizás Inés esperaba que fuese él y no los suyos los que estuviesen con ella. No se lo reconocería ni siquiera a sus amigas.

—A mí me deja acercarme menos aún. —Rob fue rápido en replicar, demasiado rápido para su forma de ser distante, callada y algo introvertida.

Alba tuvo que contener la sonrisa.

—De todos modos, haré lo que esté en mi mano —añadió él.

Alba alargó la mano hasta el brazo del joven.

—Gracias. —Rob había hecho mucho por el sur. Quizás de todos era el que más difícil tuvo la decisión y el que más sufrió en la última contienda. Lo que la hacía confiar en él más que en muchos otros clanes, a pesar de su apellido maldito.

Rob se alejó de ella con el peculiar tintineo metálico de su malla, más gruesa y llamativa que la fina que solían llevar los Hunter.

Miró hacia la casa. Le hubiese gustado más de lo que era capaz de reconocer pasar allí más tiempo y conocer a fondo todo lo que rodeaba a Alastor, aunque sabía que eso al final acabaría siendo una tortura.

Por suerte para ella, pronto partirían.

15

Rocío

Algo para resguardarse de la lluvia y el frío. Allí anochecía bastante rápido, o era que el tiempo tras el agujero volaba.

Encontró unas rocas que le recordaban a las antiguas construcciones prehistóricas y como no había más a lo que alcanzaba la vista, que no era mucho ya que el sol se iba y solo podía ver los rayos tras la colina que amenazaban con soltar un aguacero, se resguardó allí con el caballo.

—Es una suerte comer hierba, aquí de hambre no te mueres —le dijo al animal que había arrancado y comido parte de la hierba del suelo.

Rocío estaba sentada en el suelo, tenía el cubo de metal y los huevos.

—Un puto fuego necesito —murmuró.

Para calentarse, para calentar agua y hervir los huevos y para hervir su propia agua. Ni siquiera sabía si ya se había contaminado con lo que había bebido de aquel recipiente maloliente.

Se rascó el brazo, le habría entrado una araña a través de la manga, se miró y tenía tres picaduras seguidas, tres burbujas rojas con punta blanca que le picaban y que la hacían rascarse sin parar.

Cuando el caballo acabase de comer y se tumbase, no tendría más remedio que acurrucarse en él si quería entrar en calor. La ropa no había llegado a secársele en todo el día y el tembleque ya le estaba durando demasiado tiempo. Ni siquiera se sentía los pies.

Y menos mal que es solo agua y no hielo.

No sería invierno, por suerte para ella no sería invierno.

Pero aquellos caminos estaban resultando ser un laberinto imposible y en aquellas condiciones no podría sobrevivir mucho tiempo.

Abrió un agujero en uno de los huevos clavando la punta del cuchillo y se lo llevó a la boca. El huevo crudo era de las cosas que más asco le había dado siempre.

Dio un par de arcadas en cuanto el líquido frío le cayó en la boca, como si el huevo hubiese estado guardado en un frigorífico. Tuvo que detenerse.

—Voy a morir en esta maldita tierra. —Se sorbió la nariz, volvía el llanto.

Encontrar a su hermana parecía resultar imposible. Ni siquiera se había cruzado con una sola alma a la que preguntar dónde demonios estaba Lothian.

Allí era difícil hasta encontrar un poblado.

Oyó el aullido de un lobo sin dejar de temblar de frío. El llanto se hizo intenso. La oscuridad absoluta, los truenos y el sonido del viento le daban pavor.

Sobrevivir cada minuto le parecía imposible.

16

Alba

Paula andaba por la habitación sin cerrar las piernas.

—Entre las gasas de la regla e ir a caballo todo el día, no quiero ni mirarme cómo tengo el chocho —dijo su amiga. Inés rompió en carcajadas y la propia Alba esbozó una sonrisa.

Paula se metió dos rascones entre las piernas.

—Las damas de Moira lo han *flipao* cuando me lo han visto pelón, se creerán que soy una putilla —añadió Paula y las carcajadas de Inés aumentaron.

—Es que una depilación láser integral para el medievo… —le soltó Alba.

—No lo valoré bien. —Paula seguía andando con las piernas separadas una de la otra—. Me tendría que haber dejado el moño como vosotras. Pensaba que sería más limpio para la higiene que hay aquí y ahora me están rozando hasta las gasas.

Alba negó con la cabeza.

Llamaron a la puerta, Inés se apresuró para abrirla. Era un soldado de los Hunter, de inmediato Paula se enderezó y cerró las piernas.

El soldado dirigió enseguida la mirada hacia Alba.

—Alastor la espera —le dijo y recibió un codazo de Paula.

Enseguida Alba apartó el brazo de su amiga, no era momento de bromas ni la llamada de Alastor era por una razón ni siquiera cercana a los pensamientos de su amiga.

Salió del dormitorio y siguió al soldado por el pasillo hasta salir de la zona de los dormitorios, pensaba que bajarían a la planta baja, pero no, el soldado tomó las escaleras ascendentes y salieron a otro pasillo en el que una puerta estaba entreabierta.

El soldado empujó la puerta para abrirla del todo y Alba se detuvo en el umbral.

A ratos estar en el medievo era visualmente una auténtica locura. Una habitación con un balcón de columnas, presidida por una mesa central alargada y enorme repleta de planos.

Alastor estaba apoyado en una de las columnas que daban a la terraza, el cielo ya se tornaba morado y las colinas comenzaban a perderse en la oscuridad. Una oscuridad que ya conocía bien y que daba tremendo pavor, por muchos motivos, desde el calor de las chimeneas de un castillo.

—Pasa, Alba. —Él apartó el brazo de la columna.

Era la primera vez desde que Alastor regresó a su vida que podía ver el rostro del *laird* con un claro reflejo del cansancio y la carga que le habían impuesto.

Alba bajó la mirada hacia los mapas, algunos de ellos estaban pintados con una línea roja, supuso que esa línea sería la comitiva. Alastor se había acercado también a la mesa por un lateral y se inclinó sobre los mapas.

Podía apreciar perfectamente la línea del perfil perfecto de Alastor gracias a la tenue luz de las velas, la luz natural desaparecía por momentos. Le encantaba la manera en la que la imagen de Alastor le daba un punto dulce a aquella tierra fría e inhóspita.

—¿Conoces a los Bellerose y a los Northcliff? —preguntó él alzando un instante los ojos hacia ella.

Alba asintió con la cabeza. Intentar aclarar la mente, rebuscar en la enciclopedia cerebral, ante los ojos turquesas del *laird* era más

que complicado.

—¿Qué sabes de ellos? —preguntó de nuevo él.

—Creo que no tienen a vuestro rey en el castillo de los Bellerose —respondió ella y lo vio apretar la mandíbula, no le cogía de sorpresa tampoco.

—Alba. —Alastor dio un paso hacia ella—. Estoy a punto de reunirme con los *laird*, hasta McDougal ha enviado a uno de los suyos para conocer el plan. Así que sea lo que sea, lo que sepas, quiero saberlo ahora. —Le cogió ambos brazos—. Necesito saberlo ahora.

Alba cogió aire despacio y lo contuvo para apretar los labios.

Soltarle aquello a Alastor era tremendamente duro, principalmente porque no había ninguna certeza. Ella solo sabía lo que decían los libros antes de que ella llegase allí. El pasado podía haber cambiado o los libros podrían equivocarse.

—Hasta lo que sé, no traerás al rey de vuelta. —Bajó los ojos al decirlo.

—¿Qué es lo que quieren a cambio del rey?

—Que vendáis Escocia a los ingleses, una deuda impagable que mataría al pueblo de hambre durante años, cesiones y acuerdos comerciales abusivos, y llenar la tierra de los clanes con ingleses.

Alastor apretó los labios y negó con la cabeza.

—Es al castillo de Bellerose a donde nos piden que nos dirijamos —dijo Alastor—. Es donde están instalados lo que queda de los Black. —Vio que Alastor inclinó la cabeza hacia la mesa y se llevó la mano a la sien para apretarla—. Si es una trampa nos tendrían rodeados sin muchas posibilidades.

Por eso el ejército de Tanarys y el viejo Murray estaban en la frontera, para que el camino hacia Bellerose no fuera una ratonera.

—El camino de ida no me preocupa, no nos atacarán porque prefieren que aceptemos las condiciones del rescate. Estuardo necesita el dinero para su guerra con los franceses.

Alastor negó con la cabeza.

—Tanarys no puede avanzar porque lo tomarían como una ofensiva y no nos daría tiempo de llegar hasta él si nos atacan en el camino de Bellerose.

—El ejército inglés está debilitado —le dijo ella en un intento de aminorarle aquel peso de la carga.

—Pero tienen a los Black, un clan que nosotros mismos pusimos allí, y estaban deseando vengarse por el destierro.

Y ella estaba tan de acuerdo con él que no fue capaz de decir una palabra para contradecirlo.

Alastor negó con la cabeza.

—No sé qué demonios he hecho trayéndote aquí. —Se retiró de la mesa y se dirigió de nuevo a las columnas.

—Vine con todas las consecuencias —replicó Alba enseguida y Alastor se giró con rapidez hacia ella. Quizás el *laird* fue consciente en ese mismo momento de que aunque él acababa de enterarse de que no saldrían triunfantes de aquella, Alba lo sabía de antemano cuando aceptó.

Se acercó más a ella.

—Te pido que me acompañes a una locura y aceptas —volvió a negar con la cabeza.

Exactamente eso, así de loca debo de estar.

Alastor la estaba mirando demasiado cerca, tanto que Alba tuvo que desviar la mirada de los ojos transparentes del *laird*.

—Ya está hecho —dijo mirando hacia la columna donde había estado Alastor instantes antes.

—No, no está hecho. Puedes quedarte aquí con mi hermana —replicó él y el cuerpo de Alba dio un respingo.

Ahora que le había confesado que, según sus libros y apuntes, no llevarían al rey de vuelta con las consecuencias que eso tenía, no podía dejar a Alastor marcharse solo.

Alba negó con la cabeza.

—Y no pienso discutir esto —añadió él con la voz más firme.

Iría con él aunque tuviese que echar a correr tras la comitiva. Así que alzó de nuevo los ojos hacia Alastor y dio un paso atrás dirección a la puerta de salida.

—¿Sabes por qué Inés y Paula están aquí? —No esperó ni a que le respondiese con alguna expresión de desconcierto ante la pregunta. Volvió a dar un paso atrás hacia la puerta—. Porque yo no puedo detenerlas. Tampoco ha podido Rob. Ewan ni siquiera ha perdido el tiempo intentándolo.

Un último paso y ya estaba en el umbral.

—*Laird* de los Hunter —dijo antes de salir—. Me las arreglaría para seguiros.

Ellas no pertenecían a aquel mundo, seguir órdenes que decidiesen otros no se les daba bien a ninguna de las cuatro. Ni siquiera a ella, que en teoría era la que más solía seguir las reglas.

Alastor dio unos pasos hacia la puerta y alargó la mano para apoyarla en el marco. Inclinó levemente la cabeza hacia ella y el cuerpo de Alba se bloqueó de inmediato. Quizás a ella misma se le había pasado por alto que él era un *laird*. Allí la línea entre lo correcto y excederse era demasiado fina.

—¿Y si te encadenase a una de las columnas de este castillo? —Era la primera vez que veía a Alastor en el verdadero papel de *laird* medieval con ella, dejando a un lado la cortesía y la caballerosidad que siempre había visto en él, aunque ella fuese una plebeya como cualquier otra.

Contuvo la respiración. No sabía si por la situación, por lo que se le venía encima a Alastor, porque no pensaba dejarla decidir, porque no pensaba dejarla ir con él, por la frustración que arrastró por el camino cerca de los carruajes de las McKenna, o porque una nueva McDougal había entrado en juego. Pero era como si el mismo fuego que prendía la fina y ligera mecha de Paula y de Inés, se hubiese encendido también en ella.

—No podrían soltarme hasta tu vuelta ni un solo momento. —Se la estaba jugando y demasiado. Quizás a Alastor le daba igual que estuviese un par de semanas encadenada. Al fin y al cabo, ella no era nadie—. Y aun así podrían volver a abrirse, porque si está en mi mano, te aseguro que lo harán.

No hizo falta nombrarlos, Alastor sabía a qué se refería. Aquellos agujeros del tiempo, un amasijo de milenios que eran capaces de transportarla en espacio hasta él. Ninguno sabía cómo volver a abrirlos una vez cerrados, si era azar o algún tipo de energía que provocaban los sentimientos. Pero era real y Alastor también tendría que recordar cómo los dos estaban unidos uno al otro con la fuerza de un imán contra el que no podían hacer nada.

Ella no podía olvidarlo. Y en el rostro de Alastor comprobó que él también lo recordaba, porque la mirada fulminante de *laird* absoluto comenzaba a desaparecer.

—¿Si pudieras decidir los volverías a abrir? —preguntó él.

Alba tragó saliva y no le quedó más que asentir con la cabeza, quizás el *laird* no había cambiado su expresión regia con ella porque los agujeros fuesen algún tipo de amenaza por su parte. Quizás ella

pensaba que sonaría así, pero no. La verdad se escapó al completo ante la tensión de tenerlo tan cerca y contradiciéndola.

Ella bajó la barbilla y la mirada.

—Quieres volver a casa, ¿verdad? —Lo oyó preguntarle mientras sentía el peso en los ojos.

Deseaba la huida más absoluta cuando acabase aquello. Lo deseaba con tantas fuerzas que ella misma llegó a pensar que tan solo eso sería suficiente para abrir la puerta camino a casa. Ya Leonor no las anclaba allí, quizás ya podrían marcharse.

Quiso salir y alejarse de Alastor, pero él la sujetó para que no se moviese. El *laird* estaba esperando a que ella levantase la cabeza para verle los ojos. Los tenía rebosando.

Miró a Alastor y los ojos del *laird* se clavaron en los suyos, era evidente que pronto romperían del todo.

Sintió la mano de Alastor aflojarse en su cintura para que pudiese marcharse.

Alba se apresuró hacia las escaleras.

17

Alba

Entraron las tres en el salón para la cena.

—Como si mañana nadie fuese camino a tierra inglesa —dijo Inés subiendo los escalones al escuchar las risas que había dentro.

Allí nunca se aparentaba realmente la preocupación, aunque la hubiese. Era admirable la forma que tenían los medievales de asimilar lo que les iba tocando.

Vio a Alastor de espaldas, que enseguida se giró en cuanto ellas habían entrado. Alba bajó los ojos enseguida, como si no hubiese visto la reacción del *laird*.

—No te hagas la tonta. —Sintió un codazo de parte de Paula—. Que de tonta tienes lo que yo.

—No es hacerme la tonta —le respondió Alba en un intento de susurro que sonó más a las reprimendas que solía echarle a Paula—. Es llamar la atención lo menos posible. Algo que deberías hacer tú también. —Tiró para arriba de la tela del escote de Paula para taparle el comienzo de las tetas.

Su gesto llamó aún más la atención a los hombres que había más cerca, que tornaron sus miradas a algo que, precisamente, era de lo que quería que huyese su amiga.

—Fantástico, Albita —le respondió Paula con ironía.

Alastor se había abierto paso entre la gente del salón.

—Alba, ¿puedes venir un momento? —le dijo y una de sus amigas la dio un empujón en los riñones para que avanzase hacia Alastor. Avanzó demasiado y chocó contra su tartán.

Estas no llegan vivas al castillo Bellerose. Me las cargo antes.

Alastor se apresuró a sujetarla por si daba otro traspiés.

—Mañana deberías ir en el carruaje —dijo él y de inmediato se oyó una carcajada nasal de Inés.

Que se cree que estoy escocida del camino a caballo.

Ella se giró un instante para mirar a sus amigas, pero Alastor tiró de ella para que lo siguiese.

—Él es Tristán McDougal. —Llegaron hasta el chico joven que habían visto cuando llegaron a la casa Hunter—. Acaba de llegar hoy mismo.

Alba sonrió al joven de pelo castaño y despuntado, y bajó levemente la cabeza en un gesto de cortesía.

—Su padre está en la frontera con el viejo Murray —añadió Alastor—. Llevan semanas vigilando la entrada al sur.

El joven enseguida miró a Alba con cierto bochorno.

—Yo acabo de llegar del norte, pero mi padre lleva allí días con los soldados —le aclaró el chico—. Ayer me desvié para visitarlos en las ruinas de una casa menor de los McGregor, y me han dicho que desde que están allí no han visto ni un solo movimiento de los ingleses. Todo apunta a que tenéis el camino limpio hacia Bellerose.

Alastor asintió con la cabeza.

—Sin embargo, dicen que cerca de la frontera apareció una joven extraña, completamente sola cuando no dejan de vigilar la zona y comprobar que allí no había nadie, como si hubiese aparecido de la nada o hubiese estado escondida durante días —añadió el chico—. Piensan que es una espía.

Todo el cuerpo de Alba se sobresaltó, tanto que atrajo la mirada de Alastor.

—¿Inglesa? —preguntó ella enseguida.

—No llegué a verla, ya no estaba allí esta mañana. La encerraron, pero se escapó en mitad de la noche.

—¿Se escapó del viejo Murray? —Fue Inés la que había metido la barbilla por encima de su hombro.

—Y de los soldados que han ido tras ella. Creen que sabe algún posible escondite de los ingleses que esperan para vigilar la comitiva.

Alba cruzó una mirada con Alastor, eso no era buena señal.

—No solo del viejo Murray. Kaleb y sus soldados no pudieron atraparla en toda la noche. Han cercado la zona y no piensan volver hasta dar con ella y saber a quién esconde. —Tristán miró a Alastor —. Tienes la palabra del viejo Murray.

Escapar de Kaleb y sus soldados en la oscuridad no era una tarea fácil.

Llamaron a Alastor y este se giró, alguien le hablaba al otro lado. Inés y Paula se pegaron a ella.

—Cuando ha dicho lo de extraña que ha aparecido de la nada creo que todas hemos pensado lo mismo —dijo Inés y resopló—. Alguien que se ha caído por un agujero.

—Maelys dijo que estaba cerrado por este lado —respondió Alba a su amiga.

—¿Y por el otro? —preguntó Inés—. Vete a saber.

Paula negó con la cabeza.

—Pues yo lo primero que he pensado es que era mi hermana, que está carajota *perdía* y se ha caído cuando ha ido a revisar las bolsas —Paula resopló—. Pero ya cuando el chaval ha contado lo de que se ha escapado de donde la tenían y luego de Kaleb en plan *pro*, ya te digo yo que mi hermana no es.

Paula se llevó la mano a la cara para reír. Ella misma se había asustado con sus pensamientos y se le notaba en la cara la tranquilidad de descartar aquella locura.

—¿Mi hermana va a huir de Kaleb? Lo que se engancharía es al cuello del muchacho —dijo Paula, y volvió a oírse la risa nasal de Inés.

—¿En el medievo? —preguntó Alba a Paula—. ¿Entre soldados con espadas enormes? ¿Seguro?

—Lo que no va a hacer es salir corriendo a un bosque oscuro en mitad de la noche. No es una suicida. Se quedaría llorando en donde la metieran y gritando por los bichos. Te lo digo yo, que es mi hermana y la conozco. Que ve una rata cruzando la calle Betis y se pone a gritar como una loca. Aquí se moriría.

La risa de Inés aumentó.

—No tiene sentido —añadió Paula y volvió a resoplar. Al parecer el susto aún no se le había pasado del todo. Y la entendía. Una caída de una joven de diecinueve años, alocada e inmadura, y completamente sola no era algo con pinta de acabar muy bien.

—A ver si la cogen y pueden encontrar a quien sirve —dijo Inés.

—Y la cogerán. Kaleb no vuelve sin la espía y la cabeza de todos esos. Como no es bestia el tío… —respondió Paula.

—Lo lleva en la sangre, coño —Inés reía—. Con ese abuelo…

Paula le dio con el dorso de la mano a Alba en el pecho.

—Y mientras estamos aquí hablando gilipolleces, la McDougal no pierde el tiempo. Mira los ojitos de cordero que le está poniendo a tu *laird*.

Inés se metió entre las dos para alzarse de puntillas.

—Otra a la cola —dijo su amiga Inés.

—*Illa*, si te pide que le elijas tú a la novia, ¿a quién le dirías? —le preguntó Paula.

—A ninguna —respondió Inés por ella.

Las fulminó a las dos con la mirada. Aunque fuese broma, hasta la broma le produjo una punzada en el pecho.

—No voy a hacer eso, cómo… —Movió la mano en el aire y les dio la espalda.

Paula puso la barbilla en su hombro.

—Si te lo pide es un chollo, ¿y si te eliges a ti misma?

—Deja de decir estupideces por un rato. Solo un rato. —Sacudió el hombro para que Paula quitase la barbilla.

—Ahora fuera de bromas. —Inés la rodeó para colocarse frente a ella—. ¿Si te pide que le ayudes con la elección? ¿Qué harías?

—Decirle que no. —Fue rotunda.

Inés ladeó la cabeza sin dejar de mirarla.

—Accedes a todo lo que te pide, ¿le vas a decir que no?

—Me ha pedido que me quede aquí y le he dicho que no —replicó para demostrar que no aceptaba todas las peticiones de Alastor—. Si quiere una novia, que se la busque él. Hay muchas para elegir.

Paula rompió en carcajadas.

—Pero fíjate que eso último lo ha dicho enfadada y el muchacho todavía no ha abierto la boca —soltó Paula.

No podía con aquellas dos, se adelantó para dejarlas atrás.

—Iros a tomar por culo las dos —les dijo y las carcajadas de sus amigas sonaron más fuerte. Tanto que atrajeron miradas, como siempre.

—Ya estoy llorando y todavía ni nos hemos sentado. —Oía decir a Inés.

Alba ya llegaba a la mesa.

—Pues deberías dejar de reír e ir a hablar con tu marido —le dijo a su amiga con cierto tono vengativo.

—No pienso hablar con el triste ese cuando lo mismo ni siquiera regreso a las Highlands viva. —Inés se sentó a su izquierda—. No voy a malgastar mis últimos días discutiendo.

Y Paula se sentó a su derecha.

—Qué mala suerte hemos tenido, prima —le dijo Paula a Inés—. Los dos «más alegres» de aquí para nosotras. —Paula cogió una jarra y la olió, luego la soltó y cogió otra para olerla también, parecía que esa sí era la que buscaba—. Que se vayan a la mierda los dos. Y el Alastor también como se case con una de estas.

—Shhhh —la calló enseguida Alba—. Que te van a oír y te van a colgar de un puente. —Paula la miró con aquella expresión de que le daba exactamente igual todo. Alba dejó caer el codo en la mesa y se sujetó la cara con la mano—. Lo que no sé es cómo llevas aquí meses y meses diciendo burradas y todavía no te han colgado de un puente.

Inés reía a su izquierda.

—Ni yo tampoco, pero me gusta vivir al límite —respondió Paula riendo—. La McDougal ha visto a Alastor y ahora quiere el bocadillo de las McKenna —añadió. Inés rompió en carcajadas.

Alba le dio un codazo.

—Ya —le dijo en un intento de callarla.

Pero la propia Alba no pudo aguantar la risa y se llevó la mano a la cara para reír.

—Qué desastre de mujer, por Dios —murmuró restregándose la mano por la mejilla.

Inés negó con la cabeza.

—A Ewan lo tiene que va a llegar a las Highlands andando —dijo Inés y la risa de Alba aumentó.

Vio el rostro de Alastor por detrás del hombro de un soldado de los Douglas, él se había girado un instante y se detuvo mirándola, gesto que hizo que ella dejase de reír y disimulase mirando a Inés.

—Tía —le dijo Paula—, deja de enviarle señales de evitación porque al final ese también se va a terminar comiendo el bocadillo de otra. Y esto va literal.

Inés espurreó lo que estaba bebiendo, que olía demasiado fuerte. Como siguiesen bebiendo aquello no llegarían andando al dormitorio ninguna de las dos. Y las burradas aumentarían de nivel.

—Paula, de verdad —Alba tuvo hasta que girarse para mirarla—, no se puede ser más…

—Clara —la cortó su amiga.

Inés se ahogaba de nuevo de la risa. Alba vio a Rob a solo unos tres metros de ellas que miraba a su medio desconocida esposa y negaba con la cabeza.

Unos golpes de mesa hicieron que todos tuviesen que callarse. Un hombre con el tartán mostaza de los McDougal se subió a un tarima para que todos lo viesen.

—Mañana partimos hacia el castillo de Bellerose como estaba previsto —dijo y tuvo que callarse con los vítores y los golpes que la gente daba a todas partes.

—Vaya panda de neandertales, siempre igual, no dejan hablar a nadie —protestaba Inés llenándose la copa de nuevo.

Los intentos del hombre para acallar a la gente surtieron efecto, pero después de unos minutos.

—Ahora viene otra frase y otra vez dos o tres minutos de golpes —decía Paula girando el dedo como si liase un carrete—. No hay quien escuche un discurso aquí.

—La intención de los ingleses siempre ha sido la de controlar Escocia, y no dudarán en hacerlo a través de guerras y tratados. ¡Pero no estamos dispuestos a entregarla de ningún modo! —Después del grito del hombre, los golpes y vítores fueron aún mayores. La gente se ponía en pie, ya apenas se veía ni al que estaba hablando.

—Madre mía —dijo Inés poniéndose en pie también.

Alba y Paula también se levantaron.

—Esos malditos ingleses querían alianzas. ¡Pero no vamos a ceder! —Más gritos.

Paula se sentó en la mesa, dándole la espalda al que hablaba y los que vitoreaban.

—Media hora para decir cualquier chorrada, ya verás.

—Por eso he ofrecido a Alastor Hunter, uno de los grandes *laird* del sur, la mano de mi sobrina Lía.

—¿Cómo? —El sobresalto de Paula fue tal que se puso en pie de un salto.

Alba alzó las cejas. Se oyeron algunos silbidos entre los vítores, uno de ellos el de Paula, Alba tuvo que tirarle del cuello del vestido para que dejase de hacerlo.

—Hace semanas que le ofrecí a Alastor la mano de una de mis hijas. ¡Vas tarde, McDougal! —dijo otro hombre, no lo veían, pero seguramente sería el *laird* de los McKenna.

—Esto se pone serio —dijo Inés a su lado.

—¿Y qué dice el *laird* de los Hunter? —gritó uno entre el público.

—¡El *laird* de los Hunter no quiere un conflicto entre clanes por este motivo! —gritó otro.

—Rey de la caballerosidad hasta para mandarlos a paseo —le dijo Paula en un susurro.

—¡El *laird* de los Hunter sabe que si llega a Bellerose le exigirán una inglesa! —Se oyó otra voz.

—¡No queremos una Hunter inglesa! —gritaron casi al unísono varios hombres, y se oyeron silbidos.

Alba fue consciente de que llevaba minutos con el estómago apretado. Sintió la mano de Inés a su espalda. Todo estaba pasando demasiado rápido. De hecho, todo pasaría aquella misma noche.

Y sus pulsaciones no lo asimilaban. Agarró la mano de Inés con una mano y buscó la de Paula con la otra.

—Los ingleses quieren el sur y lo tendrán de una forma o de otra —gritó otro hombre—. Alastor, como gran señor, debe salir con una esposa desde la frontera.

Alba vio que Inés se llevó la mano a la boca.

Esta misma noche.

—¡Eso no detendrá a los ingleses! La matarían para imponerle una de los suyos —gritó otro y el cuerpo de su amiga Paula se giró.

—Este ya nos ha solucionado el tema —susurró y encogió la nariz.

—No es la solución. —Oyeron una voz de mujer a su espalda, que les hablaba en voz baja, y las tres se giraron.

Era Moira Hunter, la hermana de Alastor.

—Mi hermano no quiere casarse con una McDougal ni con una McKenna así sin meditarlo y esta misma noche —añadió Moira—.

Pero lo hará si es su deber con los clanes y la misión.

Vio que el pecho de Moira se hinchaba al coger el aire.

Alba bajó la cabeza. Ni siquiera se le iba a permitir el viaje, unos días de margen antes de morir o desaparecer de la vida del *laird*. La pesadilla apuntaba a ser tremenda.

Buscó con la mirada a Alastor y lo encontró al frente, pegado a la pared principal del salón, impecable como siempre, serio, escuchando lo poco que se oía a unos y a otros, sin decir una sola palabra, esperando el veredicto de los que mandaban en el sur. Alastor iba cambiando a medida que pasaba el tiempo desde que llegó a Lothian. Lo había ido apreciando cada vez más, quizás desconocía aquella faceta suya al verlo separado del guardián del sur y siempre fue así en su versión independiente. Ya no estaba a la sombra de Tanarys, ya era solo él el que tomaba las decisiones y todo el peso iba directo en sus hombros.

Si todo saliese mal, sabía bien que Alastor aunque sobreviviese, no se recuperaría de aquella caída, porque todos los clanes se lo reprocharían. La historia se repetía siempre y la casa más grande y con más responsabilidades con el tiempo acababa cayendo. Allí la traición se pagaba con la muerte y el exilio, el fracaso con la pérdida de tierras, poder, prestigio y el olvido.

Heredar un clan noble y poderoso no era ninguna broma.

—Ha llegado un mensajero del viejo Murray. —Apenas podían escuchar la voz de Moira con los gritos de los presentes—. Le dice a mi hermano que las mujeres y los matrimonios suelen ser una vieja excusa para las rencillas —añadió y Alba alzó la mirada hacia Moira —. Si mi hermano se casa con una inglesa, todo lo que le pase, aunque fuera fortuito, lo pagaría el sur. Esto no va solo de querer o no querer una inglesa como *lady* de los Hunter —Moira seguía susurrándole, Alba tuvo que acercarse para oírla mejor—. Si mi hermano llevase una *lady* escocesa y los ingleses atentan contra ella para dejarlo libre de aceptar sus propuestas de alianza, los clanes

podrían reaccionar con una venganza —seguía susurrando Moira—. Cualquiera de los resultados es malo y pondría en peligro a una joven inocente que nada tiene que ver con la guerra entre los hombres.

Alba cruzó una mirada con Inés, precisamente con ella, que es la que quizás más se estaba acercando a el fin de las intenciones de las palabras de Moira.

—Pero mi hermano puede llevar a una esposa que no pertenece a ningún clan y que ya ha estado en el centro de otras batallas. —La joven miró directamente a Alba.

Paula alzó el dedo índice y señaló a Moira.

—*Crack* —le dijo sonriendo, una palabra a la que la joven reaccionó con desconcierto.

—Quiere decir que le parece una buena idea —le explicó enseguida Alba—. Pero…

—¿Te lo parece a ti? —Moira dejó caer los párpados entornando los ojos.

—¿Se lo parecería a tu hermano? —preguntó Alba.

—No. —La respuesta de Moira fue tan rápida y rotunda que le reveló que Alastor ya conocía la propuesta del plan y no le gustaba —. Él mantiene que deberías quedarte aquí.

Alba se apresuró a negar con la cabeza y miró a Inés de nuevo.

—Ya está bien de matrimonios falsos —respondió Alba y dio un paso atrás para retirarse de Moira y de sus amigas. Las ganas de echar a correr y romper a llorar se estaban haciendo intensas. Había sido demasiado en tan pocos minutos, no lo asimilaba.

—¡No se atreverán a matar a una McKenna! —gritaba el *laird* de los McKenna y los suyos lo jaleaban—. Fiona es la que debe acompañar a Alastor.

Al parecer, dentro del clan ya habían elegido a la afortunada.

—Alba. —Moira pronunció su nombre en un intento de sacarla de aquella marabunta de pensamientos extraños que la hacía querer huir, la joven le sujetó el brazo para impedirle que se alejase más.

—¡Que venga el sacerdote! —gritó otro desde la otra punta del salón—. ¡Los ingleses no se saldrán con la suya!

Vio que los ojos de Moira brillaron.

—Ayuda a Alastor. —Los ojos de la joven brillaron aún más y sus labios se apretaron con una pequeña contorsión de contener el llanto—. No quiero perderlo. —Las primeras lágrimas de Moira cayeron por sus ojos.

—Tampoco nos hace gracia a nosotras poder perder a una amiga —soltó Inés y Moira la miró—. El peligro de que se case con otra es que si la matan, su clan se revolvería contra los ingleses. Pero Alba está sola y si muere aquí no ha pasado nada, ¿no? ¿Es lo que intentas decir?

Moira abrió la boca para responder, pero enseguida la cerró.

Sí, es lo que intenta decir.

Las tornas se habían vuelto al completo, y había pasado de no poder optar al *laird* halcón por no tener nada, a que no tener nada fuese una ventaja.

Moira apretó los labios de nuevo y se retiró de ellas dándose la vuelta y marchándose.

—Menudos clasistas están hechos aquí —protestó Inés siguiendo con la mirada a Moira.

—Sí, pero lleva razón —respondió Alba.

—Y tú tendrías que haber dicho que sí —dijo Paula—. Porque ahí siguen discutiendo si lo casan con una o con otra. Alastor tiene que

estar rezando ahora mismo para que se abra un agujero y lo trague la tierra y lo escupa en Bellerose —Paula resopló.

Alba volvió a mirar a Alastor, seguía en el mismo lugar y sin abrir la boca.

—Pues yo lo veo muy tranquilo —dijo ella y Paula dirigió sus ojos tornasolados hacia ella.

—Alastor es todo compromiso, hará lo que corresponda.

—Se negó a casarse con una Black en su momento —se apresuró a responder Alba.

—Se ofreció para librarme de hacerlo yo —replicó Inés.

Y ahí no pudo hacer más que mirar a una y a otra de sus amigas.

—¿Y si ella fuese una mujer que no pertenece a Escocia ni a ningún clan y que ya fuese una veterana en las batallas? —Era la voz potente de un hombre de cierta edad—. ¿En vez de una joven indefensa?

Las tres se callaron y se alzaron de puntillas. El hombre que hablaba era un señor de pelo cano y largo con coronilla calva y barbas grises, que vestía la ropa azul de los Hunter.

—Moira se acaba de pasar el juego —susurró Paula—. Le ha importado una leche que no aceptes.

Se hizo el silencio absoluto en la sala.

—¡Eso sería como tirar al río uno de nuestros grandes clanes! —respondió al fin uno de los McKenna.

—Ya se me están atragantando los McKenna —murmuró Paula—. Gilipoll… —Inés le tapó la boca a Paula.

Alba dirigió enseguida la mirada hacia Alastor, ya no estaba en la pared. Lo buscó por la sala y lo vio agarrando con una mano a Moira

y dirigirse a gran velocidad hacia la puerta del salón, con la mandíbula completamente apretada.

Alba bajó la mirada. No lo había visto protestar un ápice, una sola señal de disgusto cuando debatían su matrimonio con cualquiera de las otras, pero completamente descompuesto con la mera sugerencia de un posible enlace con ella.

Quizás él también pensaba que era tirar a su clan a la basura. Quizás en su mente solo cabía una *lady* escocesa.

Huir y echar a correr. Las ganas seguían aumentando.

18

Moira

—Suéltame —le decía a su hermano, pero él la había hecho salir del salón y atravesar el pasillo hasta una sala vacía.

—Te dije que no se te ocurriera decirle a nadie esa locura. Y se lo has dicho a los mayores del clan. —La metió dentro de la sala y cerró la puerta—. ¿Estás loca?

No sabía si era por la tensión de todo lo que ocurría en el salón. Si era por la decepción de que no iba a salir bien su misión o era por la decepción como hermana que acababa de darle al desobedecerlo. Pero Alastor estaba muy enfadado, dolido y una vez dentro de aquella sala vacía, hasta asustado.

—Sabes que es la mejor opción —respondió a su hermano intentando mantener la tranquilidad—. Reconócelo.

—Es la peor opción —replicó él—. Ofende a los clanes escoceses que han ofrecido a las suyas, que son más de los que están aquí. —Alastor se apartó de ella y le dio la espalda para acercarse a una de las mesas—. Y no cambia que los ingleses la maten y me obliguen a casarme con otra.

—Puede salir bien. Ellas han sobrevivido las otras veces. —No sabía bien cómo. Era cierto que ya no las acompañaba la señora de Tanarys y ella siempre fue una ventaja enorme.

—Y puede salir mal. —Él seguía dándole la espalda.

—Pero ninguno de los clanes te exigiría venganza por la muerte de Alba. —Dio un paso hacia él y alzó las manos para agarrar a su hermano.

No le dio tiempo a alcanzarlo, Alastor giró la cabeza con rapidez para mirarla.

—¿Y no te has parado a pensar que sería yo el que quemaría Bellerose?

El cuerpo de la joven se sobresaltó y entreabrió los labios. La posibilidad de Alba era algo que había hablado con los ancianos desde antes de la llegada de su hermano al castillo Hunter con ella.

Retiró las manos de la espalda de su hermano.

—¿Por qué no me has dicho nada?

Alastor apoyó las manos en la mesa y bajó la barbilla, negó levemente con la cabeza.

—Porque nadie debe saberlo por el bien de ella. Hay muchos intereses de alianza con nuestro clan. Y como has dicho antes, ella es extranjera y no tiene a nadie que pudiera defenderla ni reclamar ninguna venganza.

Moira sonrió levemente y volvió a poner una mano en la espalda de su hermano.

—Tiene al más grande *laird* del sur —respondió despacio la joven. Aunque eso tampoco era algo bueno para los acontecimientos que estaban por llegar. Aquello ponía a Alba en una situación demasiado delicada fuera y dentro de las fronteras. Acababa de pasar de ser nadie, a ser una mujer con el poder de desencadenar una batalla entre clanes o con los enemigos ingleses.

A pesar de ello, envidiaba que una mujer pudiese tener el apoyo incondicional y la protección de un hombre con el que no cruzaba sangre, ni nación ni clan.

Lo mismo que pasó con Tanarys y Leonor.

Alba era ahora uno de los puntos débiles de su hermano.

—No sabes lo rápido que pueden cambiar las circunstancias entre enemigos o traidores y no poder hacer nada para evitar la muerte de alguien, aunque la tengas a tu lado.

La joven resbaló la mano por la espalda de Alastor.

—¿Se lo has contado a ella? —le preguntó su hermano.

—Alastor, yo no sabía…

—¿Se lo has contado? —repitió él.

—Sí. —Y lamentaba haberlo hecho. Sentía que los ojos le brillaban. En un intento de proteger a su hermano no había hecho más que ponerlo en una situación más delicada.

—¿Y qué ha dicho? —Lo oyó coger aire.

—Que no quiere más matrimonios falsos —respondió y vio cómo el cuerpo del *laird* se sobresaltaba para girarse y mirarla a ella.

Moira enseguida bajó la mirada. Por un momento no sabía si Alastor la culpaba a ella de la propuesta o de que Alba hubiese dicho que no.

—Obligar a una joven a aceptar un matrimonio falso que no quiere, poniéndola en peligro tan solo porque no tiene un clan que la respalde —Alastor negó con la cabeza—. ¿Crees que eso es lo que se merece ella?

Moira se sorbió la nariz, ya le sobrevenía el llanto.

—Solo buscaba la forma de no perderte a ti. —Alzó los ojos llorosos hacia su hermano.

Dio un paso atrás para alejarse de él, lo rodeó y se dirigió hacia la puerta para salir.

—Ya no tengo a nadie más que tú, hermano. —Agarró el pomo para abrir—. Y me da pánico que un día tú tampoco estés.

—Eso es algo que tengo que solucionar cuanto antes. —Oyó decir a Alastor y ella se detuvo en el umbral.

Se giró despacio para mirar a su hermano.

—Vuelve vivo y te prometo que me casaré con quien decidas para mí. —Apretó los labios para contener el llanto—. Pero vuelve, Alastor.

Salió de la sala y echó a correr por el pasillo.

19

Alba

—Niñas, que estos quieren que te den candela medieval mañana por la noche —decía Paula riendo.

Era como un mal sueño, o como un buen sueño según se mirase, ya no sabía si aquello era real o simplemente estaba solo en su cabeza, como tantísimas otras circunstancias. Pero la discusión acalorada entre clanes estaba siendo larga.

Alastor hacía rato que se había ausentado, al parecer la idea que estaban planteando no le había gustado y su reacción hacía que el estómago se le hubiese encogido sobremanera.

Miraba de reojo a Inés, a pesar de las bromas de Paula con la posible boda del halcón, Inés no se reía un ápice. Quizás su amiga estaba viendo más allá, un peligro como el que ella aceptó con Rob.

El salón quedó en silencio de repente y las tres levantaron la cabeza. Alastor había llegado de nuevo.

—Fiona McKenna y Lía McDougal te acompañarán a tierra inglesa —le dijo el hombre del clan halcón de la barba gris.

Paula dio una pequeña carcajada.

—Como en el fútbol, la suplente, y la suplente de la suplente —dijo. Inés le dio a Paula una palmada en la cabeza.

—La suplente y la suplente de la suplente de tu amiga, no tiene ninguna gracia —le reprendió.

Ese era el plan. Llevar a una *lady* junto a Alastor y a dos futuras esposas. Los ingleses no podrían matarlas a las tres, sería demasiado llamativo. Ni siquiera a dos y en caso de su muerte, mucho se temía que iba a haber discordia con cuál de las dos se

casaría el *laird*. Ya estaban discutiendo y aún estaba viva. No quería ni imaginarlo, tampoco era su problema. Ella ya no estaría para verlo.

No cuenta con que yo sobreviva.

Por la acalorada discusión entre clanes, no contaban con que sobreviviera. Quizás tampoco nadie haría mucho por mantenerla con vida, quizás ellos mismos podrían planear acabar con ella de alguna manera. Allí ya no se fiaba de nadie, quitando a los Douglas, los Hunter y los lobos de las Highlands. Y ninguno de ellos estaba en el trato.

—Al final vas a acabar colgada de un puente antes que yo —Paula sonrió.

Pero ella no estaba para bromas. Dirigió enseguida la mirada hacia Alastor.

Y con la imagen del *laird* delante de sus ojos fue consciente de que todo aquello podría ser un sueño imposible cumplido si hubiese sido en otras circunstancias.

Ya le estaban contando a Alastor lo que se había debatido y el resultado, y él no tardó en darse la vuelta y buscarla con la mirada.

Sintió un codo en la espalda que la empujaba con fuerza. Y esa vez no había sido Paula, al contrario, sus dos amigas la sujetaron para que no diese un traspiés hacia delante.

—¡Quita! ¡Qué formas son esas, hombre!—dijo Paula dando un manotazo a alguien que Alba tenía detrás. Inés metió el cuerpo para que no se acercasen a ella—. ¡Aire!

Inés se inclinó para acercar su cara a la de ella.

—Me encantaría que no aceptases —le dijo Inés apartando el pelo de la cara—. Pero sé que no puedo pedirte eso.

Paula le puso la mano en el hombro.

—Pues a mí sí me encantaría que aceptases. —Paula contuvo la sonrisa—. ¡Ahora sí!

Las dos la empujaron para sacarla del bullicio hacia el cerco que se había formado en el centro del salón, donde estaba Alastor, que aún no había pronunciado palabra.

Alba sintió la mirada del *laird* y tuvo que bajar la suya.

—¡Sigo pensando que esto es una ofensa para clanes y el propio pueblo! —dijo alguien a su espalda, Alastor dirigió enseguida la mirada hacia el hombre.

Se incitó otro barullo de gritos, golpes y abucheos. Tanto era el ruido que Alba ni siquiera había sido consciente de que Alastor había llegado hasta ella.

—Yo tampoco quiero más bodas falsas —dijo él con un tono sublime de *laird* escocés—. Pero no depende de mí.

Alba levantó la cabeza para mirar a Alastor.

—Esto nos retrasará un día —añadió—, la boda será mañana por la noche. Llevarás el traje de novia de mi madre, no hay tiempo de nada más.

Alba tuvo que pegar la lengua al paladar, le estaba ardiendo la cara completamente mientras los latidos se le aceleraban.

—Alba —dijo Alastor y cuando oyó su nombre en la voz de él, el aire que había contenido comenzó a salir lentamente de ella—. Estás obligada a casarte conmigo, pero no a ser mi esposa.

El escozor en la garganta fue inmediato al oírlo, no sabía o más bien no podía contener lo de los ojos. Vio que Alastor iba a añadir algo más, pero se detuvo a mirarla, era consciente de que estaba a punto de llorar. Negó levemente con la cabeza y apartó la mirada de ella.

—Cumpliré mi obligación y consumaré el matrimonio para que los ingleses no tengan nada que objetar. Pero después nuestro trato será el mismo que acordamos en Lothian. Me acompañarás a tierras inglesas como consejera. Para el resto serás la esposa del *laird*. Pero nada más.

Alastor se retiró de ella y se perdió entre el bullicio.

Ella seguía inmóvil, como si alguien la estuviese sujetando para que quedara erguida como una marioneta. Las palabras de Alastor le habían dolido y pesado una por una.

Las lágrimas de los ojos aumentaron y se llevó una mano a la cara.

Enseguida sintió unas manos en la espalda, eran sus amigas.

—Vamos a salir de aquí —le dijo Inés.

La gente no se acercaba a ella, solo miraba. Pudo ver a una de las damas de Moira mirarla con desconcierto. A varios McDougal, a la dama de compañía de las McKenna y a la propia Fiona y Lía, que cada una junto a su clan la miraban como si hubiese insultado a los Hunter y a toda Escocia.

—Vámonos de aquí—decía Paula envolviendo por el otro lado—. Porque me he tomado dos cositas y como me tiren de la lengua, entonces sí que me cuelgan de un puente antes que a ti.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Inés. Al parecer Paula había escuchado algo a su espalda.

—Por lo visto echarse a llorar es un crimen —respondió Paula—. Qué pena que no está aquí la Leo para ponerle a esta gente los puntos bien puestos con flechas.

Alba sentía el cuerpo ligero, se movía porque sus amigas la llevaban casi en volandas. Seguía paralizada y sin mucha orientación.

—Que llorases no lo esperaba ni yo —susurró Paula en su oído.

El ruido se alejaba, ya estaban fuera del salón.

—Claro que llora. Está aterrada —decía Inés sin detenerse en el camino.

—Lo mismo los ingleses pasan del tema y no le hacen nada y vuelve como *lady* Hunter. Y que se jodan todos estos —continuó Paula.

—No son los ingleses los que la asustan. Ha sido Alastor.

Paula se detuvo, aunque Inés seguía hacia delante.

—No te pares ahora, idiota —le decía Inés a Paula.

Apenas las escuchaba a pesar de que hablaban cerca de su oído. Seguía flotando en una lejanía extraña.

—¿Alastor?

—Tía, tienes la sensibilidad de un puñetero cactus sabanero. ¿No lo has oído?

—Claro. Y le ha dicho que se la va empotrar mañana. ¿Eso le da miedo?

—Madre mía… ¡Paula! —Ahora era Inés la que se había detenido —. A ver, le ha dicho que va a cumplir con su obligación mañana. Y nada más. Nada más. Es decir, que otro matrimonio como el mío.

—Como el tuyo no. —Retomaron la marcha de nuevo. Ambas le habían pasado los brazos tras la espalda—. A ti el poco hecho no te tocado ni con un palo. Al menos este ha dicho que cumplir lo que es cumplir, cumple.

Sintió que Paula la apretaba.

—Y si esta no hace la carajota y le da candela del siglo veintiuno, ya te digo yo que todo lo demás son faroles y fantasmas —decía

Paula—. Lo mismo que te digo a ti con el tuyo. —Llegaron a la primera planta—. Pero parece que te da miedo iniciarlo en el vicio.

Paula resopló.

—Anda, abre.

—Yo no tengo la llave.

—La tendrá esta. —Sintió la mano de Inés por su vestido.

—No reacciona, pobrecita. A ver si le han dado algo sin que nos demos cuenta.

—Que va, no le he quitado ojo en todo el tiempo —respondió Inés peinándola con las manos—. Anda, vamos dentro.

Ni siquiera notaba el calor de la chimenea. Le ardía tanto la cara que todo le parecía frío, como si tuviese fiebre. El cuerpo comenzaba a temblarle.

Miró a Inés y esta le cogió las mejillas con las dos manos.

—No te preocupes, estamos aquí las dos. Contigo.

—¿Quién necesita un clan con nosotras? —reía Paula avivando el fuego—. No queda gasolina para hacer arder ni una mierda, pero ya se nos ocurriría otra cosa —soltó.

Alba intentó esbozar una sonrisa, pero no fue capaz. El tembleque aumentaba. Solo esperaba que aquello fuese transitorio por aquel revés surrealista y no porque cayese enferma.

Alastor y ella. En horas.

No podía estar pasando.

20

Rocío

—¡No es solo un caballo! —Oyó que gritaba un hombre a media distancia y se despertó de un sobresalto.

Por un momento no sabía ni donde estaba, era la primera vez que dormía desde que cayó por el agujero. El cansancio extremo después de dos días allí la había vencido a pesar de estar en el suelo con lluvia y frío. Se había agazapado junto al caballo para recibir el calor. Lo del olor ya comenzaba a pasar a un segundo plano.

Un hombre de barba frondosa y pelo oscuro rizado, vestido con una malla plateada y capa negra estaba a unos tres metros de ella.

Mierda.

Rocío arrastró el culo por el suelo hasta que pudo ponerse en pie. Los rayos asomaban por la colina. Entre el sobresalto y el susto, el corazón no tardó en darle punzadas con la rapidez de los latidos.

—¡Alto! —No era solo un hombre, había otro más. Este vestía una casaca grisácea con demasiadas manchas.

El caballo reaccionó a su sobresalto y se puso en pie, Rocío agarró las riendas.

—¡Alto, mujer! —El hombre de negro agarró las riendas del caballo por el otro lado.

Se escucharon cascos de caballos, más hombres se acercaban a la ruina.

—¡Es solo una mujer, no hay nadie más! —gritó el de la capa grisácea a los que se habían acercado.

—Roy dice que ha visto Ballantines cerca —respondió uno de los que estaban a caballo.

Uno de los que vestían de negro acercó su caballo negro como la noche a la construcción.

—Pues está claro que esto no es un Ballantine —dijo el hombre del caballo negro, que también tenía una barba considerable. Luego miró a la joven—. ¿Quién eres y qué haces aquí? —le preguntó con una voz soberbia.

La pregunta que no sé ni cómo responder aquí.

—Mi nombre es Rocío y voy hacia Lothian a buscar a mi hermana —respondió y vio que el hombre esbozó una sonrisa. Se oyeron algunas carcajadas del resto. Las ganas de huir cuando estaba con los otros soldados parecían una broma ahora con lo que sentía con esos. Las piernas comenzaron a temblarle mientras ellos seguían riendo.

—¿A Lothian? —El hombre del caballo negro entornó los ojos—. ¿Por aquí? —Las risas del resto aumentaron.

—Me he perdido. —Pero su respuesta solo hizo que las carcajadas sonaran aún más fuertes.

Joder.

Las lágrimas fueron inmediatas. Allí, dijera lo que dijera, o bien lo trataban como una amenaza y la apresaban o se reían. Sumado al peligro de que decidiesen también esos nuevos soldados divertirse con ella. Al fin y al cabo, no creyó que allí valiese más que una cabra. O quizás una cabra valiese más, al menos daba leche y podían comérsela.

El medievo era un lugar terrorífico a más no poder. Era el infierno puro, oscuro, frío y peligroso.

Su llanto aumentó, necesitaba volver a casa. Y si había alguna posibilidad era encontrando a Paula.

—¡Busco a mi hermana Paula! —El llanto no la dejaba ni hablar —. Está con Leonor en Lothian. —El llanto aumentó tanto que tuvo

que encogerse y dejarse caer junto al caballo.

Las risas se detuvieron de inmediato, pero Rocío no era capaz ni de ponerse derecha, a pesar de creer que ya no podría tener lágrimas con lo que había llorado el día anterior, estas parecían inacabables.

—¿Leonor de Lothian? —Oyó decir a uno de ellos.

—¡Stanford! —llamaba uno a otro—. Ha dicho que es hermana de Paula.

Escuchar el nombre de su hermana en la voz de uno de ellos hizo que la respiración y las lágrimas se cortasen de momento. Pero el tembleque de sus piernas aumentó, en vez de detenerse.

No sabía por qué que alguien reconociese el nombre de su hermana en aquel lugar pudiese no darle alegría, sino miedo.

Apretó las manos en las riendas.

—Paula —volvió a repetir otro y se oyó una carcajada—. ¡Stanford!

Las risas volvieron a aumentar.

—Paula, Leonor, la zorra que se casó con Rob, esa puta que acompaña a los halcones —dijo otro de ellos—. Y ahora… ¿cómo dices que te llamas?

Madreeeeee.

Rocío no respondió. Solo quería un margen entre risas para saltar sobre el caballo y echar a correr, pero el hombre que estaba al otro lado del animal no soltaba las riendas.

Regresaron las risas mientras llegaba un nuevo caballo. Una armadura brillante y plateada con la forma abombada de los hombros y la capa negra.

—¿Qué pasa? —preguntó dirigiendo enseguida su mirada hacia Rocío.

—No solo están los Ballantine bordeando la frontera —respondió el de la capa grisácea tan sucia con una sonrisa—. Dice ser hermana de Paula, una de las zorras de Tanarys.

Paula metiéndome en problemas tan solo con nombrarla, en este mundo y en el otro. Y yo no aprendo.

Conociendo a su hermana, era mejor estar calladita. Lo que no podía creer era cómo podían tener allí enemigos.

Bueno, yo acabo de llegar y ya tengo enemigos.

Kaleb y sus soldados, y ahora estos que no sabía ni quiénes eran.

—¿Qué piensas? —preguntó otro.

El último en llegar, al que llamaban Stanford, seguía observándola.

—Eres muy parecida a tu hermana —dijo el hombre esbozando una sonrisa bajo la barba. Hizo recular su caballo para retirarse despacio de ellos—. Y a mí me encanta tu hermana —añadió girando el caballo para darles la espalda—. Apresadla. Estamos de suerte.

Esto lo estaba viendo yo venir.

De inmediato le agarraron el brazo con fuerza y lamentó no haberse dejado atrapar por Kaleb la mañana anterior. Porque si ya de por sí la trataban regular los supuestos del bando de Paula, no sabía cómo la tratarían estos que desde luego amigos no eran.

En un zarandeo la alzaron en el suelo, pero Rocío logró apoyarse en el estribo del caballo con el pie para empujarlos.

—Ehh, ehhhh —protestó el hombre de la capa gris, que desprendía un aliento que le daba nauseas.

El hombre la dejó caer al suelo y enseguida acudieron otros a ayudarle.

—Igual de zorra que las de Leonor. —Le dieron una patada en el estómago que la hizo gritar y encogerse.

No podía respirar.

—¡Sois unos inútiles! —gritó el hombre del caballo—. ¡Cogedla de una vez!

Se escucharon carcajadas de nuevo. Aquella pesadilla parecía ir de mal en peor.

Volvieron a cogerla, esa vez entre dos, seguía sin poder respirar, pero eso no parecía importarles. La subieron apoyándola con el estómago aún dolorido sobre el caballo y uno de ellos se montó en él.

No podía ni patalear del dolor en las costillas y la asfixia, emitía un jadeo extraño, como si le hubiese dado un ataque de asma. Pero allí parecía no importarle a nadie.

El caballo empezó a trotar y el dolor en las costillas aumentaba con el bamboleo, sumándose el mareo de estar boca abajo y con las piernas colgando al otro lado, como si fuese un saco.

Tal y como estaba todo, sentía que si de aquella asfixia moría, sería lo mejor que pudiese pasarle.

21

Alba

Había estado media noche sentada en la cama mirando a un punto perdido de la pared, una de las sirvientas de Moira le llevó unas hierbas que le obligaron a beber con efecto «tiro en la nuca».

Todavía le duraba algo de efecto y eso que llevaba ya tiempo despierta. Quería seguir durmiendo.

—Sabe Dios lo que me han dado. —Mantenerse en pie demasiado tiempo la hacía marearse.

Paula le sujetó la nuca para que no basculase.

—Dijeron que era lo que tomaban las novias la noche antes de la boda —decía Paula oliendo el recipiente con los restos del líquido amarillo—. Qué asco, tía.

—Pues a mí no me dieron nada —dijo Inés—. Ni estaba dispuesta a tomármelo.

Paula negó con la cabeza.

—Lo que yo te digo, esta hace todo lo que manda Alastor y eso que aún no se ha casado. —Paula soltó el vaso en la mesa con cara de asco—. Le dan esta mierda a las chavalas que obligan a casarse para que se duerman y no se hinchen de llorar la noche antes.

—Para esta noche se le habrá pasado, ¿no? —preguntó Inés abanicándole la cara con la mano.

—Ya te digo que si le habrá pasado —replicó Paula enseguida—. Si esto durase mucho más, ningún hombre mandaría a la novia a tomar esto. Menudos son estos.

Inés contuvo la sonrisa y Paula entornó los ojos mirando a Alba, que hasta soñolienta apartó la mirada de su amiga.

—Este ha dicho que va a cumplir con su obligación. —Dio unas palmadas en un aplauso lento. Tres veces—. Y luego qué.

Alba seguía sin mirar a sus amigas.

—Él no quiere hacer esto. —Apoyó las manos en el sillón para levantarse.

—¿A dónde vas? —Inés la sentó de nuevo.

—Tengo que hablar con Alastor. —Apartó despacio la mano de Inés para volver a levantarse.

—No vayas así como estás ahora, que andas raro, vas a perecer un robot. —Paula también acudió a sentarla.

—Paula, qué más da —respondió Inés—. Aquí la gente no sabe lo que es un robot. Lo que me da miedo es que se caiga.

—Las horas pasan, necesito hablar con él antes de esta noche —dijo Alba inclinando la espalda y dejando caer la cabeza entre las piernas, en un intento de recuperarse de aquel leve mareo—. Ya creo que está pasando.

—Es que se ha sumado el no haber dormido la noche anterior. —Alba sintió la mano de Inés en la nuca.

—¿Habéis escuchado algo en la puerta? —Paula se dirigía hacia la puerta del dormitorio—. Es que estas mujeres son tan silenciosas que me pegan unos sustos de la leche. —Paula abrió, en el umbral no parecía haber nadie, pero su amiga sacó medio cuerpo y miró hacia la derecha—. Menuda has liado, muchacha. —La oyeron decir —. Pasa.

Paula se enderezó y dejó espacio. La larga trenza de Moira se balanceaba tras ella atravesando la puerta.

Alba alzó la mirada y sus ojos se cruzaron con los de Moira, bajo ellos había un arco oscuro que resaltaba en la tez blanca. Moira no habría dormido en toda la noche.

La joven mantenía la barbilla baja, un gesto diferente al que tenía el día anterior de señora de aquel clan. Ni siquiera había respondido a Paula, aunque tampoco creyó que hubiese entendido su expresión, como nadie las entendía allí la mitad de las veces.

—Van a traerte el vestido de mi madre —le dijo sin levantar la cabeza.

Alba no le respondió.

—Esa mierda que le habéis dado se le pasará ahora, ¿no? Porque habéis dejado a mi amiga tonta un día como hoy —le soltó Paula y el cuerpo de Moira se sobresaltó.

—Sí claro, solo son unas hierbas para que estuviese tranquila. —La joven enseguida miró a Alba con cierto apuro—. Yo entiendo que no es un día fácil para ninguna novia —añadió y la vieron dudar si dar un paso hacia la cama en donde estaba sentada Alba.

—Fíjate que de donde nosotras venimos, un día así suele ser maravilloso para todas la novias —le respondió Paula y Moira la miró como si Paula le estuviese hablando de magia—. Es otro concepto muy diferente a ser moneda de cambio y de conveniencia. No lo entenderías.

—Paula. —La tuvo que callar Alba. Paula estaba más enfadada de lo que parecía la noche anterior. Quizás había tardado una noche en ser consciente de lo que había ocurrido y las razones. Y las estaba pagando con Moira—. Ella no tiene la culpa.

—Ella tuvo la maravillosa idea. Por supuesto que tiene la culpa.

—Paula, por favor —volvió a pedirle Alba.

Moira había bajado más la cabeza.

—Lo siento —dijo la joven y Alba dirigió la mirada hacia Moira al ver cómo su voz se enronquecía levemente, como si estuviese a punto de llorar. Muy lejos de la Moira que le propuso la idea. Quizás Alastor había hablado con ella, quizás le había recriminado por proponer algo así a los clanes, quizás la había culpado. Al fin y al cabo, él no quería casarse con ella. Sus planes posiblemente serían otros.

No entraba en sus planes casarse con una inglesa, pero tampoco con una extranjera. Para alguien como Alastor, educado en la más regia moral escocesa, casarse con ella sería echar a perder el clan Hunter.

Cogió aire por la boca al sentir el escozor en la garganta, ya lo que conllevaba ser la *lady* principal de los Hunter pasaba a segundo plano. Iría a tierra inglesa siendo un posible blanco a atacar. No importaba, lo fue Leonor, lo fue Inés, ahora le tocaba a ella.

Paula volvió a abrir la boca para seguir soltando, pero una mirada suya bastó para que la cerrase, así que su amiga resopló con fuerza.

Dentro de todas las humillaciones posibles, que la hubiesen elegido a ella por no ser nadie y que su muerte no fuese relevante, podía dolerle hasta en aquella situación repleta de matices. Pero ser nadie allí era algo que ya tenía asumido.

No tenía clan, pero tenía a Inés y a Paula. Y a la señora de Lothian.

Respiró hondo, el mareo y el malestar iban pasando. Tampoco ayudaba aquel estado de soñolencia que solo hacía que lo viese todo peor. La boda, las razones, el enfado de Alastor, su distancia fría, una posible noche forzada donde hasta algo maravilloso podría tornarse en una pesadilla.

Sentía los ojos pesados y brillantes, solo quería romper a llorar continuamente.

«Estás obligada a casarte conmigo, pero no a ser mi esposa». Las palabras de Alastor resonaban una y otra vez.

Cerró los ojos mientras hiperventilaba. Vio que su acción sobresaltó a Paula que corrió a atenderla.

—Dile a quien sea —la escuchó decir enfadada—, que como esta no se ponga bien, tener clan va a parecer una broma comparado con la que voy a liar aquí.

—Estoy bien —se apresuró a responder poniendo la mano en el antebrazo de Paula.

Paula la miró con desconfianza y se apartó de ella. Luego su amiga dirigió sus ojos tornasolados hacia Moira. Junto a los colores llamativos del pelo, la piel y los ojos de Paula, los colores de la hermosa Moira parecían apagados y lúgubres.

Vio que Paula daba un paso hacia la joven Hunter.

—¡Paula! —Por un momento pensó que Paula era capaz de engancharla y su grito hizo que apareciese una silueta en el umbral. Era Ewan Úlster, sabía que su dormitorio estaba en el mismo pasillo, quizás por la propia vigilancia que habría impuesto Tanarys aunque nadie les hubiese dicho nada. Los Úlster seguían a su lado de alguna manera.

Paula se detuvo a centímetros de Moira.

—Estoy hasta las narices de vuestras putas normas y la facilidad con la que exponéis a otros porque no son de los vuestros —soltaba Paula—. ¿Y sabes qué?

—Paulaaaaa. —Hasta Inés intentó callarla.

—Que como le pase algo a Alba, me sentaré a ver cómo os fríen los ingleses. —A Paula le daba igual que la intentase callar—. No voy a levantar ni una puñetera mano por vosotros. Vuestra lealtad no vale una mierda.

—¡Paula! —La voz poderosa de Ewan hizo que el cuerpo de Paula se sobresaltase. No sabía que él estaba allí.

Paula se retiró de Moira para salir de la habitación.

—Y tú quítate de en medio —dijo Paula a Ewan sin detenerse a pesar de que su cuerpo casi chocó con el de él.

El lobo se apartó para dejarla salir. Vieron que Ewan desapareció del umbral tras Paula, quizás para seguir reprendiéndola. Aunque ya sabían que a ella le daría igual.

—¿Sabes que podrían colgarla por todo lo que ha dicho? —dijo la joven Moira despacio.

Inés y Alba callaron, claro que podrían colgarla. Había faltado a la hermana de un *laird* y había amenazado con traicionarlos.

Pero no veía a Moira ofendida ni enfadada, solo triste, decepcionada, asustada. Los ojos se le llenaron de lágrimas a punto de romper a llorar.

—Yo solo quería salvar a mi hermano. —Apenas podía decirlo—. Lo siento. —Se alejó de ellas—. Lo siento mucho. —La joven apresuró el paso para echar a correr.

Inés miraba la puerta ya cerrada.

—Vaya velatorio hoy —dijo su amiga y resopló.

—*Ine*, ayúdame a levantarme —le pidió—. Tengo que ir a hablar con Alastor.

—Da mala suerte dicen las viejas, ¿no?

Miró a Inés, no sabía si aquel comentario iba con ironía o no.

—¿Más mala suerte? Imposible —respondió.

—Tía, a ver si te vas a caer por el camino.

—Que no, que estoy ya mejor. —Y lo estaba, pero los movimientos bruscos la mareaban.

Inés la ayudó a levantarse.

—Ponte esto que te han dejado las mujeres aquí —le dijo Inés cogiendo una especie de vestido abierto azul, de mangas largas y abiertas, que cerraba con una cinta a modo de cinturón—. Es más fácil ponértelo que un vestido de los otros.

Asintió a su amiga y en pocos segundos estuvo envuelta en aquella tela suave.

—Yo no he abierto la boca, pero… —dijo Inés atándole la cinta de la cintura—. Pienso igual que Paula.

—Inés. —Era una conversación que necesitaba tener con sus amigas, quería retrasarlo puesto que Paula no estaba preparada, pero era una necesidad absoluta que al menos, por lo que pudiese pasar, Inés lo supiera—. Si todo eso pasase… —Cogió la barbilla de Inés para que la mirase—. Recuerda que Leonor es la señora de Lothian y su hijo el heredero del sur.

Inés apretó los dientes.

—Y os necesita a las dos —añadió Alba—. No podemos dividirnos y Leonor y James necesitan vuestra lealtad como si yo siguiera viva, ¿entiendes?

Vio el brillo en los ojos de su amiga y la propia Alba tragó saliva.

—No dejes que Paula haga una locura. —Fue capaz de decir a pesar de lo de la garganta—. No permitas que esto nos divida. Caíamos juntas, decidimos regresar juntas. Y hay que mantenerlo, pase lo que pase. —Movió la barbilla de Inés para que la mirase—. ¿Me lo prometes?

Inés se demoraba en responder, así que tuvo que zarandearle la barbilla. Su amiga al fin asintió.

—Te prometo que no nos volveremos contra los escoceses —respondió Inés—. Pero te juro que quien te haga algo va a pagarlo, sea de esta tierra o de la otra, aunque tenga que suplicarle a Ishtar y a Heracles que me abran un agujero.

Alba tuvo que contener la sonrisa, más causa de los nervios y la impresión que de las palabras de su amiga. Isthar y Heracles, aquellos que viajaban sin descanso a través de los agujeros. A ratos envidiaba su suerte, para una historiadora como ella era el sueño más maravilloso que podría imaginar. Demasiadas veces fantaseó con unirse a ellos si ocurría todo aquello que temía en las Lowlands.

Pero ahora sus temores se habían dado la vuelta por completo.

Inés dio un paso atrás para separarse de ella, quizás para comprobar que la estabilidad de Alba estaba regresando a su cuerpo.

Y ella sentía que estaba regresando. Respiró despacio, los efectos de las hierbas se irían, pero el miedo y la pena prevalecían. Eso no lo había podido remediar el sueño.

Alzó los ojos despacio hacia Inés. ¿Qué llegaría ahora? Una boda que Alastor rechazaba, un viaje muy distinto al que imaginaba y un nuevo plan.

Sobrevivir o morir.

A manos de ingleses o a manos de algún clan. Ya tenía sustituta.

—Alba… —Inés le cogió la mano para ayudarla a dar unos pasos —. Aun después de todo, no creo que Alastor piense ponerte en peligro —Inés negó con la cabeza—. No te expondrá, no lo permitirá.

Alba no respondió.

—Acuérdate de cuando él mismo se ofreció a casarse con Ceara Black para liberarme a mí —añadió Inés—. Y todas las veces que nos

ha ayudado. —Inés volvió a negar con la cabeza—. Sigo confiando en él.

Alba llegó hasta la puerta, Inés se la abrió para que saliera, pero ella sujetó el pomo con su propia mano.

—Ve a buscar a Paula, tal y como está no quiero que se meta en más líos —le dijo a su amiga.

—No puedes ir sola.

—Puedo y debo ir sola —replicó enseguida a Inés.

Sabía dónde podría estar Alastor. En aquella habitación de las columnas en la terraza, donde seguiría dándole vueltas a las nuevas circunstancias.

Inés no le rebatió, sabía que Paula le preocupaba tanto como a ella. No podían dejarla sola, ya Ewan habría puesto de su parte conteniéndola. No era el indicado, él la encendería más.

Salió del dormitorio y se sujetó a la pared mientras Inés cerraba. No avanzó hasta que perdió a su amiga de la vista en el pasillo escaleras abajo.

No despegaba la mano de la pared cuando comenzó a andar, no se fiaba, tampoco estaba familiarizada con el castillo, podría perderse. No eran sus horas más lúcidas precisamente. Se prometió no beber jamás ninguna de aquellas mierdas por orden de Alastor ni de nadie.

Contuvo la respiración y comenzó a subir escalones, uno tras otro, y se detuvo en el último. Pudo ver al *laird* McKenna junto a su hija Fiona y uno de los McDougal.

¿Serían capaces?

Ya no podía fiarse de nadie.

Se quitó con rapidez de su vista subiendo la siguiente tanda de escalones. Soportar aquellas miradas ahora era más difícil, estaban

repletas de reproches, como si ella los hubiese ofendido de alguna manera.

Llegó a la planta de arriba y vio la puerta doble custodiada por dos guardias de los halcones. Se acercó a ellos, que cuando la vieron no cambiaron su postura de vigilancia.

—¿Está Alastor dentro? —les preguntó.

—Señora, el *laird* no quiere ver a nadie.

Se le tensó la mandíbula de inmediato al oírlo.

—¿Puedes decirle que soy yo? Necesito hablar con él.

—El *laird* no quiere ver a nadie —repitió el soldado.

—Pero necesito hablar con él.

—A nadie. —El guardia parecía tener el reproductor de audio en bucle.

—¿Ni siquiera yo? —Siempre tuvo ciertos privilegios.

—No. —Los había perdido por completo.

Dio un paso atrás retirándose de ellos.

Paula no se iría de aquí sin hablar con él. Ni Inés. Ni Leonor.

Pero ella era la sensata, la cometida, la que no quería la más mínima atención.

La que siempre se conformaba.

Por eso aceptó tomarse aquella mierda y ahora seguía adormilada. Y tonta.

No, tonta no.

De ninguna manera.

Se abrió paso entre los dos, empujando al primero que intentó agarrarla, para poder golpear la puerta.

—¡Alastor! —gritó golpeándola de nuevo.

No podía con dos soldados, no tenía la fuerza de Leonor ni el genio de Paula, aunque pusiera de su parte.

—¡Alastor! —Más soldados acudieron por el pasillo con los gritos y golpes.

Hasta una de las damas más mayores de Moira había subido corriendo las escaleras.

—¡Sal de ahí! —gritó mientras la alzaban en el suelo.

—Traédmela aquí —gritó también la dama de Moira.

Sus palabras hicieron que Alba girase la cabeza.

—No acerques tus ungüentos a mí ni a ninguna de las mías —le soltó a la mujer, que enseguida abrió la boca como si aquello fuese la mayor de las ofensas.

Pudo ver cómo la puerta doble se abría y entró uno de los Hunter.

—Soltadme —les dijo a los soldados, que no aflojaron un ápice sus manos sobre ella.

El soldado que había entrado en la habitación del balcón de columnas no tardó en salir.

—Llevadla al dormitorio —ordenó el soldado.

Una orden que vendría desde dentro.

¿Qué estaba pasándole a Alastor?

Tendría que haber dejado que Inés y Paula la acompañasen, al menos hubiese podido liberarse de aquella gente.

—¡Alastor! —gritó ella con más fuerza.

Ahora ya se le habían despejado las dudas del por qué su cuerpo quería huir todo el tiempo. Más que nunca, en aquel momento, necesitaba huir.

No estaba Tanarys para tener alguien cercano a él que le pusiese cordura y explicación. No estaba Leonor. No estaba Maelys.

Solo estaba Alastor y uno de sus mayores apoyos en aquel mundo estaba distorsionándose. Era como volver a caer por el agujero, pero esa vez dirección a ninguna parte.

Un calor abrasador le subió cuello arriba alcanzándole hasta las orejas. Quería seguir gritando, como si no pudiese respirar sin liberar todo aquel fuego, y el único lugar de salida fuera su garganta.

—¡Soltadla! —Era la voz de Paula.

—¡Paula! —Ewan acababa de llegar a la última planta. No sabía la velocidad que habrían cogido los dos, Inés tardó más en llegar arriba.

Paula zarandeó el brazo de uno de los soldados. Vio a Ewan agarrarla y ponerle la mano enorme envolviéndole la boca, no sabía si para evitar que soltase burradas o para que no mordiese. La respuesta de su amiga fue un puntapié al soldado y un pisotón a Ewan.

—Aparta eso de mi amiga. —Paula había logrado zafar sus labios de la mano de Ewan. Sus palabras hicieron que Alba reaccionase. Había ya más damas Hunter y una de ellas llevaba un frasco de lo que parecían sales con el tapón quitado. Frasco que Inés le arrebató a la mujer y lo lanzó contra la pared. Tres soldados fueron a agarrarla a ella también.

Por un momento el cuerpo de Alba se hizo completamente ligero. Las circunstancias habían cambiado tanto que ahora sus propios amigos y aliados parecían los enemigos. Los mismos hombres que las escoltaron durante el camino, ahora las prendían como si fuesen

fugitivas. Y las damas de Hunter lo único que querían eran adormecerla con hierbas o sales.

Necesitaba la explicación del *laird*. No podía creer cómo aquello había podido cambiar tanto a Alastor. ¿Él había dado todas aquellas órdenes? ¿Para qué?

Vio a Moira en el pasillo con el rostro aterrado por lo que estaba presenciando.

No la culpaba, al contrario, la entendía. Ella solo quería la supervivencia de su hermano y el clan. Y si era sincera consigo misma, le pareció una jugada más que maestra para zafarse de que los ingleses metieran sus narices y su sangre en Escocia sin poner ni a una sola de los suyos en peligro, además de tener contentos a los clanes.

—¡Llevadlas al dormitorio y que no salgan de allí hasta esta noche! —decía el soldado que había logrado entrar en la habitación de las columnas donde seguía metido el *laird*.

Que a pesar del alboroto, de sus gritos, Alastor no se dignase a salir, solo aumentaba todo lo que estaba sintiendo por dentro. Y que le empujasen aún más las ganas de llorar.

Aflojó el cuerpo, ya no le hacían falta las sales, lo sentía rendido. Su gesto hizo que los soldados que la sujetaban fuesen rápidos en cargarla. Cerró los ojos, el vaivén por el pasillo aumentó el mareo y el malestar.

22

Alba

Cuando las mujeres que la habían vestido y peinado se fueron, Paula se apresuró a cerrar la puerta para que las tres se quedasen solas.

Las costureras habían sido rápidas en adaptarle el vestido, que a pesar de los años conservaba el blanco roto bastante limpio. Era liso, sin mucho encaje ni más adornos que la multitud de flores rosas pequeñas que le habían puesto las mujeres bordeando el escote.

Una improvisación con un buen resultado que hubiese apreciado en otras circunstancias. Con el mismo novio, sí, pero de otra manera.

Alba seguía sentada en el borde la cama, uno de los alfileres del pelo le hacía daño, lo había notado desde que se lo colocaron, pero hasta eso le daba exactamente igual. Su cuerpo seguía rendido, casi inerte. El mayor malestar lo llevaba por dentro, y no era por el miedo a los ingleses o a lo que pudiese pasarle, sino al repentino cambio de Alastor, a su frialdad y distancia.

¿Tanto le había afectado que lo obligasen a casarse con ella? Pensaba que la apreciaba aunque fuese en otro ámbito. Ahora no parecía que la quisiera tener ni cerca.

Paula se inclinó en el suelo y la pudo mirar a los ojos.

Hasta arreglada a la carrera y sin ganas, Paula era de una belleza absoluta. Su amiga guardó silencio un instante.

—Tú solo dinos que salgamos de aquí —le dijo en un tono serio y sin un ápice de ironía.

Alba pegó la lengua al paladar y tragó saliva.

Su clan, un clan ahora solo de tres.

Echar a correr, pero a dónde. Allí no sobrevivirían ni dos días y menos como furtivas. Abandonar el grupo era una especie de traición. Y por mucho que ahora no le gustase el color de las cosas, no iba a traicionar a Alastor ni aunque fuese de camino a una soga.

Negó con la cabeza. No entraba en su cabeza la traición a Alastor ni poner en riesgo a sus amigas.

—¿Está segura? —insistió Paula. Inés estaba de pie junto a Paula, esperando en silencio su respuesta.

—Estoy segura —respondió.

Paula se puso en pie.

—Pues vamos. —Su amiga dio media vuelta para colocarse cara a la puerta, pareció que iba a dar un paso adelante, pero Paula se detuvo—. Al fin y al cabo, es a quién tú quieres, ¿verdad?

Lejos de las bromas y de sus protestas, sus amigas sabían toda la verdad. Siempre lo supieron.

—O Alastor o ninguno en este mundo —añadió Paula y Alba tuvo que tragar saliva de nuevo—. Ni en el otro.

Exactamente eso.

Siempre fue así.

Alzó la mirada hacia la espalda de Paula.

—Entonces levántate y vamos —dijo su amiga.

Inés le ofreció la mano para levantarse y ponerse en pie.

—Pero él no quiere. —Cogió la mano de Inés, pero no hizo el intento de levantarse—. Mira cómo ha reaccionado.

Paula se giró para mirarla y negó con rapidez con la cabeza.

—No me lo creo de Alastor. —Paula miró a Inés pidiendo la confirmación de ella. Inés negó con la cabeza también—. Yo no me

lo creo.

—Yo tampoco —dijo Inés.

Inés tiró de ella para ponerla en pie.

—Ni siquiera quiere verme. Ni siquiera me ha mirado a la cara desde que se tomó la decisión en el salón. —Se dejó llevar por la inercia del tirón que Inés le había dado y se puso en pie.

—Yo solo sé que vi cómo abrías un agujero en el aire frente a ti, en la cima de una colina —replicó Inés—. Y a través de él atrajiste hacia nosotras a Alastor para que salvase a James.

Le brillaron los ojos al oírla.

—Eso ya acabó, ya escuchaste a Maelys. —Tuvo que cortar a Inés.

Inés dio un paso hacia ella para acercarse más.

—Eso no acaba en la vida —respondió su amiga dirigiendo una mirada fugaz a Paula.

—Se fue. —Alba alzó un brazo y se retiró la manga para que viese su piel—. No está.

—Queda el recuerdo. —Vio que los ojos de Inés brillaban también. Quizás porque sabía bien de lo que hablaba—. Eso es lo que no acaba.

Alba apretó los labios y pegó la lengua de nuevo en el paladar, mientras dirigía una mirada también a Paula.

Las tres sabían bien lo que significaba aquello.

Entonces entendió que su dolor no estaba solo.

Bajó la mirada enseguida y agarró la mano de Inés.

—Vamos —le dijo a su amiga.

Paula se dirigió hacia la puerta para abrirla, antes de hacerlo giró la cabeza para mirarlas. Vio que la expresión de Paula se tornaba similar a la ironía que solía preceder a sus burradas. Pero no fue un gesto suelto y material, quizás intentaba quitarle tensión al momento.

—Dentro de todo esto… —dijo.

Ya viene, ya viene…

—Después del Neil de las narices lo vas a flipar esta noche —soltó.

Su reacción con Paula, a pesar de cualquier circunstancia, siempre era la misma, darle un manotazo que esa vez su amiga no rehuyó. Inés esbozó una sonrisa.

—Menos mal —dijo Inés—. Parecía esto un velatorio en vez de una boda.

—Va a casarse con el tío más guapo de por aquí —añadió Paula —. Y mira la cara que lleva.

Alba dejó caer los párpados para mirarla.

—¿Ya no es Ewan?

Paula sacudió la cabeza.

—Mi lobo es del norte. Por cierto, no sé si podrá sujetar la espada hasta mañana —respondió Paula abriendo la puerta.

—¿Le has mordido? —Inés empujó a Alba para que saliese.

—¿Qué iba a hacer? Es que no se me puede tapar la boca cuando quiero hablar —replicó Paula.

Se detuvieron al ver el suelo repleto de pétalos de flores.

—¿Y la manía de esta gente de echar esto por todas partes? Con la peste que dan. —Paula retiró algunas con el pie—. Huelen a pasto, coño.

—Pues imagínate cómo olerán algunas novias si piensan que con esto huelen mejor —dijo Inés.

Alba miró a un lado y a otro del pasillo, no había nadie.

—¿Dónde están? —preguntó. Lo último que esperaba era que las dejasen solas.

—Les dije que se fueran, que no queríamos a nadie —dijo Paula y Alba le lanzó una mirada de reprimenda quizás exagerada por los nervios.

—Pues dime tú cómo sabemos a dónde tenemos que ir —protestó Alba—. No está la noche para estar perdidas por aquí.

Paula se adelantó a ellas y volvió a apartar las flores con el pie.

—Sigamos el camino de baldosas. —Las flores crujían con las pisadas de Paula—. O las migas de pan, lo que más os guste.

—Los dos caminos llevan a brujas. —Inés la seguía.

—Vamos, anda. —Paula miró a Alba—. Ahora tiene mejor color, parece. Menos mal, porque parecía la novia cadáver.

La dejaron pasar delante, Paula se inclinó hacia su hombro.

—¿Te acuerdas cómo se chinga? —le preguntó en un susurro que hizo que Inés riese al otro lado.

No sabía si era por quitarle los nervios, pero Paula volvía poco a poco a ser Paula. Esa vez había resultado tan fresca y natural como siempre.

—Después de tantos meses aquí… —añadió su amiga arrugando la nariz—. Te lo digo porque a mí de vez en cuando me entran unos calores que me muero. Vamos, que mejor que no tenga a ningún soldado de esos cachas cerca cuando me entran.

Inés se detuvo y la miró.

—¿En serio, tía?

Paula asentía con la cabeza.

—En serio. —Estaba claro, regresaba la frescura—. Y estos días con los picores de las gasas, mejor no te lo cuento.

Inés dio una carcajada.

—Pues a Ewan lo tienes cerca.

Paula alzó el dedo y negó con él.

—Su péndulo no me interesa. Cualquiera lo aguantaría después. —Hizo una mueca—. Tiene el ego al límite ya de por sí. —Paula sacudió la cabeza.

—Y yo me creo que no te interese… su péndulo, como tú lo llamas. —La voz de Alba hizo que ambas se detuviesen y la mirasen desconcertada.

Y vio en el rostro de sus amigas que les había gustado que participase también en la conversación.

Paula entornó los ojos con ironía.

—Péndulo el que te vas a trincar hoy —le soltó su amiga y Alba abrió la boca—. Que como todas sus obligaciones las haga con la misma dedicación, mañana vas en el carruaje.

Inés tuvo que sujetarse en la pared para reír. Las carcajadas resonaron por la galería, se escucharían hasta abajo.

Desde luego que ya sabrán que vamos de camino con estas risas que se escuchan.

En cuanto bajaron el último escalón, pudieron ver gente a mitad del pasillo, donde este se ensanchaba. Al menos dos MacDougal con otra gente del clan Hunter, hombres y mujeres. Todos dirigieron su mirada hacia ellas.

—No nos hemos perdido —dijo Inés y la oyó exhalar el aire.

Inés y Paula se colocaron detrás de Alba y esperaron a que ella decidiese avanzar.

—No sé cómo lo hacemos —decía Paula—. Pero salvo unos meses tranquilos, siempre andamos metidas hasta el cuello en todos los líos de aquí.

Y llevaba razón. Solo unos meses tranquilos y volvían al centro de la tensión y el peligro.

—Si Ishtar y Heracles nos pudieran hacer volver. —Era la voz de Inés—. Si aparecieran aquí ahora mismo…

Alba se detuvo y bajó la cabeza. Pegó la lengua al paladar y tragó saliva.

Si Ishtar o Heracles llegasen allí y le ofreciesen la oportunidad de escapar de todo aquello…

Contuvo la respiración y alzó la mirada hacia la puerta de la capilla. Más Hunter se agolpaban allí. Alastor estaría dentro. Y en cuanto cruzase la capilla y pasase a ser la señora del *laird*, impuesta o no, el peligro en tierras inglesas que rodease a Alastor pasaría a envolverla también a ella.

Volvió a tragar saliva mientras el brillo y el peso de los ojos aumentaba.

—Les diría que no —respondió a Inés.

Sintió la mano de su amiga en su brazo, apretándole levemente. Alba se giró despacio para cruzar una mirada con su amiga. Inés asintió.

—Era lo que esperaba escuchar. —La joven sonrió.

Paula se alzó tras ella para mirar.

—¿Y a este qué le pasa? —dijo y Alba movió la cabeza para mirar hacia el pasillo de nuevo.

Ewan había salido de la capilla y se acercaba a ellas.

—Sabemos el camino —le soltó enseguida Paula—. Aire.

Inés tuvo que darle un codazo a Paula para que se callase.

—Soy el pariente más cercano que tiene aquí —dijo colocándose junto a Alba y delante de Paula.

—¿Pariente? Estamos las tres solas, vete —seguía Paula.

—No. —Ewan tiró de Alba para que lo adelantase también a él—. De momento, los Úlster responden por vosotras.

Alba se detuvo de nuevo y con un leve sobresalto miró a Ewan. Que Ewan hubiese tomado una decisión así con su clan hizo que el brillo de los ojos y la tirantez de su garganta aumentasen tanto que la imagen de Ewan se emborronase con las lágrimas.

—Sí, claro, ahora vas a venir de salvador, qué te gusta el protagonismo. —Paula seguía quejándose—. Y no te pongas delante de mí que no veo.

Alba tuvo que contener la sonrisa al ver la expresión cansada de Ewan escuchando a Paula, pero el joven no le respondió, solo esperaba su propia respuesta.

Acercó su mano hacia el brazo de Ewan y lo apretó.

—Gracias —le dijo y él negó levemente con la cabeza quitándole importancia. Pero sí la tenía. Ahora él y sus soldados sumaban un nuevo peligro ante el enemigo e incluso ante otros clanes.

Ewan sacó del cinturón un broche del lobo y lo acercó al vestido de Alba.

—Déjame a mí porque le vas a hacer un agujero. —Paula se lo quitó de la enorme mano para colocarlo ella. De camino se metió entre él y Alba, y lo empujó hacia atrás con el culo para que se apartase.

Alba tuvo que contener la sonrisa de nuevo. Miró de reojo a Inés que se había puesto la mano en la cara riendo.

Paula terminó de colocarle el broche, visible para todos, para que supieran que no estaba del todo sola, que el clan más temido de Escocia velaría por ella. Un gesto de Ewan que apreciaría todo lo que le quedase de vida.

—Gracias —le dijo de nuevo a Ewan, esa vez la emoción se reflejaba en su voz.

Paula había agachado la cabeza y se había girado levemente hacia la pared, lo que hizo que Alba dirigiese la mirada a su amiga. No sabía si Ewan la había visto, seguramente sí, el lobo no solía apartar demasiado tiempo la mirada de los ojos tornasolados de la joven. Por mucho que Paula hubiese intentado esconderlo protestando y echándolo de allí, era la primera de las tres a la que la había atravesado el gesto del lobo.

Seguía de espaldas a ellos. Alba cruzó una mirada con Inés y esta sonrió.

—Gracias —le susurró Inés a Ewan, luego inclinó la cabeza hacia Paula—. Y gracias también de su parte.

Ewan miró de reojo a Paula, vieron en su expresión que él no esperaba nada de Paula y lo tenía asumido. Cuando volvió a mirarlas a ellas, Inés le hizo una mueca, indicándole que no le echase cuenta a su amiga, y aunque no era muy frecuente, vieron que Ewan apretó los labios conteniendo una leve sonrisa mientras negaba con la cabeza.

—Vámonos ya, que se estarán aburriendo esperando. —Paula ya habría acabado de contener lo que fuese que tuviese en los ojos.

Pero no del todo, seguían brillantes y con el color más transparente e intenso que de costumbre. No alzó la mirada hacia Ewan, al contrario, lo rodeó para quedar a su espalda.

—¿Ahora no te importa no ver? —le soltó Inés viendo que su amiga huía de la mirada de Ewan.

—Así me tapa el viento de las ventanas, que es frío —replicó su amiga.

Moira salió al pasillo también. A medida que iban pasando las horas, el aspecto de la chica iba cambiando a peor. Estaba completamente pálida, con los ojos hinchados de llorar a ratos. Alba seguía sin poder culparla por lo que había hecho.

Moira amaba a su hermano, de eso no había dudas.

Llevaba un pequeño ramo de flores.

—¿Más jaramagos que huelen a pasto? —protestó Paula—. ¿En serio?

Ewan se giró levemente para mirarla tras su hombro.

—¿No puedes callarte ni en un momento así? —le dijo él.

—Desde luego que no, y ahora con lo que me has dicho menos —replicó ella.

Ewan negó con la cabeza.

—No sé cómo la aguantáis. —Lo oyeron decir dando unos pasos hacia delante para retirarse de ellas y dejar pasar a Moira.

Moira llegó hasta ellas tres y le tendió el ramo de flores, que hacía juego con las pequeñas que llevaba en el escote, para que lo cogiese.

La joven esbozó una leve sonrisa forzada al dárselo.

—Gracias. —Alba lo cogió.

—Bienvenida al clan Hunter —añadió Moira .

Alba asintió con la cabeza y notó cómo se le erizaba el vello espalda abajo. A ratos se le olvidaba que quien esperaba dentro

para casarse con ella era Alastor. No en las circunstancias que ella quería, pero él. O él o ninguno, siempre lo dijo. Y fue él.

Contuvo la respiración y oyó el crujido de las flores, Paula había metido el dedo y hurgaba en el ramo.

—Es como los rellenos esos que ponen en los ramos de allí, de flores minúsculas —decía Paula y se calló cuando Alba retiró de ella el ramo.

—Cállate ya. —Tuvo que decirle al fin y vio que Ewan contenía la sonrisa de nuevo.

Paula apretó los labios e irguió la espalda. Había aceptado al fin guardar silencio y miró a Moira de reojo, que esperaba paciente a que acabasen.

La joven alargó la mano hacia la suya y la miró a los ojos.

—Alba —dijo la joven—, quizás no fui consciente de todo lo que conllevaba cuando lo pensé. —Moira se detuvo para coger aire por la boca, vio que de nuevo rebotaría el llanto.

Aquella joven debía dejar de mortificarse o acabaría enfermando. Alba le apretó la mano, gesto que hizo que el cuerpo de Moira se sobresaltase y el llanto de la chica comenzó de inmediato.

Alba miró a Inés y Paula para que se retirasen, esta última lo hizo a regañadientes, pero las dejaron solas.

—De verdad que lo siento. —La oyó balbucear entre gemidos.

—Moira. —Pero ella parecía no escucharla, seguía con el pecho emitiendo ruidos de todo tipo mientras se tapaba la cara con la mano que tenía libre.

Alba tuvo que sacudirle el brazo para que al fin la chica reaccionase y la mirara a los ojos.

—No tienes que sentir nada —le dijo viendo cómo las lágrimas le caían desde las mejillas hasta los labios—. No tienes que lamentar

nada.

Moira parpadeó y las lágrimas corrieron por su cara a más velocidad.

—Y yo haré lo que esté en mi mano para que Alastor venga de vuelta contigo —añadió Alba y sus palabras hicieron que Moira contuviese del todo sus lamentos y abriese los ojos enormes mirándola fijamente.

—Quieres a mi hermano —dijo la joven a media voz, y no sonó del todo a pregunta.

Pero esa era una afirmación que no era capaz de reconocerse en voz alta ni a ella misma.

Así que rodeó despacio a Moira para seguir adelante.

—Alba. —Oyó decir a Moira a su espalda y se detuvo—. Deseo de todo corazón que vuelvas a la casa Hunter junto a él.

Alba no respondió, quizás los deseos de Moira procedían más de la mortificación y el sentimiento culpable que del corazón. Pero aun así se lo agradecía.

—¿Aunque sea una extranjera? —Alba bajó la mirada hasta el suelo.

—Da igual quien seas —respondió con rapidez la joven—. A partir de esta noche serás la señora de los Hunter.

¿Y por cuánto tiempo?

Era como encender un reloj con la cuenta atrás.

—No por deseo de tu hermano. —En cuanto hubo acabado la frase se arrepintió de haberla dicho.

Se hizo el silencio un instante. Sintió que Moira se acercaba a su espalda.

—Los deseos de mi hermano son complejos —dijo la joven en un susurro, luego bajó la cabeza rozando con la frente la piel de Alba—. Pero hasta en ellos tú serías la única esposa del *laird* posible.

El cuerpo de Alba se sobresaltó mientras la piel se le erizaba. Se giró para mirar a Moira y que le diese una explicación de lo que le acababa de decir. ¿Alastor estaba de acuerdo también en casarse con ella para liberar a los clanes de un conflicto con los ingleses a pesar de ser una extranjera?

¿Por eso esa distancia y ese empeño en adormecerle los nervios? ¿A partir de ahora sería como un cordero amarrado a un árbol en una colina de lobos?

Moira se había alejado de ella hacia sus damas para entrar en la capilla. No le quedó más que tragar saliva para contener el tintineo de la garganta y dio un paso al frente.

Esto es lo que hay.

Seguía dando pasos hacia la capilla, ya no quedaba nadie en el pasillo, ni siquiera sus amigas.

Venga, Alba. Vasa casarte con el hombre de tus sueños.

Teniendo en cuenta que allí podrían casarla en cualquier momento con cualquiera, había tenido suerte al extremo. Una sola posibilidad en una ruleta enorme, interminable, que había girado las veces suficientes hasta que la aguja marcó al *laird* de los halcones. Que fuese un *laird* o un campesino le daba exactamente igual. Era más, siempre prefirió que Alastor fuese cualquier soldado, entonces nada de lo malo que lo rodeaba existiría. Ni el acuerdo entre clanes, ni el enfado de los escoceses, ni los ingleses… ni la multitud de damas haciendo cola a su muerte.

Llegó hasta la puerta y se giró para colocarse de frente. La capilla estaba llena de Hunter en las primeras filas, después estaban los Úlster, los McKenna y los McDougal.

Y al fondo y en medio de todos ellos, estaba Alastor.

Y lo vio guapo. Guapo como si no hubiese más hombres en la tierra que él. Una de las cosas que más le llamaba la atención de Alastor era que hasta a larga distancia se podía apreciar el turquesa de sus ojos, como si estuviesen rellenos de agua.

Alba bajó la mirada hasta el suelo, nunca le gustó que nadie la mirase, de hecho se había acostumbrado a estar siempre a la sombra de las miradas. Con Paula cerca era fácil y cómodo.

El bochorno del silencio mientras decenas de ojos se paraban en ella, sabiendo lo que podría estar pensando uno por uno, hizo que comenzase en su cara la sensación de tener pegado un papel mojado. El bochorno ascendía con cada paso.

Y los nervios, y la ligereza de piernas, y el leve tembleque de manos que apretó en el ramo.

Al final de aquel camino estaba el motivo por el que aquello estaba siendo un sueño y una pesadilla, a la vez aunque le pareciese imposible.

Llegó hasta el *laird* y alzó los ojos despacio hasta los oceánicos ojos de Alastor. Después de lo de la noche anterior y de lo de aquella mañana, no esperaba que él la estuviese mirando.

Le encantaba el tono anaranjado de los gruesos labios de Alastor, que formaban un pequeño pico en medio de su labio superior, que cerrado encajaba a la perfección con la curva de su labio bajo.

No sonrió un ápice al verla. Tampoco lo esperaba. Sin embargo, el *laird* no apartaba los ojos de los suyos, gesto que hizo que parte de la tensión que llevaba por el camino se disipaste. Ya lo sabía de antemano, no sabía a dónde la llevaría aquello, pero aunque fuesen escasas las cosas buenas, si las había, habría merecido la pena. Y si parte de su acto podía poner a salvo y en mejor posición a Alastor, su paso por el medievo no habría sido en vano.

—Lo siento. —Lo oyó murmurar mientras le cogía una mano, para luego girarse y subir los tres escalones que los llevaban a una especie de banco frente a un altar de flores donde había un clérigo de pelo cano y rostro seco y arrugado. Quizás junto al viejo Murray, un anciano especialmente longevo, no muy habitual en aquellas tierras.

Cogió firme la mano de Alastor y subió con él los escalones.

Ya había presenciado varias bodas en aquellas tierras. No solo la de Leonor y la de Inés. Hubo más de gente que no recordaba sus nombres. No sabía qué interés tenía Paula en no perderse ninguna en el castillo Douglas ni en sus alrededores. Quizás porque a su alocada amiga le gustaba visualizar posibilidades irreales en su cabeza. Y en todas ellas estaba segura de quién sería el afortunado.

Y ya después de lo que estaba ocurriendo hasta lo más inverosímil le parecía posible.

No sabía que aquellas lianas de hojas con las que ataban manos y muñecas eran tan bastas y picaban tanto. De lejos no lo parecía, hasta lo recordaba como un gesto hermoso. Era incómodo y apenas podía mover la mano porque las veía tan inestables que se romperían al menor movimiento. Y ya que simbolizaban la unión sagrada, era una tristeza que el matrimonio empezase ya con unas cintas rotas.

Miró de reojo a Alastor cuando las damas acabaron de atarlos, y se encontró por un momento también con aquellos iris intensos, antes de que el clérigo los llamase a atenderlo.

Alba contuvo la respiración en un intento de amortiguar el acelerón de pulsaciones que le había sobrevenido allí arriba. Aun parecía estar soñándolo todo. Tenía miedo, cómo no iba a tenerlo. Y seguía a ratos teniendo ganas de correr o llorar.

Pero tener la mano unida a la de Alastor, sabiendo que era él la que la estaba agarrando, su tacto cálido y su forma segura y protectora de agarrarla, hacía que aunque no quisiese mirarla,

aunque se disculpase al tocarla, aunque no hubiera querido dirigirle siquiera la palabra desde el acuerdo, dejase de tener importancia.

Por todos los demonios, es él.

El mismo Alastor que la defendió a ella y a Leonor de sus propios soldados a pesar de que no las conocía y eran unas simples plebeyas vestidas de harapos.

Bajó despacio la mirada hacia unas guirnaldas de flores que tenía la baranda del altar y la mantuvo allí mientras aquel clérigo hablaba en latín, un idioma muy similar al suyo materno, pero que apenas podía deducir.

Y recordó las palabras de Inés momentos antes sobre los agujeros del tiempo y aquella fuerza que era capaz de abrirlos para que no hubiese distancia entre ellos.

Una corriente eléctrica pareció recorrerle el brazo, quizás un recuerdo, una memoria corporal absoluta de lo que la hacía sentir el vínculo más absoluto y placentero que experimentaría en la vida. Fue un privilegio poder tenerlo aunque fuese por poco tiempo.

Porque no lo olvidaría jamás. Ni ella ni su propio cuerpo.

La corriente aumentó erizándoles el vello por completo y haciendo que le brillasen los ojos. Apretó levemente la mano de Alastor sin ser muy consciente de su acto. Con el rabillo del ojo pudo ver cómo el cuerpo del *laird* se movía.

Cruzó una fugaz mirada con él. Y la corriente aumentó, aumentó tanto que tuvo que bascular el cuerpo y entreabrir la boca al recibirla.

Bajó enseguida la mirada hacia su mano unida con la de Alastor.

¿Un recuerdo produce esto?

Después de su conversación con la parte mística que era Maelys y la parte científica que eran Ishtar, Heracles y los suyos, supo que

todo se debía a inercia y a gravedad. Como el sol y los planetas. Una mera atracción o repulsión.

Polos positivos y negativos que las empujaban de un lado a otro como una pelota de ping pong. Quizás habían quedado restos en ella y en él de esos polos positivos y negativos.

Y ahora que mantenían el contacto de la piel se estaba haciendo evidente su presencia.

Tuvo que abrir la boca, la respiración se le había acelerado sobremanera, de hecho hasta en el movimiento de su pecho estaba siendo evidente. Subió con rapidez la mirada hacia los ojos de Alastor.

También lo está notando.

Y estaba tan sorprendido como ella. También él estaría seguro de que de aquello ya no quedaba nada.

Pero estaba allí, y era tan evidente que la ligereza y los nervios que sentía comenzaban a dispararse.

Sintió el peso en los ojos. Si había algo que necesitaba en aquel momento más que nunca, era una señal como aquella para saber que todo lo que estaba ocurriendo era lo correcto.

Porque aquella corriente, aquella fuerza de gravedad era lo que le hacía recordar las razones por las que había recorrido el tiempo hasta arraigarse con fuerza en aquella tierra.

La corriente desaparecía despacio. Cerró los ojos para concentrarse en los últimos segundos en los que el vello se elevaba en todo su cuerpo.

Envidió a Leonor, que pudo sentir aquello tanto tiempo. Al resto solo les fue prestado unos momentos.

Sentía la gravedad de su cuerpo de nuevo y cómo volvía a agarrarse al suelo. Entreabrió los ojos, ni siquiera escuchaba lo que

estaba diciendo aquel clérigo, pero la miraba a ella en aquel momento.

Si le había preguntado algo, no tenía ni idea de qué tenía que responder. Miró con rapidez a Alastor, pero este no la miraba a ella. Volvía tener la mandíbula tensa mirando al frente.

Y ahora qué.

Volvió a mirar al clérigo, que ahora cruzaba una mirada con un anciano de los Hunter. Vio al *laird* McKenna contener la sonrisa.

¿Pero qué pasa?

—Sigue. —Oyó la orden de la voz de Alastor.

El clérigo carraspeó la garganta y siguió con el recital en latín.

No sé qué no he hecho, pero he metido la pata.

Giró la cabeza buscando entre los asientos a Paula y a Inés. Inés le hizo una seña que no entendió, y Paula estaba distraída fulminando con la mirada al risueño *laird* McKenna, pero Inés le dio un manotazo en el hombro y su amiga al fin la miró.

Paula fue más gráfica manoteando en el aire en un «estás gilipollas» y sacando los labios en un beso.

Alba enseguida se irguió y si no se llevó la mano a la cara fue porque no tenía ninguna libre.

Madre mía.

La ofensa a Alastor había sido de aúpa. Primero con los ojos cerrados y concentrada en otra cosa, que desde fuera podría interpretarse como querer echar a volar de allí. Luego petrificada sin ubicarse bien y sin reaccionar.

Una ofensa delante de todo el clan Hunter, que ahora la miraban como si fuera un ser despreciable, soberbio y desagradecido. Y una ofensa delante del resto de presentes.

Y yo me voy a morir ahora mismo.

Miró enseguida a Alastor, seguía sin mirarla y seguramente no volvería a hacerlo en lo que quedase de ceremonia.

Apretó su mano para llamar su atención y lo vio mirarla de reojo.

—No lo había oído —susurró, pero hasta su susurro hizo que el clérigo interrumpiese lo que estaba diciendo.

Alastor bajó la cabeza y la piel de su mandíbula se movió, luego negó levemente con la cabeza.

—Sigue —volvió a ordenarle al clérigo, esa vez con voz más regia que antes.

Esto no hay quien lo arregle ya.

Alba apretó los dientes, ahora sí que quería que la tierra la tragase y la escupiese en Triana como poco.

Exhaló el aire por completo. Si antes sentía a Alastor distante y frío, ahora y a pesar de tenerlo atado por una mano, lo percibía a siglos de distancia.

23

Rocío

Olían a pasto y a mierda de cerdo. Sucios, con pelos grasientos que aplastaban sus rizos en la frente y el cuello. Hasta sus barbas apestaban.

Qué horror.

La habían atado a un árbol, a unos tres metros de ellos y de la cancela. Y a muchos más metros de otros utensilios y caballos.

La cuerda era basta y no resbalaba para poder soltarse. No había forma de echar a correr a ninguna parte, la cogerían antes de que diese tres zancadas.

Esa vez sí que estaba jodida.

Aquellos hombres no dejaban de decir chorradas, aun así había podido ubicar algo de información sobre gente que no conocía.

Se esperaba que atravesase la frontera un *laird* de halcones, que no tenía ni idea de lo que era, pero hablaban de él con asco.

El hombre de la barba oscura al que llamaban Stanford tenía familia con ese *laird* halcón, un primo. Y lo odiaba. Y también odiaba a la puta que estaba casada con él, que ya dudaba de que ella misma la conociese, porque cuando nombraban a aquella traidora la miraba a ella.

Al menos estos la habían creído que era hermana de Paula. Pero ser hermana de Paula era algo malo.

Y los gilipollas de los otros no me creían, que era del mismo bando de mi hermana, creo.

Había podido distinguir dos apellidos entre aquella gente, que más parecían pordioseros que soldados: Black y Northcliff. Y hacía unas horas se habían cruzado con soldados muy bien vestidos de ropajes azul marino que le recordaban a los mosqueteros franceses aunque nada tenían que ver ni en tiempo ni en espacio, los Bellerose.

Y todos ellos vigilaban si los escoceses con un lobo del norte tramaban algo.

Ya sabía que ese lobo guardián del sur era el marido de Leonor. En teoría su Leonor, la de Triana.

Pero allí ser cercano a ellos era un problema que te hacía acabar atado a un árbol. Y si cerca de los de Kaleb tenía miedo, lo que estaba pasando junto a esos era otro nivel.

Le lanzaron un trozo de carne chamuscada y algo mordida.

—Agradece por lo menos que compartamos nuestra comida —dijo uno de ellos.

Rocío dirigió la mirada hacia el trozo de carne, le había caído cerca de un pie, tenía las manos atadas al árbol con medio metro de margen de cuerda, solo podría cogerlo con la boca. Y le daba fatiga acercar su boca a un trozo de carne mordida. Sí, llevaba tiempo sin comer más que huevos crudos, pero no el suficiente tiempo.

Lo del agua ya sí empezaba a ser preocupante. La sed no se saciaba con nada y menos con los botijos malolientes. Aparte el frío comenzaba a enfermarla y no paraban de caerle mocos acuosos de la nariz. Ni siquiera podía limpiárselos bien con las cuerdas.

—¡Eh, tú! —le preguntó Stanford.

Rocío alzó la mirada hacia él.

—¿Cuánto tiempo llevas sin ver a tu hermana?

Rocío negó con la cabeza.

—Tiempo. —Tiempo real una semana, pero ya le dijeron que allí el tiempo pasaba diferente. No quería meter más la pata. Solo quería escapar y echar a correr hacia donde fuera, lejos de aquellos tíos apestosos.

—¿Alguna vez has estado en Lothian? —preguntó de nuevo Stanford y la joven negó con la cabeza.

—¿Y si es mentira? —dijo otro de ellos lanzando otro trozo de comida que Rocío ni miró—. Hambrienta no está, desde luego, aunque vista de harapos.

—Y ha usado pendientes. —Otro le lanzó una fruta rosada que se rompió al estamparse contra el árbol. Rocío tuvo que esquivarla para que no le diese en la cabeza—. Mira sus manos, no es una campesina.

—¿Y qué hace vestida de harapos? —preguntó otro.

Stanford la miró fijamente.

—¿Para esconderte? —dijo sin apartar la mirada de ella y empezó a reír—. ¿Esconderte de quién, joven dama? —Y entornó los ojos.

Vaya mierda de infierno a donde he ido a caer.

Apoyó la nuca en el árbol. La dejarían atada toda la noche. Cada vez estaba más lejos de Lothian o eso decían. No sabía a dónde la llevaban, pero estaba segura de que tendría que aprovechar el más mínimo descuido para escaparse aunque fuese para lanzarse por una colina o río abajo.

Tengo que escaparme de esta gentuza, porque lo que sea que planeen conmigo no es nada bueno.

Aunque los otros tampoco era que tuviesen planes mejores. Necesitaba huir como fuese de unos y otros y llegar a algún pueblo, si es que lo había, y ver la forma de llegar hasta Paula.

—Si es mentira —Stanford mordió una de aquellas frutas blanduchas y el líquido le chorreó por la barba. Rocío tuvo que contener una arcada—, te colgaré de un árbol después de dejarte una noche con mis soldados.

La joven cerró los ojos.

Colgarme, degollarme, violarme…

Allí no parecía encontrar otro destino ni en un bando ni al otro. Uno de los soldados hizo un comentario obsceno que la hizo encogerse y el resto rompió en carcajadas.

O te escapas o te matan.

La pesadilla continuaba e iba a peor por momentos. Y aunque pasase miedo sola en mitad de la oscuridad, lo prefería a estar entre gente así. Si no rompía a llorar era porque ya no le quedaban lágrimas. Le escocía la cara, el viento le había quemado el recorrido de las numerosas lágrimas del día anterior y las de ese mismo día.

Ni siquiera sabía cómo el pecho le había soportado el terror continuo sin explotar.

Tanteó con la mano en el suelo, si encontraba una piedra vasta quizás podría raspar la cuerda y liberarse aunque le llevase horas. En muchas películas había visto raspar cuerdas en la corteza de árbol, pero era demasiado ruidoso y lento, además la corteza se rompía antes de cortar.

Menuda estafa de películas.

Allí no había héroes, solo villanos.

Cogió una piedra y se la escondió bajo la pierna. Pasó el dedo por el borde.

No vale.

Tanteó hasta encontrar otra. Tampoco tenía rugosidad.

—¿Qué haces? —Se sobresaltó al escucharlo en su espalda.

Uno de los soldados habría ido a vigilar a ese lado o a hacer necesidades a los arbustos.

—¡Stanford! La gata quiere escaparse —rio acercándose a ella.

El resto rompió en carcajadas de nuevo.

Vio alzarse la bota del soldado y caer de lleno en su muslo, la hizo gritar y encogerse, y de inmediato recibió un puntapié en el estómago que la dejó tosiendo de nuevo como aquella mañana.

—Mujeres. —El soldado escupió, que le hubiese caído encima o no era el menor de sus problemas. Si seguían golpeándola así acabarían rompiéndole algo. Si no lo habían hecho ya. No podía mover el muslo derecho, se le había quedado completamente bloqueado.

Oyó un grito y un sonido chirriante, alzó la mirada, pero no pudo ver nada. Le cayó de inmediato algo líquido encima ,y el propio soldado maloliente. No pudo contener un grito histérico. Luego otro al sentir el peso completo del hombre, y luego otro al ver que el líquido que chorreaba en su propia cara era sangre.

La pierna se le desbloqueó de inmediato y empezó a patear al soldado para quitárselo de encima mientras los sonidos y voces se multiplicaban a su alrededor. El soldado seguía soltando chorros de sangre por la boca y Rocío dio otro grito repleto de histeria, como si hubiese enloquecido de repente. Sacudió sus piernas y se alejó del cuerpo todo lo que le permitió la cuerda.

Consiguió acuclillarse y limpiarse la ceja y el ojo con la capa y levantó la cabeza para ver. El fuego se había extendido iluminando la dantesca escena y se llevó la mano a la boca para volver a gritar. Un grupo de soldados atacaban a los hombres de harapos y estaba comprobando que allí los ataques no eran ninguna broma.

Tiró de las cuerdas en un ataque de locura por querer escapar, pero estaba perfectamente atada al árbol con una doble vuelta. Podía sentir cómo la tela empapada en su cuello comenzaba a mojarle la piel, y no estaba mojada de agua precisamente.

Aunque pensaba que ya no le quedaban lágrimas, no era cierto, siempre había lágrimas reservadas para el auténtico pánico. Y estas le emborronaron la lucha mientras jadeaba casi asfixiada.

Oyó otro chirrido muy cerca y alzó la mirada, seguía sin ver con claridad, su llanto había aumentado. Vio frente a ella una espalda enorme y el pelo despuntado oscuro con una forma peculiar que ya conocía.

Era Kaleb.

Todo el cuerpo le comenzó a temblar. No sabía las intenciones de unos y otros, pero en ambos bandos su vida peligraba.

Tenía que huir como fuera de allí. Gateó hasta el soldado moribundo o ya muerto y acercó la mano temblorosa a su cuerpo, tan temblorosa que ni siquiera era capaz de atinar al cinto para coger algo que cortara las cuerdas.

Y encontró un cuchillo. Lo sacó y se le cayó a la tierra. Con aquel temblor era incapaz de hacer ninguna acción controlada, era como en los sueños en los que no podía correr ni moverse con libertad.

Se dejó caer de cara al suelo para abrir la boca y morder la empuñadura para sujetarla, al menos sus dientes la obedecían mejor.

Los cuchillos allí podrían cortar cabezas, porque las cuerdas parecieron mantequilla. Liberó una mano, solo le quedaba la otra. Escupió el cuchillo y lo cogió con la mano liberada.

La cuerda cayó al suelo, ahora llegaba lo peor, ponerse de pie en aquel estado de pánico.

Huye, Rocío. Corre.

Su llanto rompía de nuevo. Aquello la estaba superando. Ya no podía más.

Tuvo que sujetarse al árbol y aun así los ropajes le impidieron levantarse a la primera, la tela se rajó al pisarla, otra raja más de tantas como tenía.

Agarró con fuerza la empuñadura del cuchillo y rodeo el árbol para echar a correr.

Solo fue capaz de avanzar unos cuatro metros para tropezar con una rama y caer. No tardó en sentir un tirón de pelo considerable, la estaban levantando con él.

—¿Por eso estabas aquí? —Era Stanford Black—. ¿Tú los has traído?

En cuanto estuvo en pie sintió un golpe en la espalda que podría habérsela partido en dos, y su frente chocó contra el tronco rasposo de un árbol en un golpe seco. Su cuerpo basculó y sintió cómo toda la cara se rasgaba con la corteza del tronco mientras caía al lado del árbol.

Pero no le dio tiempo ni a ser consciente, tiraron de su talón y esa vez notó cómo le quemaba la barbilla entre arena, ramas y piedra.

Iban a matarla, era el final.

—Tan zorra como tu hermana. —Stanford le dobló la pierna y ella se dio media vuelta para que no se la partiera.

No sentía la cara, le dolía toda la cabeza, las costillas, el tobillo… quizás aquel era el final.

Cerró los ojos al ver cómo Stanford levantaba su bota sobre su cara, volvió a abrirlos y la vio caer. Por reflejo puso delante una mano, la del cuchillo.

Y por suerte las suelas medievales no eran gran cosa.

El grito pareció hacer temblar los árboles.

Stanford había enloquecido.

—¡Matadla! —gritó a los soldados mientras dio dos pasos cojeando y la pateaba con el otro pie—. ¡Matadla!

Rocío miró tras Stanford, los soldados seguían luchando, pero dos enseguida acudieron a ella. Vio un soldado de pelo alborotado girarse con el grito de Stanford y saltar sobre varios troncos para correr hacia ellos.

Una de las patadas le dio en el codo y al fin tiró el cuchillo, Stanford volvió a levantarla del pelo y ponerla en pie, para enseguida lanzarla de nuevo contra el árbol.

Esa vez no fue con tanta fuerza como la anterior, pero el dolor en el hombro fue inmediato. Además volvía a tener un ojo cubierto de líquido, dudaba que fuera sangre del soldado. Si sobrevivía a aquello, que seguramente no, moriría horas después bajo cualquier árbol.

Stanford le agarró el cuello con una mano y apretó. Rocío intentó patearlo, pero no tenía fuerza suficiente para quitárselo de encima.

Vio cómo algo se estampaba en la coronilla de Stanford y la presión en su cuello cesó de inmediato. Alzó los ojos y vio los ojos azules verdosos de Kaleb en cuanto cayó el cuerpo de Stanford.

Pero aquel demonio no estaba muerto, seguía gritando a sus soldados, uno no tardó en acudir, así que Rocío volvió a quedar tras la espalda de Kaleb.

Exhaló aire, estaba tan mareada por la falta de aire y la presión aun presente en el cuello, que caería al suelo. Ni siquiera podía ver bien, los destellos se sucedían a su alrededor.

Recibió un empujón que la hizo retroceder, era el propio hombro de Kaleb. Retiró enseguida el pie para que él no la pisase.

Rocío siguió retrocediendo, hasta que se giró y echó a correr. La oscuridad aumentaba a medida que se alejaba de la luz del fuego cada vez más extendido.

—¡Rocío! —Conoció la voz y la forma de pronunciar su nombre, pero no pensaba detenerse.

Cada vez podía ver peor el terreno, así que se escondió tras un árbol y se agazapó en el suelo recobrando el aliento. Estaba muy mareada, temió hasta perder el conocimiento. Se sobresaltó al oír algo a su espalda y se giró enseguida, casi de un salto, esperando que fuera otro indeseable. Pero no, era uno de los caballos oliendo algo del suelo, no sabía si de unos o de otros, tampoco era que eso importase nada.

Y le brillaron los ojos al verlo, a punto de romper a llorar de nuevo. Agarró las riendas y levantó un pie para meterlo en el estribo. Ni siquiera sabía si iba a poder soportar encima de un caballo, le ardían la cara y el cuerpo, hasta en las partes en las que no había recibido golpes. Seguía con un ojo tapado por la sangre y el dolor en la tráquea, quizás le había dejado una lesión y eso no pintaba bien.

Se alzó en el estribo y pasó el pie por el lomo del caballo, espirando con fuerza. De nuevo a huir hacia ninguna parte.

El aire helado en la altura sobre el caballo aliviaba en parte el caos y el dolor en su cara. O quizás el hecho de poder echar a correr.

Azuzó al caballo y este relinchó. Miró atrás, donde aún chirriaban las espadas.

Kaleb la habría seguido, estaba a medio camino entre el fuego y ella, luchando contra un soldado. Desde el fuego podía ver a tres más que se acercaban a él.

Y Rocío apretó los dientes. El pecho se le encogía al coger aire, apenas podía respirar y sus pensamientos dificultaban más la

respiración. No sabía si quedaban allí soldados de Kaleb, eran pocos y los apestosos muchos. Aun así, si había podido liberarse y huir, si había podido salvarse de Stanford y huir, había sido por él.

Las dos veces.

Y ahora iban a matarlo entre tres.

Estas cosas mejor ni valorarlas.

Movió las riendas y vio el cuello del animal encogerse para cambiar de dirección y echar a correr.

—¡Kaleb! —gritó aunque él ya estaba preparado para recibir a los tres soldados.

Soltó las riendas con una mano para alcanzar la suya y sacó el pie del estribo.

Y no era la primera vez que él se subía a un caballo al galope, ni siquiera necesitó mucho más apoyo que aquel estribo. No tardó en sentir el envión tras el culo y la espalda de un cuerpo enorme asentándose en el caballo.

Y medio nos parte la espalda al caballo y a mí.

Volvió a coger las riendas y empujó el pie de Kaleb del estribo para que lo sacase y tomar el control completo del caballo.

No sabía si había sido lo correcto, pero tampoco sabía si perderse de nuevo en la oscuridad en busca de otra sorpresa similar lo era. Llevaba tras sus nalgas a un soldado de dos metros que seguramente también querría colgarla. Y tampoco encontraría jamás a Paula.

La oscuridad era más intensa de lo que había visto las veces anteriores, con ciertas luces extrañas, como *flash* de fotos que no correspondían con un escenario medieval. Allí no había focos ni luces brillantes.

Sentía que su cuerpo abandonaba la energía, pesado, despacio… la sangre seguía brotando ceja abajo. Cerró los ojos, no podía hacer nada contra aquel abandono físico que la hacía bascular hacia un lado.

La oscuridad se hizo completa y luego desapareció.

24

Christine Bellerose

La puerta se abrió y Christine se sobresaltó. Era su hermano Eduard.

—¿No esta padre contigo? —preguntó con medio cuerpo dentro de la habitación.

Christine negó con la cabeza.

—Después de la cena no he vuelto a verlo. —Soltó el bastidor del bordado y se estiró la parte baja del vestido. Hizo una mueca al ver los hilos sueltos—. ¿Tú ves aquí un pato? Es los que dice Gala que parece, y no un halcón. —Se puso en pie y se echó las trenzas rubias para que le cayesen por la espalda—. No sé bordar. —Contuvo la sonrisa.

Eduard frunció el ceño mirando el bordado.

—No te preocupes. —Eduard alzó un sobre en su mano—. Creo que te has librado de casarte con un salvaje de las tierras escocesas —añadió su hermano y la joven alzó las cejas—. Dicen que va a tomar nupcias con una mujer esta noche. A padre no va a gustarle.

—Por supuesto que no —Christine sonrió—. Él ya se veía metiendo su enorme nariz en las Lowlands. —Encogió la nariz—. ¿A quién le interesan esos trozos de tierra quemada y esos apestosos escoceses?

La joven se colocó delante de su hermano y cogió su vestido con ambas manos, tirando de la tela para abrirlo en los laterales.

—¿Estoy liberada entonces? —Sonrió cuando su hermano asintió con la cabeza.

—Al menos hasta que a padre se le ocurra otra manera de meter las zarpas en las Highlands —rio su hermano.

—Alastor tenía una hermana, ¿no? —Empujó a Eduard en el hombro con la mano.

—Ni se te ocurra mencionarlo delante de nuestro padre —respondió él saliendo por el pasillo, ella lo siguió riendo.

La joven llenó el pecho de aire y lo soltó de golpe.

—¿Un escocés era lo mejor que quería para mí?

—No, era lo mejor que quería para él.

Christine asintió mientras seguía a su hermano por el pasillo.

—Espero que ese *laird* no venga acompañado de otro *laird* tosco y soltero de otra parte de esas tierras inútiles. —Desvió la mirada hacia la pared del pasillo—. No sabes lo feliz que me hace no tener que irme de Bellerose.

Eduard asintió mirándola de reojo.

—Yo tampoco te veía casada con un escocés. —Cogió la mano de su hermana y tiró de ella para mirarla de arriba abajo—. ¿Tú? ¿Con un salvaje de esos? —negó con la cabeza.

Christine rio llevando la otra mano a la boca y cerrando sus labios con los dedos.

—No diré nada de su hermana.

—A padre no le interesan las mujeres. Ellas no mandan en tierras escocesas y no creo que le interese tener a una Hunter aquí en el castillo.

Christine encogió la nariz.

—¿Cómo serán? Las mujeres, me refiero. ¿Sucias y con esos mantos de cuadros?

Eduard se encogió de hombros.

—No podría imaginarlo. —Ambos rieron.

Se detuvieron delante de una puerta doble cerrada.

—A pesar de todo, ellos ganaron la batalla.

—Y nos dejaron de regalo a sus desertores como parias de los caminos. No creo que a nadie le interese ahora otra guerra.

—A padre siempre le interesan las guerras.

—No participó en la última —replicó su hermano.

—Porque estaba esperando su momento. —Christine ladeó la cabeza mientras llamaba a la puerta con el puño—. Parece mentira que no conozcas a nuestro padre.

—Tú lo conoces mejor que yo. Al menos a ti no te enviaron a Francia.

Christine apretó el brazo de Eduard.

—Y me alegra que estes aquí de nuevo, hermano.

Eduard la miró sonriendo.

—Me alegra que no vayas a ser la esposa de un *laird*. No te pega.

La puerta se abrió y un hombre de larga barba cana asomó la cabeza.

—Eso de que no vaya a ser la esposa de un *laird* lo dice… ¿Eduard Bellerose?

Christine frunció el ceño al escucharlo.

—Padre, he leído… —Su hermano alzó la carta.

Pero el padre asintió con la cabeza como si no lo estuviese escuchando.

—¿Qué interés tienes en las Lowlands? —replicó Eduard.

25

Alba

Alastor se había levantado de su lado poco después de que empezasen a comer, así que Inés y Paula ocuparon su asiento apretando otra silla.

Ambas la veían observar a Alastor, que ni siquiera dirigía una sola mirada hacia ella.

—No pasa nada, Alba, ha dicho que al menos va a cumplir obligaciones —dijo Paula y su amiga Inés le dio un codazo.

Y hasta eso la ponía nerviosa. Sería tenso y extraño después de aquella distancia y frialdad. Era más, prefería que él no apareciese por el dormitorio. En esas circunstancias no.

—No lo has arreglado —le dijo Paula a Inés.

—No, pero él luego sí lo arregla, ya verás como mañana ve las cosas de otro modo. —Alzó la mirada al escucharla—. Candela del siglo veintiuno, acuérdate. Eso lo arregla todo. No vayas a hacer la carajota como una muñeca hinchable.

Alba cerró los ojos y sacudió la cabeza. Paula la estaba poniendo más nerviosa.

—Inés, échale leñero de esa jarra de ahí por si acaso —añadió Paula.

Se sobresaltó al escucharla.

—No pienso tomar absolutamente nada —replicó enseguida.

No pensaba tomar nada que le mermase las ideas ni siquiera un poco.

—A pelo, pues estupendo —dijo Paula e Inés espurreó lo que estaba bebiendo con la carcajada. Paula le dio un codazo—. Háblale tú ahora de cosas de mayores.

Inés se limpió la nariz y la boca y dejó la jarra en la mesa.

—Hay un problema —le dijo su amiga.

—¿Un problema? ¿Solo uno? —respondió Alba e Inés negó con la cabeza.

—Aparte de todos esos —dijo su amiga y Paula rompió a carcajadas—. A ver, como no esperábamos todo esto, no ha dado tiempo a que te empieces a tomar las anticonceptivas. Porque aquí ya sabes que van a saco.

—Acuérdate de la Leo. —Paula dibujó con la mano una barriga, luego buscó con la mirada a Alastor—. Y ese es el mejor arquero de Escocia. —No pudo seguir hablando al sobrevenirle la risa—. Fíjate la puntería. —Eso último casi ni se le entendió.

—Es solo una noche.

—Arquero —volvió a repetir Paula.

—Pues ese es el problema.

Paula rompió en carcajadas. Alba negó con la cabeza, de tantas cosas era la única que no había considerado. Quizás porque aquel momento no lo veía cercano, ni siquiera ahora. Alastor estaba demasiado distante.

Luego miró a sus amigas.

—¿Las pastillas esas que tenéis dando vueltas de un lado a otro no han caducado aún? —les preguntó.

Paula negó con la cabeza.

—Pero no les quedan mucho, no te vengas arriba —le respondió. Inés le llenó de nuevo la jarra a Paula que se apresuró a beber.

—El arquero sabe ya de lo que va esto, ¿no? —preguntó Inés.

Paula alzó las cejas como si eso fuese evidente.

—Me parece a mí que el único sin estrenar por aquí es el tuyo, hija —le respondió Paula.

—Paula… —Tuvo que regañarle ella.

—No pasa nada. Lava y estrena —dijo Inés—. Se lava —añadió —. Y se estrena otra vez. —Las carcajadas de Paula hicieron que parte de los comensales las mirasen.

El *whisky* debía de ser fuerte, porque aquellas dos estaban ya como deberían de estar a la mitad de la noche.

—No desfaséis mucho, ¿vale? —Era la primera vez que no estaría con ellas, que no las llevaría hasta encerrarlas bajo llave. Y perder ese control le costaba, y más conociéndolas.

—No te preocupes por nosotras, estaremos de maravilla. —Inés volcó el jarrón grande para ver lo que quedaba de *whisky*—. Para las bodas sacan lo mejor que tienen.

—Es lo mejor de las bodas, sí. —Paula apartó un plato—. Esos pescados están *regu*. Se ve que las comidas no interesan mucho.

—¿Queréis dejar de criticar?

—Mira que lo intento. —Inés rompió en carcajadas al escuchar a Paula. Alba negó con la cabeza. Le hubiese encantado hablar con Rob y Ewan para que quedasen a cargo, pero sería para nada. Tenían poco control sobre ellas, solo las haría perder más la razón haciendo lo contrario a lo que les dijesen. Era mejor dejarlas así, haciendo lo que les daba la gana y con ellos dos pendientes a media distancia. Sabía que no les quitarían el ojo y eso le daba mucha tranquilidad.

Pasó la mano por la espalda de Paula. En poco más de un día estarían en tierras inglesas y temía todo lo que le deparase aquel

nuevo espacio medieval que no conocían más que entre libros. Esperaba que al menos ellas pudiesen salir indemnes.

Poco a poco iba asimilando su destino, entendía cómo Leonor lo digirió de tan buenas maneras. Ella misma lo estaba haciendo. Lo único que le dolía era la posibilidad de arrastrar a sus amigas. Y por supuesto a él.

Buscó a Alastor con la mirada, pero no logró encontrarlo. No parecía estar en el salón.

El cuerpo entero se le sobresaltó al sentir una mano en el hombro. Se giró y encontró el manto azul de los Hunter.

—Nos vamos. —Alastor le agarró la misma mano que tenía apoyada en Paula y la hizo levantarse.

Miró de reojo a sus amigas con el cuerpo completamente bloqueado, pero Alastor tiró de ella.

—¿No te he dicho yo que a este las obligaciones y los deberes…? —Oyó decir a Paula entre risas.

Lanzó una mirada de reproche a Paula, pero esta le decía adiós con la mano sonriendo. Alastor seguía tirando de ella y comenzaron a sonar voces y risas. Y comentarios que de querer prestarles atención, hubiesen hecho que se le cayese la cara a trozos.

En el umbral encontró a Moira con una de sus damas. Hizo una especie de reverencia al verlos. Alastor se inclinó sobre ella y le besó la frente.

—No tardes en subir —le dijo a su hermana.

Y era lo mejor que podrían hacer también las suyas. No le gustaba el ambiente que tomaban los salones con tanta bebida.

Cruzó una mirada con Moira, pero Alastor no les dio margen de nada más. Llegó al pasillo tras él y luego con rapidez hacia las escaleras.

Alba bajó la mirada, el corazón parecía querer estallarle entre pulsaciones dislocadas.

Desde el último escalón podía ver una de las puertas del dormitorio abierta. Había un sirviente y una dama junto a ella. Ya habrían acabado de arreglar su nuevo dormitorio.

Y eso hizo que su corazón se acelerase más. Si no fuera porque la llevaba Alastor, no podría dar ni un paso si no era para echar a correr.

Ella no venía de una cultura de obligaciones ni deberes. En su cabeza no cabía más que el deseo, la conciencia y la libertad.

Y nada de eso iba a tener su encuentro con Alastor. Y eso le dolía sobremanera.

No soportaría por parte de él ningún gesto de disgusto, de asco, de hastío o de simplemente resignación.

Andaba tras él un paso tras otro hasta cruzar el umbral sin mediar palabra con los que los estaban esperando. Alba miró tras de sí para intentar cerrar la puerta, pero esta se cerró desde fuera, los mismos que los esperaban la habían cerrado.

Y Alastor le soltó la mano y se quitó el broche de los Hunter para quitarse el manto.

Demasiado tenso, demasiado frío.

No.

¿Aceptaría él un desprecio si ella se negaba?

Pero su cuerpo, su alma y su cabeza no eran capaces de otra cosa.

Bajó la mirada mientras el manto caía en uno de los sillones. Era un dormitorio amplio, amplio como para que ambos pudiesen dormir y no estar a menos de cinco metros. Solo había una cama, en el centro de la pared, grande, con cuatro barras y un doble recogido

del color azul de los halcones, el simbolismo que tenían en el cabecero de la cama.

Habían decorado la parte de enseres de aseo con flores y la chimenea estaba encendida.

El suelo estaba cubierto de alfombras casi en todo el piso. Una habitación seria, pero con un encanto que no esperaba y una calidez que sabía que en un sitio como aquel era complicado de conseguir. Eso le recordó que Alastor no era un soldado cualquiera, ni siquiera era cualquier *laird*. Pertenecía a una de las familias principales de Escocia y eso hacía que su situación de esposa fuera aún menos verosímil.

Ella llegó a Escocia entre harapos, parecía imposible, como también lo parecía que ahora Leonor fuese esposa del guardián del sur.

Pero era la realidad que les habían traído aquellos agujeros traicioneros del tiempo.

—No es mi primera vez. —Lo oyó decir quitándose la malla del uniforme y dejándola junto al manto. Alba levantó los ojos hacia él, pocas veces había visto al arquero tan solo con una camisa, siempre solía llevar la malla y el manto, o tan solo el manto sobre ella.

El color blanco le quedaba tan bien como el azul de los halcones.

—Tampoco la mía —respondió sabiendo que no era lo que Alastor quería escuchar. Allí el «lava y estrena, luego se lava y se estrena otra vez» de Inés no era muy aceptado.

Alastor no dijo nada, pero pudo ver en su expresión y su mandíbula que él albergaba la esperanza de que fuese de otra manera.

—¿Has estado casada alguna vez? —preguntó él evitando su mirada. Si aquel matrimonio era una farsa, tampoco entendía mucho por qué parecía ofenderle.

—Donde yo vivía no funciona así —respondió Alba y Alastor la miró, quizás sin entender mucho—. Hay libertad de hacer lo que quieras con quien quieras.

—Libertinaje y pecado, ¿cómo se os permite? —replicó él. Quizás su respuesta le había ofendido más de lo que pensaba.

No sabía cómo Leonor se lo había contado a Tanarys para que él lo entendiese.

—No se considera libertinaje ni pecado.

—Pues lo es.

Alba bajó la mirada hasta que escuchó el tintineo de la ropa de Alastor mientras él se acercaba, llevaría puestos broches que producían aquel sonido.

Levantó los ojos para mirar al *laird*. Definitivamente el blanco sobre la piel de Alastor le gustaba más que el azul.

—Tanarys me dijo que veníais de un lugar que yo no alcanzaría a entender —dijo él y Alba frunció levemente el ceño. No sabía nada de lo que Tanarys le había contado de ellas, aunque había deducido, por la ausencia de preguntas por parte de Alastor sobre su procedencia, que algo sabría—. Que hay carros que vuelan sin estar sujetos a nada, que la mayoría de enfermedades se curan, que la principal causa de muerte es envejecer y que usas una especie de piedras para hablar con personas que están lejos.

Alba no lograba hacerse una idea de lo que serían afirmaciones como esas en un cerebro medieval.

—Un mundo de magia —añadió Alastor—. Sin embargo, nunca te he visto desear volver.

Se hizo el silencio un instante.

—¿Cuántos hombres? —A eso se debía el silencio de él, a la incomodidad de la pregunta y seguramente de la respuesta.

—Cinco. —Había cosas que mejor no valorar si responderlas con sinceridad o no. Para qué mentirle, ya daba igual. No era la esposa que merecía un *laird* en ninguno de los sentidos.

La mandíbula de Alastor volvió a moverse. Parecía imposible el cambio de Alastor desde que se vio comprometido con ella y ahora casado.

—¿Cuándo fue el último? —Fue rápido en preguntar.

—Antes de venir —respondió ella—. De hecho, aquello acabó la misma noche que caí por el agujero. —Desvió la mirada del *laird*.

—¿Acabó? ¿Simuláis matrimonios?

Ella negó con la cabeza y casi tuvo que contener la sonrisa, a Alastor no le estaba haciendo ni pizca de gracia lo que estaba escuchando.

—Te dije ayer que te casarías conmigo, pero no estás obligada a ser mi esposa —dijo Alastor agarrándole el brazo—. Todo será como antes —añadió y la joven asintió con la cabeza, escuchar aquello hasta estaba empezando a sonar bien. Como antes. Antes todo era perfecto, incluido él. Alastor se inclinó hacia su oído—. Pero no voy a consentir otros hombres.

El cuerpo de Alba se sobresaltó al escucharlo.

O tú o ninguno, idiota.

Pero él no lo sabía. Él pensaba que solo se había metido en el lío sin opción a replicar.

—No habrá otros hombres. —Alba fue tan firme en decirlo que vio en la expresión de Alastor que él no esperaba escucharlo—. La pregunta es, ¿habrá otra mujer?

Los ojos transparentes del *laird* se dirigieron directamente a los suyos.

—Si tú me lo pides, no —respondió él.

La ligereza en su cuerpo fue inmediata, una corriente similar a aquellos restos de magia ancestral, pero sin magia, una reacción natural del cuerpo ante algo que ni de lejos esperaba.

Es lo que se esperaría del Alastor que conocía. Sin embargo, le sorprendía del nuevo *laird* con el que se había casado. De alguna manera seguía siendo él.

—No quiero que haya otras mujeres. —Su mayor pesadilla en aquel mundo, soportar a Alastor con otra.

—Tienes mi palabra. —El compromiso de Alastor siempre sonaba tan leal que la ligereza y las corrientes aumentaron extendiéndose por todo su cuerpo.

Alba dejó caer los párpados, la tensión iba desapareciendo.

—¿Por qué no has querido ni hablarme esta mañana y ordenaste esas hierbas?

Alastor dio un paso atrás y desvió la mirada mientras apretaba los labios.

—Yo tengo la culpa de todo esto y no quería verte con miedo.

—No te he culpado en ningún momento. ¿No has pensado que tu actitud podría aumentar mi miedo?

Él enseguida giró la cabeza para mirarla frunciendo el ceño.

—No permitiría jamás que ningún inglés ni ningún escocés te hiciese daño. Ni siquiera uno de los míos.

La ligereza aumentaba por segundos. Alastor había bajado la mirada.

—Cuando te pedí que vinieses conmigo mis intenciones nunca fueron ponerte en peligro. —Lo oyó decir, la luz tenue de las llamas de la chimenea y de las velas llenaba de sombras el rostro perfecto de Alastor—. Lo siento. —Alzó la mirada hacia ella sin levantar la cabeza—. Y siento hacerte pasar por esto. —Guardó silencio unos

instantes—. Pensé que las hierbas te ayudarían. Las toman muchas jóvenes el día de su boda.

Alba alzó las cejas.

—Ayudarme a qué —replicó ella y Alastor se sobresaltó al oír el tono.

¿Prefieres modo muñeca hinchable? Eso sí que me ofende.

Lo vio dudar antes de responder.

—A pasar por esto. —Él apretó los labios y tensó la mandíbula para coger aire por la nariz.

El corazón de Alba volvió a acelerarse siendo consciente de que era lo que venía por mucho que lo dilatasen con palabrería.

En algunas bodas a las que había asistido, la novia subía antes a la habitación para quitarse el vestido y ponerse una especie de camisón, según Paula, con menos morbo que una berenjena con tanga, y esperaba a que el marido terminase la juerga en el salón. Habían asistido a bodas en las que mientras la joven esperaba arriba, el marido caía borracho en el piso y tenían que subirlo entre varios, bodas en las que el marido se revolcaba en las escaleras con otras antes de visitar a su mujer. Había asistido a tantos despropósitos, que las bodas estaban pasando a ser un evento de cualquier índole salvo amoroso.

Y ahora había llegado la suya. No sabía qué esperar de él, esperaba hasta que la dejase subir sola y no apareciese en toda la noche.

Pero él ni siquiera quiso hacerle esa ofensa.

Hombre de valores y compromiso. Aunque ahora más distante que de costumbre, se había casado con Alastor Hunter y no con ningún otro.

Y lo que estaba encontrando era infinitamente mejor de lo que estaba acostumbrada a ver en aquel mundo.

Se hizo el silencio absoluto mientras Alastor levantaba al fin la barbilla para clavar los ojos en los suyos, y se detuvo allí sin decir ni una palabra. Y de inmediato la respiración de Alba comenzó a aumentar la velocidad.

No le había puesto una sola mano encima, no pronunciaba palabra, pero sabía que de alguna manera aquello había comenzado.

Lo vio bajar la mirada hacia sus labios, gesto que hizo que ella los entreabriese para expulsar el aire y volverlo a coger. Ya la nariz no era suficiente para respirar.

Alastor dio un paso hacia ella y sintió que la tocaba en el lateral izquierdo de la cintura. Tenía los labios anaranjados y gruesos de Alastor a centímetros de su boca. Y llegaron las corrientes a su cuerpo. ¿Quedaba algo más de la fuerza mística? El vello se le erizó en todo el cuerpo.

Cerró los ojos para sentir aquellas ligerezas tan similares al vértigo costillas arriba. Basculó su cuerpo despacio hacia Alastor y notó el roce de sus labios. No tardo en abrir más los suyos para que el labio inferior del *laird* entrase entre los suyos, mientras agarraba con ambas manos los brazos de Alastor. Sintió cómo se le levantaba la piel de todo el cuerpo.

No estaba segura si eran las consecuencias de la magia que abría agujeros en el tiempo, pero si no lo era, lo que sentía por Alastor estaba comprobando que producía la misma fuerza en su cuerpo.

Él la tenía completamente rodeada con los brazos y notó cómo se aflojaban las cintas de la parte de atrás de su vestido. Dejar de tener la presión de la tela hizo que cierto frío le recorriese el pecho y la espalda en una especie de semidesnudez que no tenía. Estaba completamente cubierta.

Y sentir aquel cambio de temperatura aumentaba sus ganas de pegarse a él. El interior de la camisa de Alastor desprendía un calor que la atraía mucho más que el del fuego que chisporroteaba en la chimenea.

Aflojó las cintas de la camisa de Alastor para que se abriese la tela y descubriera la parte superior de su pecho. La piel del *laird* ardía, justo lo que necesitaba la suya.

Se retiró de él el espacio justo para tirar de su camisa y que saliese de una vez por su cabeza. La forma semiabierta de aquellas prendas hizo que él tuviese que soltarla al completo, pero antes de que se hubiese liberado del todo, se dejó caer en él acercando de nuevo sus labios a los de Alastor, esa vez invadiendo la boca por completo.

Sentirle en el pecho desnudo el calor y el movimiento de la respiración acelerada hacía que ese calor la atravesase a ella garganta abajo y cayese hasta el fondo para detenerse justo en medio de sus dos piernas.

Las mangas del vestido y el corpiño medio suelto le impedían moverse bien, ni siquiera le permitía subir los brazos y agarrarlo. Y él pareció notarlo.

Alastor separó sus labios de los de ella y alzó la barbilla, gesto que hizo que ella pudiese apoyar la mejilla en el hueco entre su barbilla y su cuello. Sintió una leve presión en la espalda, el *laird* quería que se dejase caer en él.

Oyó el siseo de las cintas saliendo de los agujeros de la espalda del vestido. Alba cerró los ojos y rozó con la sien la barbilla de Alastor, seguía pegada a su pecho, él la sujetaba para que no se separase de él. Quizás para evitarle el golpe de verse desnuda frente a él, pensaba que así sería más fácil. Y lo sería para una joven virgen de aquel mundo. Pero ella no pertenecía a aquel mundo.

Lo sintió arrastrar las manos y dejarlas caer en sus hombros, para luego hacer resbalar la tela.

El vestido ya no tenía sujeción alguna. Y esa vez no llevaba nada debajo.

El escalofrío regresó, más intenso y en todo el cuerpo, alzando la piel con el vello. Alastor la rodeó por completo en un intento de apaciguar el cambio de temperatura. Pero ella sabía bien la única manera que había para que su cuerpo entrase en calor.

Él.

Y ahora estaba completamente libre de trabas. Y no era solo por el vestido.

Ahora es para mí.

Una noche, solo una. Ese era el trato.

Una noche que recordaría lo que le quedase de vida. Una noche en la que no estaba dispuesta a limitarse lo más mínimo, a sobrepasar qué era correcto, qué le dolería el día después, qué la haría infeliz al pasar el tiempo. Una noche en la que no importaba nada más que ella misma. Y él.

Alzó la barbilla y besó los labios de Alastor, no se detuvo mucho en ellos, rozó con la nariz su barbilla y atrapó la piel de su cuello. Lo sintió tensarse y lo oyó emitir un sonido que hizo tintinear algo entre sus nalgas. Bajó hasta el pecho de Alastor y sorbió su piel mordiéndola suavemente. Notó las manos de él en sus caderas, donde la atrajo hacia las suyas. Si ya no llevaba cinturón, podía imaginarse lo que acababa de sentir.

Y le había encantado.

Volvió a besarle el pecho, a sorberlo y morderlo, esa vez Alastor le apretó la nuca contra él.

Y esto es solo el comienzo.

El comienzo de mostrarle una de las ventajas del otro mundo.

26

Alba

Miró a Alastor a los ojos, a tan corta distancia que no podía ver mucho más de su cara que aquellos iris turquesa que parecían rellenos del agua del Pacífico. Alastor tenía apoyada una mano a cada lado de ella y todo su cuerpo extendido sobre el suyo.

Jadeaba sin dejar de mirarla. De hecho, los únicos momentos en los que había perdido de vista sus ojos en toda la noche era porque ella o él los habían cerrado unos instantes.

Se oyó el sonido de un cuerno que avisaba de que pronto amanecería y tenían que tomar camino.

Se seguían mirando sin dejar de respirar acelerados, la humedad había pegado sus cuerpos hasta el punto que tiraría de la piel al desprenderse uno del otro.

Volvió a sonar el cuerno, el tiempo se había acabado.

Una noche, solo una. Y pasaría a ser todo como antes.

Alastor bajó la mirada hasta sus labios, aún no había hecho ni el intento de separarse de su piel, tampoco sabía si ya le quedaban fuerzas. Aunque ya había comprobado que la energía del *laird* parecía infinita. Y para su sorpresa, la suya propia.

Una noche había dado para mucho y para muy poco.

Sintió el aliento de Alastor cerca de sus labios una vez más. Una más. La última vez quizás que pudiese tener los labios del *laird* tan cerca de su boca y ni qué decir de volver a tenerlos cerca de cualquier otra parte de su cuerpo.

Las consecuencias de haberlo probado iban a ser infinitas. Pero eso ya lo imaginaba. Por eso no paró hasta probar a Alastor del todo

y por todo.

Un tercer sonido del cuerno. Tenían que levantarse y vestirse. No había mucho más margen. El siguiente sonido sería para llamarlos al patio y organizar los caballos.

Alastor rozó los labios con los suyos, que ya estaban entreabiertos para un último beso. Alba sorbió los labios del *laird* para alargar el beso y los abrió aún más para recibir la lengua de Alastor y volver a sorber.

Sus labios se retiraron y él le cubrió con una mano un lado de la cara. La miró un instante y volvió a acercar sus labios a los de ella en un beso más, algo más escueto y sonoro antes de despegarse de ella.

Separar la piel humedecida y sudorosa fue tan desagradable como imaginaba. La tirantez fue inmediata, su piel parecía querer irse con la de él. Y también fue inmediato el frío que dejaba atrás.

Lo dejó levantarse primero y recoger su uniforme. Las mujeres tenían algo más de margen, no tenían que organizar nada abajo. Una parte buena del patriarcado medieval que tanto odiaba Paula.

Oyó el tintineo de medallas, cintos y espada. Cerró los ojos, prefería el silencio, evitar despedidas y palabras incómodas que luego intentaría buscarle tantos diferentes sentidos negativos que la hundirían en la tierra para los restos de sus días medievales.

Y él parecía querer lo mismo.

Mantuvo cerrados los párpados hasta que oyó el chirrido de la puerta al cerrarse.

Quedó sola, una soledad que dolía.

Dolía más de lo que imaginaba.

27

Rocío

Le dolían los párpados, como si hubiese pasado un día de alergia terrible. Solo podía entreabrirlos, hasta la más mínima luz le molestaba.

Estaba en el suelo junto a una pared de roca y a un metro del fuego. Silencio absoluto de nuevo y soledad. El caballo estaba atado a un árbol algo más lejos.

Miró a su alrededor al recordar los últimos momentos antes de la oscuridad, Kaleb tendría que estar por allí, no creyó que se hubiese marchado a pie a ninguna parte.

Sentía cierta tirantez pegajosa en la cara y en las manos, se las miró enseguida, estaban llenas de sangre seca, como su ropa. Cogió el filo de la capa, cada vez más mermado, y se limpió la frente. Allí habría sangre seca también, pasar la tela solo le producía dolor.

Se pasó la lengua por los dientes, el sabor extraño a óxido no sabía de dónde procedía, quizás tragó sangre también. Temía moverse y descubrir que tenía algo roto, el dolor en el cuerpo era generalizado, intenso y causaba cierta fatiga. Pero poco a poco el mareo iba desapareciendo y dejando tan solo una punzada en la frente y en la ceja.

Sin médicos, sin medicinas, esto va a pasar a ser el infierno a segundo nivel.

Respiró despacio. La ausencia de Kaleb solo le producía más nerviosismo. Miedo porque pudiese aparecer otro indeseable, porque volviesen los Black y los Northcliff, o incluso los Bellerose, que aunque mejor vestidos y limpios, los había oído decir las mismas barbaridades y tenían las mismas intenciones que los harapientos soldados.

Dentro de todo lo malo, Kaleb parecía ya un viejo conocido gigante del que huir, que era infinitamente mejor que los nuevos conocidos de los que huir.

Oyó un crujido cerca de donde estaba el caballo y se sobresaltó. Pudo ver las ondas oscuras de Kaleb. Tenía el pelo mojado, habría algún arroyo medio helado cerca. Algo que agradecía aunque no fuese de su agrado en otras circunstancias. El agua de aquellos arroyos parecía hecha de cristales que cortaban la cara, justo lo que necesitaba para aquella tirantez, quemazón y sangre seca.

No lograba recordar si a Kaleb lo habían herido la noche anterior, entre tanto choque de espadas le extrañaba que no tuviese ninguna herida a la vista. Él seguía acercándose a donde estaba ella y ahora podía verle mejor la cara. Ni heridas, ni raspaduras, ni una sola contusión. Solo formas rectas y volumen proporcionado.

Bajó la mirada enseguida. Era el peor momento de su vida para que pudiese apreciar la belleza masculina. Aun menos cuando su portador era también una amenaza.

Allí en aquel infierno no había hombres, solo bestias que la tratarían como a un trapo.

Kaleb llevaba una parte de la camisa por fuera de la cinturilla del pantalón. No tenía cinturón puesto, solo una especie de tirante de piel que le cruzaba el pecho. Tampoco veía el manto de cuadros anaranjado con el que lo había visto otras veces. Él se detuvo junto al fuego, al otro lado, y cogió algo del suelo.

—Por fin dejas de huir. —Lo oyó decir.

¿Será porque no puedo moverme?

—No he dejado de huir —respondió y vio como Kaleb alzaba la mirada hacia ella mientras seguía recogiendo cosas del suelo.

Solo te llevé conmigo. Menuda estupidez.

Rocío apoyó las manos en el suelo para arrastrar el culo hasta la pared de roca y poder apoyar la espalda en ella. Le dolía hasta el alma y no era para menos. Perdió la cuenta de los golpes que le dieron. Lo que no sabía era cómo seguía respirando.

Cerró los ojos, no tenía fuerzas ni para tenerlos abiertos mucho tiempo. Tampoco creyó que pudiese montarse sobre el caballo sin volver a perder el conocimiento. Necesitaba descansar y recuperarse, si era que su cuerpo tenía arreglo.

Kaleb rodeó el fuego y el sonido de sus pies en el suelo hizo que abriese los ojos. Lo vio inclinarse. Ahora sí lo tenía cerca, tanto que confirmó su primera vista de que estuviese libre de heridas. Todas las posibles las tenía ella.

Encogió las piernas para retirarlas de Kaleb, pudo retirar solo una, la otra parecía entumecida y no obedeció. Le brillaron los ojos, solo era capaz de reptar. No llegaría muy lejos así.

Ni huir ni recorrer esta mierda de sitio para buscar a Paula.

Ya no se atrevía ni a nombrarla y meterse en más problemas. Ambos bandos pensaban que pertenecían al enemigo. Ahora sería fácil matarla.

Lo que no sabía era cómo no la habían matado ya. Nunca fue muy ávida en nada y ellos eran toscos, fuertes y estaban acostumbrados a la carne blanda.

Se sobresaltó cuando vio en la mano de Kaleb una especie de banana plana de color naranja.

Le recordaba al boniato asado, al menos tenía partes oscuras de haberlo calentado al fuego. No tenía hambre, el estómago le dolía de vacío y de aquel sabor a óxido que parecía bajarle garganta abajo dándole más acidez. Pero era capaz de comérselo, como si su cuerpo primase la supervivencia, aunque cada vez tuviese más decidido abandonar y dejarse morir.

Kaleb seguía en silencio y ella dudaba si acercar la mano para cogérselo. En la tez blanca de la nariz podía apreciarle unas leves pecas del sol. Él alzó las cejas y volvió a mirarla. Sus iris de cerca seguían teniendo tonalidades verdes y azules, ni siquiera a aquella distancia sabía por cuál color inclinarse si tuviese que describirlo. Las ondas de su pelo cada vez se marcaban más a medida que se secaban.

—¿No tienes hambre? —preguntó.

Y no la tenía. Pero su cuerpo lo necesitaba.

Acercó la mano y vio cómo aquella vaina aumentaba de tamaño al verla junto a su mano. Allí los árboles eran enormes. Los hombres también.

Un viaje en el tiempo que más parecía otro mundo. Otros colores, otras luces. Otras dimensiones.

La piel de lo que fuese aquello estaba caliente. No tardaría en enfriarse con aquel frío aunque estuviese cerca del fuego. Quizás la culpa de su estado cansado era también por la calidez del fuego. Después del frío atroz en el que pensaba que se le congelaría el cuerpo, poder calentarse estaba siendo completamente placentero. Y también le había dado una debilidad extrema.

Las heridas dolían a morir. Los golpes de la noche también. Pero el miedo había desaparecido momentáneamente.

Clavó la uña, una uña sucia de sangre y algo oscuro con la que nunca en el otro mundo hubiese accedido a manipular alimentos. Pero ya no estaba en el otro mundo, estaba en el infierno.

Abrió la vaina y vio el interior cremoso, se lo acercó a la boca y hundió los labios. No se había llevado a la boca nada templado desde que llegó allí. Solo agua helada y huevos helados.

La textura era la de un plátano pasado, el sabor no lo lograba identificar, seguía con el óxido en el paladar. Volvió a hundir los

dientes en el interior de la vaina mientras Kaleb se retiraba de ella.

Ni siquiera le había dado las gracias. Más le debía él. Si no fuese por ella posiblemente lo hubiesen matado los soldados harapientos. Mordió el interior hasta dejar la vaina vacía, que lamió sintiendo el amargor del interior de la piel.

Dejó caer al suelo la vaina vacía.

Se limpió en el filo de la capa, una vez más. Aquella capa tenía mierda ya para salir andando sola. Se retiró el flequillo hacia atrás, tenía el pelo pegado con sangre seca. Era una suerte que no hubiese espejos a kilómetros, no podría soportar su propia imagen. Sentía el ojo de la brecha hinchado y algo cerrado. También tenía hinchado el labio superior. Y era evidente el bollo de la frente.

Herida, deformada, débil…

Pero viva un día más. Dejó caer de nuevo la espalda en la pared de roca y cogió aire.

Estoy viva.

En un lugar helado, inhóspito, primitivo y repleto de salvajes sin escrúpulos.

Había sobrevivido una tercera noche, un cuarto día.

Yo.

Había escapado de soldados de ambos bandos. Ella, una joven inmadura acostumbrada a tener agua con tan solo abrir un grifo y abrir una nevera cuando tenía hambre.

Sobreviví.

Y seguía sobreviviendo. Entre mugre, sangre, frío y espadas.

Cerró los ojos, seguía molestando la luz del día, de todos modos con el ojo hinchado no veía bien. Volvió a coger aire.

—Te seguí porque estaba seguro de que llegarías hasta ellos si es que estaban por aquí. —Oyó decir a Kaleb—. Pero pensaba que sería de otra manera —añadió—. Si no eras una espía de ellos, ¿por qué has venido hasta la frontera de las tierras inglesas? —Abrió los ojos con la pregunta de Kaleb.

—Porque no sé dónde estoy ni cómo llegar a ninguna parte —respondió encorvando la espalda para estirar los lumbares. No parecía tener nada roto, su cuerpo iba respondiéndole poco a poco.

—¿Me estás diciendo que has descubierto un grupo de soldados que podrían asaltar la comitiva de Alastor porque te perdiste? —Lo vio hasta divertido.

Rocío despegó la espalda de la pared para echarse hacia delante.

—Te estoy diciendo que no tengo ni idea de andar por aquí y solo eché a correr —replicó enseguida. Que encima él se lo tomase a broma le encendía la sangre que le quedaba en el cuerpo.

—Pues corriste en la dirección correcta —dijo él y ella frunció el ceño—. La pregunta ahora es… —Kaleb entornó los ojos mirándola —. Si no sabes orientarte por aquí, ¿cómo llegaste hasta nosotros?

Una pregunta que no tenía respuesta. Al menos una respuesta que sonase real y cierta sin que la quemasen por brujería.

—No pienso abrir la boca hasta que me llevéis con Leonor y mi hermana. —El silencio era lo mejor.

Kaleb negó despacio con la cabeza.

—Tu hermana ya no está con Leonor en Lothian —respondió él y ella alzó las cejas. Aquello era una pesadilla que siempre podría tornarse a peor—. Y no estás en posición de ponerme condiciones —añadió Kaleb, que seguía recogiendo sus cosas del suelo y colocándoselas, esta vez un cuchillo—. Mi abuelo dice que hay una forma con la que hasta un mudo habla. —Bajó la cabeza para mirar

el cuchillo—. Mantenerlo en el fuego hasta que enrojezca y llevarlo hasta la planta del pie del que quiere callar.

Rocío se llevó la mano a la boca.

—Tenlo en cuenta antes de negarte a hablar por aquí con quien te pregunte.

¿Cómo leches han sobrevivido estas cuatro aquí?

Cada vez le parecía más ciencia ficción. Sobrevivir allí era imposible.

Contuvo la respiración y encogió la pierna que antes no había podido mover, ahora sí obedecía.

—¿Por qué nos hemos parado aquí? —preguntó a media voz, ya no se fiaría jamás de nadie allí, ni siquiera del que aparentemente le había salvado la vida ante aquellos salvajes.

—No murieron todos, ahora nos estarán buscando por todos los caminos. ¿Sabes si eran más? —preguntó Kaleb.

Rocío asintió.

—Llegaron varios grupos de soldados de traje azul, los Bellerose —respondió—. También había más Black que estaban con los Northcliff que no se quedaron por la noche.

—¿Sabes si había Lockhart?

No tenía ni idea de quienes eran, pero no los habían nombrado.

—No oí nada de ellos. Stanford solo hablaba de un primo que quería matar.

Kaleb asintió con la cabeza. Ella dejó caer la espalda de nuevo en la pared, su cintura no aguantaba mucho tiempo soportando la espalda recta.

—¿Dónde está mi hermana? —preguntó, aunque allí daba igual el lugar que le dijese. Todo estaba lejos.

—Más cerca que Lothian al menos. —Se sobresaltó al oírlo y los ojos se le inundaron de inmediato. Vio la sorpresa de Kaleb al ver su reacción, no la esperaba—. Viene con una comitiva hacia la tierra de los Bellerose.

Rocío se llevó la mano a la boca para contener el llanto, pero era imposible. Paula cerca o todo lo cerca que se podía estar en aquellos campos. Tuvo que encogerse al recibir el dolor en el estómago de una bocanada de gemidos que hacían que su llanto aumentase.

Hasta Kaleb se acercó porque pensaba que le pasaba otra cosa. Pero solo lloraba y esa vez no de frustración.

Sobreviví.

Hasta llegar a Paula. La habían perseguido, encerrado, amarrado y golpeado.

Pero estaba cerca de encontrar a su hermana.

28

Alba

Pasó de largo tras Inés y Paula en cuanto les vio la expresión irónica, buscando el carruaje y su caballo para emprender la marcha con la comitiva. No estaba dispuesta a soportar sus preguntas y sus bromas. Las dos la siguieron enseguida.

—No pienso decir nada —les avisó.

—¿Pero ha habido intercambio de fluidos y espermas ? —Oyó preguntar a Paula riendo.

Alba alargó la mano hacia atrás, sin mirarla, en un intento de disuadir sus comentarios. Pero un Úlster se plantó delante de su camino y las hizo detenerse para no chocar con él.

—Vengo de la frontera —les dijo—. Tanarys me ha dicho que os entregue esto personalmente.

Inés y Paula se colocaron a ambos lados de Alba. Era una pequeña bolsa de cuero junto a un sobre.

Alba se apresuró a abrir la carta.

Comenzó a leer en voz alta.

«Hace unos días encontraron a una extraña mujer sola en el bosque que quería llegar hasta Lothian y hasta su señora Leonor. Pensaron que podría ser una enviada de los ingleses. El viejo Murray y el *laird* McDougal decidieron encerrarla hasta llevarla ante mí. Pero la joven logró escapar».

—Esa parte ya nos la han contado —dijo Inés inclinándose hacia el papel amarillento—. ¿Qué más?

Alba continuó.

«Kaleb y unos soldados salieron a buscarla. La joven volvió a escaparse de ellos, pero volvieron a encontrarla anoche entre desterrados Black y soldados de los Northcliff en las fronteras de Escocia, pero como prisionera. Los estuvieron vigilando hasta caer la noche, pero Kaleb decidió intervenir cuando vio que podrían matarla.

Algunos de nuestros soldados murieron en la lucha, pero otros lograron escapar y venir a informarnos. Junto a esta he enviado otra carta a Alastor con la advertencia de que hay Black y Northcliff preparados para vigilar vuestros pasos camino a Bellerose.

Aún no sabemos nada de Kaleb ni de la joven extranjera. El motivo de esta carta está en la bolsa que os envío con ella».

Paula se la arrebató de la mano y abrió la cuerda para abrirla y meter la mano.

Dio un grito antes de sacarla y vio cómo los ojos de Paula se aterraron de inmediato. Alba miró de nuevo la carta.

«La joven dice llamarse Rocío y ser hermana de Paula. Os envío lo que quedó de la quema de su ropa y enseres. De ser cierto, el sur de Lothian le agradece que nos haya llevado a descubrir una posible trampa.

James Tanarys de Lothian».

Paula abrió la mano con el contenido de la bolsa, el resto de una cremallera y una bola que tintineaba. Uno de los llamadores de ángeles que tanto le gustaban a Rocío.

Paula volvió a gritar llevándose la mano a la boca, su grito fue tan desgarrador que llamó la atención de los soldados que las rodeaban, se abrieron enseguida y oyeron el galope de los cascos de un caballo. El de Ewan Úlster.

Los ojos de Paula se llenaron de lágrimas y su piel enrojeció sobremanera.

—Mi hermana aquí. —La sangre siempre avisaba y Paula desde primera hora se aterró con la idea de que aquella joven extraña y solitaria fuese su hermana. Al fin y al cabo, ella sabía dónde se abrió el agujero, podría haberse caído si aún seguía abierto al otro lado—. Necesito un caballo.

Alba la sujetó enseguida.

—No empieces a hacer el loca —le dijo.

—Es mi hermana y te juro que voy a prenderle fuego a los mierdas de Black como le hayan hecho algo, ¿y los Ballantine que la encerraron? Espera que me cruce con el viejo Murray.

Ewan se bajó de su caballo de un salto al llegar Paula, la miró desconcertado.

—Ese caballo mismo —dijo ella al ver el caballo de Ewan sin jinete.

—¡Sujétala! —gritó Inés a Ewan.

Ewan rodeó con rapidez la cintura de Paula con el brazo y la levantó inclinando su cuerpo. Paula quedó como si fuese un cordero bajo la axila de Ewan.

—Suéltame, bestia —protestaba ella.

Ewan se giró para retirar a Paula de Alba.

—¿Qué ha pasado?

—Su hermana está en el sur. —La propia Alba tuvo que coger aire por la boca y contenerlo. La idea sonaba aterradora. Rocío por aquellas tierras… sin conocer nada ni a nadie, en aquellas circunstancias y hasta en manos de desertores.

Ni siquiera sabía cómo estaba viva, si lo estaba aún.

—Como le pase algo a mi hermana lo vas a flipar, lobo —seguía diciendo—. ¡Suéltame!

Ewan bajó la mirada para ver un instante el pataleo de Paula, luego miró a Alba de nuevo.

—¿Y quiere ir a buscarla?

Alba expulsó todo el aire que había contenido.

—Quiere ir a buscarla —repitió ella en una respuesta.

Ewan negó con la cabeza, luego miró a Paula, que estaba cada vez con la tez más enrojecida.

—¿Quieres también un *claymor*? —le preguntó con ironía.

—¡Pedazo de capullo!

Ewan volvió a negar con la cabeza.

—Me desviaré con mis soldados camino a la frontera —dijo soltando a Paula en el suelo.

—Yo voy contigo —se apresuró a decir Paula y Ewan la miró con una expresión de un «no» rotundo—. Prometo no abrir la boca.

Pero eso era algo difícil de venderle a Ewan.

—Por favor, necesito encontrarla. Es casi una niña. —Los ojos de Paula se llenaron de lágrimas de nuevo. Gesto que desconcertó aún más a Ewan—. Y está aquí por mi culpa.

Rompió en lágrimas y se llevó las dos manos a la cara.

Ewan la miró en silencio un instante y apretó la mandíbula. Alba esperaba que Paula no fuera consciente de que le era más fácil convencer a Ewan con lágrimas que pisándole los empeines. Con tantas lágrimas le iba a ser difícil ver la expresión del lobo.

Ewan la agarró para cogerla en peso en la espalda y montarla con él en el caballo. Paula tardó unos segundos en amoldarse en la silla tras él.

—Espero que lo de estar en silencio sea verdad. —Lo oyeron decir antes de girar el caballo para salir a galope—. Os veo en la frontera —les dijo.

No pudieron ni despedirse de Paula, su amiga tampoco es que mirase atrás. Ewan tuvo una buena idea en llevarla en su caballo. Paula en aquel estado con caballo propio sería imparable y acabaría perdiéndose ella también.

—Dios bendito. —Inés tenía la mano en la frente—. Rocío, por Dios.

Alba dejó caer la frente en el hombro de Inés.

—¿Cómo demonios ha caído y por qué? Estaban cerrados, ¿no? —murmuraba Alba.

Inés se giró para mirarle la cara, hizo que Alba la levantase de su hombro.

—Quizás solo estén cerrados a este lado —respondió Inés.

—Recuerda cuando caímos sin Leonor, nos perdimos. ¿Cómo ella ha logrado venir justo aquí?

Inés se encogió de hombros.

—Que la encuentren con vida, por Dios. —Cuanto más lo pensaba más le angustiaba que Rocío estuviese por allí perdida. Era casi imposible que una joven del otro siglo sobreviviese allí sola. De hecho, había sido un milagro que aún estuviese viva.

Inés se mordió el labio inferior.

—Imagínate a la Rocío por estas tierras —negó con la cabeza—. No me extraña que Paula se haya puesto así.

Alba cerró los ojos intentando no imaginar situaciones trágicas.

—Como la encuentre muerta ya sabemos quién va a comenzar la siguiente batalla de aquí —añadió Inés—. Porque esta la lía.

—Y no es para menos. ¿Qué edad tiene Rocío? ¿Veinte?

Inés asintió.

—Dice la carta que Kaleb tampoco aparece. —Inés le rodeó la cintura y la sacudió—. Ojalá estuviera con él.

—Si está con él tiene posibilidades. —Esa esperanza era su única tranquilidad—. Si está con él llegará a nosotras.

—Pobre mía, qué miedo habrá pasado —dijo Inés mirándola—. Sola, tía. Nosotras nos cagamos y éramos cuatro, una arquera. Ella sola.

Alba cogió aire y lo echó en un suspiro.

Otro caballo se acercaba a ellas y ambas levantaron la cabeza.

No lo había visto desde que salió del dormitorio. A pesar de que no era la situación que a ella le hubiese gustado, y que le temblaban hasta las piernas al pensar en Rocío, la imagen de Alastor hizo que le sobreviniese aquel aire comprimido en el estómago que la hacía caer por un agujero, pero sin espacio ni tiempo. Apartó la mirada de Alastor, acababa de ser consciente de que en cuanto los oceánicos ojos de Alastor se cruzaban con los suyos, su mirada la transportaba a otro momento.

Y el aire comprimido que producía el vértigo parecía explotarle en el pecho.

—¿Es hermana de Paula? —les preguntó en cuanto llegó hasta ellas.

—Sí. —Fue Inés la que respondió. Ella se había quedado muda, tenía que comenzar a digerir y acostumbrarse a aquellos pensamientos que ya la acompañarían de por vida.

Porque lo de aquella noche no iba a olvidarlo jamás. Alastor había cambiado de dimensión, ya no eran sus pensamientos, era algo real. Y eso lo cambiaba todo.

Y lo mejoraba y lo empeoraba todo.

Volvió a cruzarse con la mirada del *laird* y notó la ligereza en las piernas los instantes que le mantuvo la mirada en silencio.

—La encontrarán —dijo él al fin y giró el caballo para retirarse de ellas.

Alastor se alejaba y no se atrevía ni a mirar a Inés.

—No hace falta que digas nada, ya se ve —le dijo Inés—. Pedazo de polvo.

Alba giró la cabeza para apartar los ojos de Inés y mirar hacia los árboles.

—Y vendrán más, ya verás.

—No.

—Siiii, esa mirada es de querer repetir.

Se sobresaltó al oírlo.

—¿De quién? —preguntó ofendida.

—De los dos. —Inés se detuvo en un par de caballos vacíos que escoltaba un grupo de Hunter—. *Lady* de los halcones, usted primero —dijo con ironía.

—Lady de los Black, después de usted.

—No, no, yo no tengo clan ni castillo. Y a mí no me han dado hasta por la maña… —Le dio un codazo a Inés para que se callase.

Alba se subió con rapidez al caballo.

—Pues ya está. —Cogió las riendas.

Inés se subió al suyo y se colocó junto a ella.

—Al castillo de los Bellerose. A ver cómo son esos ingleses —dijo su amiga.

—Ambiciosos, traicioneros, trileros…

Inés miró tras de sí.

—¿Y quién se mantendría leal de los de aquí? —preguntó la joven y Alba se encogió de hombros.

—Yo digo que a Fiona McKenna le encantará verte muerta. Ha mirado esta mañana a Alastor con una cara de «viene de follarse a otra» que echa para atrás.

Alba miró hacia el carruaje de las McKenna. Allí estaba Fiona esperando para subir a él y su mirada se cruzó con la de la joven.

—Pues ha acertado porque es de donde venía —dijo ella.

—¿Alba?

Alba aceleró el galope para no ver la expresión de Inés al oírla. Demasiadas cosas habían cambiado en horas y tenía que irlas digiriendo, incluido el calor explosivo que le sobrevenía con la presencia de las McKenna y las razones por las que estaban allí.

29

Paula

—¿Dónde estamos? —preguntó a Ewan.

—Casi en el mismo sitio que la última vez que preguntaste —Ewan respondía ya a rugidos. Pero comenzaba a caer la tarde y no había rastro de Rocío ni tampoco de Kaleb, encontrarlo era su última esperanza de saber algo más de su hermana. Que el nieto del viejo Murray no estuviese muerto o al menos que nadie hubiese encontrado su cuerpo, era una buena señal. Tanarys tenía también a soldados buscando a los restos de los Black y a su hermana, se habían cruzado con algunos de ellos durante la tarde.

Cabalgar de paquete era aún peor para su entrepierna. Llevaba solo una fina gasa para los restos de regla que se le habría acabado de cortar con la noticia de Rocío.

Resopló, la angustia aumentaba y lo haría más cuando cayese la noche. Habían pasado por dos aldeas y nadie había visto a más Ballantines que los que los días anteriores buscaban a una extranjera.

El leve sol se ponía tras las colinas y mirarlo hacía que retomase el llanto. Un llanto que hacía que Ewan girase la cabeza y aminorase la marcha del caballo.

Pero esa vez la estaba aminorando sin que ella emitiese un solo gemido.

—¿Por qué nos paramos? —preguntó.

—Lo de mantener la boca cerrada si venías conmigo… —Ewan descabalgó y la agarró bajándola también—. Se hace de noche. Seguiremos al amanecer.

Las palabras que no quería oír. Una nube de distintos humos a media distinta supuso que era la razón por la que se habían detenido. Un poblado, quizás con algún tipo de pensión apestosa o simplemente con graneros para refugiar a soldados y peregrinos.

Una hilera de carros se acercaba haciendo estruendos por el camino. Paula dio un paso atrás y se puso tras Ewan, agarrando el manto rojo de los Úlster con una mano. Ewan giró levemente la cabeza para mirar tras su hombro. Paula apenas le alcanzaba la altura del pecho con la frente. Si ya de por sí aquella gente era grande, lo de Ewan y los lobos iba al siguiente plano. Parecería una muñeca entre ellos.

—Solo son campesinos que llegan a casa —le dijo y ella alzó los ojos para mirarlo. Verle la expresión irónica la encendió, aunque su cabeza y su cuerpo no estuviesen pasando por un buen momento.

—¿Te hace gracia que tenga miedo? —Y es que desde que supo lo de Rocío, todos los peligros medievales, incluso los que obviaba o se tomaba a broma, comenzaron a tener una importancia superlativa. El miedo comenzaba a extenderse de punta a punta de las Lowlands.

—Me hace gracia que me uses de escudo cuando tienes miedo —replicó él.

Ella se detuvo en seco dando un paso atrás.

—Te hace gracia sentirte importante, ¿no? —le dijo—. Menudo fantasma.

Ewan seguía dándole la espalda, pero le mantuvo la mirada de reojo, quizás midiendo la distancia que ella dejaba entre los dos, que tampoco era que fuese mucha.

Con las pocas ganas que tengo yo hoy, encima se ríe de mí.

—Si ya estás así y aún no hemos salido de Escocia, ¿qué harás en tierra de ingleses? —Y parecía seguir divirtiéndole.

—A ti no voy a acercarme, desde luego. —Lo rodeó guardando la distancia—. Además… —adelantó a Ewan dando pasos hacia el poblado—. Lo mismo me gustan más ellos y no vuelvo.

Sabía que le iban a gustar tan poco como los Black y los Lockhart, pero necesitaba que Ewan dejase aquella ironía. No estaba para ironías, solo quería gritar y romper a llorar. Su menor preocupación eran los ingleses, solo quería encontrar a Rocío.

Se detuvo y se llevó la mano a la frente. Nunca le importó demasiado su destino allí, el que peligrase su vida, el que avanzase o acabase la aventura. Iba improvisando, asimilando cada parte del viaje. Pero Rocío lo cambiaba todo. Era su hermana menor, era su responsabilidad, máxime cuando por su culpa había caído en un agujero. Ella fue la que le encomendó que vigilase la bolsa escondida, que siempre hubiese dinero y enseres mínimos por si volvían.

Nunca pensó que el agujero se abriría sin Leonor.

Alargó la mano hacia uno de los árboles que bordeaban el camino y se agarró a él mientras pasaban los carros con rapidez hacia el poblado.

—¿Cuántos hermanos tienes? —preguntó a Ewan sin mirar atrás. Solo conocía a su hermana.

—Cuatro. —El tono irónico de Ewan había desaparecido, no sabía cuánto le duraría.

—Yo solo tengo a Rocío —respondió Paula mientras su estómago se encogía. Lo endureció en un intento de contener que regresase aquel malestar que la hacía sollozar—. Es mi hermana pequeña, seis años menor. Seis y medio, exactamente.

Aunque tampoco sabía cuan de exactamente. Los agujeros cambiaban los tiempos, días eran allí meses. Había perdido la cuenta de cómo seguir contando años, de si volviese al otro mundo tendría

que sumar y restar los desajustes. Su edad ya no tenía relevancia. Pasaba a ser solo días pasados.

—¿Eres el hermano mayor?

—Sí. —Lo oyó responder y ella sonrió levemente.

—Te llevas todas las broncas, por lo que tú hagas y por lo que hace el resto y que no has impedido —dijo ella y lo miró de reojo.

No era fácil ver sonreír a Ewan, solo décimas de segundos y veces contadas.

Paula bajó la cabeza, lo de la garganta ya era insoportable.

—Cuando nació pasó a sustituir a mis muñecas —dijo sin saber si Ewan sabía lo que era una muñeca. Había muñecas en el medievo, muñecas con materias simples, producto de una creatividad maravillosa. Pero él era hombre—. Luego creció y pasó a ser una carga que me tenía que llevar cada vez que salía, aunque no quisiera. Cuando Rocío se aburría, su entretenimiento era pincharme a mí, que tampoco es que tenga mucha paciencia. —Volvió a ver de reojo cómo sonreía—. Y encima siempre acababa yo castigada —respiró despacio intentando suavizar el inicio del llanto si no lograba contenerlo del todo—. Rocío es la única responsabilidad que he tenido en toda mi vida. Y es la persona que más quiero en el mundo. —El llanto llegaba—. Y no quiero perderla. —Se llevó la mano a la cara.

Oyó los cascos del caballo siguiendo a Ewan.

—Vamos. —Sintió la presión en la espalda.

Pero solo fue capaz de dar un paso, el paso necesario para no caer al suelo después de que él la empujase levemente, todo lo suave que era capaz de ser con aquel peso. Pero el estómago se le había encogido sobremanera. Que llegase la oscuridad sin saber dónde estaría su hermana…

Sintió el brazo de Ewan junto al suyo, quizás esperando a que retomase la marcha.

—Deja de llorar. —Lo oyó decir tranquilo—. Mañana la seguiremos buscando.

—¿Pero dónde? —Sus esperanzas de encontrarla se estaban volviendo tan oscuras como el bosque—. Esto es enorme.

—Tu hermana no se habrá alejado de los caminos.

Paula se apartó las manos de la cara para mirar a Ewan.

—Mi hermana no tiene ni idea de lo que es un camino, ni un poblado, ni un refugio de rocas. Morirá de frío junto a cualquier arroyo si no la mata nadie antes. —Volvió a llevarse la mano a la cara—. Y no sé lo que le habrán hecho esos salvajes.

Rocío era joven, preciosa, con unos ojos enormes como los suyos pero con un verde similar al del río junto al que habían crecido. Tenía la tez más dorada, como su padre, y el pelo algo más oscuros, sin las mechas claras del sol.

Una chica joven y saludable como pocas por allí.

Podrían haberle hecho cualquier cosa.

—Malditos asquerosos —balbuceó entre lágrimas.

—Aún no sabes nada. —Ewan seguía con el tono de voz tranquilo.

Paula sintió un muro duro en la mano que le cubría la cara. Se apartó la mano de la cara, era la camisa del lobo. Basculó su cuerpo casi por inercia, sin meditarlo mucho, sin contener el movimiento. Y se dejó caer en él.

Y qué maravilloso era dejarse caer en él cuando estaba cansada, asustada y rendida. Ewan le rodeó la cintura con un brazo, suficiente para envolverla al completo.

—Te he dicho que mañana vamos a seguir buscando —dijo él.

A veces hasta le daban igual las consecuencias en ego y soberbia de Ewan cuando ella se acercaba demasiado. No era capaz de levantar la frente de su pecho.

El sonido de los carros se alejaba y de nuevo se imponía el silencio, mientras ella seguía inmóvil.

No había sido capaz ni de agradecerle a Ewan su ayuda. Él no tendría que estar allí, su compromiso era con Alastor, no con ella.

—Gracias —le dijo ella rodeándolo con un brazo y girándose levemente para seguir avanzando hacia el poblado sin soltarlo.

Lo vio bajar los ojos como si no se hubiese creído lo que acababa de escuchar.

Pero ella ignoró su expresión o acabaría de nuevo discutiendo con él. Y no tenía fuerzas para discutir.

Se dejó caer en él otra vez mientras andaban. Era curioso que a pesar de aquella forma de ser de Ewan, no le notase tensión alguna en las distancias cortas. A Ewan no parecía importarle en absoluto cuando se agarraba a él, a veces lo confundió con una especie de satisfacción egocéntrica por parte del lobo. Pero no lo era del todo.

Apretó a Ewan y cerró los ojos para recibir el calor de su cuerpo directo en su mejilla.

La vida allí no estaba tan mal con un pecho como el de Ewan donde refugiarse.

Solo le faltaba encontrar a Rocío.

30

Alba

Inés miraba cómo unos soldados acababan de montar la tienda, que venía a ser como una cuadro alto de tela, nada más. Una noche a la intemperie casi calentándose con higueras, no había donde refugiarse por aquel camino. Era el cambio del camino que le sugirió Tanarys después de saber que había Black y Northcliff cerca.

—Inés —llamó a su amiga al ver a Rob Black acercarse a paso acelerado, seguido del joven McDougal. Inés se giró para mirarlos.

—No son tu responsabilidad.

—Claro que lo son —respondía Rob a McDougal.

Rob cruzó una mirada con Inés, por un momento pareció que iba a pasar de largo, pero se detuvo.

—Mi primo Stanford esta por aquí —le dijo—. Y sé muy buen cuáles son sus intenciones. Así que ni se te ocurra hacer estupideces. Harás lo que yo te diga.

Inés lo miró unos instantes sin decir nada, luego volvió a darse la vuelta para darle la espalda.

Rob negó con la cabeza, si tenía intenciones de decirle algo más a Inés, se le quitaron de golpe. McDougal miraba a uno y a otro algo desconcertado. Lejos de la gente cercana, Inés y Rob no dejaban de ser un matrimonio. Los detalles solo los sabían unos pocos.

Rob siguió su camino y McDougal hizo lo mismo.

—Inés —le dijo a su amiga—. Yo creo que deberías al menos escucharlo.

—Paso —respondió Inés, que seguía observando cómo colocaban las varillas que anclaban la tienda.

—Su primo no estará ideando nada bueno, eso ya lo imaginamos.

—¿Otro *barbapelopolla* por aquí*?* Uy, qué miedo —replicó Inés con ironía.

—No sabemos con quién está aliado. ¿Y si se ha aliado con los McKenna para recuperar las tierras que les quitó Tanarys? —Alba lo dijo en un susurro.

Inés se sobresaltó.

—¿Y si los Black son el enlace de traidores con los Bellerose? —añadió y su amiga emblanqueció.

—¿Se lo has dicho a Alastor? —preguntó su amiga y Alba negó con la cabeza.

—No pienso decir una palabra. —No podía acusar a nadie por un simple pensamiento de posibilidades. No había hecho más que darle vueltas al asunto durante el camino. El interés de los McKenna de llevar a toda la familia con ellos le parecía excesivo. Arriesgar a las dos jóvenes incluso que seguían acompañándolos a pesar de que ya el primer plan, el de casarlas con Alastor, se había suspendido. Con una hubiese sido suficiente si lo que querían era una sustituta de la *lady* de los halcones.

Pero iban las dos.

—Si estuviese aquí Paula —añadió Alba—. Le diría que se enterase si Bellerose tenía un hijo. Porque empezaría a tomar sentido.

Inés frunció el ceño. Paula era especialista en sacar información, una información que nadie tendría, salvo los McKenna.

—Puedo hacerlo yo. —Inés volvió a mirar la tienda.

Alba se detuvo a mirar a Inés. Su amiga estaba entrenada para recabar información, sin embargo la inmadura Paula era más difícil de despertar sospechas.

—Pero ten cuidado, que no te vean demasiado interés —le dijo en un susurro.

Inés contuvo la sonrisa.

—¿Por qué no deben de verme demasiado interés? —La expresión de Inés y sus palabras hicieron que Alba hasta se desconcertase.

—No quiero que sepan…

—¿Quieres saber de verdad sus intenciones o no? —la cortó Inés. Alba entornó los ojos sin entenderla—. Nos queda tan solo una amiga soltera.

Alba abrió la boca al oírla mientras Inés se daba media vuelta para alejarse. Paula era la excusa perfecta.

Asintió a Inés con cierto orgullo por la idea que había tenido. Si los McKenna tenían intenciones de enlazar a alguna de las jóvenes con un Bellerose, la mejor manera de saberlo era exponiéndoles una competencia. Paula no tenía clan, ninguno. Pero no creyó que hubiese noble escocés ni ingles capaz de rechazar a Paula. Era la belleza femenina elevada a otro nivel, en ese mundo medieval y en el otro moderno.

Y por eso Tanarys no paraba de recibir ofertas.

La mujer más hermosa de las Lowlands. Los McKenna sabían que a los ingleses les encantaría la idea.

Bien, Inés.

Solo debían tener cuidado de no avanzar y no llegar al final.

Paula no estaba allí, era una ventaja.

31

Alba

Las hogueras se multiplicaban en el campamento mientras todo a su alrededor se oscurecía. Recordó sus primeros días en aquel mundo, en un campamento mucho menos elaborado, cuando no tenía ni idea de todo lo que les iba a deparar aquella aventura. Parecían haber pasado años. A ratos hasta olvidaba que ella provenía de un mundo que parecía más otro planeta, otra dimensión, con otra lengua, otros rostros, otros nombres y mucha más materia artificial.

Un mundo donde los olores eran más complejos, el silencio no existía, y el aire era contaminado y grueso.

Inés no había vuelto y ya hacía mucho que se había ido. Seguiría con los McKenna, y era natural que su amiga no quisiese ir a saco con preguntas y conversaciones, Inés era inteligente y observadora, sabía bien que había que darle tanto tiempo como necesitase la misión para que nadie sospechase.

Oyó el tintineo de las mallas y armas de soldados y dejó caer la tela de la puerta de su tienda para girarse y mirarlos.

Contuvo la respiración enseguida mientras regresaban las ráfagas que la hacían perder la gravedad. Los arqueros se habían retirado del *laird* en cuanto la vieron, como también lo hicieron los que la guardaban a ella.

De frente de nuevo los ojos de Alastor, esa vez algo más cerca que el resto de veces durante el día que tan solo lo vio pasar de un lado a otro de la comitiva.

Alastor de frente. Después de haberlo tenido encima, debajo y entre las piernas.

De frente.

Y yo tengo que controlar los pensamientos o más me vale que me maten los Bellerose en cuanto lleguemos.

Porque estaba completamente perdida.

Bajó la mirada, ya era difícil poder mantenérsela al *laird*. Imposible sin hiperventilar.

Cogió aire despacio por la boca intentando que no se le notase.

Alastor observaba la tienda.

—No es lo que tenía planeado para el viaje. —Y ella lo sabía. Un camino más corto y con lugares para poder pernoctar de manera cómoda.

—Sabes que a mí eso me da igual —se apresuró a decirle.

—Pero a mí no. —Volvió a mirarla a ella—. No te traje para esto.

No me habías traído para tantas cosas…

Desde que salió de Lothian no habían parado de cambiar las cosas. Y más presión para Alastor si eso era posible. Por eso no pensaba decirle una palabra de lo de los McKenna si sus averiguaciones no la llevaban a ninguna parte.

Se prometió proteger a Alastor. Para protegerlo de los ingleses ya tenía a sus soldados. Para los que tenía cerca estaba ella.

Y aunque no tuviese clan tenía a Inés, que también era muy efectiva.

Se atrevió a volver a mirar al laird, esa vez lo pilló observando su abrigo.

—Ven conmigo. —Tiró de su codo al decirlo.

Siguió a Alastor dando la vuelta a su tienda, allí había una segunda del mismo tamaño, casi contigua a la suya. La de él. Le gustó descubrir que no dormiría muy lejos de ella, quizás para que los propios McKenna no empezasen a especular. Y lo prefería así.

Alastor apartó la tela para entrar y ella se detuvo en el umbral girando para no mirar dentro, aunque por lo que había alcanzado a ver, era exactamente igual que la suya, una cama hecha con telas y mantas.

Él no tardó en salir, llevaba en la mano un manto Hunter de cuadros azules. Tenía el color vivo y estaba limpio. Quizás fuera el que Alastor llevó la noche anterior en la ceremonia.

—Ahora eres una Hunter. —Lo desdobló y la envolvió con él—. Debes tener uno.

Alastor se lo unió en uno de los hombros y lo sujetó con una mano mientras se quitaba su broche.

Alba siguió con la mirada el broche en la mano de Alastor. No se apresuró a abrochárselo, quizás porque quería que no se hiciesen gurruños, que quedase pliegue por pliegue, tal y como solía llevarlo él.

No era la primera vez que llevaba un manto Hunter y un broche de los halcones, aunque había sido en otras circunstancias, por otras razones. Algo prestado con un simbolismo difuso.

Ahora era completamente suyo, surrealistamente suyo.

—Gracias —dijo ella y alzó la mirada hacia él, que una vez cogido el broche, le colocaba bien la parte del cuello para que cayese sobre el del abrigo.

Alastor se retiró levemente para estirar la parte de los laterales. Le encantaba sentir el peso del manto sobre la ropa, una lana gruesa que lograba calentarla tanto como las pieles. O quizás que fuesen los colores de Alastor le aportaba una calidez que no conseguía con otra prenda del medievo.

Siempre le gustó el azul halcón. El del manto. Y el de los ojos del *laird*.

Mantuvo el silencio mientras él revisaba que todo estuviese en su lugar. Luego la miró a ella de nuevo. Ver en su expresión que le gustaba lo que fuese que estaba viendo hizo que aquella ligereza aumentase.

—¿Tienes hambre? —preguntó Alastor y ella cayó en la cuenta de que con la demora de Inés quizás se le había pasado la cena. El olor a brasa hacía rato que rondaba el campamento.

—No mucha. —Y era verdad. Ni siquiera el camino le había abierto el apetito. Mantenía algo en la garganta que le impedía tragar. Lo que se movía en su estómago no tenía nada que ver con el hambre, tenía que ver únicamente con el *laird*.

—Pues debes comer —le dijo él acercando su mano a la piel de su cara. Fue consciente de que Alastor estaba comprobando que no la tuviese demasiado fría—. Vamos.

Dejó que él diese unos pasos, no pensaba que Alastor fuera a prestarle atención por el camino. No sabía tampoco en qué consistía exactamente ese «volver como antes».

Lo vio detenerse y girar la cabeza al ver que no lo seguía, así que ella dio unos pasos para colocarse junto a él.

Todo será como antes.

Pero ¿cómo era antes? ¿Antes hubiese ido a por ella, regalado un manto de su clan y cenado juntos?

Estar junto a él.

Esa era la propuesta. Mantenerse junto a él en el viaje.

Algo en su pecho se soltó, como si hubiese explotado un globo con caldo caliente por dentro. Una bomba que la había atormentado parte del camino y que ahora se había liberado produciendo un alivio infinito.

Mantenerse junto a él.

Tuvo que contener la sonrisa al sentir que aquel placer interno se extendía. Daba ya igual que fuese la esposa del *laird* o tan solo Alba. El trato no había cambiado.

Obligada a casarme con él, no a ser su esposa.

Bajó la mirada hasta el suelo. Ser su esposa en todos los sentidos hubiese sido maravilloso. Pero se conformaba con lo mismo que había tenido siempre.

Acabó la calle de las tiendas y pudo ver la enorme hoguera que desprendía el humo gris de la grasa quemada de la carne. La ventaja de viajar con cazadores era que nunca pasarían hambre.

La mayor parte de la comitiva, la que no estaba cazando, paseando, en el río aseándose o recogiendo agua, estaba allí tumbados en la hierba entre las hogueras.

Sintió la mano de Alastor en la suya y le tiraba suavemente hacia una hoguera lateral.

—Mi señora —dijo un soldado que retiraba la carne del fuego.

Ahora era su señora, la de todos los halcones. De un día para otro, de una hora a otra, había dejado de ser Alba a secas, a ser la señora de uno de los clanes más conocidos de Escocia.

Y sentía que estaba usurpando aquel lugar de una manera que a ratos la mataba por dentro. Porque ni siquiera su *laird* lo había decidido.

Se arrodilló en el suelo para sentarse también en la hierba, Alastor se sentó a su lado y encogió una de las rodillas para dejar caer su brazo en ella.

Vio que el soldado acercó primero el plato a Alastor, que asintió con la cabeza, solo así el soldado le ofreció el plato.

—Señora —le dijo el hombre.

Ella lo cogió con cierta vergüenza. No entendía por qué cada uno de sus platos necesitaba la aprobación del *laird* ni con qué finalidad.

Era una pena que le hubiesen dado la carne más clara y jugosa. No podría comérsela entera. Alastor se quitó del cinto un pequeño bote de pellejo y se colocó al lado.

—Bebe mejor de esta agua. —Ella frunció el ceño al escucharlo.

¿Temía Alastor que alguien de por allí intentase envenenarla? Inés y Paula le habían hecho tomar protector de estómago. Como si eso pudiese salvarla de un veneno medieval.

Quitó el tapón de la bolsa de pellejo y se lo acercó a los labios para dar un sorbo. Para el tipo de agua que había por allí, aquel no estaba mal del todo. Cerró el tapón y lo dejó junto a su dueño. Hasta grabado en el pellejo estaba el símbolo de los Hunter.

Se habían molestado hasta en cortarle la carne en trozos pequeños, ese gesto la hizo ruborizarse.

—Stein. —Alastor tuvo que alzar la voz, el hombre Hunter ya los había dejado solos, pero al oír cómo lo llamaba no tardó en regresar —. ¿Esperas que tu señora se coma esto con las manos?

El hombre dio un sobresalto y Alba a la vez que él para levantarse del suelo, pero Alastor le impidió levantarse y Alba dejó caer de nuevo el culo.

—No es necesario, puedo ir yo. —No quería que nadie tuviese que llevarle ningún cubierto. Todos allí estaban igual de cansados que ella.

Alastor negó con la cabeza.

—Dijiste que todo sería como antes —dijo y vio que Alastor hizo un leve movimiento con la mandíbula.

—Con la diferencia de que ahora eres una *lady* del clan — respondió él cogiendo un tenedor de la mano del soldado—. Y ese

es el trato que van a darte todos.

Alba bajó la mirada hacia el tenedor, tenía dos pinchos. No era un cubierto al uso como había en el castillo. Quizás tenían enseres de viaje, algo más multiusos.

Revisó que no tuviese algo pegado, cosa común que las llevaba a limpiarlos cuando llegaban a sus manos. Pero aquel parecía nuevo.

Enseres solo para ella quizás.

Alastor cogió un saco de tela y desenvolvió algo. Era pan no muy tostado. Le colocó un trozo en el plato junto a la carne.

Demasiadas atenciones que la hacían sentir aún más impostora. Exhaló el aire con fuerza sin ser muy consciente de que Alastor se daría cuenta.

—Son las consecuencias. —Lo oyó decir.

No le respondió. Había muchas más consecuencias para ella por haberse casado con él, las que no se veían, las que tenía por dentro.

—Solo tienes que acostumbrarte —añadió Alastor.

Lo miró de reojo, se cruzó con los iris de él y desvió la mirada enseguida. Seguía sin poder mantenerle la mirada. Acostumbrarse iba a ser difícil.

—¿Si te hubiesen dejado elegir hubieses pedido a una McKenna? —Tenía que preguntarlo. Entre otras consecuencias de haberse casado con él, el poder preguntar era una de ellas.

—Si me hubiesen dejado elegir hubiese pedido tiempo — respondió él.

—¿Era para lo que venían, no? —Lo vio mirarla desconcertado.

—Nadie quería a una inglesa en tierras de Escocia, eso significaba que los ingleses tuviesen la excusa para cruzar la frontera continuamente.

—¿Te hubieses casado con una de ellas entonces? —Ni siquiera era capaz de comerse los pequeños trozos de aquella carne tierna. No podría por más que lo intentase.

—No me hubiese casado con una inglesa, eso te lo aseguro —respondió Alastor.

Una McKenna, una McDougal, la que hubieses tenido más cerca. Ok*.*

Alba volvió a bajar la cabeza, esa vez hasta su tartán. El sentimiento de impostora ascendía por momentos.

—Ahora gracias a ti no me debo a ningún clan más que al mío —añadió él.

Y ella frunció el ceño. Enlazarse con cualquier clan significaba para Alastor responder también a sus trifulcas. Había clanes que se habían ido a la ruina por la lealtad con otros clanes con los que estaban enlazados. No había reparado en ello.

Ahora Alastor solo debía responder por los Hunter. Nada más.

—Pues me alegra que al menos haya tenido algo positivo —dijo ella y sintió la mirada del *laird*.

Se hizo el silencio, no sabía si la seguía mirando. Ella continuaba dándole vueltas a los trozos de carne. Le había costado tragar él último que se metió en la boca. Era como si la garganta se le hubiese cerrado por completo.

No pudo aguantar la curiosidad por comprobar la expresión de Alastor y lo miró de reojo. Ya no la miraba, ahora su mirada se dirigía hacia el fuego, las llamas hacían sombras en su cara, pero ni las sombras lograban apagarle el color brillante de los ojos. La belleza de aquel rostro era sublime, tanto en colores como en formas. La blancura de su tez, el anaranjado grueso de sus labios. Tuvo que pestañear para que sus pensamientos quedasen en el suelo y no saliesen volando hacia la noche anterior.

—Por mi parte haré lo posible para que esto no sea el infierno que aparenta —dijo él y ella giró la cabeza hacia su izquierda para mirarlo al completo.

¿Un infierno? Sé que no querías, pero… ¿casarte conmigo es un infierno?

Apretó los labios y respiró despacio.

Es que me ha sentado hasta mal.

—Por mi parte no es ningún infierno —se apresuró a decir y no pudo evitar que el tono reflejase que se había ofendido—. ¿Por el tuyo sí?

Lo vio sobresaltarse y girarse por completo hacia ella.

—Nos han obligado a casarnos para llevarte de estandarte como diana de los ingleses. Claro que es un infierno.

Alba abrió la boca para replicar.

No lo he entendido del todo. ¿El infierno no es por mí? No, no es por mí. Puede ser cualquier cosa, pero después de verte y oírte anoche, un infierno lo que se dice infierno no es esto para ti.

El tintineo entre sus piernas fue inmediato. Al final por mucho que puso de su parte, volvió a recordarlo.

Esto sí que va a ser un infierno.

Una máquina que se ponía en marcha y no había botón de apagar. Bueno, sí que había uno, lo tenía Alastor.

Alastor volvía a mirar las llamas. Podía notarle el peso de la carga en los ojos. Ahora se sumaba una más. Alastor se culpaba de lo que pudiese pasarle.

Pero no era su culpa. Fuera aparte de que emocionalmente le doliese que Alastor no eligiese casarse con ella, que incluso lo

rechazase, sabía que a él le preocupaban las consecuencias. Porque ahora era responsabilidad suya.

Y eso volvía a aligerarle el cuerpo. Fuesen los que fuesen los sentimientos del *laird* por ella, había algo que siempre le agradecería a Alastor. Y era su constante protección desde el primer día.

Apartó el plato, definitivamente no pensaba comer nada, y apoyó la mano en el hombro de Alastor.

—Pase lo que pase, no será tu culpa —le dijo, pero sus palabras no parecieron tener efecto en su expresión—. No quiero ser una carga más, vine para ayudarte, no para entorpecer la misión que tienes.

Alastor acercó la mano hasta la suya y la dejó caer encima.

Volver a rozar su piel activaba su memoria sensorial sobremanera. Ya no habría forma de pararlo.

—No lo llames así, no eres una carga. —Lo vio coger aire por la boca y exhalarlo—. ¿Cómo vas a ser tú una carga?

Volvió a encontrarse con los ojos del *laird* de los halcones, sintió el cuerpo tan ligero que pensó que verdaderamente se había vuelto a abrir un agujero del tiempo bajo ellos y caían sin parar.

Levantó despacio la mano del hombro de Alastor y le dio media vuelta para agarrarlo. En cuanto cerró la mano con la de él sintió que el vello poco a poco, antebrazo arriba, se iba levantando. Y ya no era porque la gravedad los atrajese. Era algo tan sobrenatural como el reflejo de todo aquel remolino de sentimientos que le producía el *laird*.

—Pues deja de lamentarlo —le dijo Alba y esa vez sí que Alastor levantó la cabeza y la dirigió hacia ella.

Dejó de mirarla en silencio de nuevo.

Unas voces algo más altas que las del resto llegaron hasta ellos.

—¿Lo haces para enfadarme? —Era la voz de Rob.

—No lo hago por ti. —Era la voz de Inés—. No tengo ningún interés en enfadarte, mi único interés es que me olvides.

—Te recuerdo que tú tampoco quisiste anular la boda —le decía él.

Alastor y ella se giraron hacia dónde procedían las voces de Rob e Inés. Vieron al joven Black sujetarla del brazo.

—Pero ahora parece que quieres vengarte continuamente —añadió él.

—Suéltame y vuelve con tus soldados. Aquí no se te ha perdido nada —le respondió Inés sacudiendo el brazo—. Ni siquiera una esposa.

Vio que Alastor contuvo la sonrisa al oírla.

Inés rebasó a Rob, él no la seguía.

—No quiero que te vuelvas a acercar al *laird* de los McKenna.

—Puedo hacer lo que quiera —replicó ella sin mirar atrás. Rob dio una carrera para cogerla de nuevo.

—No, no puedes.

Al final como siempre Paula tiene razón, y a estos lo que les falta es candela del siglo veintiuno. Se les acabarían estas peleas extrañas.

—¿Me lo vas a impedir tú? ¿Cómo? ¿Piensas encerrarme?

Alastor se alzaba en cuclillas, querría levantarse, pero no le había soltado la mano.

—Voy a tener que intervenir —le dijo y Alba contuvo la sonrisa. Alastor le apretó la mano antes de acercársela a la boca—. Mi señora.

Alba se tensó al completo al escucharlo dirigirse a ella de aquella manera. Dejó caer la mano sobre la de Alastor en peso muerto mientras él se la acercaba a los labios.

Sintió en la piel el tacto suave de aquellos labios con cierto grosor que ya conocía bien. Cerró los ojos mientras el vello de la espalda y la nuca se le ponía del revés.

Abrió los ojos y bajó enseguida la mirada. Alastor se ponía en pie.

La música verbal de fondo de Inés y Rob discutiendo no había colaborado mucho en el momento, pero no era capaz de respirar.

—Rob, ven conmigo. —Oyó decir a Alastor.

Rob se retiró de Inés.

—¿Cuándo vas a dejar de humillarme? —le dijo él a media distancia entre los dos.

Inés no le respondió, solo lo fulminaba con la mirada hasta que lo perdió de vista.

—Te diría que por qué me casé con este idiota, pero luego recuerdo que era porque necesitábamos espiar a su familia. —Inés se sentó donde había estado sentado Alastor—. Joder, vaya pinta.

—¿Qué os ha pasado? —preguntó mientras Inés cogía el plato que Alba no se había comido y se metía un trozo de carne en la boca.

—Que McKenna resulta ser un viejo verde y me ha metido algunos cuellos. Y también el sobrino, y el primo del sobrino y otro más que no sé quién es. Pero ya tengo lo que queríamos.

Alba alzó las cejas.

—¿El *laird* también?

Inés asintió sin darle importancia.

—Ya está encendida la mecha. El interés de Paula por Eduard Bellerose. —Inés sonrió con malicia—. Y a McKenna se le ha descompuesto la cara. Ni Fiona ni Emily son competencia por mucho clan que tengan.

Alba se llevó la mano a la frente.

—Paula nos va a matar. —Ya comenzaba a arrepentirse. Su amiga no estaba allí para opinar absolutamente nada.

Inés hizo una mueca quitándole importancia.

—Paula es perfecta para esto. Si estos tienen un interés con los Bellerose más allá de las negociaciones de Escocia para rescatar a su rey, lo descubriremos —dijo su amiga. Alba le dio con el dedo en la barbilla a Inés.

—A costa de exponernos nosotras —negó con la cabeza recordando lo que acababa de decir Inés sobre la razón de su matrimonio—. ¿Hasta cuándo nos va a salir bien?

¿Hasta cuando iban a sobrevivir? Cualquiera de ellas podría caer en cualquier momento.

32

Rocío

Cuando abrió los ojos por la mañana pensó que aún era la tarde anterior. Pero no, podía ver que la claridad no era la misma que el cielo anaranjado de la última vez que despertó.

Habían pasado todo un día en aquella pared de roca, Kaleb no había querido moverse y ella no podía.

Ni siquiera había sido capaz de llegar al río para lavarse las heridas y la cara. Solo había estado recostada cerca del fuego durmiendo y comiendo algo que le acercaba Kaleb. Rezaba porque no hubiese enfermado y solo fueran consecuencias de las heridas. Sentía el ojo peor que el día anterior, mucho más hinchado y cerrado.

Se ayudó con las manos para incorporarse al menos y sentarse. Pensó que la había despertado un ruido, pero no había rastro de Kaleb por ninguna parte, tampoco del caballo, no sabía si habría salido a cazar o recolectar o lo que fuera que hiciesen para comer. Tampoco sabía si las otras veces se alejaba mucho de ella.

Le dolía la cabeza a morir y la pierna tampoco mejoraba. Las costillas eran otro nivel de dolor, aquellas patadas en la barriga, repetidas veces, tenían unas consecuencias tremendas.

Estaba muerta de frío, el relente de la mañana la estaba calando, no había ni rastro del fuego.

Se retiró el vestido para mirarse el muslo donde la golpearon y abrió la boca aspirando el aire, ni siquiera le salió el grito al verse. Si la cara la tenía la mitad de bien que el muslo, sería un auténtico monstruo.

De nuevo el sonido, esa vez estaba lo suficientemente despierta para escucharlo bien. Cascos de caballo, varios y un tintineo metálico.

Mierda.

Se arrastró despacio en el suelo, pero su cuerpo chocó contra la pared de roca.

—¿Kaleb estaba solo? —Se oyó una voz.

Mierdaaaaaaaaa.

—Me dijisteis que era seguro venir, que estaba despejado.

—No esperábamos que siguiera por aquí teniendo un caballo y sin estar herido. Tanarys está en la frontera con un ejército de soldados, Alastor se acerca a la frontera con otro…

—Tienen que atraparlo o le dirá a Tanarys que estoy aquí.

Madre mía, soy un imán para los problemas.

—Pero ha sido extraño en la forma que ha salido corriendo cuando nos ha visto, ¿sin luchar? ¿Kaleb? Quizás quiere que lo sigamos.

Y me deja aquí tirada. Me cago en su puta estampa, encima que lo salvé.

Se llevó la mano a la cabeza.

No hay ni un tío en condiciones en el planeta.

—Stefan dice que han visto Úlster en un poblado cercano.

—Es una trampa de Tanarys, os lo dije, que no lo siguieran.

Miró tras de sí, ellos tendrían que estar al otro lado de la pared de piedra. Oyó la hierba crujir bajo sus suelas, se estarían bajando del caballo.

Los ojos le brillaron de inmediato y comenzó aquel escozor en la garganta que ahora dolía directamente más que escocer.

Me van a coger otra vez.

No había forma de sobrevivir allí. Eran demasiados, hombres enormes y armados contra los que no tenía ninguna posibilidad.

Cerró los ojos y respiró por la boca intentando no hacer ruido, la pared de roca era fina, solo tendrían que rodearla para llegar hasta ella.

Daba por hecho que la encontrarían y la atraparían de nuevo.

—Si Kaleb llega hasta Tanarys, estamos perdidos —dijo de nuevo la voz—. El resto del clan está con Alastor. Nos atraparían antes de llegar a Bellerose.

—Lo atraparán, Dylan.

Más crujido de hierba.

—Huele a quemado, ¿no? Por aquí.

Dios.

Abrió los ojos y miró tras de sí a la pared de roca.

—Voy a mirar.

Contuvo la respiración y se apoyó en la pared. Entre el entumecimiento y el dolor era difícil que se pudiese poner en pie. Cogió la tela de la capa y se la metió en la boca para apretarla con los dientes. El sabor a sangre seca la hizo dar una arcada.

Se agarró a las piedras y se puso en pie despacio. No podía correr, no lograría avanzar más de unos metros antes de que rodeasen la pared y la encontraran.

Pero si avanzo esos metros hacia arriba…

Debía estar loca si creía que podría escalar por una pared de salientes con una pierna echa polvo y tuerta de un ojo.

Pero era escalar o morir. O peor aún, que la atrapasen y le hiciesen barbaridades.

Subir el pie de la pierna del muslo hinchado le hacía sentir como si la piel se le rompiese, una tirantez tremenda que la limitaba el movimiento. Solo tenía disponible la otra.

Se agarró a otro saliente, era peligroso subir por allí, la roca se rompía y se hacía arena cuando se agarraba. Poner el pie sería peor, no era que pesase mucho, no tenía una altura considerable. Contando con que en los días que llevaba allí habría perdido peso.

Puso el pie y sintió bajo la suela de tela que la piedra se desmoronaba, subió al siguiente saliente antes de que se rompiese a pedazos. Oía la tierra caer.

Estaba haciendo demasiado ruido, desconocía si ellos eran capaces de oírlo también.

—¿Lo habéis oído?

Mierda.

—Shhhh.

—Ve tú a mirar.

—Tiene que ser un animal, si fuera un Úlster ya nos habría cortado el cuello.

—Voy a irme, estoy a medio día de camino y no quiero que me echen en falta. Solo quería asegurarme de que Bellerose estará al tanto.

—Imaginamos que Alastor cambiaría de camino en cuanto Kaleb nos descubrió por aquí.

—Otra vez ese ruido.

Rocío se detuvo a tomar aire, casi había resbalado y estaba ya a tres metros del suelo. La caída le hubiese roto lo que le quedaba sin romper.

—Vamos.

Al oírlo su cuerpo se activó y comenzó a subir con algo más de rapidez, que tampoco es que fuera mucha. No sabía escalar, no tenía ni idea. Pero aunque no tuviese ni idea estaba comprobando que el instinto de supervivencia era tremendamente poderoso.

—Ahí arriba —gritó uno.

Joder.

Acabó de subir a un escalón de la pared de un metro de profundo, no podría avanzar mucho más, la pared se empinaba y apenas veía salientes para agarrarse. Y su cuerpo decía que ya no podía más. Jadeaba exhausta y volvía a marearse.

Se tumbó boca arriba o más bien se dejó caer al completo en el suelo del escalón.

—Es la extranjera que atrapó Stanford.

—¿Y quién es?

—Dice ser la hermana de una de las furcias.

—Joder. ¡Cogedla! A esta sí que no podemos dejarla con vida.

Cerró los ojos con la espalda pegada completamente al suelo.

Jodeeeeer.

Por si no fuese difícil ya de por sí sobrevivir allí entre frío, animales y suciedad, al parecer todo el mundo quería encerrarla o matarla. Sin haber hecho absolutamente nada más que existir.

—Pero es escurridiza la zorra.

—La apresaron los Ballantine y se escapó. —Era la voz del mismo que temía que Tanarys se enterara de que él estaba allí—. Sois todos unos inútiles, es solo una mujer.

—Pues sube tú a por ella.

Se acabó la aventura.

Apretó los párpados. Había estado cerca de conseguirlo. Las lágrimas regresaron y esa vez mitad de miedo mitad de ira. Estaba ya cerca de Paula. Había estado cerca de conseguirlo.

Pero allí las circunstancias cambiaban en segundos. Nunca había estado tan al filo de la muerte todo el tiempo. Realmente nunca había estado al filo de la muerte, ni cerca siquiera.

En su mundo la gente moría poco. Allí le sorprendía que la humanidad no se hubiese extinguido.

Alzó la barbilla para coger aire, hasta el respirar le dolía en las costillas. Podía oír cómo se desgranaba la roca y caía al suelo en forma de arena. Las risas de los hombres se sucedieron.

La roca se desgrana.

En arena y cascotes.

Giró en el suelo para ponerse bocabajo y se arrastró para asomarse.

Cinco metros, quizás seis de altura.

Y las leyes de la física eran exactas.

Puso la mano en el borde del escalón, con el llanto podía ver aún menos con el único ojo que no tenía inflamado. Empujó con la palma de la mano.

Si pudiera moverme bien.

Si estuviera como el primer día, sana, fuerte, alimentada, repleta de energía. Allí la energía valía más que el oro. Ahora apenas era

capaz de moverse, lo que le quedaba de fuerza lo vació escalando.

Apretó los dientes y empujó el borde de la roca arenosa. Era algo similar a la terracota, un monte de arena seco que se mojaba con cada lluvia endureciéndose.

Salió el primer cascote, los soldados miraron arriba al sentir caer la arena.

La altura aumenta el peso y la velocidad.

Alzó la mano en el aire con el trozo de piedra, justo en la línea donde subía el soldado y abrió la mano.

—¡Cuidado! —Oyó decir abajo.

Pero la piedra cayó de lleno sobre la cabeza del que llamaban Dylan.

—Pedazo de puta. —El hombre se llevó la mano al nacimiento del pelo. Un pelo castaño claro, casi rubio—. Cuanto te coja querrás no haber nacido.

Y no lo dudaba. No la había cogido y ya quería no haber nacido. Temblando volvió a hacer fuerza en la roca con las dos manos a la vez para que saliese un trozo más grande. Otro de los hombres subía también, lento, buscando un punto de apoyo que soportase su peso.

Pero aquí todo el mundo es enorme.

Y esa vez era una desventaja.

El cascote era fino pero alargado, pesaba. Lo golpeó para partirlo en dos, no podía desperdiciar ni un trozo de aquel escalón.

—¡Otra vez! —avisó uno desde abajo.

Eran dos hombres los que escalaban y tenía que decidirse por solo uno. El que había golpeado iba más lento, el otro adelantaba a la derecha.

Lo vio mirar hacia arriba y bascular el cuerpo en un intento de esquive.

Siglo veintiuno.

Picaresca y demasiadas películas e información sobre todo. Aquella gente no dejaba de ser primitiva, inculta, ignorante.

Hizo el ademán de lanzar el cascote y el hombre esquivó al otro lado, donde Rocío lo lanzó con fuerza, un esquive más del soldado justo donde ella había dejado caer el segundo cascote con la otra mano. No tenía escapatoria basculase por donde basculase.

El golpe lo hizo despegarse de la pared y la arenisca se desprendió dejándolo caer al suelo. Los gritos del hombre al caer se cruzaron con el de los soldados que no paraban de insultarla.

—Ponte de pie, idiota —le dijo otro.

Pero lo había visto caer, aquel hombre no sabía si podría ponerse en pie con una rotura de rodilla. Una rotura mala hasta en la época moderna, con clavos y cirugías.

Su mirada se dirigió enseguida hacia otro que regresaba corriendo desde el otro lado, arco en mano.

Mierda.

El sonido fue un «triz», el sonido que le recordaba a un carrete de pesca cuando un pez picaba y tiraba. Se echó al suelo rápidamente.

—¡Idiota! —Oyó—. Era la última.

La última flecha rozó su capa y rebotó en la pared, cayéndole sobre la cabeza que tenía cubierta con las manos. Y luego al suelo del escalón.

Rocío miró la flecha, una punta afilada con la que picar la piedra de arena.

Rompió una tira de la capa, ya le quedaba poca tela. Y envolvió con ella la madera bajo la punta metaliza de la flecha, para hacerla más gruesa y que no le quemase los dedos al picar con ella.

Alzó la mano y clavó la punta en la arena, se hizo una raja de inmediato, la empujó y el cascote cayó.

Acortaba el tiempo y multiplicaba los trozos para lanzar. Repitió la acción y volvió a clavarla de nuevo. Con una mano clavaba, con la otra empujaba.

El soldado que iba subiendo se detuvo por la lluvia inesquivable. El resto se apartó de la pared.

—¡Zorra! —Uno de ellos lanzó uno de los cascotes caídos, pero desde abajo era difícil alcanzar la altura de Rocío.

Volvió a picar y a empujar, el borde del escalón cada vez era más pequeño, su defensa no era algo que pudiese mantener todo el día, se acabaría quedando sin lugar para resguardarse y no había ninguno más allí arriba. Eso sin contar con que no sabía cómo iba a ser capaz de bajar.

Las lágrimas no se iban del todo. Estaba aterrada, quizás por eso la velocidad de hacer cascotes y dejarlos caer para impedirles que subieran. Cogió uno con la mano y lo lanzó lejos, donde estaba el resto. Vio cómo los hombres se separaban unos de otros y oyó insultos.

Volvió a clavar la puta de la lanza, pero esa vez más adentro, donde ya había una grieta. Necesitó empujar con el cuerpo entero, todo su peso, y clavar la punta varias veces.

La piedra de arena cedía, entró en un estado extraño de frenesí en el que la velocidad en clavar la punta se aceleró. Se estaba haciendo daño en la mano, pero no le importaba, solo quería desprender aquel pedazo grande de escalón.

Oyó un relinche de caballo y se detuvo en su empeño para mirar hacia abajo.

Su jadeo se hizo más fuerte al ver a Kaleb ascendiendo por la colina a toda velocidad. Volvió a sentir las lágrimas resbalando por las mejillas.

—Es Kaleb —dijo uno.

—¿Y dónde demonios están tus putos soldados? ¿No has dicho que fueron tras él?

Desenvainaron la espada. No sabía cómo siendo solo uno, Kaleb iba a poder con los seis que había abajo.

Alzó la punta de la flecha y la clavó con fuerza rajando más piedra. Si podía ayudarlo desde allí, lo haría. Aunque luego no supiese cómo bajar.

—¡Los Úlster! —gritó uno de ellos.

Alzó la mirada de nuevo, soldados con capa roja salieron desde los árboles y se abrían tras Kaleb para rodear la pared de roca.

Los hombres que había abajo formaron un semicírculo delante de la pared.

—Rociiiiiooooooo. —Oyó y se llevó la mano a la boca.

Era la voz de su hermana Paula.

Esa vez las lágrimas aumentaron sobremanera, haciendo que le quemaran por completo en las mejillas.

—Rocioooooooo. —Paula lanzaba gritos desesperados.

La buscó con la mirada, no sabía dónde estaba por la voz, era solo un eco que rebotaba por aquellas colinas. Tenía la vista emborronada por las lágrimas y por la hinchazón.

Se puso el dorso de la mano bajo la nariz mientras su llanto rompía haciendo que su pecho rebotase. Su hermana estaba allí

entre aquellos soldados de capa roja.

Bajó la mirada hacia los soldados. Eran cinco, solo cinco. El que había subido a la pared, aquel Dylan, había desaparecido.

Pero ya había conocido su nombre. Y claro que Tanarys iba a saber que había estado allí aunque ella no pudiese bajar de aquella pared.

Observó el semicírculo formado por los hombres, con el pecho hiperventilando con tanta fuerza que le dolía con la cara ardiendo por las lágrimas y por todas las heridas, y con la palma de la mano palpitándole por el roce al clavar la flecha. Aun con la tela se la había llenado de astillas, de rozaduras y de heridas.

Creía que no tenía ni una sola porción del cuerpo sin dañar, palmo por palmo.

Pero estoy viva.

Tuvo que encoger el estómago con los tirones que le hacía dar aquel llanto frenético de alegría, mucho peor que el del miedo. Ahora sí que tenía ganas de gritar.

Abrió la mano y envolvió de nuevo la flecha, unió su otra mano a la flecha, y encogió la rodilla para poder incorporarse un poco. Oír la voz de su hermana mayor le dio el último empuje, una bocanada de fuerza que la hizo poder apoyar la rodilla.

El escozor en la piel fue inmediato en cuanto tocó el suelo con el peso de su cuerpo.

Alzó la flecha y la dejó caer en la roca, volvió a repetir y sonó al crujir.

Más de medio metro, un adoquín enorme.

Arrastró el culo observando cómo Kaleb llegaba el primero y se bajaba del caballo con la espada en la mano.

—¡Kaleb! —gritó desde arriba para que no se acercase más. Ya no haría falta ni que llegase hasta aquellos indeseables.

Kaleb alzó la mirada, los soldados que aguardaban para la lucha también miraron. El adoquín cayó rebotando en la pared y partiéndose en pedazos, cayendo como una lluvia de cascotes sobre los soldados.

Oyó las voces de los que llegaban en un tumulto de vítores y carcajadas.

Pero Rocío no pudo ver ni qué se había formado abajo, se dejó caer en el suelo asfixiada, dolorida, derrotada completamente. No tenía ni idea de cómo iba a bajar, como tampoco tenía ni idea de cómo había podido sobrevivir a todo lo que le estaba pasando.

Levantó la barbilla con la cabeza apoyada en el suelo, le faltaba el aire, las costillas no le permitían mucho movimiento de pulmones.

Casi la habían matado. Casi.

Quizás no era tan vulnerable como pensaba. Ni tan torpe. Ni tan débil. Ni mucho menos tonta.

Cerró los ojos. Si no le daba algo por la falta de aire, había llegado hasta Paula.

33

Paula

No sabía si Rocío se había desvanecido, apenas podía verla bien con los ojos llenos de lágrimas. En brazos de Kaleb parecía una muñeca, nunca se había fijado en lo tremendamente pequeña que era su hermana hasta que no la vio entre aquellas bestias.

Mantenía una de sus manos tapándose la boca y la nariz, daba pasos al encuentro del nieto del viejo Murray.

Pequeña, delgada y vulnerable, su hermana menor…

El llanto aumentó cuando comenzó a apreciar las heridas. Su rostro, hermoso y perfecto, estaba lleno de rasguños, una quemadura en la mejilla y la nariz, y en un lado de la frente y en uno de sus ojos, unos bultos con heridas que habían sangrado de manera considerable.

Apretó la mano contra su boca para morderla, emitiendo una especie de grito ahogado al verla en aquel estado. En la lejanía pensaba que su hermana, montada en aquella pared de arenisca y hecha una furia, estaría en buen estado. Pero no, su hermana estaba destrozada, literalmente destrozada.

Volvió a dar un grito ahogado cuando apreció la sangre sobre la tela hecha jirones de su ropa y el pelo sucio y agolpado. Rocío había sangrado y mucho.

Abrió los brazos en cuanto la tuvo cerca.

—Mi hermana —balbuceó acercando los dedos a su barbilla—. Mi niña Rocío… —Su llanto aumentó, entrando en un estado de frenesí que hizo que moviese la cara de su hermana en una sacudida intentando despertarla—. ¡Rocío! —gritó, pero su hermana no reaccionaba—. ¡Rocío! —Ewan tuvo que apartarla de su hermana.

Forcejeó con Ewan sin dejar de llamar a su hermana.

—¡Rocío! —Había entrado en pánico al verla en aquel estado y sin reaccionar.

—Ya. —Ewan la contuvo—. Está viva, deja de gritar. ¡Está viva!

Miró a Ewan desconcertada con las lágrimas cayéndole a pares por los rabillos del ojo.

—Está viva. —La voz tranquila de Kaleb hizo que lo mirase a él y a su hermana de nuevo—. Solo está débil —añadió el joven bajando la mirada hasta su hermana—. Por eso la mantuve aquí. No me atreví a llevarla a caballo sin estar seguro de encontrarnos con más soldados. Ella no podía mantenerse sola en pie, menos aún montar y llegar a ninguna parte.

Rocío seguía sin reaccionar, sin embargo tenía la boca entreabierta, respiraba.

—Estamos aquí desde la noche que descubrimos a los Black —continuó el muchacho y Paula frunció el ceño acercándose de nuevo a su hermana—. Escuché a los soldados mientras Rocío dormía.

Ella acercó de nuevo los dedos hacia la barbilla de su hermana, apenas podía reconocerle el rostro. Hasta sus labios estaban resquebrajados y de un color blanquecino. El frío de la intemperie había hecho sus estragos.

—Estando yo solo y ella así, lo único que se me ocurrió fue apagar el fuego y hacer que me siguiesen para alejarlos de aquí y volver a por ella en cuanto me los quitase de encima.

Pero entonces se cruzó con ellos.

—No sabía que algunos quedaron atrás, lo siento. —El joven alzó los ojos levemente hacia ella. Paula negó con la cabeza.

—Gracias por lo que has hecho por ella.

Kaleb miró a su hermana de nuevo.

—En la reyerta de mis soldados con los Black, ella logró escapar —dijo él y Paula alzó las cejas—.Y me ayudó a escapar a mí.

Paula bajó enseguida la mirada hacia Rocío.

Joder, pequeña.

—Escapó del viejo Murray y McDougal, de Kaleb Ballantine y de Stanford Black. —Oyó decir a Ewan mientras se asomaba por encima del hombro de Paula para mirar a Rocío—. Y hasta en este estado y con la talla de un niño de diez años, apedrea a los Black y Northcliff que quedaban por aquí. Ahora es conocida a un lado de la frontera y al otro. —Luego la miró a ella—. Siendo hermana tuya me esperaba cualquier cosa, pero te ha superado.

Paula tuvo que contener la sonrisa.

—Vamos a la aldea a que se caliente y que la pueda ver un galeno. —Ewan se apartó de ellos y silbó a sus soldados para que se preparasen. Ya tenían atados a los Black que habían atrapado.

Paula se quitó la capa para envolverla con ella, Kaleb le facilitó la tarea. También le cubrió las manos con la piel que solía llevar en el cuello. Las tenía heladas.

—Creo que no tiene nada roto —dijo Kaleb.

—Espero que no. —Miró la protuberancia en la cara de su hermana y abrió la mano en su mejilla para girarle la cabeza. Seguía llamándole la atención lo poquita cosa que parecía su hermana entre los brazos y el pecho de Kaleb—. ¿Quién le ha hecho esta barbaridad?

—Stanford Black —respondió el muchacho y Paula asintió—. Creo que al vernos decidió que era mejor matarla, quizás para que no cuente lo que ha escuchado.

—¿Sabes si le han hecho algo más? —Acarició la cara de su hermana.

Aquellas cosas que no eran visibles, que no estaban en la piel. Temía que la hubiesen violado aquellos salvajes.

—No creo que me lo hubiese contado a mí —respondió Kaleb. Lo vio bajar la cabeza y desviarle la mirada—. Pero los míos sí planearon hacerlo, por eso huyó.

—¿Qué? ¿Ballantines? —Hasta se retiró de él para decirlo alzando la voz. Kaleb apretó la mandíbula con cierto bochorno.

—Tienes mi palabra de que serán castigados.

No sabía de dónde, pero Ewan había llegado hasta ella y le sujetó del brazo.

—No los quiero castigados, los quiero colgados de un puente. ¿Dónde están esos miserables que los voy…? —Ewan la cargó al hombro, pero Paula se sujetó.

—Tú no vas a hacer nada, y conociendo al viejo Murray te aseguro que no hará falta que hagas nada.

—¿Quieres soltarme?

Ewan se dio media vuelta con ella encima para mirar a Kaleb.

—¿Puedes llevarla tú o la llevan los Úlster? —le preguntó.

—No es necesario. —Lo vio abrazar mejor a su hermana con un brazo, supuso que Rocío le pesaría tanto como un cordero pequeño por la manera en la que la manejaba. Con el otro agarró las riendas del caballo y se subió a él.

Ewan la dejó caer sobre el caballo y Paula se quejó al dar con la entrepierna en la dura silla.

—¿Tú eres idiota? —Con el escozor y el picor que tenía allí abajo.

—Ya lo sabes, ¿no? —Ewan la rozó con el mango de la espada al subirse al caballo y sentarse delante de ella. Tuvo que esquivarla con la barbilla.

—Eres un pedazo de bestia. —Le dio un manotazo en el hombro e intentó echar a un lado la espada, pero estaba sujeta con tiras de cuero inamovibles en la espalda de Ewan, que ni habría sentido el manotazo.

—También lo sabes.

Y chulo un rato también.

Haber encontrado a Rocío con vida había surtido su cuerpo de una energía repleta que la empujaba a moverse, hablar y flotar sin parar. Y por supuesto, a volver a la carga con Ewan. Que parecía haber retomado sus formas como siempre.

Se agarró a Ewan y giró la cabeza para mirar a su hermana. Una muñeca entre el bíceps y el pecho de Kaleb.

Buen colchón.

Rocío se pondría bien. La idea de su hermana con ella en el medievo que tanto le había aterrado las últimas horas comenzaba a sonar bien. Y después de lo que había visto y oído de ella, se sentía completamente orgullosa de la hermana que tenía.

El caballo comenzó a trotar.

—¿Has visto qué pedazo hermana tengo?

Ewan giró la cabeza para mirarla de reojo.

—En mi mundo —se apresuró a continuar—, como has visto, las mujeres estamos acostumbradas a no contar con los hombres para nada.

Vio la ironía en los ojos de Ewan.

Me he venido arriba, ya.

—No me puedo imaginar qué tipo de hombres hay en vuestro mundo para soportaros.

Paula lo fulminó con la mirada.

—Yo sí que no me imagino qué tipo de mujeres hay en tu clan para soportarte a ti —le soltó y Ewan alzó las cejas.

—Para las mujeres de mi clan no es ninguna tortura soportarme —respondió él.

Ya salió el fantasma. No puede ser más creído el tío este.

—Eso es porque han salido poco del clan —le dijo ella.

Hala, ahí lo llevas, por capullo.

Se le escurrió el culo y se agarró al brazo de Ewan para enderezarse, sintió bajo la camisa las redondeces de Ewan.

Pero es que está bueno de cojones.

Volvió a apretarle el brazo para sujetarse aunque ya se hubiese estabilizado en la silla.

Uffffff.

Cogió aire y lo contuvo.

Los meses que llevo aquí a dos velas y los picores no es que ayuden mucho.

Bajó la mirada y vio la forma del culo de Ewan delante de ella.

Encima este pedazo de tío entre los muslos.

Volvió a coger aire despacio.

Se me está yendo la pinza, esto no puede ser.

Exhaló el aire a ver si aquel ardor se quitaba.

—Creo que aún no he oído unas palabras de agradecimiento.

Mejor que no sepas cómo te lo agradecería, mi arma*.*

—Ya te las di ayer.

—¿Sí? No lo recuerdo.

Mira que le gusta regodearse.

Se agarró a sus hombros y arrastró su entrepierna hasta el culo de Ewan para pegar el pecho en su espalda, asegurándose de que la sintiese por completo.

Yo me estoy jodiendo con los ardores, pero ahora te vas a joder tú también.

—Gracias —le dijo sintiendo cómo él se tensaba.

Ahora a ver si eres capaz de vacilarte con la que se te estará empezando a formar ahí abajo.

Apretó los labios para no sonreír con malicia. Si la viese Alba le echaría la bronca, como siempre. Pero la única que era capaz de poner algo de orden en ella ya no estaba allí.

A lo lejos se podía ver el humo de la aldea, en un rato llegarían.

Estaba deseando que Rocío despertara y poder hablar con ella.

Una nueva ráfaga de energía le invadió el cuerpo con una extraña alegría. Se dejó caer en Ewan, lo sintió encogerse en una nueva tirantez en los músculos de la espalda del lobo. Tal y cómo lo sintió, su reflejo fue apretar los muslos alrededor de él.

Esa vez Paula no pudo contenerlo, la sonrisa maliciosa salió de sus labios.

34

Alba

La sensación tensa desde que hubieron cruzado la frontera se aumentaba cuando vieron el castillo Bellerose encima de la colina. Un castillo rodeado por un lago que bien hubiese parecido salir de un cuento, pero que conllevaba una connotación oscura que la hacía dudar todo el tiempo si podrían salir de allí con vida.

Un grupo de soldados vestidos con ropa elegante color azul marino salieron a su encuentro con el estandarte de los Bellerose. Una elegancia similar a la que ya se había acostumbrado de los Hunter y llamaba la atención la influencia inglesa en algunos clanes del sur. No eran tan lejanos ni tan diferentes. Compartían cultura, historia y hasta sangre, algo que no eran capaces de reconocer ni a un lado ni al otro.

Inés y ella iban rodeadas de soldados Hunter, por suerte no habían encontrado traidores ni exiliados por el camino, aunque supieran que no andarían lejos. Eso solo quería decir que si Tanarys no acababa de limpiarlos antes de su vuelta, los esperarían con un plan que desconocían o bien irrumpirían para unirse a los Bellerose.

No tenían noticias de Paula, esperaba que se uniese a ellos en la frontera, pero los Úlster no habían aparecido. Solo esperaba que estuviesen bien y que hubieran encontrado a la pobre Rocío. Allí un día, una noche, sumaba a la hora de aumentar posibilidades de no encontrarla jamás o de encontrarla tarde.

A medida que se acercaban al castillo, la presencia de soldados Bellerose aumentaba, podía ver una hilera al comienzo del monte en el que le habían bordeado el camino central.

—Esto caga, eh —dijo Inés a su lado.

Los soldados que las envolvían se abrieron y pudo ver a Alastor pasando entre ellos. No hizo falta cruzar palabra con él, fue consciente de que la cabeza de Alastor no se movía muy diferente a la suya. Los Bellerose tenían que ser ricos y poderosos al límite, y se lo estaban mostrando con aquel despliegue de posibilidades militares.

Alastor le hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiese.

—Y tú ven conmigo. —Oyó decir a Rob tras ella. Habría entrado en el círculo de halcones por detrás y no lo había visto.

—Con esas formas de hablarme no voy a ir contigo a ninguna parte —respondía su amiga.

Alba se adelantó para colocarse junto a Alastor y trotar al caballo para adelantarse al resto, supuso que querría llegar hasta el jinete abanderado de la comitiva, al principio del todo, antes de acceder a aquel pasillo de Bellerose del puente.

Un puente de madera de varios metros que helaba la piel atravesar. Lo había visto demasiadas veces en libros y películas, un castillo rodeado de agua, la protección ideal. Entrar y no poder escapar más que a nado, sin caballo y sin más posibilidades de correr y demasiadas pocas de escapar de ellos.

El sonido de los cascos de caballo hizo crujir la madera y Alba cruzó una escueta mirada con Alastor. Estaban entrando en la boca del lobo y no precisamente de las Highlands.

Alastor pegó el caballo al suyo y alargó la mano para coger la suya. Alba soltó las riendas con una mano para agarrarlo. Ambos llevaban guantes, no podía sentir su tacto, pero lo apretó de todos modos y sintió que él la apretaba también.

Desconocían si la negociación con el rey David era una excusa, si aquello era una trampa para iniciar nuevas rencillas e invadir el sur de nuevo, o si solo tenían otro tipo de intereses para invadirlos.

Solo sabían que no se llevarían a David de vuelta.

El puente se acababa, pisaban hierba de nuevo. La puerta del castillo estaba cerca.

—No estaré lejos en ningún momento. —Oyó decir a Alastor y Alba giró la cabeza para mirarlo.

Apreciaba sus gestos y sus palabras, que solo hacían aligerar su cuerpo. Hasta por obligación e imposición aquello jamás sería un infierno como él le dijo la noche anterior.

—No tengo miedo —respondió ella y lo vio sonreír levemente.

Lo tenía, claro que lo tenía en parte. Muchos miedos, no solo el de morir ella. De hecho, su mayor miedo no era su propia muerte, sino la muerte de las personas que amaba, incluyéndolo a él.

Pero hacía que aquel miedo lejos de acobardarla, flotase levemente con la leve esperanza de que algo podría hacer por ellos.

Lo daría todo por ellos.

Y era lo que pensaba hacer desde su posición, la que fuera.

Los soldados del fondo, los que protegían el gran portón del castillo se fueron abriendo a los lados.

Y vio a un hombre de mediana edad con pelo castaño grisáceo y barba, de ropa gruesa y elegante que llegaba hasta el suelo. Junto a él había una joven con una larga trenza rubia que caía por su pecho hasta pasada la cintura, resaltando el color morado noche de su vestido. Desde allí podía apreciarse el brillo de su tiara, seguramente con metales y piedras de buena calidad.

Al otro lado del anciano había un joven más alto que la muchacha y el señor del castillo. Tampoco su vestimenta era la de los soldados.

Estaba claro que aquel era el eco de la pirámide social de los Bellerose.

Soltó la mano de Alastor despacio para coger las riendas del caballo con las dos manos.

—Todo va ir bien. —Lo oyó decir.

Nos van a quemar vivos uno por uno.

Viendo tremenda fortaleza y ejército, llegar hasta la frontera vivos en el caso que a los Bellerose se les ocurriese un ataque, era prácticamente imposible.

—Eduard Bellerose. —Al escuchar el nombre en la voz de Alastor, Alba tuvo que mirarlo—. ¿Qué interés tenéis en él? —añadió.

McKenna se lo habría dicho, podría ser una forma de poner en alerta a Alastor contra ellas y así crear una brecha y disuadir las ideas.

—Confía en mí. —Fue su respuesta.

—Confío en ti —respondió Alastor, ya estaban cerca de los Bellerose—. Pero tú también deberías confiar en mí y no actuar por libre.

Oyó los estribos del caballo del *laird*, la adelantó para llegar hasta Lionel Bellerose.

Alba decidió detenerse, los tenía a unos cinco metros.

Vio a los Bellerose alzar la mirada hacia el *laird*, que aún estaba sobre el caballo.

Y a pesar de no pertenecer a aquel mundo y no entender sus acciones y costumbres, había algo que podría recocer en cualquier parte.

Alastor estaba bien lejos de lo que Christine Bellerose esperaba encontrar en un *laird* salvaje. Y lo que acababa de encontrar le había encantado.

No se habían equivocado con las sospechas, por supuesto que un posible matrimonio con Alastor estaba más que pactado. Esa era una parte del plan inglés de hacerse con el sur y así asegurarse el comercio hasta el puerto. La otra parte la ofrecería McKenna.

Las dudas se despejaban por completo. El clan de los halcones corría peligro por los dos bandos.

Y ella sería la primera que querrían eliminar.

35

Paula

La bañera en la que estaba metida Rocío desprendía vapor. Su hermana estaba metida en el agua hasta la barbilla, no se atrevía ni a sacar la cara entera.

—Pensaba que perdería los dedos de los pies —decía su hermana abrazada a sí misma dentro del agua.

—Cuando supe que eras tú creí que me moría. —Metió la mano en el agua, por experiencia sabía que allí la temperatura cuando no tenía brasas debajo, duraba poco.

El aspecto de Rocío no era que hubiese cambiado mucho, salvo que estaba limpia. Pero ahora al menos podría verle bien las contusiones. Desnuda impresionaba algo más. Por suerte todo lo que tenía solo necesitaba tiempo y volvería a su estado de siempre.

—¿Por qué pensaste que no era yo? —preguntó su hermana volviendo a resbalarse para cubrirse la cara bajo agua.

Paula sonrió.

—Porque nos dijeron que habías escapado de la fortaleza Ballantine y que habías vuelto a escapar de Kaleb. Y él es uno de los mastodontes de por aquí —respondió mientras su hermana se secaba la cara con un trapo que habían dejado sobre el borde de la bañera.

—Y no creías que yo era capaz de todo eso, ¿verdad? —Vio que le tendría que doler horrores el ojo, la ceja y la frente, porque se daba suaves toques, solo un roce para quitarse el agua.

—No te imaginaba, la verdad. —Cogió el trapo de la mano de Rocío y comenzó a retirarle ella el exceso de agua por las orejas.

—Pues ya ves. —Rocío se sentó en la bañera, ahora podía mirarla más de cerca—. No tengo ni idea de cómo lo he hecho, pero lo he hecho —resopló.

—El suelo se hizo blando —repitió las palabras de su hermana cuando le describió la caída en el agujero del tiempo—. Y Heracles no te pudo llevar de vuelta.

Maelys decía que los agujeros estaban cerrados, era evidente que no. Aún había esperanzas de regresar a casa.

—Si tú estás aquí, también habrá posibilidades de volver allí —murmuró Paula y su hermana la miró.

—Pensaba que no queríais volver, ¿estáis atrapadas aquí?

Paula bajó la cabeza.

—Pensaba que sí —negó con la cabeza—. Lo que nos ataba aquí desapareció, pero también desaparecieron los agujeros, al menos en este lado.

Rocío se inclinó hacia delante para acercarse a su cara.

—¿Volverías? —Oír la voz de Rocío en aquel mundo parecía un sueño surrealista.

—Ya has visto las virtudes de este mundo —le respondió a su hermana—. Y hay mucho más.

Pero su hermana ya debía estar en una parada mental después de lo vivido, no iba a preocuparla con mucho más.

—Deberías ir con Leonor a Lothian y recuperarte —dijo levantándose del suelo.

—No, no. Ahora que te he encontrado me iré contigo.

Paula negó con la cabeza.

—Estamos metidas en un lío de narices con los ingleses y hasta con escoceses. De las cuatro, Leonor es la única que está en una

posición protegida. No estoy loca para llevarte conmigo.

Rocío alzó la única ceja que tenía sana.

—Y mírate.

—Ya estoy mejor.

—Pareces un…

—Ya. —Rocío cogió el espejo de mano que le habían dado—. Doy miedo, qué horror.— Por la voz y el tono en que lo decía, parecía que ya se estaba acostumbrando a su aspecto, la primera vez que se vio rompió a llorar—. Pero aquí es lo de menos. —Dejó el espejo en la banqueta—. Y esto se acabará quitando.

Paula bajó los párpados entornando los ojos.

—Tampoco es que me haga gracia meterte en un castillo repleto de desconocidos con tu cara normal —dijo y su hermana se sobresaltó. Paula dio un suspiro.

—Vamos, que he venido a joderte.

Alargó la mano hasta la nuca de Rocío.

—No digas eso. —Apretó a su hermana—. No he pasado más miedo desde que estoy aquí que estos días. Y mira que he estado en situaciones malas. —Sacudió la nuca de Rocío y la oyó emitir un gemido. Paula le hizo un gesto de disculpa y retiró la mano de ella—. Pero era solo yo o mis amigas. Tu eres mi responsabilidad.

—Tengo ya veinte años, ¿lo recuerdas?

—Siempre serás mi hermana menor. —Se alejó de la bañera—. Y a ver qué hago contigo ahora.

Se dio media vuelta para mirar a su hermana. Rocío estaba encorvada retirando el agua de sus rodillas y viendo bien las heridas en ellas. Eran solo rasponazos y quemaduras, nada diferente a lo

que se solía hacer de pequeña. Lo peor lo llevaba en la cara y en las costillas.

Le parecía un milagro que estuviese allí.

—Menuda mierda de sitio. —La vio encogerse de nuevo, el agua se estaría templando.

—No sé cómo no has muerto. —Paula se llevó la mano a la cara —. A Kaleb le voy a hacer un monumento. —Su hermana sonrió.

—El chaval de los *morritos* gordos al principio era un borde. —La vio contener la sonrisa—. Pero ha ido mejorando con los días.

—El chaval de los *morritos* gordos es nieto del viejo Murray, uno de los principales que luchó junto a William Wallace, y dicen que también parte de su descendencia por parte de madre.

Rocío volvió a mirar hacia el agua.

—William Wallace… —Dibujó un círculo con el dedo en el agua—. Esto es de locos, yo me quiero volver a casa.

—¿Con el por culo que diste con que te trajese conmigo?

—Pues ya no quiero esto. Quiero irme.

—Échale paciencia, a lo mejor no volvemos nunca. —Paula volvió a exhalar el aire.

Paula se dirigió hacia la puerta.

—Voy a ir pidiéndote algo de comer.

—Eso, pídeme un plato de croquetas. —La oyó decir y tuvo que sonreír. Rocío iba volviendo a ser poco a poco Rocío.

—¿A tu hermana vas a decirle eso? —Se volvió a mirarla de nuevo—. Porque puedo traerte un plato de croquetas en el medievo. Son mi especialidad. —Alzó un dedo—. Pero olvida las de allí porque no tienen nada que ver.

Rocío empezó a reír. Ver reír a su hermana parecía otro milagro. Allí reír a veces era muy complicado.

Abrió la puerta de la habitación y encontró a Kaleb con el puño levantado a punto de llamar, pero en cuanto su mirada se alzó por encima de Paula vio la bañera y se retiró al pasillo.

—La comida…

—Sí, que la vayan preparando.

—¡Vamos tarde! —Era la voz de Ewan desde más lejos.

—Que sí. —Paula le respondió como si fuese un tonto pesado y cerró la puerta. Se dio media vuelta para mirar a Rocío.

Su hermana no se había movido de donde estaba, ni siquiera había cambiado de postura, aunque vio a Kaleb en el umbral.

Ahí radicaba la diferencia entre los dos mundos. Cualquier joven medieval se hubiese echado encima cualquiera de los numerosos trapos del borde de la bañera. Rocío ni se inmutó.

Desde aquella perspectiva solo se le veían los hombros y la espalda, las rodillas le tapaban el pecho.

—Al de los *morritos* gordos se le va a atragantar la comida —dijo, pero Rocío seguía sin reaccionar o sin entender—. Venga, te ayudo a salir.

No sabía tampoco si sola podría hacerlo.

Rocío se puso en pie apoyándose en los bordes de la bañera, dio unos cuantos gemidos, Paula tuvo que ayudarla hasta que estuvo fuera.

—¿Por qué discutes tanto con el rubio? —preguntó Rocío mientras Paula la envolvía.

—Porque es un idiota. —Parecía que de todo lo que acababa de pasar, a Rocío solo le llamaba la atención la forma en la que Ewan y

ella se hablaban.

—Te ha traído hasta mí, no creo que sea un idiota —respondió su hermana.

—Sí, sí lo es —se apresuró a replicar. Por un momento pareció que la hermana menor era ella—. Hazme caso a mí que soy tu hermana mayor y siempre tengo razón.

—Mi hermana mayor es un peligro de alto nivel en este mundo y en el otro —soltó y Paula hizo una mueca—. Decir que era tu hermana solo empeoraba las cosas, ¿sabes? —añadió Rocío y Paula volvió a hacer otra mueca.

Rocío negó con la cabeza.

—Pero en el otro mundo solo acababa en líos tontos o novias enfadadas, aquí me han dejado la cara que me van a confundir con el monstruo del Lago Ness.

Paula rompió en carcajadas.

—No me mandes con Leonor. —Tuvo que dejar de reír al escucharla—. Deja que me quede contigo, por favor.

—¿No tienes bastante ya? —Secaba la espalda de Rocío—. No estoy en ningún juego, y ya has visto cómo se las gastan.

Rocío bajó la mirada un instante.

—Había un tío que decía que no quería que Tanarys supiese que estaba con los Black. —Estiraba el cuello a un lado y a otro—. Lo llamaban Dylan. Puedo reconocerlo si vuelvo a verlo. Puedo ser de ayuda.

Paula rodeó a su hermana para ponerse delante.

—En cuanto él te vea a ti, te rebanará el cuello antes de que puedas pronunciar mi nombre —respondió.

Se sobresaltaron las dos al oír golpes en la puerta.

—¡Nos vamos!

—¡Que ya me he enterado que nos vamos!

—No, no te enteras. Llevo un rato esperando.

—Date una vuelta por los arbustos y evacúas mientras, así no tengo que esperarte yo a ti por el camino —respondió ella a Ewan. Se oyó un rugido de Ewan y Paula movió la mano en el aire.

Vio la sonrisa de Rocío

—¿Qué? —le preguntó a su hermana.

—Me voy sin ti —dijo Ewan al otro lado.

—Pues vete, ya te alcanzaré. —Volvió a mover la mano en el aire —. Con lo que corre tu caballo contigo encima, no tardaré mucho.

—¡Paula! —Ewan volvió a golpear la puerta—. ¡Me voy!

La sonrisa de su hermana aumentó.

—Ese te mola —dijo su hermana riendo. Luego se llevó las manos a la cara—. Dios, ese te mola y mucho.

—Nooo, ¿por qué dices eso?

Rocío entornó los párpados lo que le permitía la hinchazón.

—Porque da miedo de la leche y mucho más cuando se enfada, y tú lo enfadas como si a ti no te pudiese hacer absolutamente nada. —Los párpados de Rocío se entornaron aún más—. ¿Habéis follado o algo?

—No, qué dices. Es un lobo de las Highlands, solo follan entre ellos.

—¿Entre tíos?

—No, hay lobas también.

—Ah.

—Se creen como una raza superior y no se mezclan con nadie. —Miró la puerta, ya Ewan no estaba tras ella—. En parte tampoco pueden mezclarse con nadie. Las mujeres que no son del clan mueren en los partos, las mujeres del clan que quedan embarazadas de otros clanes, tienen abortos. Dicen que es una maldición, pero seguramente solo sea un tipo de sangre diferente.

Paula buscó en su bolso un frasco de vitaminas y sacó una pastilla.

—Las guardo como si fuese oro, ya no nos quedan. —Movió el bote para que lo viese Rocío—. Toma.

—No las necesito, guárdalas para otra ocasión.

Paula negó con la cabeza.

—Vengas conmigo o te vayas a Lothian, el camino es largo. —Le metió la pastilla en la boca —. Coge agua y traga.

Luego se dirigió hacia la puerta.

—Voy a ver qué va a hacer «el chaval de morritos gordos», como tú lo llamas. Si se vuelve con Tanarys o se viene. —Miró a Rocío de reojo, seguía secándose el culo. Paula frunció el ceño, que su hermana no reaccionase a tíos guapos era otro milagro de los agujeros del tiempo o un milagro consecuencia del terror.

Y era mejor así, Rocío en estado puro podría ser un problema.

Contuvo la sonrisa y salió del dormitorio.

36

Alba

Era una ventaja del medievo ser mujer y transparente e irrelevante. Había podido observar a los Bellerose todo el tiempo tanto como quiso. Las únicas de las que ella e Inés tenían que cuidarse, eran Christine y su dama de compañía, al contrario que lo habitual, esta era joven y tenía una expresión viva que supuso que no se le pasaba nada.

Christine era una belleza inglesa de pelo dorado y ojos azules. Algo delgada para ser una *lady*, pero hermosa y elegante.

No había cruzado palabra con ella, solo una leve reverencia cordial antes de que se apartase con su dama, llamada Elizabeth. Ellas dos también seguían observando desde un lado del pasillo mientras hablaban en susurros disimulados.

—Tía. —Inés les dio la espalda a las dos—. Estas son dos pájaras buenas, acuérdate. Aquí de jóvenes inocentes y tontas, poco.

Inés tenía el cuidado de hablar en su idioma natal a una velocidad que ni los especialistas en latín ni en habla hispana podrían entender una sola palabra entera. Era el truco, las jergas del siglo veintiuno y la rapidez verbal andaluza.

—Ya. —Acercó la mano al pelo de Inés para quitarle un trozo de hoja seca—. McKenna le ha contado a Alastor lo que pretendemos con Paula.

Inés sonrió al oírlo.

—No hemos fallado. —Le hizo una mueca con la cara—. Pero no es suficiente.

Alba negó con la cabeza.

—¿Se ha enfadado? —Supuso que su amiga se refería a Alastor, y Alba volvió a negar.

Inés sonrió levemente.

—Ese hombre es un tesoro escocés —respondió Inés y pasó por delante de Alba—. Y ellas lo han visto claro.

Alba volvió a mirar a Christine y Elizabeth, ambas llevaban un velo que se salía de las tiaras, una moda que aún no había llegado a Escocia. Se alejaron por el pasillo, miraron atrás unos instantes, donde estaba Alastor, y continuaron la marcha.

—Amiga, estás muerta —añadió Inés.

—Eso ya lo sabíamos, ¿no? —Desvió la mirada hacia la pared—. Y sin Leonor —suspiró. Leonor era una especie de seguro de vida, se habían quedado sin arquera—. Y sin Paula. —El otro eslabón. La falta de una se notaba, la de dos era la mitad de ellas, pero a los efectos mucho más del doble.

Inés y ella estaban solas entre ingleses y al parecer un clan que no era del todo limpio.

37

Christine

Oyó pasos tras ellas en el pasillo y se dio la vuelta. Era su hermano.

—¿Qué te han parecido las invitadas, hermano? —preguntó agarrando el brazo de Elizabeth, que soltó una leve risa.

—Me han sorprendido mucho menos que a ti el arquero —respondió su hermano con ironía y Christine sintió que la mano de Elizabeth se apretaba en su antebrazo—. Pero por suerte padre me dejará en paz porque tiene otros intereses.

—Me dijisteis que eran unos campesinos salvajes. —Su hermano no se detenía en ellas, seguía su camino. Pero la miró al pasar por su lado.

—Es lo que son en su mayoría, no te dejes engañar por una sola muestra. Porque quizás ni él sea lo que aparenta.

—Eso cada vez me va disgustando menos. —No aligeraron el paso a pesar de que Eduard las adelantaba.

—Y por si no lo sabes, lo acompaña su esposa. —Eduard se iba girando para no darles la espalda.

Christine sonrió.

—Creo que no la he visto —dijo y la risa de Elizabeth hizo eco en el pasillo.

Eduard asintió varias veces con la misma expresión irónica, Christine cruzó una mirada con Elizabeth.

—Pues está en el castillo, te lo aseguro. —Fue la respuesta de su hermano. Su hermana entornó los ojos mirándolo.

—¿Ninguna? —Quiso desviar la conversación hacia las nuevas invitadas.

—Ninguna.

—Pues es una suerte para ellas. —Volvió a cruzar una mirada con Elizabeth que contuvo la sonrisa—. Nunca acaban bien paradas y temo que puedas iniciar una nueva guerra contra los escoceses.

Esa vez su propia risa se cruzó con la de Elizabeth. Su hermano sonrió levemente antes de darles la espalda y seguir su camino.

Elizabeth lo siguió con la mirada hasta que Eduard cruzó la puerta de la biblioteca.

—¿Puede ser la primera vez en tu vida que estás de acuerdo con los intereses de tu padre? —reía su dama de compañía.

—Puede ser. —Miró a Elizabeth de reojo.

—Al parecer su esposa es una extranjera sin clan, un absoluto regalo para vuestro padre —dijo Elizabeth sonriendo—. Pero…

Frunció el ceño mirando a Elizabeth.

—Parece demasiado fácil, ¿no crees? —continuó Elizabeth—. Si lo hizo para evitar un enlace inglés como pensamos, ¿por qué elegir a una hispana?

Christine torció los labios en una mueca.

—Tenía escocesas disponibles, las mismas que han traído, por ejemplo. —Elizabeth ladeó la cabeza mirando el portón que había cerrado Eduard—. ¿Y si ellos quisieran otra cosa?

Christine miró también el portón.

—¿Mi hermano? —Casi rio al escuchar la estupidez. A su hermano le importaban poco los intereses de su padre y la casa Bellerose, y lo conocía demasiado bien como para saber que si ya para únicamente fornicar era exigente, le importaría bien poco

ofender a un clan escocés negándose a casarse con una de ellas—. Iniciaría una guerra.

Pasaban junto a la puerta de la biblioteca, en el interior seguía Eduard.

—Cualquier mujer podría enamorarse de tu hermano... — Elizabeth pasó la mano por la madera a medida que pasaba—. Pero ¿qué mujer sería capaz de causarle más interés que el de una noche?

Christine negó con la cabeza, entendía bien lo que decía Elizabeth. Ella había pasado por ese puente hacia un lugar oscuro que solía ser la cueva de Eduard. Lo hizo siendo su primera vez, aunque ya lo bastante inteligente como para saber que no habría más. No con Eduard. Rebasaban la puerta de la biblioteca y esta quedaba atrás.

Elizabeth volvió a mirarla a ella.

—¿Te imaginas una noche con el cazador? —dijo su dama.

Ambas rieron.

38

Alba

El dormitorio era un habitación simple, con una cama doble, un armario y varios baúles. El problema de estar en una casa extraña siempre era dónde guardar los enseres del otro mundo. Recordaba cuando lo custodiaban los Úlster.

Allí los candados eran menos efectivos incluso que en el siglo veintiuno, tenían más herramientas para cortarlos y estaban por todas partes.

Llamaron a la puerta. Sería Inés, que ya habría colocado sus cosas. La habían ubicado en la habitación de enfrente.

—Pasa, *Ine*.

Bajó la barbilla en cuanto vio al *laird* y no sabía ni por qué lo hizo. Quizás porque al estar en aquel castillo inglés estaba comprobando la diferencia entre clases sociales, y por mucho que se hubiese casado con Alastor, ella seguía siendo una plebeya.

—Soy yo —dijo él como si fuese una decepción para ella no encontrar a su amiga.

Alastor recorrió la habitación con la mirada.

—Siento que solo sea una —añadió él. No sabía bien si lo decía por la habitación o por la cama. Solo una. Para los dos.

Pero siendo un matrimonio los ingleses no se plantearon darles dos. Peor lo tenía Inés, que tendría que compartirla con Rob. Supuso que los gritos se oirían en todo el pasillo.

—Pues a dormir en el suelo. —Lo oyó decir acercándose a la cama.

Alba lo miró de reojo, regresaba la ligereza de volver a tenerlo cerca, y lo tendría aún más en unas horas.

—No vas a dormir en el suelo. La cama es enorme, hay sitio de sobra.

Sitio como para ni siquiera rozarlo en toda la noche.

Pero no era solo sentir su piel o no. Era su voz, su respiración, y aquella costumbre de no usar ropa en la cama, para qué.

—No te preocupes por eso ahora —añadió ella y cerró los ojos.

De nuevo sus pensamientos la llevaban a lo que ahora recordaba como si lo hubiese soñado.

—Mientras que estemos aquí no quiero que te alejes de mí. Si no es posible estar cerca de mí, en ningún momento quiero que estés sola. —Alastor se dio media vuelta para mirarla—. Es importante esto, Alba. Nunca sola.

Desconocía si Alastor se había dado cuenta de que lo que sospechaban de los Bellerose y el sur de Escocia con el clan Hunter era cierto. Los hombres no eran ávidos para leer en las mujeres, pero Alastor habría notado algo en los hombres que se les escapaba a ellas.

Estoy muerta.

Abrió la boca para echar el aire y miró a Alastor. Enseguida cerró la boca, a veces no era consciente de la manera que tenía él de observarla. Y ahora el *laird* sabía que ella tenía miedo.

Lo vio dar un paso hacia ella y luego otro mientras contenía la respiración intentando no mostrar más aquel reflejo de sus temores de dentro. No quería añadirle más carga al verla atemorizada. Porque por la razón que fuese, era ya evidente que a él le afectaba todo lo que la rondase a ella. Y para su sorpresa, le afectaba sobremanera.

—Estoy bien —se apresuró a decirle cuando él dio un paso más. Apenas medio metro los separaba.

—No, no lo estás. —Se inclinó levemente para acercarse a su cara.

De nuevo la cercanía justa le disparaba los pensamientos y le erizaba la piel atrayéndola hacía él.

Y volvió a contener la respiración al sentir la mano de Alastor en su mejilla. Se sobresaltó al oír cómo llamaban a la puerta.

—Tía, qué te queda. —Era Inés.

Pero no podía responderle porque si abría la boca, el aire contenido se escaparía. Y Alastor no le soltaba la cara.

—Si te hacen algo, te prometo que este castillo ardería con todos los Bellerose dentro. —Lo oyó decir y el vello de todo el cuerpo se le erizó de golpe.

—¿Alba? ¿Estás bien? —volvió a decir Inés fuera.

Ella volvió a entreabrir los labios para exhalar despacio, tenía que responderle a Inés o su amiga se asustaría si seguía sin responder. Vio que Alastor bajó la mirada hacia ellos y sintió su otra mano en la parte trasera de la cintura.

Primero se oyó un chirrido.

—¡Me cago en vuestros putos muertos! —El grito lo acompañó con un golpe que tan bestia que la puerta crujió antes de abrirse—. ¿Qué le habéis hecho a mi am…? —Alastor dirigió la mirada hacia Inés, sin moverse un ápice y sin apartar la mano de la cara de Alba. Y esa vez la miró como el *laird* que era.

— Perdón, perdón, perdón. —Inés se apresuró a cerrar la puerta, siguieron cayendo trozos al suelo—. Perdón, perdón. —Se volvió a escuchar fuera.

Alastor volvió a mirarla a ella.

—No tienes la obligación de defenderme así porque te hayas casado conmigo —le dijo ella sabiendo que no había asimilado ni sus palabras ni su gesto.

Alastor volvió a bajar la mirada hacia sus labios, con la intromisión de Inés ya no parecía estar tan cerca como antes.

Alastor aflojó la mano tras su espalda.

—Lo haría igual aunque no fueses mi esposa. —Apartó la mano de su cara y dio un paso atrás, dejándole el cuerpo aún más ligero, si eso era posible.

—Pediré que te arreglen la puerta. —Lo vio mirar los trozos de madera en el suelo.

Alastor no cerró la puerta al salir, en el umbral quedó Inés, que se apresuró a entrar.

Su amiga la miró en silencio, mientras ella seguía mirando la puerta que acababa de atravesar Alastor, sin haber recobrado aun la respiración, la gravedad y el juicio.

—Dime que no os he jodido un polvo porque me da algo. —La oyó decir y ella negó rápidamente con la cabeza.

Volvió a exhalar el aire.

Todo lo que tenía dentro que le producía Alastor desde el primer día que lo vio en las tierras de los Black, acababa de explotar.

39

Paula

—¿Estás bien? —Se giró en la silla del caballo para mirar a su hermana tras su hombro.

—Siiii. —Seguramente se lo había preguntado demasiadas veces.

—Si te mareas te…

—Me pones delante, ya me los has dicho. —Demasiadas veces, estaba claro.

Volvió a enderezarse.

—Pues no dejes de apretarme que me creo que te vas a caer —le dijo a Rocío.

—Pauli, no puedo estar tantas horas apretándote porque en un rato no podría mover los brazos. Y no voy a caerme de un caballo, llevo toda mi vida montada en uno.

—No tantas horas.

—Las horas solo duelen los primeros días, y yo ya llevo varios.

Suspiró al oírla. A ratos era como si Rocío acabase de llegar a las Lowlands, pero no, Rocío llevaba ya allí un calvario.

—¿Por qué te paras otra vez? —Era la voz de Ewan, que había vuelto por ellas una vez más. En cuanto se habían quedado atrás.

—Llevo a mi hermana, no puedo ir tan rápido todo el tiempo —respondió y no quiso ni mirar la expresión de Ewan.

Vio que hasta Roció dejó caer la frente en su espalda, esperando la respuesta hiriente de Ewan. Solo unas horas con ellos y hasta Rocío los empezaba a conocer bien.

Vio a Ewan pensarse la respuesta, quizás el primer comentario no sería el adecuado. Era raro, el lobo no solía dudar, iba a matarla directamente en cuanto podía.

Y le gustaba que Ewan volviese a ser el lobo de siempre y no el idiota que apreció en Lothian y que la ignoraba.

—El error ha sido darte a ti un caballo para que lleves tú a tu hermana. —Lo oyó decir al fin. Sintió las carcajadas de Rocío contra su capa.

Abrió la boca para responderle, pero Ewan hizo trotar a su caballo adelantándose de nuevo y dejándolas atrás.

La risa de Rocío aumentó y ella negó la cabeza.

—Lo que me hacía falta aquí eras tú riéndole las gracias a este —soltó.

Rocío se asomó por encima de su hombro.

—Es que este te da tela de caña —seguía riendo—. Allí no te vi con ninguno así.

—Porque no había ninguno así.

Se sobresaltó al sentir que Rocío ladeaba el cuerpo, pensaba que se caería y la sujetó, pero su hermana solo quería verle la cara.

—¡Hostias! —Rocío le miraba la cara divertida.

—No hagas eso más, que me va a dar un infarto. —La empujó para que se pusiese derecha—. Hostias, qué.

—Que este te gusta mucho, mucho, mucho.

—Ya te he dicho que no. —Bajó la barbilla e hizo trotar el caballo para que no quedasen tan descolgadas del resto. Había perdido a Ewan de vista y no le gustaba eso, aunque por una parte sabía que él sí que no las había perdido de vista a ellas.

El lobo no fallaba nunca, como no falló en llevarla hasta su hermana.

Y eso hacía que le encantase aún más, Ewan había llevado todo lo anterior a otra dimensión. Una dimensión que a ratos la enfadaba sobremanera. La frustración aumentaba junto a lo que fuera que se le rompiese por dentro.

—¿Por qué no lo reconoces? —preguntó Rocío—. Qué más da, a ti nunca te ha importado hablar de estas cosas.

—Porque aquí es diferente.

—Explícame qué es diferente.

Paula volvió a bajar la barbilla, tenía que saber explicárselo a su hermana menor, como tiempo antes le había explicado muchas cosas.

—Aquí solo tienes una oportunidad y a veces ni siquiera eso.

Se lo había explicado mal.

—A ver, Rocío. Allí la mayoría de veces sale mal, y creo que al llegar aquí he entendido el por qué.

Se giró para mirarla, parecía haber captado la atención completa de su hermana, que la miraba esperando a que continuase.

—Allí te gusta un tío, ¿qué haces?

Rocío se rio.

—¿Te lo tengo que decir? —Su risa aumentó.

—Exacto, ¿y por qué?

—Porque me gusta, ya lo has dicho.

—¿Y si un día no te gusta?

—Siguiente.

Negó con la cabeza al escuchar a Rocío conteniendo la sonrisa.

Esta es peor que yo, y mira que eso es difícil.

Paula suspiró.

—Aquí no se puede hacer eso. Entre otras cosas tampoco es que tengan mucho tiempo. Tú aquí eres ya una solterona. —Comprobó la expresión de su hermana y sonrió—. Una sola oportunidad. ¿Te puede parecer que es demasiado riesgo y que lo normal es que salga mal? Yo pensaba eso cuando llegué. Pero quitando los matrimonios que junta la gente cuando se emborracha, que eso es otra historia, que para mi sorpresa a veces no son tan desastre, si puedes elegir no fallas como allí. Porque allí no tienes nada que perder más que tiempo, y hay tiempo.

Volvió a aminorar la marcha del caballo cuando ya se acercaban a los soldados.

—Aquí solo tienes una oportunidad, una sola. Trasládalo allí. ¿Con cuántos tíos habrías salido si cada uno de ellos hubiese sido el único hombre que tenías en tu vida?

Vio que su hermana fruncía el ceño.

—Dios. —La había dejado desconcertada.

—Probar suerte porque uno te guste más que el resto —continuó ella y Rocío alzó las cejas—. Qué más da, ¿verdad? Ahí está el error y la razón por la que tú y tus amigas… —Hizo una mueca—. Tenéis una lista de «no gratos» que llenaría un rosario.

Su hermana apoyó la barbilla en su hombro.

—Aquí el amor está despreciado en la parte más alta de los clanes. Se cruzan por intereses, pero no es así en el resto de eslabones. Y he podido ver cómo esperan hasta estar seguras de que ese es el hombre que quieren para el resto de su vida.

Aminoró el caballo hasta que lo detuvo.

—Las jóvenes medievales me han enseñado que el amor son palabras mayores, no una experiencia más en la vida junto a una lista de logros personales y profesionales que te frustran y te agotan la vida. Para esta gente el amor y la familia son lo primero, la razón principal de vida y el único medio de supervivencia. Aquí el amor se defiende hasta la muerte y se lucha y se muere por lo que se quiere. Ese es el nivel, Rocío.

Rocío la miró a los ojos. El verde de sus iris ya dejaba aquel aspecto vidrioso que le habían dado los golpes y seguramente ya hasta vería mejor. La hinchazón había bajado un poco por el viento frío, pero seguía desfigurando su cara.

—Ahora vuelve a hacerme la pregunta —le pidió a su hermana.

Rocío contuvo la sonrisa, hasta en las expresiones volvía a reconocer a su hermana.

—¿Te mola el rubio?

Paula tuvo que apretar los labios para no reír.

—Ewan no cuenta. —Tuvo que responderle—. Él no pertenece a un clan normal, ya te lo he dicho antes. Son los lobos de las Highlands, viven al margen del resto de escoceses, son brutos, primitivos y muy temidos por el resto de clanes y mucho más por los ingleses. Salvajes como no te imaginas.

Rocío dejó caer sus párpados para mirarla unos instantes.

—A Ewan allí ya te lo hubieses tirado, ¿verdad? —preguntó su hermana.

Cómo se nota que es mi hermana,

—Sí. —Fue rotunda y Rocío empezó a reír.

—¿Y aquí?

—También.

Su hermana rompió en carcajadas sonoras.

—Pero no se lo digas a Alba que me mata.

—¿Por enamorarte nivel medieval? —Retomaron la marcha.

—Por meterme en un lío con los Úlster. —Alzó la mirada y vio a Ewan que regresaba a toda velocidad.

Rocío dejó de reír de inmediato para observar a Ewan en el caballo acercándose a ellas.

—Si todos tienen ese tamaño, entiendo que Alba no quiera que te metas en líos con ese clan —dijo su hermana—. A mí me acojona este.

Contuvo la sonrisa al escucharla.

—Pero a ti no.

—A ratos. Me ha amenazado alguna vez con atarme a un palo del patio.

—Ah. —Su hermana dio un respingo—. ¿Y por qué le vacilas?

Se giró para hacerle una mueca a Rocío.

—Porque un palo del patio no está tan mal. —Le guiñó el ojo y Rocío empezó a reír.

Paula se mordió la lengua y miró hacia Ewan de nuevo.

—Observa, hermana, y aprende. —Aminoró la marcha de su caballo aún más.

La sintió ladearse para no perderse nada.

—¿A qué?

—A cómo sacar de quicio a un lobo de las Highlands.

Sintió la frente de Rocío rebotando tras su hombro, las carcajadas de su hermana rompían en su capa.

—Vas a terminar muerta.

—Eso dicen todos. Pero aquí tampoco es algo inusual para nadie.

Ewan ya estaba a unos metros.

—¡Paula! —No espero ni a alcanzarla para gritar con aquella voz que hacía que temblasen los árboles.

Oyó un gemido de Rocío, a su hermana sí conseguía asustarla.

Ewan alargó la mano al galope para arrebatarle las riendas y tirar de ellas para llevarse el caballo.

—Se acabó. —Lo oyó en una especie de rugido. Ató las riendas del caballo de Paula a su propia silla.

—¿Lo haces para enterarte de todo lo que hable con mi hermana? Eso no lo esperaba, Ewan Úlster.

Recibió la mirada implacable del lobo. Sus iris en el día eran completamente grises, apenas resaltaban en el blanco de los ojos. Rocío le dio un pellizco en el costado, seguiría aguantando la risa.

—Lo hago porque no quiero pasar la noche aquí en medio. Y seguramente tu hermana tampoco. Aunque a ti te debería dejar aquí en medio, darías menos problemas que en el castillo.

—Ahí lleva razón —susurró Rocío cerca de su oído.

Rocío se agarró con fuerza a ella, el caballo aceleraba obligado por Ewan.

—Como se caiga mi hermana, no vas a tener campo para correr de mí ni juntando Escocia con la tierra de los ingleses —le soltó ella elevándose de la silla para soportar mejor la velocidad y dejándole más hueco a Rocío. Una postura de jinete moderna que llamaba la atención de Ewan.

El lobo giró la cabeza para lanzarle una mirada que bien podría haberla dejado caer del caballo. Sintió la cara de su hermana de

nuevo hundiéndose en su capa para reír.

—Si te caes tú, ni siquiera volveré a recogerte. Irás hasta Bellerose andando. —Volvió a acelerar el caballo.

A juzgar por los sonidos, Rocío estaría medio ahogada allí atrás con la risa.

Podía ver el castillo en la colina, arriba del todo, rodeado por un pequeño lago.

—Buahhhh, mira, Rocío —le dijo a su hermana y vio que Ewan volvió a girar la cabeza para mirarla.

—Hostias, parece salido de un cuento.

Paula entornó los ojos hacia el castillo.

—Un cuento maravilloso —dijo con ironía, sabiendo lo que había dentro.

Un castillo o una tumba.

En un par de horas estarían allí.

40

Alba

El paseo por el jardín junto a Christine Bellerose, su dama Elizabeth, las McKenna, la joven McDougal y el joven Bellerose, parecía más bien una procesión mortuoria, allí no hablaba nadie.

Inés miraba de vez en cuando a las McKenna y su actitud con Eduard.

—Fiona para Alastor y Emily para este —susurró su amiga.

Ella también se había fijado en que era la joven Emily la única que miraba al inglés de con cierta vergüenza.

No pegaban en absoluto, Emily era como una adolescente, y a Eduard se le veía con un largo camino recorrido, a pesar de que estaba en la edad adulta.

Aun así a la joven no le disgustaba. El joven Bellerose tenía la piel clara, muy clara, como Christine, con un pelo negro azabache tan brillante y oscuro que parecía una peluca. Era como si estuviese emparentado con los Black por la oscuridad que contrastaba con la piel, salvo que el pelo de Eduard era completamente liso. Tampoco sus ojos eran dos pozos oscuros como los de los Black, al contrario, eran de un celeste grisáceo.

Era un joven elegante y de buen porte, algo delgado comparado con la corpulencia de los escoceses, pero no creyó que la joven Emily pudiese ponerle muchas pegas.

Así que la chica estaba como los días previos de los regalos navideños, esperando el suyo.

—Y este le está echando más cuenta a las abejas que a la muchacha —añadió Inés.

—Si no hay abejas.

—Pues eso. —Contuvo la sonrisa al oír a Inés—. Pasa de ella como de la mierda. O sea, o le da a otros palos o no le ha gustado un *peo*.

Miró a Inés con el ceño fruncido.

—¿Ofendería a McKenna? —Ambas se detuvieron a susurrar, usaban la misma táctica de siempre, hablar en su idioma y dialecto tan rápido como pudiesen.

—Con la pinta que le veo ofendería hasta a su padre si se le cruza. Es un pasota y es un fresco, te lo digo yo que entiendo de tíos. Este va por libre, como si no fuera con él.

Alba miró a Eduard Bellerose, estaba apartado de las mujeres, un gesto aparentemente tímido, pero la timidez nada tenía que ver con la actitud y el aura que transmitía.

—*Cuidadín* con este. —Oyó a Inés en un susurro.

Alba tuvo que asentir, estaba de acuerdo con Inés. Eduard no transmitía mucha seguridad.

Se oyó el sonido de un cuerno y ambas se sobresaltaron.

—Los Úlster. —Oyeron decir a las McKenna.

Miró a Inés completamente muda. Los Úlster significaba que Paula estaba allí, y ellas se habían precipitado iniciando un interés sobre Eduard Bellerose en su nombre. Cuando llegase y viese lo que habían visto ellas, les iba formar una de la hostia.

Inés se agarró a su brazo, tenían que dirigirse a la puerta del castillo, llegar hasta Paula y explicarle todo antes de que algún McKenna soltase algo de malas formas. Emprendieron la marcha tan aceleradas que se chocaron entre sí.

—Por allí —dijo Inés.

Eduard estaba en medio de su camino, pero ni siquiera se echó a un lado. Tuvieron que rodearle mientras él las seguía con la mirada, una mirada gris y profunda que parecía atravesar tela y piel y llegar hasta la realidad de sus planes.

—Paula nos va a mandar a tomar por culo. Espero que por lo menos traiga buenas noticias de Rocío —decía Alba—. Por Dios.

Rocío era otra de sus preocupaciones principales, una pobre joven sola en mitad de aquellas frías tierras con demasiados peligros.

Atravesaron lo que quedaba de jardín y rodearon uno de los laterales del castillo. Seguramente habría otro camino más corto por la parte interior, pero para ellas el castillo era un laberinto de frías y altas paredes, acabarían en cualquier lugar salvo en la entrada.

Echaron a correr literalmente al ver los mantos de cuadros rojos de los Úlster. Entraban uno a uno a paso tranquilo de caballo. No lograban ver a Paula ni a Ewan por ninguna parte.

Inés se le adelantó, la veía mover la cabeza repasando de nuevo desde el principio de la fila.

—¡Paula! —La oyó gritar llamando a su amiga, pero no había ni una mujer entre los caballos.

Pero la mirada de Alba enseguida se dirigió hacia un manto grisáceo que desentonaba entre los Úlster.

Volvió a chocar contra Inés.

—Es Kaleb. —Esa vez adelantó a su amiga—. ¡Paulaaaa!

Se metieron entre los caballos para llegar hasta la puerta del muro.

Y más separado del resto venía andando otro caballo, atravesando el final del puente de madera.

Era Ewan y traía atado otro caballo.

—Paulaaaaaaa. —Esa vez sí logró verla.

Agarró el hombro de Inés para que mirase también. Su amiga se llevó la mano a la boca al ver que tras el hombro de Paula se asomaba una cabeza de pelo enredado, una especie de pordiosera de tantas que habitaban aquellos poblados.

—Dios bendito. —Oyó decir a Inés mientras a ella misma los ojos se le llenaban de lágrimas.

Se echaron a un lado para dejar pasar al caballo de Ewan, que había dejado caer las riendas del otro caballo al suelo. Paula llegaba hasta ellas.

Su amiga arrugó la nariz con ironía al verlas.

—¿He tardado mucho? —Paula ladeó el cuerpo para que pudiesen ver a Rocío.

Alba no pudo disimular su cara al ver a la joven. Rocío, alegre y hermosa como su hermana, parecía un ser salido de una película de terror. No lograba reconocer su cara ni siquiera por los labios. Los ojos enormes verdes llamativos de la chica se habían transformado por completo. Uno de ellos estaba como achicado, muy cerrado y legañoso. En el otro parecía llevar una prótesis en forma de bola que solo le dejaba una rendija al aire. Su nariz también tenía un lateral hinchado, que hacía que se viese torcida. En la frente se le abría un flequillo que dejaba al aire un bulto amoratado. Tan morado como el lateral de su cara en la parte del ojo hinchado.

Inés cogió las riendas y detuvo el caballo. Alba y ella habían enmudecido. Rocío, sin embargo, sonreía haciendo que su cara se estirase y resaltase los hinchados.

—Aquí traigo a *lady* Rocío —dijo Paula con el tono de siempre—. Se ha confundido de cuento. —Se sujetó a la silla del caballo para bajarse.

Alba se acercó a la joven, que seguía sobre el caballo, y le cogió la mano.

—Rocío, ¿qué te han hecho? —Daban ganas de llorar al verla.

—Déjate de dramas, ya está con nosotras y al que le haga algo lo reviento —le replicó Paula mirando el castillo—. Vaya pedazo *kely* que tienen los Bellerose. ¿Ya los habéis conocido?

Paula se detuvo en Inés y se inclinó entre su hombro y el de Paula.

—Ine, ¿hay algún Dylan en la comitiva? —Sabía que era Inés la que mayor conocimiento tenía de los clanes y de los que los ocupaban.

—Dylan McKenna, sobrino del *laird*.

—Pues no le quitéis el ojo que estaba con los Black y va a querer cargarse a mi hermana en cuanto pueda.

Alba alzó las cejas.

—¿Y para qué la traes aquí? —le reprendió Inés.

Paula la miró como si estuviese diciendo una burrada.

—¿La mando con los Ballantine? Unos pájaros quisieron violarla a espaldas de Kaleb. Intento evitar un incendio en el clan del viejo Murray.

Alba negaba con la cabeza.

—Además, mírale la cara… —Paula se volvió para mirar a su hermana—. No va a dar problemas hasta que se le quite.

Inés le dio un manotazo, pero a Rocío no pareció molestarle su comentario, al contrario, se reía.

Alba la ayudaba a bajarse del caballo.

—Con permiso, mi señora. —Era un soldado Hunter, que se apresuró a bajar a Rocío él mismo. Cargó a Rocío en peso y la bajó con cuidado.

Luego cogió las riendas del caballo y se alejó de ellas. Paula lo siguió con el rabillo del ojo.

—Se me había ido la pinza, ya no me acordaba de tu matrimonio. —Su amiga luego la miró con ironía.

Alba dio un respingo y se alejó de Paula como si esta desprendiese corriente eléctrica.

—No, no, no. —Seguía alejándose de Paula.

—Sí, sí, sí. —Paula daba pasos hacia ella.

—Bienvenidas. —Ambas se giraron al escuchar la voz de Alastor.

Alastor avanzaba tras los últimos caballos de los Úlster.

—¿Y Ewan? —preguntó a su amiga.

—En las caballerizas, supongo. —Paula movió la mano en el aire en un gesto que ellas conocían bien, un aviso de todo lo que le iba a soltar el lobo sobre los que habían encontrado. Pero Alastor no lo entendería, así que Paula tiró de Rocío para que él la viese.

Vio cómo el ceño de Alastor se fruncía levemente al ver a la joven, ni siquiera para ellos era habitual ver a una mujer, y además joven, con aquellas marcas. Luego Paula tiró de la rienda del caballo y se inclinó hacia la pierna de Alastor.

—Que no le quiten ojo a Dylan McKenna —le susurró.

Vio la mandíbula de Alastor apretarse considerablemente y de inmediato cruzó una mirada con Alba.

Alba tuvo que bajar la mirada despacio, no sabía si era momento de lanzar acusaciones, ella siempre era de esperar algo más. Pero Paula era Paula, impulsiva y bocazas como pocas.

Volvió a alzar la mirada hacia él, Alastor aun la miraba. El *laird* no dijo una palabra, giró su caballo despacio y se alejó de ellas hacia las caballerizas.

Paula la miró de reojo.

—El polvo fue apoteósico, eh —le soltó—. Vaya conexión.

Rocío abrió los labios formando una O.

—¿Ese es tu marido? —preguntó la joven.

—Sí, ha triunfado, ¿verdad? —le respondió su hermana—. Además, buena gente y educado, aquí no vas a encontrar muchos.

Paula movió la mano en el aire.

—Pero tú olvídate de tíos de momento y ni se te ocurra acercarte mucho a ninguno, que aquí no funciona así y te ponen de puta. —Paula se inclinó hacia los labios de su hermana para verlos de cerca.

—¿A ti te importa ahora que te ponga de puta? —preguntaba Rocío mientras su hermana seguía mirándole los labios—. Si allí también te lo llamaban.

—Sí. —Acercó la mano al labio inferior de Rocío—. Pero aquí puta es puta, puta, ya tú sabes. —Le agarró el labio—. No es una manera de hablar. —Se detuvo a mirarlo frunciendo el ceño—. Es como una morcilla, qué horror.

Inés le apartó las manos de Rocío.

—Deja ya a la niña, coño. Vamos dentro. —Pasó la mano por la espalda de Rocío y la empujó suavemente hacia dentro del patio del castillo—. Intentaré no separarme de ti, si ves a alguien que te suene de lo que sea, me lo dices. Mira soldado por soldado, aunque sea de los Bellerose. Van con ventaja, es difícil que reconozcas a alguno, pero todos ellos te reconocerán a ti.

—En unos días y se ha hecho más famosa que yo —decía Paula tras ellas.

Alba le dio un pellizco en el codo.

—¿Cómo puedes bromear con estas cosas? Joder, tendrías que estar aterrada.

—Aterrada estaba ayer, ahora estoy de subidón. —Se encaminaron hacia la puerta del castillo.

Vio que Paula dio un rodeo a Inés y a Rocío, gesto que le llamó la atención. Enseguida siguió el camino que Paula había querido evitar, justo hasta los escalones que llevaban a la puerta del castillo.

Allí, a los pies de las escaleras de piedra, estaba Eduard Bellerose.

—Decidme qué he hecho, si acabo de llegar, para que ese vampiro me mire así. —Oyó decir a Paula y se oyó la risa de Rocío.

—No me hagas reír que me duele la cara —dijo la joven.

Inés giró la cabeza para mirarla a ella.

—Tú nada, hemos sido Inés y yo —se apresuró a decirle a Paula, que se detuvo haciendo que se detuviese el resto también.

Paula volvió a rodear a sus amigas para colocarse frente a ellas, y de espalda a Eduard.

—¿Y qué habéis hecho para que este ahora quiera follarme? —soltó Paula sin pizca de ironía.

—No quiere follarte —respondió Alba enseguida.

—Mírale la cara, claro que quiere —replicó Paula.

Alba miró hacia los pies de la escalera. Eduard seguía allí, si avanzaban les cortaría el paso, ya sabía que él no solía apartarse. Ya no seguía a Paula con la mirada, estaba subiendo de espaldas un par de escalones y miraba al suelo. Luego volvió a alzarla hacia ellas y juraría que hasta lo había visto contener la sonrisa.

Desde que llegaron allí, Eduard había parecido una sombra oscura, observador y silencioso, pero siempre aburrido, como si lo que estaba presenciando lo hubiese visto demasiadas veces, como si se lo supiese de memoria.

Por primera vez durante aquel día, su expresión había cambiado por completo a algo que le había sorprendido. Una sorpresa grata y divertida por lo que estaba comprobando.

Un hombre observador y espabilado como sería Eduard no solo habría apreciado la peculiar y llamativa belleza de Paula, ni siquiera había podido verla de cerca. Quizás lo que más le había llamado la atención era la frescura poco común por aquellas tierras. Esa que Paula no era capaz de controlar y le daba igual que fuese un soldado, un lobo o un *laird*.

No estaba ante una inocente damisela. Y lo sabía.

—Vale, te lo explico arriba.

Paula negó con la cabeza.

—¿Y por qué yo? —Se apartó de Alba.

—La única que queda soltera —respondió Inés.

—Ahora resulta que he quedado como comodín, ¿no? —Las miró de reojo—. Pues me caso con el primer tonto del pueblo que encuentre y se acabó el comodín —soltó enfadándose más e Inés volvió a proferir otra carcajada nasal—. No os riais, que yo de estos rollos paso.

—Pues ese chaval tampoco está tan mal. —Rocío se alzó de puntillas.

Paula la miró como si acabase de decir una burrada imperdonable.

—Aquí casi nadie está tan mal, vete acostumbrando. En contra tienes lo que te he dicho por el camino.

Alba prefería no saber lo que Paula le habría dicho a su hermana por el camino.

—Entonces… —Su amiga se puso frente a Inés—. Hoy me toca el papel de putón medieval con el siniestro ese.

Inés no pudo ni responderle, se apartó de Paula riendo.

—Te he dicho que arriba te lo explicamos —le dijo Alba sujetándola de nuevo, Paula se alejaba y se acercaba a ellas sin parar, llamando más la atención de Eduard.

—No me expliques nada, prefiero no saberlo. —Manoteó en el aire—. Madre mía, la que me queda aquí.

—No te preocupes, no eres la única —dijo Alba y Paula abrió los ojos enormes—. Una McKenna.

Paula volvió a retirarse de ellas en un respingo.

—¿Que yo ahora tengo que hacerle la competencia a una de esas poniéndome facilona… —miró de reojo a Eduard, que seguía clavado en la escalera—, con este?

—Paula… —Inés seguía mirándola con media sonrisa intentando aguantar las carcajadas al hablar—. Si es más o menos lo que haces siempre.

Paula fulminó a Inés con la mirada.

—Por otros motivos. —Rodeó a Inés de nuevo, no fueron capaces de alcanzarla para que no se alejase más de ellas.

—Paula, no te quejes que el chaval encima es guapo —le replicó Inés—. Parece mentira, con los elementos con los que te has liado a veces.

—Tu prima está bien en Triana, ¿no? —le dijo Paula y Rocío rompió en carcajadas—. Con elementos por vuestra puta culpa siempre, para quitaros de en medio a los acompañantes molestos del que os gusta.

No sabía si por la hinchazón, pero a Rocío hasta le faltaba el aire con la risa.

—Paula. —Alba dio un paso hacia ella—. En serio, solo unos días. No va a ir a más, te lo prometo.

—Eso es mucho tiempo.

—Solo es para comprobar una cosa.

—No. —Seguía huyendo de ellas.

—Paula, no vas a estar sola —intervino Inés—, hay que tener cuidado con este.

—Por eso, buscad otro chocho —replicó su amiga—. El mío no.

—Paula, lo necesitamos.

—¿A mi chocho?

Rocío tuvo que retirarse de ellas, la pobre joven lloraba ya sin dejar de reír.

—A tu poder de seducción.

Paula se acercó a Inés.

—Pero ¿qué poder de seducción? Si yo no tengo poder de seducción, yo solo sé meter la pata y liarla parda.

—¿Solo esta noche? —Alba vio un hilo de luz en la expresión de Paula al oírla—. Solo esta noche.

—Y así cabreas a Ewan, ya de camino no te desvías de tocarle los cojones al lobo —dijo Inés, Alba tuvo que contener la sonrisa.

Se hizo el silencio, Rocío se acercaba a ella sorbiéndose los mocos.

—Iros a tomar por culo. —Manoteó en el aire.

Sabía que eso era un sí en cuanto se le pasase el mosqueo.

Las dejó adelantarse hacia las escaleras. Eduard no se apartaría para dejarlas pasar. Paula había cogido a Rocío y la empujaba tras Inés, Alba las siguió despacio.

Eduard las fue repasando una a una con la mirada. Ni siquiera el rostro maltratado de Rocío le llamó lo más mínimo la atención. El único freno en su mirada lo encontró en medio de la fila de mujeres, en la esplendorosa melena castaña a vetas de Paula. Y seguramente en sus ojos tornasolados entre azul y verde.

Pero Paula se desplazó al otro lado de la hilera, alejándose de él e incluso giró levemente la cabeza para no mirarlo, no en un gesto de timidez, sino de enfado y hastío bien apreciable.

Alba enseguida miró la respuesta de Eduard.

Paula no lo sabía aun, pero acababa de darle la razón absoluta a aquel hombre para acercarse a ella irremediablemente.

Una capa azul a su lado la hizo detenerse, el *laird* volvía a estar allí, ya sin caballo. Cruzó una mirada con Alastor.

—Sé que tienes razones, pero no me gusta —le dijo él.

—Las razones las tienes en tus filas —respondió ella y volvió a ver aquel movimiento de mandíbula cuando el *laird* oía algo que no acababa de digerir—. Hay que correr el riesgo.

—Sí, pero es Paula.

Alba bajó la cabeza enseguida avergonzándose por poner en un nuevo riesgo a una amiga, hasta Alastor estaba mostrando más compasión que ella. Sintió una losa pecho abajo, una culpabilidad extrema, un peso que rara vez había soportado de manera tan real.

La única de todas que no estaba en peligro acababa de entrar en el juego. Ella e Inés la habían metido de lleno.

—Ahora estamos todos jodidos —dijo alzando la mirada de nuevo hacia Alastor—. Así que vamos a hacer lo posible para salir de esta.

Dio un paso para retirarse de él y seguir a sus amigas, que ya habían atravesado la puerta del castillo.

No sabía cómo iban a salir de aquella, tampoco sabía lo que tenían preparado para ellos.

Solo esperaba que aquella noche pudiese deducir un preámbulo de lo que les esperaba.

41

Alba

—Este escote está bien —le decía Inés abrochándole el vestido a Paula.

—¿Está bien? Para calentar al personal, dirás. —Paula se tiró del escote hacia arriba.

Inés se alejó de Paula para verla a media distancia.

—Te has puesto cientos de veces escotes más grandes —replico Inés.

Alba miraba a una y a otra sin escucharlas bien, su mente divagaba hacia otros asuntos. Paula miró a su hermana Rocío.

—Y tú no te separes de estas porque puedes acabar con la cabeza en una estaca o empotrada tras una cortina —le advirtió. Roció hizo una mueca antes de asentir. Luego su amiga se miró el vestido—. Y yo intentaré no acabar empotrada tras una cortina —suspiró.

—No seas exagerada —le dijo Inés.

—¿Que no? ¿Tú has visto a ese tío? Ese es de los que donde ponen el ojo ponen la polla, lo que yo te diga.

—No vamos a llegar a eso. —Alba tuvo que intervenir—. Tú solo acércate a él esta noche y vemos lo que hace McKenna.

Paula se inclinó hacia su cara.

—Tienes a un McKenna aliado con los Black, ¿qué más quieres ver de los McKenna? Lo que hay que enviar es un mensajero a Tanarys ya y pirarnos de aquí.

—Se iniciaría una guerra. Otra más. No podemos soportar otra guerra contra los ingleses.

—Pues vamos a morir todos en este puto castillo. —Paula se ponía bien el pelo mientras Rocío reía—. Y mientras ellos planean nuestra muerte, yo de zorreo con el Bellerose, mi hermana llorando de risa por las esquinas, Inés intentando analizar las caras y tú mirando a la pared mientras se te ocurre algo. En serio, tías, esto es muy cutre. Dame el gas pimienta —le pidió a Inés mientras la risa de Rocío aumentaba—. Vamos a necesitar un milagro para salir de aquí.

Inés le dio el pequeño bote.

—No vayas a usarlo con Eduard. —Inés dudó en dárselo y lo mantuvo en el aire—. Que eres capaz de meter la pata.

Paula se lo arrebató de la mano.

—No es para mí, idiota. —Se lo dio a Rocío—. ¿Ves bien ya?

—No del todo —dijo la joven.

—Me arriesgo de todos modos, toma. —Le dio el bote a su hermana.

Alba suspiró.

—Entonces, resumimos —dijo Inés—. A ti quieren matarte —señaló a Alba—, los MacKenna si no fallamos y los Bellerose si quieren el sur —señaló a Rocío—. A ti querrá matarte Dylan McKenna o cualquiera que sepa que lo has visto, que no sabemos cuántos son. —Luego señaló a Paula.

—A mí todavía no quiere matarme nadie, me quieren hacer otra cosa —soltó Paula y hasta Inés se retiró para reír—. A ti sí, quieren matarte los Black, junto a tu marido supongo.

—¿Por qué ella no se habla con su marido? —preguntó Rocío agarrándose al hombro de su hermana.

—Porque él no le ha dado candela aún —dijo Paula, Inés le dio un manotazo.

—No es por eso. —Le dio otro manotazo a Paula y miró a Rocío —. Mi matrimonio fue una farsa. No hay nada.

—Hazme caso, sí hay. —Paula se llevó un tercer manotazo.

—Ya os estáis desviando —las calló Alba—. Estábamos hablando de lo importante esta noche.

—Si no hay más que hablar, ya está claro —dijo Paula—. Os quieren matar a todas y a mí follarme, cuando le dé largas querrá matarme también. Ese es el resumen.

Alba negó con la cabeza mientras su amiga abría la puerta del dormitorio.

—Venga, una por una, al matadero. —Paula sujetaba la puerta para que saliese Inés—. Si salimos de esta hoy espero que aprovechéis la noche al menos, por si morimos mañana. —Miró a su hermana—. Menos tú, tú no aproveches nada hasta que yo te diga.

Se oyó la risa de Inés en el pasillo.

—Mira la cara que le han dejado a la niña —añadió Paula—. Como coja a los Back extingo la especie por su parte. —Miró a Inés —. Porque tú y Rob vais a repoblar poco el clan.

—¡Paula! —le tuvo que reñir Alba, sabía que Inés ya tenía demasiada presión. La había visto meterse algún cuchillo bajo el vestido, quizás era la que más preparada estaba para aquella situación, pero también la que más conciencia tenía de estar entre enemigos.

—Hoy no me mandas a callar. —Salieron todas al pasillo—. Me habéis metido en un lio y esta noche voy a decir lo que me dé la gana.

Alba le hizo una señal a Inés tras Paula para que dejase de protestar y no interviniese. A Paula no le había gustado en absoluto la idea, ni siquiera cuando le explicaron las razones. No sabía si era por la presencia de Rocío, pero su amiga, a pesar de su tono irónico y las burradas que soltaba, había cambiado y parecía más consciente de los peligros. O al menos ahora le importaban más.

También estaba el lobo, claro. Principalmente estaba el lobo. Y aunque Paula sabía que las posibilidades con Ewan eran limitadas por su clan, no consideraría un acercamiento con otros aunque fuese por causas mayores y justificadas. Fuera aquellos flirteos con una inocencia descarada que a Paula le encantaba darle a algunos delante de Ewan, cuando no había más peligro que el de enfadar al lobo, Paula nunca haría nada más.

Ahora le estaban pidiendo que representase a una mujer ilusionada por ofrecerse a un inglés, como lo estaba Emily. Sin embargo, Eduard ya había visto la diferencia entre una joven verdaderamente comprometida como Emily, y una mujer que se negaba a representar su papel.

Y por desgracia le había gustado mucho más la última. Y eso que solo la había visto unos segundos y recién llegada de un viaje, sin peinar y sucia del camino.

Se callaron las cuatro en cuanto vieron a más gente en el pasillo, estaban algunas damas de las McKenna y varias de los Bellerose. Descendieron las escaleras que llevaban a la primera planta y las enlazaron con las que llevaban hasta la planta baja, un laberinto tremendo que no controlaban. Todos los pasillos y puertas similares y demasiada gente de un lado a otro.

Así que pusieron en práctica el truco de Paula de seguir el olor a los asados, siempre acababan en las cocinas que solían estar cerca de los comedores. Pero acabaron en un cruce nuevo de pasillos.

—Yo digo que es por ahí —dijo Inés.

—Eso está muy oscuro, vamos por allí —replicó Paula.

Alba miró los tres pasillos.

—A ver si nos van a eliminar antes de que empiece el juego como nos encuentren por aquí solas —dijo Paula, luego se dirigió a su hermana—. Estos sitios son los que quiero que evites.

Rocío asintió resignada, al fin y al cabo eran ellas mismas y su nula orientación las que la habían perdido entre pasillos semioscuros.

Esa vez los sonidos y los olores estaban repartidos. Otras veces era sencillo, el tintineo del metal, las risas y los golpes de mesa. Ahora aunque se oían no se podía saber de dónde venían.

—Qué te pesa el bolso, *Ine* —dijo Paula al chocar con su amiga.

—Es que lleva ahí hasta una grapadora —dijo Rocío cogiendo la bolsa de tela de Inés.

—Eso me tendría que haber metido yo en el cho…

—Paula —la cortó Alba enseguida.

—Pero es que aún lo tengo regular. —Paula se metió la mano entre las aberturas del vestido para rascarse—. Lo vas a flipar con los trapos de aquí cuando tengas la regla. Cuando montas a caballo se convierten en lijas. —Las adelantó para meterse por el pasillo que ella decía y la siguieron.

Pero el pasillo acabó en una escalera.

—Madre mía —Alba suspiró mirando la pequeña escalera curva que ascendía y descendía.

—Para abajo nunca hay nada bueno, vamos para arriba. —Inés fue la primera en comenzar a subir escaleras.

La escalera hacía tres rizos, lo que quería decir que pasaba del primer piso, y seguramente del segundo y algo más.

—Por aquí no es, eso está clarísimo —dijo Rocío jadeando por la subida tan empinada.

Había una puerta pequeña de madera, tan pequeña que tendrían que inclinarse para atravesarla. Inés la abrió.

Había una plataforma al aire libre que llevaba a un pasillo que bordearía la fachada.

—Hostias —dijo Inés asomándose, luego salió al completo—. Salid, tías.

Alba se inclinó tras su amiga, era de noche y lo que rodeaba el castillo era tan negro que parecían estar en medio de absolutamente nada. Ni siquiera se veía el lago más que por el brillo de la luna, que tampoco era que alumbrase mucho con una noche tan nublada.

El puente estaba algo más iluminado y la entrada del castillo. Estaban por la parte delantera. El frío era tan potente que tuvo que envolverse bien en el manto de los Hunter.

—Venga, salimos —soltó Paula con ironía—, vamos a ponérselo fácil a los que quieren matarnos. Solo tienen que empujar.

Fuera, el pasillo era de un metro y medio de ancho, justo para que entrase un soldado y un arco y que dejase pasar tras de sí.

—Ojalá estuviese aquí la Leo —dijo Inés apoyándose en una almena—. Nos diría al menos los puntos muertos por si tuviésemos que escapar.

—Los puntos muertos de noche son todo el bosque, no se ve una mierda —le respondió Paula asomándose también—. Pero da igual, si no podemos ni llegar al salón, ¿cómo vamos a salir de aquí?

Inés siguió avanzando por el pasillo.

—Ine, que nos vamos a congelar aquí, ¿dónde vas?

Inés se dio media vuelta para mirarlas.

—No creo que sea la única puerta de todo el pasillo, ¿no?

—Ine, esto no vale como salida —le dijo Alba—. Estaría lleno de soldados.

—Tú también tienes soldados —respondió Inés, que aumentó la velocidad.

—Después del lote de escaleras ahora a correr —Paula suspiró y comenzó a seguir a Inés. Rocío se apresuró tras su hermana.

Las dejó adelantarse y echó un vistazo al abismo que las rodeaba. Si era difícil llegar al salón sin perderse, no lograrían salir de allí en el caso de que tuviesen que escapar.

42

Alba

Unos soldados las habían encontrado en un patio trasero y las habían conducido hasta la puerta del salón, donde unos soldados Hunter echaron correr hacia el interior en cuanto las vieron. No hacía falta tener un reloj para saber que se habían perdido durante mucho tiempo, la comida ya había comenzado.

Paula entró junto a Inés y Rocío, ella chocó contra el pecho de Alastor cuando quiso entrar, tuvo que sujetarse a él para no perder el equilibrio con el golpe. Y él la sujetó a ella por la cintura.

—Tengo a la mitad de mis soldados buscándote —le dijo antes de que pudiese decir una palabra.

Alzó la mirada hacia él en cuanto se recuperó del golpe. Alastor tenía la cara tensa, la misma tensión que cuando le daba noticias que no le agradaban.

—Nos hemos perdido —respondió.

Pero aquella respuesta no pareció suavizarle.

—Envié a soldados para buscarte, solo tenías que esperar. —La cogió del codo para apartarla de la puerta.

—No lo sabía. —Ni siquiera estaban en su dormitorio, sino en el de Paula, en otro de los pasillos del laberinto. Así que quizás Alastor llevaba buscándola más tiempo del que llevaban perdidas.

La mandíbula de Alastor se movió en un rechine de dientes. A medida que pasaba el tiempo allí dentro, supuso que su presión empeoraba. Y el no encontrarla solo había empeorado las cosas.

Abrió la boca para disculparse, pero la cerró de inmediato. Unas disculpas no servirían para quitarle el enfado o lo que fuese que

tuviera el *laird*. Y con el salón repleto de ingleses y traidores tampoco importaba mucho que Alastor se molestase con ella, eso no solucionaría nada ni los salvaría.

Miró un instante hacia el interior del salón y lo recorrió con rapidez con la mirada. En la mesa principal estaba Lionel Bellerose y sus hijos. Christine llevaba otro vestido, esa vez azul claro, que bien podría conjuntar con el manto de los Hunter. Seguramente ni la decisión del color sería aleatoria.

Cruzó una fugaz mirada con la joven y la vio altiva y presumida, como si no le importase en absoluto su presencia. Y seguramente solo sería una mosca molesta para los intereses de los Bellerose con fácil solución.

Pero los Bellerose no tenían ni idea de quién era ni de dónde venía. Y eso siempre era una ventaja.

Puso la mano en el pecho de Alastor para llamar su atención, en cuanto lo vio girarse hacia ella se inclinó para acercarse a su oído. Rozar la piel de la mandíbula de Alastor hizo que parte de su espalda se tensase para contrarrestar la piel de gallina. En cualquier situación la sensación no cambiaba cuando lo tocaba.

—Si hay forma de escapar de aquí, es por los pasillos de los muros —le susurró—, envuelven el castillo y tienen siete puertas.

Alastor movió la cabeza para mirarla, lo tenía tan cerca que hasta se le emborronaba su imagen.

—Nos emboscarían abajo y nos dejarían atrapados —replicó.

—No si salimos antes de lo que esperan —respondió ella.

Alastor giró la cabeza para mirar al interior del salón.

—La negociación empieza mañana, en cuanto compruebe que el rey está bien —dijo mirando a Lionel Bellerose—. Entonces comenzarán las presiones. —Volvió a mirarla a ella y a cogerla del codo para apartarla más del resto—. Si mis soldados y yo nos vamos

así, podrían considerarlo una ofensa —añadió sin dejar de mirarla—. Pero podría ser una salida para ti, junto a los Úlster alcanzaríais a Tanarys.

Alba se sobresaltó enseguida. Dejar a Alastor atrás no era una opción. Que el *laird* de los Hunter se sacrificase en caso de conflicto era una idea que ni siquiera se le pasaba por la cabeza.

Y tonta ella que no se le pasaba por la cabeza conociendo a Alastor como lo conocía. Acababa de ser consciente de que esa era la idea que Alastor valoró siempre. Y la otra mujer que lo conocía bien, Moira, lo sabía, por eso su empeño en salvar a su hermano.

Comenzaron a temblarle hasta los tobillos.

—No pienso poner ni un pie fuera de aquí si tú te quedas —le dijo con tanta rotundidad que hasta lo vio sorprendido. Pocas veces ella hablaba en ese tono.

Y acababa de sumarle otro problema a Alastor, porque lo vio apretar la mandíbula de nuevo.

—Mi deber es primar tu seguridad —dijo él.

—Y el mío es permanecer contigo —replicó ella con el mismo tono y esa vez vio cómo el cuerpo de Alastor se sobresaltaba.

Sintió cómo Alastor arrastraba la mano que le mantenía en la cintura hacia su espalda. Un gesto que acababa de hacer que algo cayese estómago abajo a un lugar que prefería no pensar.

Sintió una leve presión, como si él la estuviese atrayendo a él y ella se dejó caer y apoyó la mejilla en el hombro de Alastor. Aquel gesto tan parecido a un abrazo hizo que la ligereza vertiginosa le invadiese el pecho.

—No podemos seguir hablando aquí. —Lo oyó decirle al oído.

Pues vámonos arriba.

Eso no era posible en aquel momento, pero era lo que le hubiese gustado. Ser consciente de que a Alastor le habían gustado sus palabras, aunque conllevase unas malas consecuencias, hacía que su cuerpo se resistiese a separarse, como con aquella antigua magia que abría agujeros y erizaba la piel.

Rozó con su oreja la barbilla del *laird* al mover la cabeza para mirarlo. Estaban de nuevo demasiado cerca, solo con alzar la cabeza lo suficiente le rozaría los labios con los suyos.

Sintió la mano de Alastor en la nuca y quedó quieta mientras sentía el pulgar de él recorriendo la mandíbula. Notó cómo se le erizaba el vello del cuello a la espalda. Y vio a Alastor pensativo, siguiendo con la mirada el recorrido de su dedo.

—Hay una cosa. —Lo oyó decir y ella frunció el ceño—. No vuelvas a urdir, planear, indagar ni dar un paso sin consultármelo antes.

Regresó el tono del *laird* que parecía haber roto un momento cercano en mitad de un salón repleto de gente. Abrió la boca para replicar, pero una presión en la cintura atrajo su cuerpo por completo al de Alastor y encontró cómo los labios gruesos y anaranjados del *laird* se encajaron en los suyos.

Los cerró por inercia atrapando a los de Alastor, la ligereza de su cuerpo se hizo intensa con aquel arrebato de él que no esperaba, pero que le estaba gustando tanto que se resistió a soltarle los labios dejándoselos atrapados más tiempo del debido. Cuando oyó el silbido, seguramente de algún soldado Hunter, liberó los labios que comenzaban a condenarla sobremanera por dentro.

Miró al *laird* en cuanto su cara se separó de él lo suficiente y encontró los iris del halcón.

—¿Me consultarás o seguirás por libre? —le preguntó él y ella ya no recordaba ni de qué estaban hablando antes de semejante beso, que aún no le había liberado el pensamiento.

—Siempre. —No podía decir otra cosa en aquel estado, como si estuviese hechizada por completo por él, que la seguía rodeando por la cintura para mantenerla pegada a su cuerpo.

La mano del *laird* regresó a su mandíbula y ella espiró despacio, inconscientemente sus ojos bajaron hasta los labios de Alastor.

Puffff.

Otro arrebato como aquel por parte de él y acabaría como un muñeco de nieve en pleno agosto en Triana.

—Vamos. —Quitó el brazo de detrás de su espalda y le cogió la mano para que atravesase el salón junto a él.

Las mesas principales estaban puestas en forma de U, la mesa de los Bellerose al frente mirando para el salón. Allí estaban de izquierda a derecha Christine, Eduard, su padre y una silla vacía que supuso que era para Alastor. Solo una.

Luego comenzaba tras un pequeño pasillo otra mesa transversal frente a la lateral del lado de enfrente, en el que estaban los McKenna y una última silla, la más cercana a Christine, con aquella chica morena llamada Elizabeth.

Por el lado de Alastor, la más cercana estaba vacía, supuso que sería la suya. Luego iba Paula, Rocío y por último Inés con otra silla vacía a su lado, la razón quizás por la que Rob Black andaba en pie en una mesa de soldados Hunter.

A veces pensaba que aquellos dos eran peores que Paula y Ewan. Luego veía a Paula con Ewan y cambiaba de parecer, como ellos no había nadie por allí.

Vio la mirada irónica de Paula al verla pasar por delante de la mesa, soltar a Alastor y sentarse. Su amiga ladeó el cuerpo por completo, tanto que sintió el peso en su hombro.

—El polvo tuvo que ser apoteósico de verdad —le soltó.

Inés se encorvó para reír.

—Uffff —añadió Paula—. Qué envidia, y yo aquí con el *pepo* rozado, y con gasas, que me pica a morir.

Las carcajadas de Rocío hicieron que su hermana no acabase la frase.

—¿Todavía tienes la regla? —le preguntó su amiga y Paula negó.

—Pero el camino me ha rematado —respondió haciendo una mueca. Luego miró a Inés que seguía riendo—. Y tú —le dijo mientras Inés se ponía la mano en la cara, su risa aumentaba—. Deja de hacer el gilipollas y coge al cuervo y dale la del tigre. —La risa de Rocío hizo que su hermana la mirase—. Tú nada, eh. No vaya a ser que te peguen algo, que aquí no se sabe.

Inés se quitó la mano de la cara, que había enrojecido de manera considerable.

—A Paula nada más que le faltaba rozarse para soltarnos más burradas de esas. —Se abanicó con la mano para que se le pasase la risa.

—Encima con una silla de montar, qué triste —respondió Paula.

—Y unas gasas que se transforman en lija —añadió su hermana Rocío.

—Eso quisiera yo ahora, una lija —dijo Paula y Alba no sabía si la carcajada que no pudo contener era por las palabras de su amiga o por la cara que había puesto—. Me pica a morir. —La vio arrastrar el culo por la silla—. Una cosa tremenda.

—Tía, tía. —La sujetó Inés—. A ver si se va a dar cuenta ese y se va poner cardiaco y la vamos a tener del todo.

Rocío seguía riendo, la joven se sorbió la nariz. Vio que los ojos le lagrimeaban, con la hinchazón era una imagen algo

desconcertante. Se limpió cómo pudo con aquellos párpados abultados.

—¿Cuál es la hora que me toca el rato de zorreo? —preguntó Paula.

Rocío volvió a romper en carcajadas.

—Mi hermana es igual aquí que allí. —Se estiraba con cuidado el rabillo del ojo para volver a limpiarse.

—Las mismas burradas, sí —le respondió ella y miró a Paula de reojo en una reprimenda.

—¡Alba! —Oyó la voz de Alastor y se giró para mirarlo. A él le daban un plato con comida.

Había estado a punto de probar lo que había en la mesa, pero recordó lo que le dijo de que sería él quién le daría lo que pudiese comer. En aquel caso de su mismo plato.

No creyó que quisiesen envenenar al *laird* antes de hacerse con el derecho de sus tierras.

Alargó la mano para cogerlo.

—¿Es una costumbre escocesa? —preguntó Lionel Bellerose. Vio que Christine atendía a lo que decían.

—No —respondió Alastor—. Pero nos gusta asegurarnos el bienestar de la descendencia.

La respuesta de Alastor pareció convencer a Bellerose.

—¿Está en cinta? —Bellerose las miró a ellas al preguntarlo y Alba se tensó enseguida.

—Muy pronto para saberlo. —Fue Paula la que respondió, tan fresca como siempre—. El *laird* tiene buena puntería, pero no es una bala.

—¿Cómo? —La voz de Bellerose fue a la par que su codazo a Paula y una mirada de reprimenda aún mayor que las veces anteriores.

Inés tuvo que girarse por completo y hasta se levantó para irse hacia el muro conteniendo la risa.

—No anda bien del estómago —se apresuró a decir Paula para excusarla. Alba vio que Eduard volvía clavar los ojos en Paula sin desviarlos un ápice. Ahora sí que estaría observando la belleza llamativa de su amiga, que unida a su frescura la hacía una dama de lo más excepcional allí—. *Ine*, ven aquí. Respira despacio.

—¿Lady Black está en cinta? —preguntó Bellerose.

—Del Espíritu Santo. —Oyó murmurar a Paula.

Alba se sobresaltó.

—Quizás —se apresuró a responder ella para que no notasen el comentario de Paula.

Bellerose miró a Paula. Sin embargo, su hijo Eduard miró un instante a su padre y contuvo la sonrisa. No sabía cómo Paula podría estar llamando la atención de aquel joven sin ni siquiera levantarse de la silla, siendo únicamente ella. Más ella incluso que otras veces.

O bien Paula era lo suficientemente lista para saber lo que requería la situación y lo que más podría atraer de ella a un hombre así. Por un momento vio algo en los ojos de Lionel Bellerose al mirar a Paula que le erizó la piel. Una mirada demasiado parecida a la que a veces lanzaba su hijo.

Y eso sí que las comprometía del todo.

—¿Qué le ha ocurrido a la joven? —Esa pregunta iba dirigida completamente a Paula y se refería a Rocío.

—Se ha caído del caballo. —No tardó en responder poniendo bien el pelo de su hermana—. Es una inútil para montar. —Miró a Lionel

de reojo.

Bien, Paula.

Mentir para descubrir si él sabía que esa era la joven que apresaron los Black.

Y lo sabe.

—¿No traíais carruaje?

—Sí, pero a mi hermana le gusta que le dé el aire. —Volvió a ponerle bien el pelo.

—Tú tampoco venías en carruaje. —Era la voz de Eduard, al fin se dirigía a Paula con la voz a parte de con los ojos. Alba cruzó una mirada fugaz con Alastor.

—No soporto los carruajes. —Paula ni siquiera movió la cabeza para responderle, tan solo dirigió hacia él la mirada un instante para volver a mirar a su padre—. Demasiado movimiento.

—¿Más movimiento que en un caballo? —El tono de Eduard tenía un halo de ironía que no le gustaba un ápice.

Uhhhhhh.

Por suerte era Paula y no una joven indefensa y tímida.

—El movimiento del caballo me resulta mucho más placentero —respondió sin pizca de ironía.

Puffffff.

Ser Paula no siempre era una ventaja. Se hizo el silencio un instante, vio cómo hasta la joven Elizabeth, que podría ser la joven menos inocente que encontrarían en el medievo, abría la boca levemente.

Eduard volvió a contener la sonrisa.

Una nueva bandeja de asado llegaba a la mesa principal, eso hizo que la atención de los comensales se desviase de nuevo.

—¿Qué? —le preguntó Paula en un susurro.

—Frena, tía —le dijo a su amiga.

—¿Es lo que querías, no? Que le hiciese la competencia a la McKenna. Pues ya tienes esta partida ganada.

Su mirada se dirigió enseguida al *laird* McKenna, que repasaba la expresión de unos y otros.

—Pues afinemos —dijo Paula—. Del uno al diez, cuánto quieres que la líe.

—Teniendo en cuenta que siempre te pasas tres o cuatro puntos, un uno.

Inés se inclinó hacia ellas.

—Ese es Dylan —dijo Inés y Alba enseguida alzó la mirada—. Rocío, tú no mires.

Pero Alba sí pudo mirar. Vio a Rob Black moverse de mesa tras los pasos de Dylan, eso quería decir que Inés sí le había contado a Rob lo de Dylan con su familia. Algo que le daba enorme tranquilidad, así aquel McKenna estaría controlado.

—Gracias por decírselo a Rob —le dijo Alba sabiendo el esfuerzo que habría supuesto por parte de Inés.

—Aquí estamos todos metidos en la misma mierda, no tienes que darlas.

—Un *kiki* falta aquí —murmuró Paula.

Inés negó con la cabeza dando por imposible a Paula, que no se le veía muchas intenciones de parar de decirle aquellas cosas a Inés.

—¿Sigue enfadado? —le preguntó Alba a su amiga, sin embargo.

—Siempre está enfadado —respondió Inés.

—A mí me hace mucha gracia el poco hecho —dijo Paula y Rocío hasta se atragantó con lo que estaba comiendo—. Hace el papel de marido para lo que le da la gana. Vamos, de lo otro también tendrá ganas, pero cree que esta le va a decir que no, por eso ni lo intenta. —Miró a Inés—. Le da miedo la fiera.

Inés le dio un empujón que casi se lo llevó Rocío, que estaba en medio.

—Ahí tienes al chaval de los morritos gordos —le dijo a su hermana.

Vio a la joven mirar, pero era imposible deducir una expresión en su cara.

—En el otro mundo ya sé lo que harías, aquí estate quietecita y no te vengas arriba, que este tiene sangre de héroes que han hecho historia.

Rocío contuvo la sonrisa, pero esa vez no era porque le hubiese sobrevenido una carcajada. Kaleb la había salvado de alguna forma y eso allí formaba un vínculo especial. Y según le dijo el propio nieto del viejo Murray a Alastor, ella también lo había salvado a él. Sin magia ancestral, sin ninguna habilidad más que el ansia de supervivencia.

—De lo mejorcito que hay por aquí, ¿verdad, Alba?

—Sí —respondió Alba.

Inés se inclinó sobre la mesa para mirar a Paula.

—¿Por qué se lo estás vendiendo? —le preguntó a su amiga.

—¿Yo? —Paula miró a Inés como si no supiese de lo que hablaba.

—Se lo estás vendiendo.

—Yo no.

Inés la señaló con el dedo.

—Te gusta para tu hermana.

—Es un pata negra de aquí, claro que me gusta para mi hermana. ¿Te gustaría a ti para la tuya?

Alba empujó el hombro de Paula para que se recostase en la silla.

—Parad ya las dos. Que formáis una disputa absurda por todo —les regañó con aquel tono de maestra hastiada, y Rocío se tapó la boca para reír.

—Y que sepas —Paula seguía, a esa era más difícil callarla—, que cuando a esta se le quiten los golpes, ese lo va a flipar. —Empujó a su hermana con el hombro—. Quédate con el nombre, Kaleb Ballantine.

—Ya lo conozco —respondió Rocío y Paula la miró como si hubiese cometido una traición al no seguirle el hilo—. ¿No me has dicho que no me venga arriba con él hace dos segundos?

—Pues ahora te digo que sí, que te vengas arriba.

—¿Por qué?

—Para callarle la boca a esta —señalo a Inés.

—Pero si yo no he dicho nada de que me parezca mal —replicó Inés.

—Ya está bien. —Volvió a empujar a Paula hacia el respaldo—. Y cállate ya la boca, que estás dando un espectáculo delante de los Bellerose y no paran de mirar. Vas a meter la pata antes de tiempo.

Paula bajó la mirada hacia el plato, como si hasta la comida fuera un aburrimiento supremo. Luego alzó la mirada hacia el salón.

Ewan Úlster atravesaba la puerta, Alba no había sido consciente de la falta de su presencia. Conociendo a los lobos de las Highlands, habrían recorrido todos los alrededores del castillo, libertad suprema que se endurecía cuando tenían que pernoctar en un castillo desconocido. Ewan ya sabría todas las vías de escape posible en caso de tener que evacuar y luchar. Los mejores escondrijos y las mejores rutas para llegar hasta Tanarys. Los lobos eran especialistas en surcar praderas mejor que cualquier ejército inglés o escocés.

Los lobos cerca siempre eran signo de protección y tranquilidad hasta en medio del caos.

—Ahí está mi lobo sexy —dijo Paula cruzada de brazos.

—Hoy es sexy, otros días es un capullo supremo —le respondió Inés, de nuevo Rocío reía y hasta ella tuvo que soltar una carcajada.

—Ser sexy no condiciona el ser también capullo supremo. —Paula lo siguió con la mirada, vio a Ewan echar un fugaz vistazo a su amiga y seguir su camino como si no la hubiese visto.

Pero claro que la había visto, los lobos siempre veían mucho más allá de lo que veían otros. Y el triángulo en el que se encontraban de mesas y sillones, junto con los que las ocupaban, a Ewan no le había gustado un pelo.

Desconocía si Alastor le había contado el plan con Paula y los Bellerose, posiblemente no, no le había dado tiempo. Ewan acababa de llegar. Tampoco creyó que pudiese hablar mucho con él en las caballerizas de los Bellerose, con solados ingleses cerca.

Aun sin saberlo, a Ewan no le había gustado en absoluto ver a Paula tan cerca de los ingleses y menos a ya dos de ellos, uno joven y otro mayor, pendientes de ella como si no hubiese otra mujer en el salón.

Pero a pesar de que Ewan no había reparado en Paula más que un segundo, rodeó toda la mesa interminable para llegar hasta la pared que lo llevaba hasta ellas.

Y cogió a Paula del codo para levantarla.

Aquel gesto sí que hizo que todos los Bellerose sin excepción mirasen. Hasta vio a Alastor hacer el ademán de levantarse.

Quizás entre todos los inconvenientes no habían reparado en uno de ellos. Ewan Úlster.

—No creo que ese escote sea adecuado para un sitio como este. Sube ahora mismo y te cambias —le soltó Ewan con aquel tono sublime que parecían tener todos en el clan, incluido Tanarys.

—¿Perdona?

La respuesta de Paula hizo que Rocío se tapase la boca de nuevo. A aquella muchacha la iban a asfixiar de la risa como la cena se demorase hasta a altas horas.

—¿Vas a venir tú del último tramo de las Highlands a decirme a mí qué me puedo poner o no? Estamos locos. —Paula colocó bien la silla para sentarse de nuevo—. Yo me pongo el escote que me dé la gana.

Ewan volvió a levantarla del codo.

—No estamos en Escocia y tú no tienes ni idea de lo que eres capaz de iniciar aquí. Sube y te cambias.

Esa vez Paula hasta se giró para ponerse de cara a él.

—No vuelvas a sujetarme así y vete de aquí. —Y vio en el rostro de Ewan que sus palabras sonaron a adoquín a gran velocidad golpeando la cara de un lobo.

Rocío abrió la boca, ya no se reía, pero seguía con la mano tapándose la boca.

Y la verdad era que Ewan daba miedo cuando ponía esa expresión.

—Paula. —Cuando escuchó la voz de Eduard Bellerose, Alba tuvo que contener la necesidad de también llevarse la mano a la cara. Miró enseguida a Alastor—. Mi hermana ha tenido la amabilidad de ofrecerte su asiento —añadió mientras Christine se levantaba, a su vez lo hacía Elizabeth del suyo.

Eduard Bellerose acababa de invitar a Paula a la mesa principal, una reservada a los señores del castillo y a su invitado de más alto rango como lo era Alastor. Y ahora a Paula.

Un zarpazo absoluto al lobo del que quería liberarla para acercarla a él.

La propia Paula quedó petrificada.

Y ella también. Porque aún no había ni siquiera empezado el juego, y todo había sido improvisado. No haría falta nada más, el propio *laird* McKenna y su hijo mayor habían enrojecido, y no era de la bebida.

Su amiga no podía negarse, lo vio en los ojos de Alastor, que estaba tan tenso como todos ellos.

Alba cruzó una mirada con Paula, que de inmediato transformó su expresión en cordero camino del matadero. Lamentó y de verdad haber accedido a la genial idea de meterla en aquello. Y a juzgar por la mirada de Inés, también lo lamentaba.

Sintió un leve peso en los ojos, comenzaban a brillarle, quizás porque había visto ese brillo también en Paula. Pero todo estaba pasando demasiado rápido. Apenas habían comenzado a comer.

Paula bajó la mirada un instante hacia ella.

Te debo una muy grande, ya.

No fue capaz de mantenerle la mirada. Ya no se trataba solo de acercarse a Eduard Bellerose. Acababa de plantar sobremanera y despreciar a Ewan Úlster de una manera que nada tenía que ver con sus tiras y aflojas con él. Lo suyo era un juego y ellos sabían dónde

estaba su límite. Ahora había un inglés de posición más que privilegiada al que le habían abierto la puerta a un derecho que realmente no tenía.

Siguió con la mirada en Paula, aquel traje rosa claro le daba una apariencia celestial que contrastaba con el generoso escote y su expresión picaresca. Pero la expresión picaresca acababa de desaparecer. Desapareció hasta el enfado.

Paula estaba triste.

Alba miró a Ewan ahora que Paula se había separado de ellos y se encaminaba hacia la otra mesa. Le llamó la atención cómo él había soltado el codo de su amiga. Era como el caer de una espada que el vencido suelta en mitad de un torneo. Exactamente igual.

Un sirviente retiró la silla que antes había ocupado Christine Bellerose para que Paula tomase asiento junto a Eduard. Su amiga bajó la barbilla y miró hacia el salón.

Desde aquella perspectiva, el rostro de su amiga y su color de ojos con la luz de las velas y antorchas del salón eran una locura. Parecía más una estrella de cine antiguo caracterizada que una mujer medieval. Para los verdaderos medievos parecería un sueño de mujer.

Miró de reojo al lobo, él estaría observando el mismo sueño que los Bellerose.

—Ewan —lo llamó en un susurro.

Pero Ewan no bajó la mirada, la mantenía fija en Paula.

—Nunca me he negado a vigilarla a pesar de todo lo que conlleva tenerla cerca. —Lo oyó decir.

Demasiado había soportado Ewan con Paula. Se merecía una corona a ratos.

—Hasta hoy —añadió.

Alba cerró los ojos al oírlo. El tintineo de los metales Úlster se alejaba con él.

Ahora sí que se pone esto feo.

Ewan era un seguro de vida para Paula.

Abrió los ojos y los dirigió hacia Alastor mientras sentía que el brillo aumentaba.

43

Paula

Contuvo la respiración al ver a Ewan alejarse hacia el otro lado de las mesas, lejos tanto como pudo de donde estaba ella y los Bellerose.

Tragó saliva despacio. No sabía por qué le dolía tanto, al fin y al cabo él era un Úlster, algo prohibido y casi maldito allí en aquel lugar.

—Quiero saber si hay alguna razón por la cual ese hombre te habla como si le pertenecieses de alguna manera. —Sintió al joven Bellerose inclinarse levemente al hablarle.

Paula giró la cabeza y encontró el rostro claro de Eduard Bellerose más cerca de lo que esperaba. Pero ella no era una joven medieval, venía de un mundo en el que la cercanía con los hombres en ciertos ambientes era algo cotidiano.

Y mucho más.

—Es un Úlster —respondió ella manteniendo su postura—. ¿Has oído hablar de ellos?

—Mucho. —Eduard también mantenía su postura.

—Entonces es evidente que no.

Eduard contuvo una sonrisa irónica, aquel joven era tan fresco en la distancia como en la cercanía. No le asustaba en absoluto. Lo único que le importaba en aquel momento estaba al otro lado del salón. Y era enorme.

Eduard bajó la mirada hacia la mesa y le acercó a Paula un plato con unos extraños frutos. Pero ya se le había quitado el hambre por completo, apartó la bandeja con la mano sin saber si eso era una

ofensa. A él no pareció ofenderle en absoluto a pesar de que observó su gesto.

—Un clan cerrado, dicen, es extraño verlos por aquí, incluso acompañando a un séquito —dijo él volviendo a mirarla con los ojos grises que resaltaban en las cejas negras. Podría haber sido un Black perfectamente, solo lo diferenciaba de ellos sus mejillas algo sonrosadas. Un halo vampírico que no daba ninguna confianza. Ni siquiera a ella—. ¿Se creen seres superiores, quizás?

Alzó la barbilla mirando hacia Ewan, estaba entre sus soldados. Nunca había notado tan hermosa la mancha de cuadros rojos cuando llenaban la mesa en un salón, quizás porque nunca los había visto a demasiada distancia ni en un frío salón repleto de ingleses.

Se le tensaron las cuerdas vocales al sentirse más lejos que nunca de los Úlster, una sensación oscura y extraña.

—No tengo ni idea. —Apartó la mirada de ellos.

Se hizo el silencio entre los dos, un silencio que aumentaba la oscuridad y el frío. Eduard seguía mirándola de cerca con total descaro.

La garganta de Paula se tensó.

—Un Douglas, un Hunter, un Black… —nombraba Eduard. Estaba más informado de lo que ella pensaba—, ¿cuál es tu lugar?

—No busco ningún lugar —se apresuró a replicar. El único lugar que deseaba en aquel momento estaba lejos de allí, a agujeros de distancia. En el barrio León de Triana.

—Todo el mundo busca un lugar. —Eduard contuvo la sonrisa de nuevo mirando hacia los Úlster, aunque quizás ese lugar no sea posible.

¿Se habría dado cuenta Eduard? Por sus palabras parecía que sí.

—Te equivocas —se apresuró de nuevo a replicarle—. No tienes ni idea de mujeres como yo.

—Esa es la razón por la que prefiero tenerte cerca en la cena —dijo él.

Había metido el pie en un agujero, no del tiempo, pero sí agujero.

—Las mujeres como tú resultan sorprendentes siempre. —Alzó la barbilla sin dejar de mirarla con descaro.

—¿Por qué? —Seguía sin mirarlo, observaba a los McKenna. La rojez del *laird* era cada vez más evidente. Su hijo le decía algo al oído.

Mi sentencia, ¿quizás?

Probablemente sí estaba muy interesado en una alianza con Bellerose.

—Porque no son como el resto.

—¿En qué sentido? —Seguía observando al *laird* y a su hijo.

—Esta tarde me han informado de que has tenido más pretendientes este año que la hija de cualquier *laird* que se aprecie. Sin clan ni fortuna.

—Eso no es ningún mérito. —Tuvo que mirar hacia las bandejas de la mesa para que los McKenna no sospechasen de que los observaba, para eso estaba Inés mucho más cerca.

—Lo es, principalmente si una mujer como tú los rechaza a través del guardián del sur uno por uno —decía Eduard cogiendo una fruta de la bandeja. Oyó el crujido de la piel al morderla—. No tienes miedo a los hombres, ni siquiera cuando te miran como yo te he mirado hoy.

Alzó los ojos hacia Eduard.

—Ya has intimado hasta el límite que puede intimar una mujer y un varón —añadió. Era más listo de lo que parecía y mira que parecía listo—. Y ni siquiera te sonrojas cuando te lo digo.

Dejó que Eduard la mirase sin decir una sola palabra.

—Y he pasado de estar sorprendido a estar completamente fascinado —dijo él al fin—. Ese salvaje Úlster no tiene ni idea de lo que tiene entre manos. Le importaría poco su sangre inmaculada y la normas de su clan.

Paula desvió la mirada hacia el salón. La garganta volvía a tirarle sobremanera, necesitaba ver la mancha roja de los mantos de los Úlster y saber que los tenía cerca.

—Una mujer como tú es una ventaja y un peligro que preferiría tener de mi lado —seguía Eduard acercándose un poco más a su oído—. Los hombres tenemos espadas y ejércitos —añadió casi en un susurro—. Las mujeres como tú tienen hombres con todo lo que eso conlleva.

Se retiró de ella a la misma distancia a la que estaba antes.

—Quizás Tanarys y su esposa prefieren que estés al otro lado que en el suyo. —Dejó caer los párpados—. Es exactamente lo que yo haría si tuviese una hermana como tú.

Apretó los labios y miró de reojo a Eduard.

—Te equivocas —le replicó y se alzó en el asiento para ponerse en pie—. Yo no pertenezco a Escocia. Ni a nadie más que a mí.

Eduard le agarró el antebrazo con rapidez y lo sujetó para que volviese a sentarse mientras sonreía ampliamente.

—Si no hubiese visto la forma en la que te enfrentas a un lobo de las Highlands dudaría de tus palabras —dijo él. Paula tuvo que sentarse de nuevo—. Yo tampoco pertenezco a nadie más que a mí.

Pues muy bien, chaval. Me importa un pimiento. Me las piro ya.

En un mundo medieval en el que no existieran los lobos quizás le habría gustado oír algo como aquello.

Claro que a Tanarys de Lothian le convendría tenerla al otro lado, un lado peligroso que pudiese controlar. Y Eduard Bellerose, en cuanto su padre muriese, sería el señor de aquellas tierras.

Miró de reojo a Eduard, era atractivo, con una oscuridad morbosa, poderoso y fresco.

En una realidad paralela hubiese sido su candidato, una guerra absoluta.

Pero la única guerra que quería tenía el pelo rubio platino y emitía rugidos salvajes.

Aunque acabase los últimos días de su vida en un convento.

Lo de Ewan era una batalla que no ganaría jamás.

Y un día cualquiera llegaría la noticia de que el futuro *laird* de los lobos de las Highlands contraería matrimonio con una Úlster. Eso era algo que no podría evitar, era una tradición de años que no se podía romper. Y las consecuencias de romperla ya las conocía. No podría sobrevivir a un parto de una lobo.

No ganaría, pero aun así disfrutaba del juego. Algo que podría parecer absurdo e infantil. Así se conformaba, así era feliz. Pagando con Ewan todas sus frustraciones.

Eso no era sano para ninguno de los dos. Ni siquiera sabía si era correspondida. Ewan se sentía atraído por ella, de eso no tenía dudas. Era un hombre y era lo que solían hacer los hombres cuando la veían. Pero de ahí a todo lo demás había un abismo.

Cogió aire por la boca.

—Diría que todo lo que te estoy diciendo no te importa en absoluto porque has puesto los ojos en el único hombre de estos

reinos al que no puedes alcanzar. —La voz de Eduard parecía más la de su propia conciencia.

Paula cerró los ojos.

—Y es una pena —añadió—. Podríamos hacer grandes cosas juntos, Paula. Y te puedo asegurar que no volverías a aburrirte en toda tu vida.

—¿Quién te ha dicho que me aburra? —Volvió a mirar a los McKenna—. Ni un solo rincón de este salón es aburrido.

Eduard volvió a inclinarse en su oído, esa vez tan cerca que le rozaba la piel, el cosquilleo le levantó levemente el vello bajo su oreja. Eduard se detuvo a mirar su hazaña y sonrió.

—Parece que sabes bien cómo funciona el juego entre los poderosos, ¿quién te enseñó?

—Los libros. —No mentía—. También tuve varios maestres.

—¿Maestres enseñando a una mujer? —Ella se giró para mirarlo al escucharlo—. Tiempo mucho mejor invertido que enseñando a imbéciles para que sean iguales al resto. ¿Sabes que podría asegurarte no ser traicionada?

—¿Sabes que no lo necesito? —Trago saliva tras decirlo. Claro que lo necesitaba. Ya no tenía la protección de nadie, y sus amigas bastante tenían con salvarse ellas mismas, que tampoco era fácil. Además ahora cargaba con Rocío.

Nunca se había sentido tan sola desde que metió el pie en el agujero del tiempo.

Eduard volvió a sonreír, seguía sin retirarse de ella un ápice, algo inusual y comprometido entre un hombre y una mujer en aquella época, más propio del mundo del que ella provenía, que estaría haciendo arder al *laird* McKenna, cuyos planes comenzaban a irse al traste a pesar de sus esfuerzos por aliarse con ingleses.

—No me gustaría que aparecieses muerta —dijo él.

Paula negó con la cabeza.

—Sabes mucho. —Se puso en pie—. Pero no lo suficiente.

Retiró la silla.

—Paula. —Volvió a cogerla del antebrazo.

—Estoy cansada del viaje. —Tenía que retirarse. No podía estar allí ni un minuto más.

Y necesitaba hablar con Inés con urgencia. No pensaba dormir en su dormitorio bajo ningún concepto. No era un lugar en el que se sintiese segura.

—¿Te veré mañana? —Eduard pareció conformarse. Se estiró en su sillón, casi vio estirar los pies con un ademán que lo llevaba a ponerlos sobre la mesa. Seguramente lo habría hecho de tener espacio entre la silla y la mesa.

—Estoy en tu castillo, lo conoces mejor que yo. Si quieres verme, no podré impedirlo —le dijo soltándose de su mano.

Se apartó de la mesa principal bajo la mirada de Lionel.

Madre mía.

Le temblaban las piernas tanto que casi no podía andar. La tensión sumada al miedo que le estaban dando los cuchicheos en aquel salón. El propio Eduard le había confirmado que ahora su muerte era algo posible, todo por intereses, por poder, por avaricia.

Allí solo se movían los intereses de unos pocos a costa del sufrimiento de otros, siempre se repetía el mismo patrón. Ya comenzaba a hartarse del medievo.

Estaba tan enfadada que de haber tenido medios, hubiese prendido fuego al coloso entero de piedra.

Le habían dicho que no se quedase sola, pero no podía estar allí ni un minuto más, necesitaba salir.

Bajó el único escalón que había e n la puerta del salón y se dejó caer en la pared para levantar la barbilla y coger aire.

Ya no valían las bromas ni las risas. Había entrado en el juego absoluto. Ya no era alguien secundario tras sus amigas, un mero bufón de aventuras. Comenzaba su aventura, la suya. Siempre supo que llegaría su hora y que su aventura iba a ser la que más bordeaba los límites.

Volvió a coger aire.

Pero bordeando los límites podría conseguir salvar el sur de Escocia. Y a sus amigas, y a Alastor y a los Úlster. Ya se lo había dicho Eduard Bellerose, los hombres tenían espadas y ejércitos. Las mujeres tenían a los hombres. Y a sus espadas y a sus ejércitos.

Cerró los ojos mientras volvía a respirar. El cuerpo entero se le había aflojado de miedo. Tanto leyó de aquel tipo de mujeres en la historia, tan lejanas en el espacio y en el tiempo, que nunca consideró la posibilidad de sumarse a ser una de ellas.

Y menos aun sabiendo que el final de todas ellas nunca fue bueno.

No quería, no iba con ella, le daba terror.

Necesitaba salir de allí, caer en otro agujero, regresar a casa.

Los ojos se inundaron por completo.

44

Alba

—¿Dónde demonios está Paula? —preguntaba abriendo otra puerta del pasillo de los dormitorios, completamente vacía. Como vacío estaba el dormitorio donde supuestamente se había retirado su amiga.

Alastor la seguía.

—He enviado una partida de mis soldados a buscarla. —Lo oyó decir a su espalda—. Tranquila, vamos a encontrarla. —Alastor la detuvo y la empujó con suavidad dejando su espalda en la pared—. Se habrá escondido huyendo de quien quiera eliminarla.

—No sabemos lo que le ha dicho Bellerose.

—Paula no es de las que se asustan —replicó Alastor.

—Sí, sí lo es. —Ellos no la conocían, solo conocían su parte cómica y fresca. Paula era mucho más compleja.

—No dormirá nadie hasta que la encontremos. No ha salido de estos muros.

Ni siquiera estaba segura de que Paula no hubiese huido por completo camino a Escocia. Pero no, estaba allí Rocío, nunca abandonaría a su hermana. Ni a Inés, ni a ella misma. Paula estaba en el castillo. Y si nadie sabía dónde se encontraba, podría ser peligroso.

Miró a Alastor aterrada. Todo aquello había sido por su culpa. Por su culpa.

Dejó caer la frente en el hombro del *laird*. Rompió a llorar.

45

Paula

Sabía que había circunstancias en las que su cuerpo la abandonaba por completo. Y hasta su cabeza. Todo daba igual, como cuando estuvo encerrada en las jaulas de los Black y comenzó a insultarlos a todos.

Así estaba en aquel momento, segura de que la mayoría de los que las rodeaban querían su cabeza. Los McKenna, los Black en los alrededores, aquellos miserables ingleses que no conocía aún llamados Northcliff, y parte de los Bellerose…

Y todos estaban dispuestos a aliarse, aunque sus intereses fueran variados, para conseguir lo que querían.

Sin embargo, lo que querían estaba muy debatido, incluso incompatible. Según lo que le habían dicho sus amigas, McKenna quería controlar el clan de Alastor y los Bellerose, dos hijas para hacer alianzas. Los Bellerose también querrían aliarse con Alastor por medio de un matrimonio, en ambos casos estaba el impedimento de Alba, la eliminarían en cuanto pudiesen, ¿pero quién? ¿McKenna o Lionel Bellerose?

Los Black solo buscaban un lugar en el mundo y vengarse de la traición de Rob, era más fácil controlarlos a no ser que hubiesen llegado a un acuerdo con los Bellerose a cambio de sus cabezas. Pero ¿qué podrían darle a los Bellerose que les interesase a cambio de Rob y de Inés?

La cabeza le iba a estallar y estaba muerta de frío en aquel hueco de las escaleras que llevaba a un pequeño torreón vacío.

Se puso en pie y bajó escalón tras escalón. Todavía no habían acabado con ella y ya se sentía muerta y triste. Una tristeza extraña que no presagiaba nada bueno.

Se sorbió los mocos, había llorado más de lo que recordaba haber llorado en toda su vida. Y ahora que estaba allí Rocío, todo tenía más peso.

La tristeza la hundía en el suelo sin parar, como si la fuesen clavando con un martillo golpeándole la cabeza.

Saltó los últimos tres escalones en el primer piso y dio unos pasos hacia el pasillo donde habían ubicado a los soldados en el otro ala del castillo donde estaba su dormitorio.

En cuanto vio los mantos rojos su cuerpo pareció estremecerse y el estómago darle un vuelco. Busco enseguida el pelo de Ewan, hasta en medio de los rubros platinos el suyo en concreto era fácilmente reconocible.

Pero antes de que ella lo hubiese visto, él pareció haberla visto a ella. Tres zancadas grandes fueron suficientes para hacer temblar el suelo y llegar hasta ella.

—¿Dónde demonios estabas? —Alzó tanto la voz que hasta vio a sus soldados apartarse y retirarse. Ewan la cogió de la manga del vestido, gesto que ella observó enseguida, ¿ni siquiera quería tocarla?—. ¡Vamos!

La pena le tiró tanto de las cuerdas vocales que tuvo que tragar saliva, fue como una lengua de lava garganta abajo que le hizo arder el pecho.

—¡Suéltame! —le respondió ella quitándole la mano.

Y Ewan se giró para mirarla.

—Tienes a los Hunter buscándote por todo el castillo.

Cayó en la cuenta de que sus amigas la estarían buscando preocupadas. Ni siquiera sabía el tiempo que llevaba allí en el hueco de la escalera.

—Pero a ti ya parece darte igual todo —añadió Ewan. La rabia era evidente en su voz.

Y en parte era cierto, ya todo le daba igual. Nada iba a tener un resultado que le agradase. Ni el conflicto inglés, ni la traición de clanes, ni el enfado de Ewan.

Nada.

Tendría que retroceder en el tiempo y caer de nuevo en Lothian.

Pero ni con Ishtar ni con Heracles eso sería posible.

Los ojos le pesaron sobremanera.

—Y a ti también —respondió ella.

Había podido apartarse de todos y esconderse porque ya no la vigilaba nadie, Ewan no solía quitarle el ojo de encima y con él, los Úlster.

Ya no pertenecía a nada. Su lugar en el mundo estaba más perdido que nunca.

Ewan volvió a agarrarla, esa vez lo hizo mejor, por el lateral del cuerpo y la zarandeó pegándola a la pared.

—Si andas con ingleses es a lo que te expones, no pienso perder mi tiempo vigilándote.

Ella dejó caer los párpados.

—¿Estás jodido porque es un inglés? —Se inclinó hacia delante para acercar su cara a la de Ewan—. ¿O porque es otro hombre?

Ewan empujó su pecho para apartarlo de él y volverla a pegar a la pared.

—¿Qué clase de hombre es ese?

Sentía que sus pulsaciones comenzaban a acelerarse, el fuego en el pecho explotaba y le soltaría a Ewan cualquier burrada. Lo que se

le pasase por la cabeza sin valorar consecuencias.

—¿Qué clase de hombre eres tú? —Tuvo que levantar la barbilla para coger aire por la boca. Se asfixiaba de la propia ira. Volvía a pagar sus frustraciones con Ewan, esa vez iban más allá de tan solo no ser una loba para Ewan.

El lobo se inclinó sobre ella, tanto que el cuerpo de Paula se estiró pensando que podría rozarle los labios.

—Uno de verdad como no conocerás a ninguno —le soltó él tan cerca de su boca que puedo sentir el calor que desprendía al hablar.

Paula dejó caer los párpados sin dejar de mirarlo.

—Tú no eres un hombre. —Su pecho explotaba sin remedio—. Eres un lobo. —Soltar todo el fuego de dentro, solo necesitaba eso. Doliese, ofendiese o acabase con ella y con Ewan—. Y no me sirve.

Lo vio apretar los labios mientras sentía cómo los ojos se le comenzaban a llenar de lágrimas. Nunca había imaginado decirle aquellas palabras a Ewan. Tampoco imaginaba una confesión romántica, pero nunca con aquel desprecio.

Seguía respirando por la boca acelerada, intentando contener las bocanadas de palabras de fuego que seguirían saliendo por ella.

—Tú no eres una loba. Así que tampoco me sirve —replicó él.

Intentaba contener por todos los medios que sus ojos se llenasen más. Le faltaba el aire cada vez más.

—Entonces apártate y deja que sí le sirva a otro —respondió. Sentía el pecho hincharse para que entrase el aire, hasta el vestido le impedía respirar.

Empujó a Ewan para abrirse paso, pero no logró moverlo un ápice, se tensó mientras alzaba la mirada hacia él. El pecho del lobo no estaba muy diferente al suyo, hinchándose sobremanera para

respirar y estaba segura de que también era para contener aquellas explosiones internas que lo hacían soltar fuego por la boca.

Su cuerpo pareció quebrarse de cintura para arriba del tirón que dio Ewan de ella para pegarla a él. Se vio con una mejilla envuelta en una enorme mano que le impedía moverse. Sintió el peso del lobo sobre ella y la presión en los labios fue inmediata.

El pecho se le aceleró para estallar como nunca, así que abrió los labios para dejarlos salir dirección a la boca de Ewan.

Lo sintió apretarla contra él de nuevo y una leve presión hacia arriba que la alzaba del suelo, gesto que ella aprovechó para sujetarse a sus hombros y dejarse subir. Lo sintió rebuscar entre la tela el hueco exacto para meter la mano bajo la falda del vestido. Apretó los muslos en cuanto lo sintió entre sus piernas. Las punzadas eran tan fuertes que la única forma de calmar el dolor era apretándose contra la mano de Ewan mientras clavaba sus dientes y los hundía en su cuello.

Oyó una especie de rugido y una espiración con fuerza. Ewan se dio media vuelta cargando con ella y empujó una de las puertas del pasillo, la madera crujió, ni siquiera estaría abierta.

La dejó en el suelo y Paula se dejó caer contra la pared mientras él le levantaba el vestido y se perdía bajo él. Volvió a apretar los muslos al sentir la humedad de sus labios.

Meterse en la boca del lobo comenzaba a tener un sentido maravilloso.

46

Alba

Alba tenía la mano en la frente. Rocío estaba sentada en un sillón del dormitorio de Inés sujetándose la cabeza, como si ya no pudiese más con el peso de sus golpes.

—¿No decían que la habían encontrado? ¿Dónde cojones está? —decía Inés desesperada.

Y la puerta se abrió despacio emitiendo un chirrido. Allí estaba Paula, algo despeinada, pero sin mal aspecto.

No llevaba la capa puesta, sino envuelta de una manera extraña.

—Joder, Paula, qué susto —se dirigió a ella enseguida.

Paula espiró con fuerza.

—¿Dónde estabas?

—En las escaleras de una de las torres sin campana —respondió dejando caer la capa al suelo.

Y Alba frunció el ceño descubriendo por qué llevaba la capa envuelta de aquella manera. El vestido estaba completamente desatado, como si se lo hubiese puesto deprisa y corriendo y sin ayuda.

—¿Haciendo qué? —Le salió del alma la pregunta.

—Meditando.

Alba asintió con la cabeza.

—¿Desnuda? —Esa vez fue Inés. Rocío se puso en pie a pesar del cansancio y el sueño.

—No, vestida —respondió Paula y bajó la mirada hacia su vestido —. Esto ha sido después, cuando he encontrado a Ewan.

Rocío se llevó la mano a la boca y emitió un grito. Hasta ella lo estaba viendo venir.

Alba negó con la cabeza mirando a Paula.

—Tú no estás en condiciones de recriminarme nada, que has desfogado hace dos días. —Pasó por delante de ella hacia la mesa donde estaban las jarras del agua—. Pero entre la tensión, los meses aquí a dos vela y los picores…

—¿Puedo recriminarte yo entonces? —preguntó Inés.

—Tú tampoco, que no follas porque no quieres. Corre, ve y dale dos vueltas al poco hecho.

Inés movió la mano en el aire para que la dejase en paz.

—Y ahora si se enteran los Bellerose, que se enterarán porque es su casa y las paredes tienen ojos —dijo Inés—. ¿Qué?

Paula bebía agua con ansia, puso el vaso en la mesa y volvió a llenarlo. Lo que fuera habría sido intenso, conociéndolos a ambos. Y tan intenso.

—No cambia nada —dijo ella, llenaba el vaso a rebosar—. Eduard ya sabe que follo con quien me da la gana y no le disgusta.

Volvió a beber agua de manera ansiosa, estaba sudando, podía verlo en los vellos de la nuca. Y apenas había recobrado la respiración.

—Qué disparate. —La oyó decir en cuanto apartó los labios del vaso.

—¿Lo de Ewan o lo de Eduard?

—Lo de los dos. —Paula bajó la barbilla, cerró los ojos y se encorvó para apoyarse en la mesa—. Quiero volver a casa.

Le apenó escucharla. Su amiga, que estaba más libre de todo, se estaba metiendo en un lío que iba a superar todo lo que habían vivido desde que llegaron allí.

Paula cogió aire y lo soltó con fuerza. Inés enseguida se acercó a ella y le pasó la mano tras la espalda.

Alba apretó los labios y dio unos pasos hacia ella. Lo de Ewan había sido un error o no, con unas consecuencias terribles para Paula, de las que dolían por dentro, que seguramente aun no habría digerido. Y mejor que no lo hiciese. Le dolerían a morir.

La vio rodear el cuello de Inés y dejar caer la frente en su hombro.

—Quiero irme a casa. —Ya lloraba.

Apretó los labios y pegó la lengua al paladar viendo a su amiga mientras la imagen de ambas abrazadas se emborronaba con las lágrimas.

—¿Cómo puedo ir a casa? —La voz de Paula se rompía y su propio pecho parecía romperse con ella—. Necesito volver.

Alba se llevó la mano a la boca, las lágrimas le caían a ambos lados de la cara. Paula la estaba rompiendo por completo.

47

Alba

Había dejado a Paula en la habitación de Inés junto a Rocío, con guardia en la puerta. Era evidente que no debía regresar a su dormitorio, aunque allí ya en ninguna parte estaban seguras.

Abrió la puerta de su dormitorio y vio que Alastor estaba sentado en el borde la cama. Se levantó rápidamente.

Ya no llevaba manto, ni cinto, ni todas las cosas que solía llevar encima. Solo una camisa a medio sacar del pantalón y con las cintas desabrochadas.

Perfecto donde los hubiese, su belleza resaltaba aún más en mitad de aquel infierno, como si la puerta del dormitorio hubiese sido un portal hacia otro lugar lejos de allí, con paz, silencio y tranquilidad.

—¿Está bien? —preguntó él, supuso que refiriéndose a Paula. No pensaba decirle una palabra sobre lo de Ewan. Ya bastante peso tenía encima como para preocuparse por una posible ofensa a los Bellerose en su propia casa cuando ya Eduard Bellerose había mostrado interés en la joven.

A veces Paula era como para colgarla de un puente, pero en ese caso no podía culparla. Se trataba de Ewan. No podía culparla lo más mínimo.

—¿Y ahora qué? —dijo él.

Alba bajó la cabeza.

—Paula intentará averiguar qué es lo que le han ofrecido los McKenna a los Bellerose —respondió y Alastor negó con la cabeza.

—Mañana saldré junto a Lionel Bellerose hasta donde tienen al rey David —dijo él y ella alzó la mirada enseguida. Tener a Alastor lejos no era algo que le agradase allí, aunque fuese solo unas horas —. Dejaré parte de mi guardia y a los Úlster contigo.

—¿Y los McKenna? —preguntó ella y Alastor desvió la mirada.

—Vienen conmigo.

Alba contuvo el aliento.

Un bosque con McKenna, un clan que estaba intentando traicionarlos, y con los Black traidores desterrados aliados con todos ellos.

—Entonces llévate a todos tus soldados —le dijo ella y él negó con la cabeza—. La mitad de tus soldados no podrían hacer nada por mí si quieren matarme, pero sí podrían salvarte a ti.

Alastor dejó caer los párpados sin dejar de mirarla.

—No quieren matarme a mí, Alba. —Ella se sobresaltó al oírlo—. Lionel Bellerose está interesado en el clan Hunter más que en ningún otro. Las líneas comerciales de mis tierras son imprescindibles para estos pueblos.

—¿A cambio de…?

Alastor no respondió.

Christine Bellerose.

Algo que ya imaginaba. Así que ella sobraba en la ecuación, la matarían antes los Bellerose que los McKenna.

—Te dije que era una mala idea. —Tuvo que decirle a Alastor.

—¿Y cuál era la buena idea? ¿Casarme con una inglesa? En ningún momento consideré casarme con una inglesa.

Alba desvió la mirada.

—Pues quizás habría sido lo correcto, tu gente al final lo hubiese aceptado si les dabas razones suficientes —replicó ella.

—Pero yo no lo hubiese aceptado nunca.

—¿Mejor una McKenna? Son unos traidores. —Volvió a mirarlo.

Alastor la miró un instante en silencio.

—Tampoco consideré nunca una escocesa —respondió él dando pasos hacia ella y ella se sobresaltó al oírlo. Volvía a tenerlo delante y tan cerca como en el salón de la cena—. Era una mala idea casarme contigo si con eso se intentaba evitar una batalla. Porque puedo asegurarte que ni un McKenna ni un McDougal serían capaces de iniciar la guerra que iniciaría yo con los Bellerose si te hacen algo.

Alba sintió que todo su cuerpo se paralizaba y se erizaba por completo, como si hubiese vuelto a abrir un agujero hacia Alastor. Él se inclinó para cogerle la barbilla.

—La razón por la que quiero que Paula se aleje de los Bellerose es porque no voy a aceptar de ninguna manera que ella sacrifique lo que no fui capaz de hacer yo.

Alba seguía con el cuerpo inmóvil mientras que sus pulsaciones se aceleraban.

—Desde hace mucho tiempo solo consideré una esposa para el *laird* de los Hunter, aunque ni siquiera supiese ubicar su procedencia en un mapa —añadió—. Tú, Alba, eres la mujer que he querido siempre. Pero quería casarme contigo sin exponerte, sin que te sintieses obligada a aceptarme y sin ponerte en peligro.

Por un momento su cuerpo se hizo tan ligero que pensó que realmente había caído a través del suelo, pero no sobrevino el mareo ni el movimiento torpe. Seguía con los pies en el suelo y frente a Alastor, sintiendo cómo su cuerpo tiraba hacia él.

Los ojos le brillaron al ser consciente de que aquel vínculo con Alastor no fue solo por la magia de los Úlster, tuvo que contener la

respiración para que no fuese a más. No quería que la imagen de él, hermosa, dulce y perfecta se emborronase lo más mínimo.

—Habría aceptado de todas las maneras —respondió en cuanto pudo controlar la tirantez de la garganta mientras alzaba la mano hacia la cara de Alastor, rozó su piel, a aquellas horas de la noche la perfecta piel rasurada que había tenido desde que llegaron, comenzaba a raspar levemente—. Con las consecuencias que fuesen —añadió. Nunca importaron las consecuencias, ahora que sabía lo que sentía Alastor las consecuencias importaron todavía menos.

Dejó la frente caer en la barbilla de Alastor, sintió la presión de los labios del *laird* en su piel, en un leve beso con una calidez que traspasó la piel y bajó hasta sus propios labios. Alba no tardó en levantarlos y abrirlos para envolver los de Alastor.

Le encantaba la forma gruesa y carnosa de los labios de Alastor cuando los tenía entre los suyos. Se alzó de puntillas para alcanzarlos mejor y dejó caer su peso en él.

Lo único que lamentaba del peligro que acechaba como consecuencia de haberse casado con él era que aquello iba a ser demasiado corto.

Apenas pudo despegar los labios de Alastor unos segundos antes de volver a besarlo. Sintió el peso de él a medida que se inclinaba hacia ella y la rodeaba por completo.

Levantó la barbilla para dejarle hueco en el cuello, donde aterrizó el tacto placentero de los labios de Alastor, dirección a la clavícula.

Otra noche igual que la otra noche.

Se le erizó todo el vello al imaginarlo.

48

Paula

Nunca pensó que podría estar más de media noche dando vueltas sin pegar un ojo después de un largo camino. Pero con todo lo que estaba pasando, primero Rocío, el miedo atroz y la situación que tenía en el castillo, pensaba que no podría dormir tranquila en la vida.

En lo que le quedase de vida. No tenía más esperanza que la noche en la jaula de los Black, solo que ahora la jaula era más grande.

Alastor había partido a primera hora, los había visto salir del castillo junto a Lionel Bellerose y su séquito, y los McKenna. Quedaban atrás Christine, Eduard y generales de sus soldados, más numerosos que los Hunter y los Úlster que quedaban. Pensaba que Ewan iría con Alastor, pero solo vio a Rob acompañándolo.

Apretó los dientes, detestaba lo que le había tocado como parte de la lucha. A ratos prefería las espadas.

Se había ido alejando de Inés y Alba en el jardín. Si quería hablar con Eduard Bellerose a solas tenía que estar sola ella misma.

El jardín se había acabado, seguía deambulando hasta la parte trasera del castillo, miró tras de sí por si la seguía alguien, aun había soldados Hunter tras ella. Después del llanto de aquella noche, el miedo ya comenzaba a dejar de tener importancia. Quizás porque ya su vida estaba tomando un sentido diferente, no le gustaba ninguna de las opciones que tenía por delante, así que si no fuera por Rocío, seguramente se hubiese arriesgado a todo lo que hiciese falta hasta acabar colgada de un puente. Le daba exactamente igual.

Prefería no pensar en Ewan, era una suerte un castillo tan inmenso donde no poder encontrarlo tan fácilmente. Tenerlo delante

solo empeoraría su ya inestable cabeza.

Por primera vez en muchísimo tiempo las circunstancias la habían vencido y no le había dejado margen ni para soltar burradas.

Seguía alejándose hacia la siguiente construcción, allí estaban las caballerizas y donde estaban los animales que alimentaban a los habitantes del castillo.

La pestilencia era considerable y desagradable, rodeó y llegó hasta donde estaban los caballos. Ver allí a algunos Úlster hizo que el estómago le diese un vuelco hasta que comprobó que ninguno de ellos era él.

Se inclinó para traspasar la baranda de madera que delimitaba la zona de los caballos. Allí pastaban un par de ellos ensillados. Rara vez veía caballos sin sillas ni riendas, estaba claro que nadie permanecía con la tranquilidad suficiente como para no querer salir corriendo.

Como estaba ella.

Ni siquiera viendo a Rocío y su suerte había sido capaz de no soñar con montar un caballo y echar a correr de allí. Sabiendo que los Black la cogerían antes de llegar a la frontera.

Resopló mientras tiraba de las riendas y las pasaba por la cabeza de uno de ellos, un caballo marrón claro. No se lo pensó y subió en él, quizás el aire de un trote le viniese bien.

Azuzó al animal y este salió al trote, rodeó los establos y se encaminó hacia la puerta de los muros del castillo. Allí aceleró algo más la marcha, pero no pudo avanzar mucho más, los soldados Bellerose le cerraron el paso al final del puente.

Esto lo estaba yo viendo venir.

Enjauladas con ingleses, si querían matarlas las matarían por muchos soldados que hubiese dejado Alastor.

Le dio media vuelta al caballo para regresar y lo detuvo en cuanto vio la silueta de Eduard Bellerose en la puerta de los muros.

Hubiese preferido que le permitiesen un margen de respiro para recuperarse de sus malos pensamientos, si es que eso tenía arreglo. En aquel momento no podía evitar la cara de hastío. No avanzó ni se bajó del caballo, quedó allí en el puente, inmóvil y a varios metros de la puerta.

Un soldado trajo un caballo a Eduard.

Solo puedo salir si viene conmigo.

Entornó los ojos mientras su mente divagaba. Parecía demasiado fácil, en la realidad allí todo parecía demasiado fácil.

Un paseo con Eduard, con Alba e Inés, aunque los acompañasen varios soldados, contando con los petardos, el fuego y parte de las cosas del otro mundo que les quedaban… podrían escapar.

Abrió los labios para coger aire por la boca mientras le brillaban los ojos con la idea. Una pequeña esperanza, aunque fuese poca.

Eduard llegaba hasta ella montado en su caballo.

—Las damas no deberían pasear solas por estas tierras. Ni por ninguna otra.

Los soldados se abrieron para dejarles paso en cuanto Eduard puso una herradura de su caballo sobre el puente.

—Vengo de un lugar donde las damas hacen los que les viene en gana —respondió ella y sus palabras sobresaltaron a Bellerose.

—Pues me encantaría conocer ese lugar —Eduard sonrió.

A este le va la marcha que te cagas.

—Es complicado de llegar —se apresuró a decir, poniendo el caballo en marcha tras Eduard.

—Si vinisteis cuatro mujeres y hace poco ha llegado una quinta, aunque sea complicado de llegar, no es imposible.

Demasiada información tenía Eduard de ellas, estaba claro que los Black los estaban informando de todo.

—¿El viento trae susurros desde Escocia? —preguntó ella y a Eduard pareció hacerle gracia la pregunta.

—El viento trae cosas que ni imaginas.

Paula ladeó la cabeza, Eduard había aminorado la marcha para facilitarle colocarse a su lado.

—Como un puñado de cuervos traidores —replicó ella y él alzó las cejas.

—Hablas como si no tuvieras miedo a represalias —dijo él inclinando la cabeza hacia ella.

—Porque no lo tengo. —Paula echó una mirada hacia el castillo, desde allí no se podían ver aquellos pasillos en los muros del coloso —. Los Black quieren matar a mi amiga y a Rob Black. Stanford Black golpeó a mi hermana y casi la mata. —Miró a Eduard de reojo, por la noche dijo que se había caído de un caballo, pero él no parecía sorprenderse. Claro que sabía lo que había pasado, sus soldados estuvieron con los Black—. Yo solo quiero verlos colgando de un puente.

Eduard frunció levemente el ceño mientras contenía la sonrisa.

—Si tan segura estás ¿entonces qué haces junto a los amigos de tu enemigo?

Al oírlo fue consciente que de no existir Ewan Úlster, Eduard Bellerose hubiese sido todo un reto, oscuro y siniestro. Pero existiendo Ewan, aquel Bellerose vampírico solo podía ser un medio, un medio para poder escapar de la trampa fuera cual fuera.

—A veces ni siquiera estoy segura aquí de quienes son los amigos, ¿qué eres tú, Eduard Bellerose? —preguntó con la frescura de siempre, había vuelto a mentirle. Quizás por aquel instinto de supervivencia, que podía vencer al miedo y a todo lo demás. La pequeña esperanza de poder escapar y poner a salvo a sus amigas. Aunque luego tuviese que toparse con los Black.

—Aún no lo tengo claro —respondió él—. Y quizás tus amigos tampoco.

Eduard había dado con la calve de todo. Nadie era enemigo o amigo hasta que comenzaban los intereses. Allí la gente cambiaba de parecer continuamente.

—Si fueras yo, ¿desconfiarías de los McKenna? —preguntó y Eduard comenzó a reír.

—¿Te han dado motivos? —respondió él sin dejar de reír.

—Sí.

—Entonces desconfía.

Paula entornó los ojos.

—¿Desconfiarías de tu padre?

—Sí. —Fue rotundo.

—¿Y de ti? —Fue tan rápida que él alzó las cejas.

—No pienso responder a eso —volvió a reír—. Si tú fueras yo, ¿desconfiarías de ti?

—Sí.

Eduard detuvo el caballo en seco.

—¿Y por qué los Hunter y los Úlster parecen confiar en ti plenamente?

—Porque ellos llevan una ventaja que no tenéis los Bellerose.

Ni la tendréis nunca.

Un vínculo más allá de lo físico que fue capaz de abrir agujeros en el tiempo y el espacio. Estaban todos enlazados de alguna manera. Ella misma fue capaz de arrastrar a Ewan junto a sus soldados Úlster hasta donde estaba.

Tragó saliva al notar la tirantez, hubiese dado lo que fuera porque aquello despertase de nuevo.

—¿Qué ventaja es? —preguntó él.

Paula no dijo una palabra más, azuzó su caballo para adelantarse a él.

—¿Te lo digo yo? —Eduard le igualó el ritmo—. ¿Tiene que ver algo con que anoche desaparecieras y aparecieras a las horas junto a un Úlster?

Esa es la versión simple.

—Y tampoco te sonrojas —añadió Eduard.

Para una vez que me tiro al lobo, que llevo a dos velas desde que estoy aquí, se va a enterar hasta el apuntador.

—Lo imaginé desde que os vi en el salón —continuó él.

Se cree que estamos hartos de follarnos. Eso quisiera yo.

—Es curioso que de entre todos los hombres que habrás encontrado en las Highlands, sea precisamente un Úlster. Eso me sigue revelando cosas de ti.

—¿Como qué? —Eduard consiguió despertarle la curiosidad. ¿Qué podría revelar que se tirase a un Úlster?

¿Que soy un putón? Capaz de decirme putón en toda mi cara. Que me da lo mismo, por cierto.

—Como que no estás interesada en un matrimonio, ni siquiera uno que te convenga.

Paula alzó las cejas al oírlo. Ya era la segunda vez que Eduard estaba seguro de que un lobo no salía del clan bajo ningún concepto. Hasta un inglés lo sabía y eso hacía que el pecho le explotase, más incluso después de lo de por la noche.

—No lo estoy. —Y era cierto. O Ewan o ninguno.

—¿Prefieres un convento? No eres ninguna niña.

Ya me está tocando las narices.

—Prefiero que me maten antes que casarme o un convento —replicó haciendo que el fuego que le producía la frustración explotase. El tono hizo que el inglés se sobresaltase.

—No tengo dudas de que alguien lo hará —respondió él con cierta ironía—. No tienes una lengua que ayude a la supervivencia en absoluto.

—En eso están de acuerdo todos los que me conocen.

Llegaron a un claro. Un lugar que debían evitar a toda costa si escapaban, estaba repleto de soldados de los Bellerose.

Eduard avanzó hacia ellos, enseguida los primeros se formaron al verlo. Paula los siguió en silencio. Y se detuvo en uno de ellos.

—Trae a Stanford Black. —Lo oyó decir y Paula se sobresaltó sobremanera.

Madreeeee, la voy a liar por hacerme la chula.

Se había pasado de vueltas, como le había dicho Alba. La furia la había descontrolado por completo.

Eduard la miró con una suficiencia que helaba la sangre, un auténtico vampiro al avistar el cuello y la vena palpitante de su presa.

—Confiar en mí tiene también alguna ventaja. No sé si podría igualar a los Hunter o a los Úlster —le dijo cruzando el caballo con el

de ella para ponerse más cerca.

Paula alzó la mirada hacia los soldados, tenía que reconocer que el poder, viniese de donde viniese, en aquella época y lugar sonaba tremendamente atractivo. Hasta pudo sentir un leve placer en el pecho.

Pero su cabeza y su alma eran inamovibles. Ni un rey podría hacerla cambiar un ápice. Se debía a su gente y su gente se entendía por los clanes de Escocia, cada vez más.

Vio unos ropajes andrajosos, ya el negro se tornaba gris en una capa agujereada y una malla con poco brillo. Lejos había quedado en el tiempo el lustre de los Black de Escocia.

La blancura de la piel y el pelo rizado y negro que llevaban en la sangre. Una barba que le recordaba al hermano de Rob. Y los ojos oscuros que se clavaban como agujas.

Stanford Black cojeaba de una pierna, ya le explicó Rocío la razón, tuvo que contener la sonrisa.

Stanford se detuvo en seco al verla junto a Eduard Bellerose, de nuevo el poder absoluto resultaba placentero sobre todo teniendo delante al hombre que quería la muerte de Inés y Rob, la derrota de Tanarys, la traición para Alastor y la muerte de Rocío.

Paula dio unos pasos con el caballo hacia Stanford, que se sintiese incorruptible no significaba no poder disfrutar de aquellas ventajas que se le pintaban por delante. Y aprovecharlas siempre.

—¡Eduard! —lo llamó Stanford en cuanto la vio, vio las consecuencias de sentir la traición en sus ojos—. ¿Qué significa esto?

Paula seguía acercando su caballo a Stanford.

—Un regalo para la dama —respondió Eduard y Paula pudo ver el pánico en la cara del cuervo.

—Son una zorras. ¡Son brujas, Eduard, deberíais de quemarlas vivas antes de que hagan arder vuestro castillo! —se apresuró a decir Stanford—. Son capaces de hacer arder campos enteros de la nada, y producir sonidos que hacen rugir montañas y espantan a caballos y animales del bosque.

—¿Brujería? —Oyó decir a Eduard, que también se acercaba con su caballo—. Esto se pone cada vez más interesante. —La miró de reojo.

—Estáis perdidos —añadió Stanford—. Esas zorras taren a soldados de la nada…

Paula detuvo su caballo a unos dos metros del cuervo y alzó el caballo para asustar a Stanford y que se callase. Eduard rompió en carcajadas.

Paula retiró al caballo de él y comenzó a rodearlo.

—¿Qué quieren los McKenna? —Ladeó la cabeza sin dejar de mirarlo.

—Perdieron parte de las tierras en su nueva frontera.

—Y quieren las tierras de Alastor. —Miró de reojo a Eduard, a él no parecía sorprenderle nada de lo que estaba escuchando.

Quiere que descubra que los McKenna son unos traidores, pero ¿por qué?

Bajó la mirada un instante. Eduard no estaba siendo amable con ella solo porque le diese morbo su forma de ser y quisiera follarla.

Sin los McKenna nos reducimos considerablemente.

Y ellos se unirían al resto de desertores, los Black, que estaban al otro bando.

Contuvo la respiración, había estado a punto de caer en la trampa del ego. Su belleza era poderosa, pero no tanto. Allí ni el oro era suficiente.

Partirlos en dos, mantenerlos divididos

Necesitamos aquí a Tanarys.

Pero ¿y si era otra trampa para que el guardián del sur abandonase la frontera? Aparte era imposible avisarlo. Necesitarían un agujero en el espacio y ya no podían abrirlos. Y encima la Leo no estaba.

Nos estamos metiendo en un lío de narices, cada vez peor. Y yo más en medio que ninguna, como siempre.

—¿Están aquí los Lockhart? —No quería ni nombrarlos, miró de reojo a Eduard, tampoco le sorprendía la pregunta.

—No, pero no dudarán en unirse.

Y entonces estamos acabados.

Aquella maldita magia no debería haberse acabado nunca. Ya no tenían ventaja sobre nadie.

Vio una cuerda en el lateral del caballo de un soldado y se acercó a él.

—Eduard, mátala antes de que no puedas —dijo Stanford y Eduard volvió a sonreír—. ¡Eduard!

Paula quitó la cuerda de la silla del caballo y se la dio al soldado.

—¿Quieres llevártelo? —preguntó Eduard con ironía—. Pensaba que querrías quemarlo aquí mismo. —Se apoyó con los antebrazos en la silla del caballo—. Estoy deseando ver cómo haces fuego de la nada.

Lo verás, hijo de puta.

—Acabarán con vosotros —añadió Stanford, pero cuanto más decía sobre ellas, a Eduard más gracia parecía hacerle—. Son cuatro zorras que aparecieron de repente vestidas de harapos y ahora tienen influencia en el sur. Todo a base de brujería.

Eduard la miró a ella manteniendo la misma sonrisa.

—No me corresponde a mí, sino a Rob Black —dijo ella ignorando las palabras de Stanford.

—Mi primo esta hechizado por la otra bruja —gritó Stanford.

—Ata a Stanford, nos acompañará hasta el castillo —le dijo Eduard al soldado.

Habían quedado claras varias cosas. Los Bellerose tenían relación con todos los traidores y no estaban dudando en usarlos para dividir las fuerzas del sur al completo.

Y entonces el sur sería suyo.

49

Alba

Alastor había salido a primera hora camino al castillo Northcliff y ya no había podido dormir. Dividirlos era la primera parte del plan si ella hubiese sido una estratega Bellerose.

Teniendo en cuenta que los McKenna estaban aliados con desertores Black, Alastor iba casi solo. La única esperanza que tenía de que no los atacasen era que querrían al *laird* vivo, sobre todo antes de que comenzasen las negociaciones.

Así que el foco grande estaría en ella, no había que ser muy inteligente para saberlo. Solo tenía la esperanza de que lo que tuviesen preparado para ella fuese tras la llegada de Alastor y poderle dar las claves de la negociación una vez que supiesen lo que pedían por el rey.

Sin embargo, al estar sola tenían la ocasión perfecta.

Iba rodeada por doce soldados Hunter y cuatro Úlster camino a la habitación de Inés, le habían dicho que Paula ya había vuelto.

Cuando abrió la puerta Rocío se sobresaltó, Alba se apresuró a cerrar. Paula estaba tumbada en la cama echándose el vestido hacia arriba con rapidez, hasta los soldados le habrían visto los muslos.

—Paula, por Dios.

—Montar me mata. —Se subió también las enaguas e Inés dio un grito.

Paula se retorció para mirarse entre las piernas.

—¿Qué tengo, tía?

Alba desvió la mirada.

—Como el culo de un mono. —Fue su hermana la que respondió —. Como aquella vez que tomaste antibiótico, ¿te acuerdas?

—Hostias, es verdad. —Paula seguía intentando verse. Inés le acercó un espejo de mano.

Su amiga le ayudó a dirigirlo bien.

—Madreeeeee, si parece un… —Paula hizo una mueca.

—Un culo de mono —dijo Inés.

Alba apretó los labios para hacer una mueca. Paula tenía aquello en carne viva.

—¿Qué era lo de la otra vez? —tuvo que preguntarle.

—Hongos. —Se incorporó de la cama—. A ver cómo carajo me los quito aquí.

—Tantos picores tantos días no era normal —decía Inés.

—Los paños y la silla de montar tantas horas me lo han hecho polvo del todo —Paula resopló—. Voy a meter el papo en agua y os voy contando. Me está ardiendo.

Inés puso en el suelo una palangana.

—Mete el culo ahí, anda, está fresquita.

Paula les hizo un resumen de su paseo con Eduard Bellerose y a medida que iba a avanzando, no tardó en llegar a la misma conclusión que Paula. Inés también estaba de acuerdo. Sin los McKenna estaban perdidos.

Inés negó con la cabeza.

—Lo mismo nos están acorralando para que cedamos a lo que sea, es decir, al revés. Que Alastor traicione a los McKenna —dijo su amiga.

Era otra opción.

—Estos tíos juegan a todas las bandas, tías —decía Paula en cuclillas—. Van a tocar todos los palos y luego a jugar, les importa un peine quien traicione a quien, quieren líneas comerciales y alianzas, ya ardamos la mayoría. Con Alba muerta y los McKenna en contra, podrían casar a Alastor con Christine y meter la nariz en el sur.

Frunció el ceño al escucharla, Paula estaba resultando ser más viva en cosas serias de lo que pensaba.

Llamaron a la puerta.

—Levántate, anda. —No quería abrir hasta que Paula no estuviese en pie y tapada.

Abrió la puerta, eran los Úlster y buscaban a Paula.

—¿Y qué quiere ese ahora? —gritó ella desde dentro al oírlos.

—Qué más da, ve y lo escuchas. —Inés la empujó para que saliese fuera.

Vio a Paular seguir a los soldados sin dejar de protestar.

50

Paula

Llamó a la puerta de Ewan y oyó un rugido dentro. El cabreo que debía de tener tenía que ser de monumento nivel castillo de los Bellerose. La habría visto irse con Eduard, supuso, o se lo dirían los soldados.

—No empieces gritando, que me voy —le dijo nada más entrar.

Ewan estaba con la espalda en la pared, no estaba vestido del todo, al menos no llevaba el manto ni los cintos. Solo los pantalones y la camisa sin abrochar.

Y la fulminó con la mirada.

—¿Qué? —Verle aquella expresión encendió de inmediato la ira en su pecho.

—Que nunca tendría que haberme acercado a ti —le soltó él.

Paula alzó las cejas sin entender bien de dónde venía aquel enfado.

—Traicionar las normas de mi clan tiene consecuencias siempre —añadió Ewan tirando del cordón de sus pantalones para bajárselos.

Joder con el péndulo. Ufff.

Frunció el ceño siguiendo la forma del miembro de Ewan hasta la punta y frunció el ceño. Su glande estaba hinchado y de un tono rojizo. Se inclinó para verlo mejor. El tono rojizo se lo daban a la piel tirante unos diminutos puntos rojos que se repartían por toda la redondez.

Se le han pegado los hongos. Es que no me sale una sin liarla.

—Mis ancestros han dejado claro lo que no quieren que haga. Así que no vuelvas a acercarte a mí —añadió él y lo vio pasarse el dedo índice por el borde del glande.

Pica con sus muelas, sí.

Paula ladeó la cabeza sin dejar de mirarlo.

Hasta así es bonita, qué barbaridad.

Le dio una punzada entre las piernas, así que con rapidez se puso derecha, allí abajo no respondía de lo que pudiese hacer.

—Deja de decir estupideces y llama a un galeno —dijo ella dirigiéndose hacia la puerta.

—Estás maldita, no necesito un galeno —replicó él y ella tuvo que contener la sonrisa—. Necesito mantenerte lejos.

—Pues ya sabes, no te eches encima de mí la próxima vez. —La furia y la ira comenzaban a salir a borbotones—. Yo no te metí a ti en el dormitorio, eh.

Me vas a tocar las narices tú ahora.

Y vio en la cara de Ewan que había vuelto a encenderlo aún más si cabía.

—Por supuesto que la culpa fue mía —dijo él dando un paso hacia ella—. Por entrar en el juego de una mujer que no es de mi sangre y con el peligro que tienes tú.

Ella apretó los labios y los dientes. Cuando alguien nombraba el cruce de sangre de los Úlster la invadía un calor extremo, pero que lo hiciese Ewan multiplicaba por cien aquel calor.

—Ya has visto que no merecen la pena las consecuencias —respondió con todo el fuego que tenía dentro. Tenía que irse de allí o le diría cosas de las que después era capaz de arrepentirse. Cogió el pomo de la puerta—. Tampoco me mereces la pena a mí. —Abrió la puerta.

Pero Ewan se la cerró de golpe y le cogió el brazo.

—¿No te merece la pena? Bien que gritabas anoche —le soltó él y la punzada entre las piernas regresó más fuerte.

—Tú gemiste —replicó ella, recordarlo hizo que las punzadas se sucedieran sin parar.

—Y tú me arañaste. —Ewan se inclinó sobre ella muy cerca de su cara.

—Y tú me mordiste.

Tuvo que abrir los labios para coger y soltar el aire, y Ewan bajó la mirada hacia su boca, había reacciones que no era capaz de ocultar. Y solo recordar lo de anoche delante de él y teniéndolo medio desnudo hacía que el calor de la ira se diese la vuelta por completo tornándose en otra cosa.

Notaba hasta los cachetes ardiendo.

Ewan siguió con la mirada su barbilla hacia el cuello, justo donde acababa y empezaba el hombro, lugar de la mordida de la noche anterior. Apenas era un roce rojizo, no le dolía. Recordaba las marcas de Leonor, los lobos eran tremendamente peligrosos en ciertos momentos.

No le dio tiempo a reaccionar, Ewan la atrajo a él y le hundió los dedos en las nalgas, gesto que la hizo encogerse y dar un leve gemido. Vio en los ojos de Ewan que ni las maldiciones de sus ancestros si las hubiera, eran suficientes.

Volvió a apretarla y ella se encogió con un nuevo gemido.

Mal asunto si las nuevas formas de batalla entre ellos dos acababan así.

Pero aquel juego ya era difícil que lo detuviese nadie.

51

Alba

Inés resopló asomándose de nuevo a través de la ventana. Las damas le habían llevado la comida, pero no habían probado bocado y no pensaban hacerlo hasta que Alastor estuviese de vuelta.

Volvieron a llamar a la puerta, por segunda vez iban a buscar a Paula. Eduard Bellerose la esperaba en uno de los salones de la planta baja. Alba les dijo que no podía aún y cerró la puerta.

—¿Dónde coño está Paula? —preguntó Inés casi al aire y Rocío contuvo la sonrisa. Que estaba con el lobo lo tenían todas claro—. En los momentos que estamos y…

—Es que es imposible hacer nada serio con esta mujer —dijo Alba y esa vez Rocío tuvo que reír.

—Es exactamente como me imaginaba a mi hermana en el medievo —dijo Rocío llevándose la mano a la cara para reír.

Se oía en el pasillo una voz que parecía de ella.

—No, no voy a bajar —lo decía con una frescura que hizo que todas se pegasen a la puerta. Se oyó al sirviente decir algo más—. No tengo hambre.

Y el hombre insistió.

—Oiga, que le he dicho que no. No sea pesado. —Paula abrió la puerta.

—¿Y qué le digo al señor? —preguntó el hombre tras Paula, que volvía con las cintas del vestido sin abrochar.

—Lo que acaba de escuchar, ni más ni menos. —Entró en la habitación.

—Pero… —Ella le cerró la puerta en la cara al hombre

Alba la miró sin pestañear, en un reproche que a Paula le importó poco y la rebasó sin apenas mirarla.

—¡Paula! —tuvo que llamarla para que le prestase atención.

—Ewan tenía un cabreo de narices porque se le ha puesto eso como una seta —respondió su amiga y todas se paralizaron—, con lunares y todo. —Se oyó la risa nasal de Inés—. Y ahora no sé qué paranoia le ha entrado de que es una maldición de su clan por meterla donde no debe.

La risa de Inés pasó a ser carcajadas que se cruzaron con las de Rocío.

—¿Tú eres consciente de lo que estamos haciendo aquí? ¿Y en la situación que estás con los Bellerose? —le preguntó a su amiga, porque lo de Paula parecía de ciencia ficción.

La risa de Rocío y de Inés aumentó de manera considerable.

—Sí, a ratos. —Paula se puso de espaldas a Inés—. Otros se me olvida, no te voy a mentir. Abróchame, tía.

Inés cogió las cintas del vestido mientras se sorbía el agüilla de la nariz, aun no podía dejar de reír.

—Pues a este paso mejor que enseñes a Ewan a abrochar cintas, no puedes ir así por el castillo —dijo Inés y Alba tuvo que contener la sonrisa.

—No se te debería olvidar en ningún momento. —Se acercó a su amiga y esta la miró de reojo—. Eso sin contar con el peligro que tiene un Úlster. Es Ewan y te gusta, pero no quita que sea un lobo —añadió acercándose más a Paula—. La maldición de la seta es una broma al lado de la otra.

Sus palabras reavivaron la risa de Inés y Rocío. Pero Paula bajó la cabeza.

—Él lo sabe y ha tenido cuidado las dos veces.

Alba asentía sin prestarle mucha atención a lo que había dicho. No era la manera. Tampoco sabía explicarle cuál era la manera, allí no la había infalible.

Y de nuevo su amiga a medio vestir por el castillo.

Se llevó la mano a la cara.

—Los Bellerose se van a creer que nos estamos pitorreando de ellos, en serio —dijo. Inés negó con la cabeza conteniendo la risa de nuevo.

—Cuando el sirviente le haya dicho a Eduard que no baja y que venía con el vestido medio quitado… —Inés cogió aire por la nariz de manera sonora para tranquilizarse, pero rompió en carcajadas—. Qué desastre de mujer.

—Es que no me podéis poner bajo tanta presión —decía Paula dirigiéndose hacia las palanganas—. Que luego hago estupideces.

Alba cogió aire por la boca y lo echó de golpe.

—Yo creo que hasta que venga Alastor lo mejor es no salir de aquí ninguna —les dijo a sus amigas. Miró a Paula—. Y menos tú. Vaya ejemplo que le estás dando a tu hermana.

—Buffff —dijo Rocío—. Me los ha dado peores —añadió y Alba la miró sabiendo que el intento de defender a su hermana no servía—. Bueno, parecidos. Sin peligro de muerte o jaula, claro. —La joven hizo una mueca—. Un ejemplo raro, sí.

Alba volvió a espirar el aire con fuerza.

—Hay que buscarle una solución a esto —dijo Alba casi en un murmullo.

—¿Las bragas esas metálicas medievales son un bulo? —preguntó Rocío.

—Da lo mismo, vamos a hacerle una —respondió Inés con ironía.

Alba miró a Paula, que había emblanquecido al oírlas.

—Te las mereces, desde luego —le soltó.

—¿Yo? Pero si menos la *Ine,* soy la que menos ha follado aquí. Para dos polvos cortos que he echado.

—Cortos te lo habrán parecido a ti —replicó Alba—. Porque te pierdes buenos ratos.

Paula alzó el dedo índice.

—Hay que descontar el tiempo de las discusiones —respondió su amiga y Rocío rompió en carcajadas otra vez.

Inés se limpió la nariz e hizo una mueca mirando a Paula.

—¿Discutís solo antes o después también? —preguntó Inés con una ironía curiosa.

Alba le dio la espalda y bajó la cabeza, negando con ella al escucharla.

—Anoche solo antes —respondió Paula tocando el agua de la palangana—. Hoy le he echado en cara que empieza él, que luego no se queje —añadió y su amiga Inés rompió de nuevo riendo, dirigiéndose hacia la ventana en busca de aire.

Si a las discusiones acaloradas entre aquellos dos ahora se sumaba también lo otro, no los iba a poder parar ni un cinturón de castidad.

—A ver las noticias que trae Alastor y nos piramos de aquí —dijo y miró a sus amigas—. Hay que irse y llegar hasta Tanarys.

Cada vez tenía más claro que había que salir de allí. Una ratonera no era un buen lugar nunca y menos cuando nadie parecía ser leal a nada.

—Y yo digo… —Paula se subió el vestido—. Eduard me ha traído a un Black porque le conviene que descubramos a los McKenna a su beneficio. Pero… —Entornó los ojos—. ¿Y si lo usamos al nuestro?

Frunció el ceño mirando a Paula. Regresaba la lucidez a su amiga, que era más brillante de lo que eran capaces de reconocer.

Paula miró a Inés a la par que ella misma.

—Tenemos aquí a Rob Black y a su joven esposa —añadió Paula entornando los ojos—. Y los Black tienen la oportunidad de que Tanarys vuelva a darles la grandeza que tuvieron un tiempo atrás.

—¿Podremos fiarnos de ellos? —replicó Inés enseguida.

—Eran un clan regio, poderoso, elegante —respondió Alba—. No creo que estén felices siendo unos parias. Ni siquiera Rob lo es a pesar de tener los privilegios junto a Tanarys.

—Porque no supera que los Black traicionasen a su propio guardián —dijo Inés.

—Pues ahora tiene la oportunidad de compensarlo —le respondió Paula.

Conociendo a Rob, una misión así lo levantaría por completo, comprometiéndose y controlando a los suyos como necesitaban.

—Pues menos mal que te dio por traerte vivo a Stanford y no pedir que lo matasen allí mismo. —Inés miró un instante a Rocío. Paula había logrado mantener el temple y con ello quizás las posibilidades de salir de allí. Porque cada vez tenía más claro que lo que encontrarían era una trampa.

—Es que… esa parte del medievo no la llevo bien. —Paula hizo una mueca—. Mejor que se maten entre ellos. ¿Esperamos a Rob o hablamos nosotras con Stanford?

Alba negó con la cabeza.

—Esperamos, ha dicho Alastor que deje de ir por libre —respondió y Paula lanzó un grito.

—¿Ya estamos con el patriarcado? Anda y que les den a todos estos. —Paula se bajó la falda del vestido—. Yo no tengo marido, ¿no? Pues yo voy.

Alba quiso sujetar a Paula, pero un escalofrío regio en el cuerpo la hizo paralizarse.

—Tú no vas a ninguna parte sola —se apresuró a decir Inés. Tampoco llegó a alcanzarla ni hacía falta, Paula se había paralizado también.

Las tres se miraron. No era lo de la otra vez, no había fuerza de gravedad, no la tirantez en la piel. Era solo ligereza y frío, y no procedía de ninguna ventana.

—Tías. —Paula se miró el cuerpo—. Ahora sí, hay que ponerse las pilas.

Inés se había hasta sujetado el estómago.

—¿Qué pasa? —Rocío se acercó a ellas.

Quedaban restos de la magia, no había dudas. Ya la magia no podía abrir agujeros, pero había hecho un amago de avisarlas. El peligro acechaba muy de cerca.

—Que hay que salir cagando leches de aquí —dijo Inés agarrando el brazo de Paula.

52

Alastor

Lionel había pedido una cantidad de dinero por el rey que Escocia no podría soportar de ningún modo.

—No puedo condenar al pueblo a vivir en la miseria durante décadas —le respondió. Además un territorio tan empobrecido los dejaría sin defensa ante los ingleses.

—Los favores también valen dinero —dijo Bellerose.

El salón del castillo de Northcliff era pequeño y solo tenía una ventana alta. Una especie de cárcel que lo asfixiaba.

—¿Qué es lo que quieres? —Ni siquiera había sido capaz de sentarse.

—Que no haya frontera para los Bellerose hasta el puerto —dijo el anciano—. Que tu pueblo y el mío dejen de estar divididos.

—Dejar de estar dividido significa hacerlo inglés —replicó él.

Lionel negó con la cabeza.

—Lo uniremos con una alianza irrompible. Tengo una hija y tú tienes una hermana.

Casar a su hermana con Eduard Bellerose era lo último que pensaba hacer.

Apretó la mandíbula tanto que sabía que Lionel se había dado cuenta.

—Y tú te casarás con mi hija —añadió—. Y yo pagaré la mitad del rescate del rey.

Alastor apretó los guantes con la mano derecha.

—No es posible, ya tengo una esposa —respondió con rapidez.

—Dame un sí y cuando lleguemos esta tarde a mi castillo serás libre.

Su cuerpo entero se paralizó, escuchar aquello tan claramente estando lejos de Alba tuvo un efecto aterrador en su cuerpo.

—Sé los motivos por los que te casaste con ella y me pareció de lo más inteligente —añadió Lionel—. Nadie vendrá a reclamar su muerte.

Sintió cómo se le abrían las aletas de la nariz al coger aire.

—Si un Bellerose toca a mi esposa, daré por terminadas las negociaciones y retomaremos la guerra.

Lionel contuvo la sonrisa.

—¿Una guerra en mi propio territorio? ¿Junto a… los McKenna?

Que eran unos traidores no le cogía de sorpresa. Pero era cierto que sus fuerzas habían mermado. El tablero se quedaba sin aliados y eso era malo teniendo en cuenta que no había tiempo de avisar a Tanarys. Pero por suerte había sabido que estaban completamente solos ante los ingleses con el suficiente tiempo como para que Tanarys lo supiera, aun antes de pisar el castillo de los Bellerose.

—Eres mi invitado y quiero ser amable, pero necesito que tú también seas amable conmigo —dijo el anciano—. Y no voy a andar con rodeos. No tienes muchas opciones, Alastor.

Alastor dejó caer los párpados, cada vez tenía más claro que de allí no iban a salir con vida. La trampa había sido mayor de la que esperaba. Lo habían configurado todo para que Tanarys quedase en la frontera junto a los Ballantine, los Douglas, los McDougal y los McLeod haciendo que viesen a desertores y Northcliff. Y tenían la alianza, no sabía de qué tipo, con los McKenna.

Fue consciente de que estaba sentenciado desde mucho antes de entrar en tierra inglesa. Cruzó una mirada con Rob, este desvió la mirada enseguida hacia la pared.

—Tienes a Alba en tu castillo, y a *lady* Black y a sus acompañantes —le dijo—. Libéralas.

—Te falta la otra parte, Alastor Hunter, ¿a cambio de qué? —preguntó Lionel mientras uno de sus soldados se movía produciendo un tintineo extraño con las espadas.

La mitad de los Hunter y los pocos Black estaban solos en la tierra de los Northcliff. Los habían dividido completamente.

—De hecho, pensaba que se quedarían una temporada más en el castillo, el tiempo que necesites para deliberar mi oferta.

Todo su cuerpo se sobresaltó al oír a Bellerose. No pudo controlar el cuerpo, que se movió demasiado rápido hacia Lionel Bellerose. El tintineo de la ropa de Rob fue inmediato, el joven Black sostuvo su muñeca antes de que su mano alcanzase a Lionel.

—Tengo todo el castillo protegido y a tu esposa rodeada, no hagas estupideces, *laird* halcón —dijo el viejo y él lo fulminó con la mirada—. Porque mis soldados serán tan amables con Alba Hunter como tú lo seas conmigo, y te aseguro que no querrás ni enterarte de lo que hacen con ella si intentas atacarme. Así que contrólate tú y procura controlar a tus soldados.

Lionel miró tras de sí y uno de sus soldados se acercó.

—Envía un mensajero al castillo, decid que el *laird* necesita un incentivo para poder pensar.

—¿Qué tipo de incentivo, mi señor?

Vio al anciano sonreír.

—Uno de los ojos de su esposa. —Lo oyó decir. Todo su cuerpo se bloqueó un instante mientras recibía una ráfaga de escalofríos

que le recordaron a aquella sensación mágica tiempo atrás. Quizás no con la misma fuerza, pero tan similar como la noche en la que se casó con Alba. Pensó que los restos de aquella fuerza solo estarían presentes si rozaba la piel de ella, pero su esposa estaba lejos. Y tenía que estar en peligro.

Su cuerpo reaccionó y esa vez Rob no fue capaz de sujetarlo.

Cogió al anciano por la nuca y tiró de ella haciendo chocar su cara contra la mesa. Oyó el crujir de una nariz quebrada.

—¡Rob! —gritó y este cruzó la espada con un soldado Bellerose antes de que pudiese atravesar el manto de los Hunter de Alastor.

Entraron más soldados en el salón y se oyeron tintineos metálicos en el pasillo. Alastor tuvo que sacar la espada con uno de los soldados y en ese momento Lionel Bellerose logró alejarse.

—Ordena que maten a *lady* Hunter y que no sean rápidos —gritó Lionel, luego miró a Alastor—. Y que la lleven hasta el *laird* de los halcones, que aún no conoce lo que significa enfrentarse a los ingleses.

—Quizás seáis vosotros, después de tantos años, los que no conocéis a los escoceses. —No sabía cómo, pero tenía que llegar hasta Alba antes que ellos. Se inclinó hacia delante, acercándose al anciano—. ¿Por qué te crees que los que te ofrecieron las tierras de la frontera salieron huyendo de su guardián?

Por primera vez consiguió que la mirada de suficiencia y soberbia de Bellerose se difuminase por completo.

—No solo he cometido un error yo dividiendo a mis soldados —añadió y la tez de Bellerose emblanqueció.

Solo esperaba que Tanarys llegase hasta Bellerose antes de que los mensajeros llevasen la orden de muerte de Alba o no se lo perdonaría.

53

Alba

Inés se metía bajo el vestido, lo que quedaba de arsenal moderno.

—El problema es que desfasamos mucho la otra vez. —Paula miró a Rocío—. Si nos hubieses visto… Coge una traca y un mechero, hermana.

—Hostias. —Inés rebuscaba en una bolsa—. Aquí hay un espray pimienta más.

—Trae. —Paula se lo quitó de la mano.

Rocío miró la caja de petardos y el mechero.

—Tienen unas espadas de cojones y ¿me voy a defender con esto? —dijo la joven.

Su hermana le abrió la bolsa para que la metiese dentro.

—Son primitivos, no entienden de sonidos. Para ellos todo lo que no conocen es brujería y el fin del mundo. Hazme caso, que las películas son una ventaja —le decía su hermana—. Quema y explota cuanto puedas.

Paula agitaba uno de los botes.

—Lo que yo daría por ir un rato al otro mundo y cargarme con más cosas —dijo metiendo el bote bajo la manga.

—¿Eso es pintura de grafitis? —preguntó Inés haciendo una mueca.

—Sí.

—¿Y para qué te trajiste esa mierda?

—Por si teníamos que marcar un camino o algo —respondió Paula. La respuesta pareció convencer a Inés—. Y no sé tú, pero yo no tengo coño de bajar a las mazmorras y subir sin perderme.

—Ya. —Inés puso la mano en el pomo de la puerta—. Bueno, ¿preparadas?

El resto levantaron el dedo pulgar. Paula miró a Rocío.

—Tú solo intenta ponérselo difícil. En cuanto te escabullas una vez, te vienes arriba aunque parezca mentira, y lo haces aún mejor. Esa sensación ya la conoces.

La joven asintió con la cabeza.

—De momento disimulamos, que no se note que vamos a reunir a los soldados y nos piramos. —Paula se adelantó a Inés y abrió ella la puerta.

Allí estaban los Hunter que las vigilaban. Alba se inclinó hacia uno de ellos y le pidió que reuniese a los Úlster y a los cazadores que Alastor había dejado atrás.

—Menudos cabrones los ingleses. —Oyó decir a Inés.

—Que iban a empezar cuando estuviésemos solas estaba cantado —le respondió Paula.

—Y al caer la noche —dijo Rocío mirando hacia la ventana alta del pasillo.

—Para eso están las linternas. —Paula miró hacia un lado del pasillo y hacia el otro—. Vamos a encontrar soldados a cada paso, ¿sabes? Ine, les decimos que quieres hablar con Stanford, ¿vale?

—Eduard no es idiota, en cuanto lo informen vendrían a por nosotros.

—Al vampiro déjamelo a mí, que hoy llevo mi truco estrella —dijo Paula enseñando su manga mientras avanzaban por el pasillo.

—A ver si no nos prendes fuego a nosotras —le respondió Alba.

—A mí me das miedo con eso —le dijo también Inés.

—¿Qué es? —preguntó Rocío cogiendo la manga de su hermana.

—Un truco de feria. Gas —sonrió.

Rocío frunció el ceño.

—A mí también me das miedo con eso.

—La va a liar, ¿verdad?

—Shhhhh. —Alba oyó algo en la primera escalera y puso la mano para que se detuviesen las tres atrás.

Paula la adelantó.

—Son las marujas esas, la Elizabeth y Christine. Vamos.

La siguieron por la escalera de caracol abajo.

Y allí estaban las damas de Bellerose al completo.

—¿Qué hacéis fuera del dormitorio antes de la hora de la cena? —les preguntó Christine.

—Lo mismo que tú, que nos dé el aire —respondió Paula con rapidez.

—De eso nada —dijo la joven—. Voy a llamar ahora mismo a mis soldados.

—Pufff. —Inés tiró de Paula para que se apartase de ellas.

—La amabilidad de ayer y esta mañana era una treta. Ya se han convertido todos en vampiros. —Paula miró a su hermana—. ¿Ves como las películas sirven de manual?

—Inés —la llamó Alba y la miró de reojo. Era un acierto que su amiga se hubiese vestido al fin con la ropa negra de los Black y con todos sus enseres. Aquellos bordados e incrustaciones de plata

siempre dieron majestuosidad, algo que había sorprendido a las damas inglesas, y que seguramente recordaría al resto de los Black la gloria perdida.

Los soldados no tardaron en llegar al pasillo, no andarían lejos vigilando las salidas del castillo. Alba enseguida se adelantó al resto para ponerse frente a ellos.

—Lady Black quiere hablar con el desterrado Stanford —les dijo.

—Eduard no ha dado permiso para que nadie baje.

Cruzó una mirada fugaz con Paula.

—Eduard puede acompañarnos si quiere —dijo Paula y Alba desvió la mirada.

Va de sobrada y ya la va a liar parda.

Vieron al soldado dudar, pero se retiró hacia el fondo del pasillo mientras el resto permanecía con ellas, incluidas las damas y Christine Bellerose.

—¿Hay de cena algo? —Paula alzó la voz y las mujeres la miraron —. ¿O nos vais a asar a nosotras?

Le dio un codazo a Paula enseguida.

—¿Te quieres callar?

—Qué más da, si no me entienden —replicó su amiga sin dejar de mirar a las mujeres—. Salvo la Elizabeth yo creo que estas no han visto un péndulo en la vida. Ni las viejas. Mira la cara que tienen, parecen los altramuces que sobran en el plato cuando los dejas toda la noche fuera del frigo.

Inés se llevó la mano a la nariz mientras recibía una ristra de carcajadas internas. Pero las carcajadas hacían por salir, así que tuvo que apartarse a un lado y sujetarse a la pared. Rocío se sorbía la nariz intentando no hacer mucho ruido.

La risa desconcertó a las mujeres.

—¿Qué dice la extranjera? —preguntó Elizabeth, que las miraba una por una.

Se oían los pasos firmes con tintineos metálicos.

—Este viene con todo el equipo. —Oyó decir a Inés y alzó la mirada hacia el pasillo.

Y sintió la mirada fría de los ojos de Eduard Bellerose directamente en ella. El escalofrío fue real, como el de antes. El peligro también lo sería.

Iban a matarla y lo querían hacer ya.

Pero había soldados Hunter tras ellas, no creyó que pudieran cogerla tan fácil.

—¿Lady Black quiere hablar con Stanford? —preguntó mirándolas una por una—. ¿Solo ella?

No esperaba menos de aquel tío, eran demasiadas. Y si el interés era tan solo ella, era una oportunidad para darles margen al resto.

—Paula la acompañará. Yo me quedaré aquí —dijo y Paula la miró como si acabase de decir una estupidez soberana. Y quizás lo fuera.

—Solo iremos Inés y yo. —Oyó decir a Paula y no se atrevió ni a mirarla.

Sin soldados, menudas suicidas.

Y encima le dejaban a Rocío.

Aquello desconcertó a Eduard, quizás el desconcierto para él era si bajar con ella o quedarse arriba a vigilarla. Fuera como fuere, había sido una buena idea separarse.

Quizás la mejor de las ideas era separarse aún más.

Miró a su amigas, a ratos echaba de menos tener su móvil y su grupo de WhatsApp para hablarles sin que nadie pudiese escucharlas.

Solo les asintió con la cabeza.

Vio a Eduard seguir con la mirada a Inés y Paula mientras seguían a los soldados. Había decidido quedarse con ella y eso no significaba nada bueno.

Sus amigas desaparecieron.

—Y tú, *lady* Hunter, ven conmigo.

La sonrisa de Christine le reveló el resto de lo que había preparado para ella. Sintió a Rocío pegarse a su cuerpo.

—Hay que darles tiempo a Paula y a Inés —le susurró a la joven.

El suficiente para liberar a Stanford si es que se unía a ellos.

54

Paula

—Que lleves esa ropa es una ofensa para mi familia. —La voz desagradable de Stanford y su parecido con el hermano de Rob hizo que los labios de Paula se torciesen en una mueca. Inés seguía avanzando hacia Stanford.

—Que traicionaseis a Escocia es la verdadera ofensa —respondió su amiga. Por un momento, el destello que producía la diadema de Inés con la luz hizo que su imagen pareciese la de otra persona, la de una auténtica dama noble medieval y no la de su amiga de siempre.

Miró tras de sí, los soldados no habían cerrado la puerta.

Stanford tampoco estaba atado, supuso que no era un preso al uso, sino alguien que dirigía un ejército. De desertores, pero ejército al fin y al cabo.

—Pero tenéis la oportunidad de compensarlo y devolverle la grandeza a los Black —añadió Inés y Stanford profirió una especie de sonrisa irónica mientras desviaba la mirada hacia los soldados Bellerose.

—Estás loca, bruja. No podéis vencerlos.

Inés se inclinó en el suelo donde estaba sentado Stanford.

—Claro que podemos vencerlos —respondió ella en un susurro.

—Ni siquiera podréis sacarme de aquí con vida.

Paula miró de nuevo hacia la puerta.

—Ya has visto lo que vale tu vida o la de ningún Black para los ingleses —le dijo de nuevo Inés—. Si logro sacarte de aquí, ¿te unirías a Rob y a los de tu familia que aun luchan por Tanarys?

—¿A mi primo el traidor a su sangre? —Stanford apretó la mandíbula—. Mató a su propio hermano. Su padre murió de la pena pocos meses después de ver a sus hijos pelear a muerte.

—Traicionasteis al guardián del sur al que le jurasteis lealtad y hundisteis la grandeza de vuestra propia familia y a cambio de nada. Ahora sois unos parias al interés de los ingleses. Rob volvería a matar a su hermano cien veces por llevaros a esto.

Stanford bajó los ojos.

—Juré que te mataría a ti y a Rob —dijo él.

—Y yo que te colgaría de un puente y aquí estás. —Era la voz de Paula—. Así que no te pongas chulo con el interés que te tengo.

—Shhhhh —la calló Inés.

—Tanarys no querrá devolvernos nada.

—Tanarys odia las consecuencias en su pueblo por las malas decisiones de unos pocos. Y los Black sois escoceses. No solo soldados, sino mujeres y niños malviviendo a intereses de los ingleses. Vosotros pertenecéis a Escocia.

—¿Como los Lockhart? —Stanford alzó las cejas al preguntarlo, esperando una respuesta.

—Aunque me duela, ellos también son Escocia.

—¿Qué nos diferencia de ellos, entonces?

Vio a Inés alzar la barbilla y clavar sus ojos en los oscuros de Stanford.

—Rob Black. —Inés se apoyó en el suelo para alzarse y ponerse en pie—. Vuestro *laird*.

Paula frunció el ceño. En teoría Rob sería el *laird* de los Black, el único hijo vivo del antiguo *laird*. Volver a sacar adelante a un clan no era una tarea fácil, además costaría que el resto de clanes confiasen

en ellos. Pero Inés parecía estar dispuesta con todo, o quizás demasiado desesperada por salir viva de allí.

—¿Qué es lo que quieres para los de tu sangre?

Ahí estaba la clave. Un clan no eran solo soldados, eran decenas de familias con los deseos de cualquier familia. Vivir tranquilos.

Y allí entre las colinas de un lado a otro, a expensas de la caridad de los Bellerose y los Northcliff no era lugar para ningún clan.

—¿Por qué me ofreces esto? —preguntó Stanford—. Su pudieseis vencerlos sin nosotros no dudarías en matarme.

Inés se inclinó de nuevo.

—Te ofrezco esto porque te guste o no, ahora pertenezco a tu clan. Y sé que el deseo de Rob es compensar el mal y traer de nuevo a los suyos.

Paula abrió la boca al escucharla. Rob no había descansado ni un solo día, la razón de sus partidas, idas y venidas a los clanes. Intentaba resarcir el mal causado por los Black, por eso rechazó cambiar de apellidos o las tierras que le ofreció Tanarys. Solo buscaba algún día poder llevar a los suyos de vuelta.

Inés nunca lo había dicho y dudaba que Rob, tan cerrado y hermético, se lo hubiese dicho. Pero su amiga tenía una intuición infinita.

Y lo que estaba haciendo no lo hacía tan solo por salvarlas a ellas. Lo hacía por Rob.

—Rob está junto a Alastor en el castillo de Northcliff con Lionel Bellerose, ¿y si lo matasen?

—Entonces tú y yo tendremos que asegurarnos esta noche de que no lo hagan.

Stanford alzó la cabeza para mirar a Inés.

—Pues sácame de aquí.

Paula volvió a mirar atrás, agarró el brazo de Inés.

—Escapa con Stanford y yo los entretendré.

—De eso nada.

Se giró hacia Inés.

—La única posibilidad que hay es dividirlos y escapar. Si salimos de aquí habremos vencido. —A medida que lo decía se acojonaba más, pero estaba segura de que era la solución—. Yo iré a buscar a Alba y a Rocío. Reúne tú a los Black. Alastor y los Hunter no deben estar lejos.

—Los McKenna irían contra ellos —dijo Stanford, eso los retrasará contando con que puedan vencerlos.

Inés miró a Stanford.

—Si no pueden vencerlos intentarán llegar hasta aquí lo antes posible, no se detendrían a luchar.

—Y así sí podremos alcanzarlos —dijo Stanford.

Escucharlo hizo que su pecho se abriese levemente. Los Black de su parte compensaba la perdida de los McKenna.

Paula se inclinó para ver a los soldados en la puerta de la mazmorra.

—¿Dónde está tu espada? —No había contado con la cojera de Stanford, y no había sido consciente hasta que lo vio en pie.

—Junto a la puerta —respondió él.

—Inés. —Miró a su amiga—. La puerta de la cocina.

Inés asintió con la cabeza.

Paula se inclinó y cogió un casco de hierro que había en el suelo.

—Pues empezamos. —Encendió un pequeño petardo y lo metió bajo un casco.

—Maldita bruja, me da escalofríos —oyó murmurar a Stanford.

Se giró para mirarlo.

—Todavía te voy a dejar aquí y que te cuelguen de un... —le dijo ella, pero Inés la empujó para que siguiese.

Puso el casco cerca de la puerta y encendió un petardo para meterlo dentro. Se apresuró a sacar el tubo de la manga y apretar el botón mientras volvía a encender el mechero.

La explosión en el interior del hierro sonó a auténtica bomba que supo combinar con el fuego un bote dirigido justo a la puerta en una hermosa nube que hizo que los soldados huyesen gritando. Paula levantó el dedo que activaba el gas y volvió a coger el casco del suelo.

Este se viene conmigo.

—Corred —les dijo a Inés y a Stanford, aunque no sabía cómo él iba a poder correr.

Se apresuró tras ellos, pensaba seguirlos y dispersar a los que se acercasen hasta que llegasen a las cocinas. Stanford había recuperado su espada, Inés llevaba el lanza clavos, aunque nunca solía usarlo si no era para sobrevivir.

Una nueva hilera de soldados los esperaba al final de las escaleras, pasó por delante de Inés y volvió a abrir el botón del gas. En un espacio tan cerrado la nube se dio la vuelta deformándose y tuvo que apagar antes de que le achicharrase el pelo.

Espiró con el corazón en la garganta, pero al menos había logrado dispersar a los soldados otra vez.

Llegaron a la primera planta y vio que Inés derramaba una de las botellas de gasolina de barbacoa. No era un fuego que durase

mucho, pero al menos prendía bien y cortaba el paso.

Encontrar a Alba allí iba a ser una misión imposible.

Inés prendió fuego tras ellos.

—Corred, que vienen —dijo su amiga y siguieron corriendo hacia delante.

El corredor que llevaba hasta las cocinas se hizo eterno con el sonido metálico de los soldados detrás. Pero lograron llegar.

Y allí se despedía de Inés.

—Busca a Alba. —Fueron las únicas palabras de su amiga. No pensaban despedirse, despedirse era como estar seguras de que no volverían a verse.

Y realmente no lo estaban.

Encontrar a Alba iba a ser más difícil que encontrar la muerte allí dentro.

55

Alba

Eduard escuchaba el mensaje en silencio. El soldado que le hablaba al oído le lanzó una mirada a ella y hasta lo vio desenvainar la espada.

Pero Eduard lo detuvo y también la miró con media sonrisa.

—Así que tu marido, el *laird* halcón, ha decidido retar a mi padre. —Lo oyó decir—. Y eso me suele gustar. Pero… —Daba pasos hacia ella y hacia Rocío mientras el soldado sacaba su espada—. Soy un Bellerose y me debo a los míos. Tu muerte nos interesó desde el principio, de hecho… —Entornó los ojos hacia ella—. Siempre supe que no saldrías viva hasta antes de conocerte. Cuando mi padre comunicó a mi hermana que se casaría con Alastor Hunter.

Eduard hizo un movimiento con la mano hacia las damas y estas se retiraron hacia la puerta algo asustadas, como si las fuesen a matar allí en medio y les pudiese manchar sus vestidos.

—Y a mí con una tal Moira Hunter, ¿la conoces? —añadió Eduard —. Me negué en absoluto. Yo no soy de los que se casan, aunque tu amiga Paula me ha hecho dudar sobre el tipo de mujer que me gustaría si algún día lo hiciese. Una pena que haya cavado su propia tumba en las cloacas de este castillo. ¿Sin guardia? Nunca pensé que una mujer como ella lo pondría tan fácil. —La sonrisa de Eduard se amplió—. Traer a un Black al castillo donde están Rob y su joven esposa, qué mente tan brillante para ser una mujer. Es exactamente lo que hubiese hecho yo, intentar llevarme de nuevo a los Black. — Seguía avanzando hacia ellas mientras sus soldados lo hacían tras él —. Aprovechar mi propia trampa en vuestro beneficio, una buena idea si no estuvieseis rodeadas de mis soldados.

Eduard alargó la mano y uno de sus soldados le ofreció una espada.

—Me dijeron que era difícil matar a la reina del sur y a sus acompañantes, unas extrañas mujeres con demasiada suerte en las batallas como para ser algo que no se deba a una especial brujería. Pero ya ves, solo un rato en un castillo dirigido por mí y estáis acabadas. Cuando Alastor regrese encontrará vuestros cuerpo colgados de los muros.

—De los huevos te voy a colgar yo para que te vea tu padre cuando llegue si está vivo. —La voz de Paula sonó celestial o de ciencia ficción. O así es como la vio Eduard junto a la puerta. Se oían los sonidos metálicos fuera tras ella y capas azules y rojas entre los Bellerose.

Ewan tenía a Christine Bellerose agarrada por el pelo y con un cuchillo con la espada de los lobos a lo largo del cuerpo con la punta acabando en el cuello.

Su amiga llevaba un casco metálico medieval en la mano, muy cerrado, se podía imaginar para qué. Le brillaron los ojos al verla, qué bien se le daban las batallas a Paula para no ser una arquera como Leonor. No le extrañó que pusiese los ojos en ella un lobo de las Highlands. Ella podría haber sido una loba sin ningún problema.

Los soldados se pusieron delante de Eduard para protegerlo de inmediato.

—No te sorprendas de verme viva, ya te avisaron de que era bruja, ¿no? —Paula sonrió al ver a los soldados protegiendo a Eduard.

Qué le gusta vacilarse.

—Tres. —La oyó contar mientras se acercaba la mano a la boca —. Dos… —Cruzó la otra—. Uno.

Paula sopló como un escupe fuegos en una exhibición, aunque sabía que era parte del teatro, el lanzallamas no necesitaba más que un botón y botellas de gas atadas al cuerpo.

Los soldados que cubrían a Eduard salieron huyendo y se pegaron a la pared.

—¡Lobos, coged a ese idiota! —dijo Paula riendo—. Y atadlo con la hermanísima y la otra cotilla.

Alba se tapó la cara al oírla. Rocío miraba a su hermana como si fuese la heroína más grande que hubiese visto la historia. Lo estaba flipando literal con Paula, ni siquiera podía cerrar la boca.

—Te crees muy listo. —Paula le dio unas palmadas en el hombro y Eduard se sacudió para que no lo tocase—. Pero resulta que tienes la inteligencia justa para respirar y andar a la vez.

Vio a Ewan contener la risa.

—Bruja zorra —le soltó Eduard y Paula le dio un guantazo que no pudo rehuir al estar sujeto por un lobo—. Aun no habéis salido de aquí. El castillo está rodeado y mi padre viene de camino junto a nuestros soldados y los Northcliff y McKenna. —Recibió otro guantazo de Paula, que sonó mucho más fuerte.

Ewan soltó a Christine mientras reía para que la atasen con las otras mujeres. Fueron a amarrar a Eduard.

—No lo ates ahí, traeros al fenómeno, que nos va a trasmitir la batalla desde los pasillos de los arqueros. Así lo lanzamos abajo en cuanto nos aburra.

—Me parece bien. —Ewan cogió las cadenas de Eduard y tiró de él casi dejándolo caer.

Alba se apresuró a seguirlos, Paula la miró de reojo.

—Señora de los halcones, tenemos el castillo y a los dos Bellerose, pero estamos completamente rodeados, te toca. —Le guiñó un ojo.

Salieron del salón del que creyó que no saldría viva. Había soldados de los Bellerose en los pasillos, pero al ver que habían

apresado a los Bellerose se detuvieron.

—¡Combatid! —gritó Eduard antes de llevarse un golpe de Ewan.

—¡Cazadores! —gritó ella también.

—A mí se me da mejor, amiga —dijo Paula—. Se te ve forzada, relájate.

Lanzó a Paula una mirada de reproche que punzaba más que las flechas de sus arqueros.

—¿Dónde está Inés?

—Ha escapado —respondió Paula.

—¿Y cómo has llegado hasta mí? —Los Hunter las empujaron hacia atrás para alejarlas de los soldados Bellerose. Cuando ella llegó con Eduard eran muchísimos.

—No sabes qué descubrimiento. —Paula se giró hacia los lobos y esos enseguida se pusieron en fila estirando el brazo con la espada recta. Paula volvió a activar el lanza llamas, esa vez una llama media apuntando a las espadas. Estas se prendieron enseguida. Las habría embadurnado con el líquido de gasolina—. Se cagan vivos.

Se acercaron hacia una de las puertas pequeñas que llevaban a los pasillos de los muros.

—Hasta lo que sabemos, Alastor está rodeado con los Northcliff, los Bellerose y los McKenna —le dijo a Paula.

—Inés irá en su busca con los Black, y si nosotras logramos salir de aquí también.

El aire frío del anochecer les golpeó la cara en cuanto salieron al exterior, ya había arqueros colocados.

Alba se apoyó en la muralla y dejó caer los párpados, del puente hacia delante parecía un hormiguero de caballos y soldados.

Tenían el castillo, pero no podrían salir de allí. Se oyeron las carcajadas de Eduard Bellerose.

—Si no te tiro ya por el muro —soltó Paula—, es por si te puedo cambiar por algo útil.

Los arqueros lanzaron la primera tanda de flechas. Pero eran tantos que hasta acertando no había flechas suficientes para todos. Solo podrían aminorarlos.

—Ni siquiera yo soy suficiente para salvaros. Estáis todos muertos. —Eduard tenía un hilo de sangre desde la boca.

Paula la miró a ella.

—Yo creo que no es un farol y que no podemos salir de aquí.

—Inés tampoco habrá salido. —Alba se llevó la mano a la frente.

—Inés hace rato que se fue, antes de que empezara todo. Seguro que sí ha salido.

Volvió a mirar abajo, llegaba una nueva caballería.

—Joder.

—Tía, por si nos matan. Vamos de mientras a destrozarle el castillo.

Alba hizo una mueca mirando a Paula.

—¿Para qué?

—Pues para que se jodan.

Negó con la cabeza, parecía mentira lo que acababa de ver hacer a su amiga hacía solo un rato y lo que estaba escuchando de su boca en aquel momento. No parecía ni la misma persona.

Se sobresaltaron al oír un cuerno Úlster y ambas miraron a Ewan. Él enseguida miró hacia las colinas, que ya se perdían frente a un cielo violeta.

La tirantez en el cuello fue inmediata y las lágrimas en los ojos también al oír la respuesta al cuerno con otro cuerno desde la muralla.

Las antorchas parecían ir cayendo colina abajo en una hilera que no dejaba de brotar.

—Es Tanarys. —Oyeron decir a Ewan.

Alba dejó caer los párpados, la luz de las antorchas no la dejaba ver bien a aquella distancia, pero el sonido del cuerno se volvió a repetir.

Y su cuerpo se bloqueó de nuevo, erizando todo el vello esa vez, tanto que pareció temblar el suelo.

—No es Tanarys —dijo ella mientras los ojos se le llenaban al completo, la piel se le seguía erizando. Eran Úlster y Douglas, y seguramente Ballantines y el viejo Murray, y hasta el propio Tanarys. Pero aquel cuerno lo tocaba un cuerpo bastante más pequeño—. Es Leonor.

La magia ancestral ya no era capaz de abrir agujeros, pero sí era capaz de conectarlas de alguna manera impalpable e inexplicable para saber cuándo otra de ellas corría peligro.

Las lágrimas aumentaron.

—Hostias, la Leo. —Paula hasta dio unas palmadas—. Ahora sí que estáis perdidos —le dijo a Bellerose—. Verás la que os va a dar. Esta os va a poner a cuatro patas, chavales, os va a poner mirando *pa* Cuenca.

Rocío se metió entre ellas.

—¿Esa es Leonor? Buahhhh, me encanta.

—Oye, qué pasa —le replicó su hermana Paula—. ¿Y yo no te encanto? Que te he salvado hace un momento.

—También me encantas —respondió Rocío rodeándole el cuello —. Y quiero que me enseñes a hacer todo esto.

—De eso nada, hazme caso y dedícate a bordar, que es más tranquilo.

—Buaf, no me gusta.

El caballo de Leonor se detuvo y la vieron abrir el arco llevando algo en la punta de la flecha.

Leonor nunca tardaba mucho en apuntar y nunca dudaba. La flecha corrió a gran velocidad pasando por encima de todos los soldados hasta alcanzar al mástil de la bandera de la puerta del castillo, desplegando una bandera Douglas.

—Toma ya. —Paula miró a Eduard—. ¿Lo has visto? Se os van a quitar las ganas de engañar a escoceses. ¿Lo puedo empujar ya? —preguntó a Ewan.

El lobo soltó a Eduard y lo empujó hacia Paula.

—Empújalo si quieres.

—O te empujo yo a ti, pedazo de… —Eduard alcanzó el cuello de Paula. Pero Ewan lo golpeó en el lumbar y lo hizo arrodillarse, aun así no soltaba a Paula. Rocío gritaba y Alba intentó zafar a su amiga con una patada. Pero Eduard parecía estar aferrándose a Paula como si fuese su vida. Ewan cogió la cabeza de Eduard y el hombro, el joven Bellerose gritó y al fin soltó a Paula, que se llevó la mano al cuello. Había logrado hasta clavarle los dedos y hacerla sangrar.

Ewan pateó en el suelo a Eduard al ver el cuello de Paula, lo hizo sin ni siquiera saber dónde lo golpearía. Alba no quiso mirar, el crujido que sonó fue suficiente para saber que ahora había algo en su cuerpo roto.

Ewan volvió a inclinarse y cogió a Eduard por el pelo.

—Vuelve a tocarla y te saco los ojos —le dijo antes de empujarle la cabeza contra el suelo. Sonó fuerte también.

Estaba allí casi todo el sur. No perderían esa batalla. Solo esperaba que Alastor estuviese vivo aún.

56

Alastor

Los Northcliff les habían proporcionado carros jaulas suficientes para mater a sus generales, a él y a Rob. Los propios McKenna custodiaban parte de las jaulas.

En la suya tan solo estaban él y Rob, el carruaje de Lionel Bellerose iba a su lado. El viejo de vez en cuando se asomaba para comprobar si había recapacitado en sus intereses.

Su única esperanza era que Tanarys hubiese liberado a Alba, si no, estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para hacerlo él mismo. Cedería a lo que le pidiesen.

Aquello estaba teniendo peor fin del que esperaba.

Los cascos de unos caballos hicieron que mirase al frente, eran soldados de los Bellerose a toda velocidad.

—Formad filas, nos atacan —gritó uno de ellos y enseguida los relinches de caballo se sucedieron. Uno de los soldados llegó al galope hacia el carruaje de Bellerose.

—¡Mi señor! La bandera Douglas ondea en el mástil del castillo. Tienen a vuestros hijos.

Oyó gritar a Lionel mientras él contenía la sonrisa. Se oyó un trompeta en la colina.

—¡Rob! —gritó para que él se incorporase.

Rob tuvo que agarrarse a los barrotes, le habían golpeado y tenía una herida de espada en una pierna. Él mismo había usado su tartán para envolvérsela o se desangraría por el camino a Bellerose.

Ayudó a Rob a ponerse derecho, no sabía si él sobreviviría o no, pero estaba seguro de que antes de morir le gustaría ver aquello.

El estandarte de los Black y sus soldados, numerosos como antaño, al galope.

Y a la cabeza de ellos a un lado del estandarte, un hombre de abundante pelo oscuro y rizado con malla plata. Al otro lado una dama con la capa negra y una tiara que brillaba hasta en la oscuridad.

Tras ellos se oyó el cuerno de los Úlster, donde los tartanes verdes de los Douglas se cruzaban con los rojos de los lobos. Miró hacia el otro lado de la hilera de carruajes. Los Ballantine y los McDougal se asomaban abundantes por la otra colina. Estaban completamente rodeados.

Los carros se detuvieron de golpe.

—Mi señor.

—Luchad.

—Mi señor, sin los soldados que quedaron en Bellerose, nos superan en número.

—¡Mis hijos! —Lionel se bajó del carruaje.

—Tendrás que negociar con el guardián del sur —le dijo uno de los Northcliff mirándolos a ellos.

Se hizo el silencio absoluto, mientras los escoceses seguían bajando por la ladera y asediando la comitiva.

Vio que los McKenna retrocedían, pero ya no había muchos sitios por donde escapar.

Se oyó el sonido fugaz de una flecha clavarse en el carruaje de Bellerose, una flecha demasiado larga para ser de un arquero cualquiera. Quedó a pocos centímetros de la cabeza de Lionel. Alastor volvió a sonreír al ver el respingo de Bellerose y su cara blanquecina.

—La señora del sur está aquí —le dijo.

Otra flecha más, esta vez aún más cerca del cuerpo de Bellerose.

—Creo que quiere que regreses al carruaje —añadió Alastor.

Lionel lo miró aterrado y se apresuró a entrar en su carruaje, donde no tardó en aterrizar una tercera flecha en la puerta haciendo que esta se cerrase.

—Y que no salgas de ahí hasta que venga Tanarys.

57

Alba

Habían encontrado por el camino una pequeña partida de soldados mezclada con bandidos. No habían sido numerosos, pero llegaron tan de improviso que los hicieron dispersarse.

Ya estaban junto a los Ballantines, Kaleb los había llevado hasta ellos.

Llevaban a Christine Bellerose, al resto de damas las habían atado al mástil de la bandera. No creo que Lionel tuviese ningún interés en ellas.

A Eduard lo tenía Ewan junto a los McDougal. Tanarys y Leonor se habían adelantado con Inés sin perder tiempo para alcanzar a la comitiva.

Pero un nuevo relinche al frente la hizo entender que volvían a atacarlos. Lionel no se habría rendido al verlos y había enviado a soldados a la retaguardia escocesa.

Y estaba claro que venían a por Christine.

Los ingleses tenían algo en común con los escoceses y quizás era eso lo que hacía que sus trifulcas nunca acabasen. Ninguno se rendía nunca.

—Christine. —Era la voz de un soldado joven.

—¡Logan! —El grito de Christine parecía desesperado. Aquella joven apenas habría salido del castillo, salir entre escoceses que no les importaba rebanarle el pescuezo y sin la compañía de las damas que solían envolverla la habría superado.

Habían atado a la joven a la silla del caballo en el que iba montada. Algo peligroso, si Christine hubiese llegado a ser más

grande, a la velocidad a la que iban, el caballo la arrastraría.

Reculó con el caballo colocándose en el centro de los soldados, no sabían de dónde habían salido más Bellerose, pero el joven que gritaba a Christine estaba consiguiendo acercarse a ellas junto a otros soldados más.

Kaleb se cruzó entre ellos para cortarles el paso.

Más Bellerose a pie bajaban de la colina.

¿Qué demonios?

Sacó una bengala y la prendió. Iban a necesitar ayuda. Los ingleses habían logrado dividirlos como siempre, esa vez con bastante acierto usando a los bandidos.

La bengala subió al cielo distrayendo a los ingleses unos instantes con su luz.

—Apartad a Christine de la bruja. —Era el mismo soldado joven. Christine solo sabía llorar, un llanto nervioso presa del pánico. No era justo que una pobre muchacha sufriera las consecuencias del juego absurdo de su padre. Pero allí estaba en medio de una batalla.

Un soldado alcanzó el caballo de Christine, así que Alba se apresuró a lanzarle el espray que llevaba en la mano, dándole de lleno en la cara.

El hombre gritó.

—¡No puedo ver!

Los ingleses se apartaron al oírlo.

—¡A por la bruja! —Los azuzó el chico llamado Logan cuando vio que sus soldados se retiraban de ella. Y él mismo se lanzó a por ella. Kaleb volvió a detenerlo.

Encendió con rapidez otra bengala y esta subió al cielo. Necesitaban que los encontrasen cuanto antes.

El cuerno Úlster no tardó en llegar, Alba resopló.

Pero no tuvo margen de alegrarse, otro soldado llegó hasta ella, la hoja pasó tan cerca que casi pensó que la había alcanzado. Rajó el tartán de los Hunter.

El espray alcanzó al soldado que se llevó las manos a la cara gritando. Alba se enderezó en la silla, más le valía apuntar bien a más de dos metros o acabaría muerta.

—¡A por la bruja! —sucedían los gritos de los ingleses.

Mierda.

Pudo ver por la izquierda cómo los Úlster llegaban hasta ellos estampándose contra el tumulto de caballos y soldados, como solían hacer, embistiendo.

Vio a Ewan de lejos, que enseguida se dio cuenta de que los soldados iban a por ella.

—¡Alba! —Ewan la hizo reaccionar, un soldado había alcanzado las cuerdas de Christine. Más espray y de nuevo gritos.

Se puso tan nerviosa que casi se le cayó el bote al suelo.

Ewan llegó hasta ella.

—Ve con Kaleb y llévate a Christine —le dijo.

—¿Y Eduard?

—Ya lo tiene Tanarys —respondió Ewan y ella espiró con fuerza.

Cogió las riendas de Christine, los Úlster la envolvieron para que pudiese sacarla de allí. Vio al joven Logan abrirse paso y apuntó hacia él con el espray. Pero el joven la habría estado observando y se puso el antebrazo sobre los ojos al mismo tiempo que el líquido salía disparado.

A Logan no le iba a ser tan fácil alejarlo de la joven. Así que no le quedaba otra. Acercó el caballo de Christine a ella hasta que pudo

pasarse a la silla tras la joven y coger las riendas.

—Por favor, por favor. —La oyó sollozar—. Déjame ir.

Alba azuzó al caballo y lograron salir del tumulto gracias a los Úlster.

—Por favor, Alba, deja que me vaya.

—Vamos a devolverte con tu padre si no hace ninguna estupidez —tuvo que decirle al verla tan mal—. No llores más.

—A mi padre le da igual lo que hagas conmigo. —La joven no podía ni hablar. Alba bajó la mirada para verla. Christine estaba encogida sobre la crin del caballo—. A mi hermano le da igual lo que hagas conmigo.

El llanto de la muchacha aumentó.

—Mi hermano sería suficiente para negociar. Déjame ir, por favor.

Alba miró hacia atrás. Aquel joven soldado había logrado zafarse de los Úlster y se aproximaba a ellas a gran velocidad. Pero Kaleb ya lo estaba esperando.

—¿Quién es él? —Volvió a mirar hacia delante y comenzó a desatar las manos de Christine de la silla, su miedo era que se ladease y cayera quedando colgando del caballo. Moriría.

—Un amigo —respondió la joven.

—Pensaba que no te dejaban tener amigos.

Christine se sorbió los mocos.

—Su padre es panadero en el castillo y su madre trabaja en las cocinas. De niña solía jugar con él. —La joven se inclinó para ver cómo las seguía, los ojos seguían llenos de lágrimas—. Y no quiero que muera.

Alba le pasó la mano por la espalda, podría imaginarse el resto entre el hijo de sirvientes y una dama. Algo completamente

irracional y perdido, imposible y castigado.

—No quiero que muera. —Lloraba la joven—. Por favor.

Se oyó un cruce de espadas y ambas miraron atrás.

—Por favor. —El llanto de Christine aumentaba de nuevo y ella la sujetó por el brazo.

—No tengas miedo, confía en mí —le dijo a la joven, pero el llanto de ella no paraba, sentía su cuerpo rebotando en cada jadeo.

Alba aminoró la marcha del caballo.

—Por favor —repetía sin parar al oír otro choque de espadas. La joven apenas podía hablar. La veía tan desesperada.

—Te necesito para liberar a Alastor —le dijo Alba y Christine la miró—, y volverás con tu familia a casa.

Pero a Christine no se le pasaba el llanto ni el terror un solo segundo, al contrario, su reacción fue la misma que si le decía que la colgaría allí mismo de un árbol.

Porque no quiere volver a casa.

Volvió a aminorar la marcha del caballo.

—Deja que libere a Alastor. Y entonces te liberaré a ti.

Y notó cómo la joven dejaba de respirar.

—¿Cómo?

—Llevándote conmigo a Escocia, donde tu padre no tiene ni un solo hilo de poder ni contigo ni con nadie.

La joven seguía sin respirar.

—Y si ese soldado quiere, puede venir contigo.

Los ojos de Christine se abrieron enormes.

—Tienes mi palabra —añadió Alba.

Christine se asomó tras ella para ver a Kaleb y a su soldado.

—¡Logan, para! —La oyó gritar.

Alba frenó el caballo, ella también tenía que parar a Kaleb o acabaría atravesando al muchacho y eso sería atravesar a la pobre chica.

—¡Para! —volvió a gritar Christine echándose abajo del caballo, solo ahí vio al joven retirarse de Kaleb y trotar hasta ella.

Estaba deseando que acabase aquella pesadilla para todos.

58

Alba

Llegaba hasta el claro en donde estaban Tanarys, Leonor, Inés y los Bellerose. Detuvo el caballo en cuanto vio en medio de un círculo a Alastor atado en cuclillas en el suelo. Junto a él había un montículo oscuro que no fue capaz de apreciar bien en un primer momento. Rob estaba en suelo y su amiga Inés estaba casi sobre él.

Alba se llevó la mano a la boca.

Tras Tanarys estaba el indeseable del hijo de Lionel Bellerose, que no parecía más que un muñeco junto al lobo. Leonor lo apuntaba con una flecha que más parecía un arpón. Llevaba meses trabajando con artesanos flechas mejores para ella y para sus soldados. El problema lo seguía teniendo en el arco, no había arcos salvo el suyo que resistiesen tanto.

—Ni siquiera hacía falta yo. —Oyó decir a Christine antes de un suspiro.

—Ya da igual, dejarás todo esto atrás —le respondió ella y Christine se sorbió los mocos. Se inclinó sobre la oreja de la joven—. Logan te espera arriba, luego viajarás junto a los Ballantines. No salgas del carro durante todo el canino y nadie te verá.

Christine asintió con la cabeza.

—Voy a dejarte sola en el caballo, que tu padre te vea bien —le dijo bajando.

—Alba. —Christine le cogió la mano—. Ten cuidado con mi hermano, juega hasta el final.

Alba asintió con la cabeza.

—¿Tu padre no? —preguntó a la joven frunciendo el ceño.

—Mi hermano es mucho peor. —La joven se retiró de ella sobre el caballo y rodeó el círculo.

Alba se adelantó a pie entre sus soldados, atravesando las hileras hasta llegar al centro. Dirigió la mirada enseguida hacia Alastor, recorriendo con la mirada al *laird* y comprobando que estaba bien.

Su pecho pareció abrirse por completo con una leve tranquilidad. Siguió avanzando entre soldados hasta pasar por el lado de Leonor y Eduard. Mientras que Leonor lo apuntase al cuello con una flecha de aquel calibre no podía seguir jugando.

—¿Y la bruja? —Lo oyó preguntar y se detuvo en seco. Vio a Leonor hundirle levemente la flecha en el cuello.

—Silencio —le dijo Tanarys.

Por un momento hasta el corazón se le detuvo buscando a Paula entre la gente. La encontró cerca del viejo Murray y espiró el aire con fuerza.

Alastor la miró de nuevo, había entendido su miedo, él sí sabía que Paula estaba allí.

Pero Eduard no tenía absolutamente nada por decir y después de que su propia hermana le advirtiera sobre él, comenzaba a darle más miedo de la cuenta. Hasta delante de una flecha de Leonor.

Volvió a mirar a Alastor y dio unos pasos hacia él. Lionel Bellerose estaba a tan solo un par de metros de él.

A Inés la habían dejado acercarse a Rob, pero a ella le cortaron el paso.

—Mi hijo y mi hija a cambio de ellos, ¿tengo tu palabra, Tanarys? —decía el anciano Bellerose—. Y volverás a tus tierras.

—Tienes mi palabra.

—No se iniciará ninguna nueva guerra en Escocia si la mantienes. Pero si nos atacas, vendrán ejércitos de todo el país a invadir el sur.

Los soldados se abrieron dejando paso a Christine y su caballo, que se detuvo tras Tanarys.

—Hija —le dijo el viejo en cuanto la vio.

—Padre.

Eduard miró a su hermana de reojo y la siguió con la mirada hasta que un soldado se abría paso entre los Bellerose. Era Logan.

Vio a Eduard mirarlo tan detenido en él que hasta dudó de que aquel hombre avispado se hubiese dado cuenta de que escaparían.

La propia Christine seguía aterrada y comenzó a llorar de nuevo. Algo que les vino bien, si la hubiesen visto feliz seguramente Eduard hubiese sospechado.

—Recoged a los vuestros —dijo Lionel.

Las cadenas de Alastor cayeron al suelo y ella pudo atravesar aquella barrera que le habían impuesto para llegar hasta él.

Rodeó el cuello de Alastor, que ya estaba en pie.

Regresaban a Escocia, regresaban todos. Lo que estaba pasando superaba tanto todo lo que esperaba de aquello que se le llenaron los ojos enseguida mientras dejaba caer la frente en la de Alastor.

El *laird* la rodeó con los brazos e inclinó sus labios hacia su oído.

—No me equivoqué ninguna de las veces cuando te quería como *lady* de los Hunter. —Lo oyó decir y las lágrimas aumentaron en sus ojos. Apretó a Alastor con más fuerza.

—No lo he hecho sola —respondió ella.

—Pero lo has hecho mejor que yo.

Ella negó con la cabeza.

—Has tenido que ser tú quien me salve a mí —añadió él y ella sonrió.

—Fuiste tú quien avisó a Tanarys, yo no hubiese podido salir del castillo. Hacerlo bien también es pedir ayuda en el momento exacto.

Lo de Leonor fue algo diferente. Desde que se marcharon sintió aquellos golpes de escalofríos, hasta Maelys le dijo que siguiese su instinto.

—Nos vamos a casa. —Lo oyó decir y el cuerpo se le hizo ligero al completo. Lo único bueno de aquella aventura sin duda siempre había sido él. La aventura había acabado, pero él se quedaba. Sintió los gruesos labios de Alastor sobre los de ella, luego llevó los labios a su oído de nuevo—. Te quiero y te prometo que haré todo lo que esté en mi mano para que el castillo Hunter sea tu hogar y seas feliz allí.

Ella sonrió sabiendo que Alastor tampoco tendría que hacer mucho esfuerzo. Dejó caer su frente sobre él.

—Te quiero y estoy deseando llegar a casa. —Con todo lo que eso significaba.

Vio a Alastor sonreír. Volvió a besarlo y se retiró de él para seguir al resto, que ya se iban.

Eduard Bellerose estaba junto a su padre, seguía con la mirada a Logan y a su hermana.

—Padre —oyó la voz de Eduard—, te dije que Logan no debía estar cerca de mi hermana.

—Diste orden tú de que fuese él quien la protegiese —replicó su padre.

—Porque es el que mejor lo haría. Pero apartado de inmediato.

Ellos ya no os pertenecen.

Tiró de Alastor para alejarse de ellos.

Oyó el tintineo de los soldados a caballo y vio a Ewan perderse entre sus soldados. Uno de los Hunter les llevaba un caballo, uno

solo, no sabía si después de la batalla habrían perdido a algunos. No le importaba compartirlos, al contrario, no quería separarse de él un ápice.

Antes de subirse se detuvo en el carro que llevaba a Rob.

—Hay que darse prisa en llegar. —Oyó decir a su amiga apretando el tartán de Alastor en la pierna de Rob.

Alba asintió. Los Black rodearon el carro de Inés y siguieron su camino, supuso que se adelantarían considerablemente, Rob no podía esperar.

Se subió al caballo, Leonor pasó por su lado montada en otro junto a Tanarys, y con rapidez sintió a Alastor en su espalda. Emprendían la marcha.

Y su cuerpo se bloqueó cuando apenas hubieron avanzado unos metros. Vio cómo delante de ella Leonor había detenido su caballo.

—Alastor —dijo y él se inclinó enseguida para mirarla a la cara.

No le dio tiempo de decirle Alastor que se detuviese, lo hizo él mismo cuando vio a Leonor girar el caballo y llevarse la mano a la boca. El rostro del guardián del sur, inamovible en la mayoría de ocasiones, aumentó aún más la sensación de pánico que la estaba invadiendo.

Hasta Inés regresaba al trote en un caballo, supuso que para volver a alcanzar a Rob en cuanto acabasen. También se llevó las manos a la cara.

Alastor giró el caballo mientras sentía el pecho a punto de explotar.

Eduard andaba despacio hacia donde se había formado el círculo momentos antes. Tras él, a pasos igual de tranquilos, iban dos caballos con un soldado sobre cada uno. En medio de los dos caballos y atado con cadenas en las muñecas, sin camisa y atado a cada caballo, estaba Ewan Úlster.

Eduard miró hacia donde estaban ellos.

—¡Paula! —gritó Eduard y su grito hizo que se le erizase todo el velo de la piel—. Paulaaaa.

Eran gritos repletos de odio y de ira. Como si con su grito estuviese golpeando a Paula poco a poco. Quizás era lo que estaba haciendo.

Alba bajó la mirada. La pesadilla no había acabado y apuntaba a terminar de la peor de las manaras. Un auténtico mazazo después de la tranquilidad de verlo acabado.

—¡Paulaaaa! —seguía gritando Eduard, aquel grito helaba la sangre.

Y entendió las palabras de Christine Bellerose. El juego nunca acababa para Eduard.

Epílogo:

Paula

El corazón se le había acelerado tanto al verlo que le iba a explotar. Sentía el cuerpo pesado, pensaba que Ewan estaba apartado con los Úlster. Y posiblemente ellos pensaban que Ewan estaba abajo con ellos.

Pero Ewan estaba con los Bellerose.

Avanzaba a pie, apenas había encontrado un caballo vació cuando escuchó los gritos con su nombre. Los soldados de Tanarys le abrían el paso en cuanto se acercaba a ellos, nadie era capaz de mirarla siquiera a la cara. Ni siquiera Leonor. Se detuvo entre ella, Alba, Inés y Tanarys.

Los Úlster bajaban por la colina.

Pero nadie podía hacer nada. Tanarys había dado su palabra de no atacar, sin condiciones. Y cualquier petardo, fuego, sonido fuerte o cualquier cosa asustaría a los caballos y partirían a Ewan en dos delante de sus ojos.

Si Leo lanzaba una flecha aunque fuese a Ewan, los caballos echarían a correr y lo romperían.

Y eso Eduard lo sabía.

Era el mejor jugador que había conocido en aquel mundo. Y le había vencido por completo.

—¡Paulaaaa! —seguía gritando completamente desquiciado. Su juego no era contra Tanarys, ni contra Alastor, ni siquiera contra el propio Ewan. Era contra ella.

Y no la habría visto entre los soldados al estar en el suelo. Pero rodeó el caballo de Tanarys y sintió los ojos grisáceos de Eduard.

Ni siquiera se atrevía a acercarse mucho y que él diese orden a los soldados de tirar de los caballos. Ya las cadenas estaban tensas, le estaban haciendo daño.

Abrió la boca para respirar, le dolía el pecho, como si se encogiese y se deshidratase haciendo un lío de pasto y espinas. Le dolía a morir. Se desmayaría por falta de aire, por dolor o por miedo.

No era capaz de ver lo que había delante de sus ojos.

Los ojos se le llenaron de lágrimas mientras veía la sonrisa de Eduard.

—Paula, vete de aquí. —Oyó decir a Ewan. Ella no quería ni mirarlo—. Paula —volvía a llamarla Ewan—. Vete.

Pero no iba a irse a ninguna parte.

—Gané —dijo Eduard ampliando su sonrisa mientras miraba a Ewan como si fuese su trofeo—. Desde antes de que me atraparas ordené capturarlo. No iban tras de mi rescate ni el de mi hermana. —Volvió mirar a Ewan—. Iban a por él. No es fácil atraparlo, pero… aquí está. Atrapado por acudir en ayuda de tu amiga, la esposa del *laird*. Todo un caballero. —Pateó a uno de los caballos y este se movió tensando aún más las cadenas.

—¿Decías que me sacarías los ojos si la tocaba? —le dijo a Ewan con ironía.

—Déjala —dijo Ewan y las cadenas sonaron, Paula pudo ver cómo movió a uno de los caballos.

—Pero qué fuerza tiene la bestia. —Cogió a Ewan por el cuello—. . ¿Esto también es brujería? Dicen muchas cosas de los lobos de las Highlands —soltó a Ewan y pateó de nuevo al caballo para que se tensara más. Paula comenzaba a ver la tensión en la cara de Ewan.

Ewan volvió a tirar de las cadenas, esa vez los dos caballos se movieron y Eduard hasta se retiró.

—Tirad —. ordenó.

—¡No! —gritó Paula.

—Silencio, Paula. ¡Tirad!

No quiso ni mirar, agarró la manga de la casaca de Eduard.

—Para de una vez —le dijo comenzando a llorar.

—¿Llorando? No te pega en absoluto —le dijo él con ironía.

Se apartó de Eduard y cogió una de las cadenas de Ewan, intentar tirar para aflojarla era para nada.

—Por favor. —Rompería a llorar, sentía que estaba a punto de perder el conocimiento.

—¡Tirad!

—Paula, vete de una vez —le dijo Ewan de nuevo.

—Vas a acabar por matarlo tú misma. —Oyó decir a Ewan—. No hay manera de que guardes silencio.

Ella miró a Ewan sin soltar la cadena que lo unía a uno de los caballos y su llanto rompió por completo.

—Paula. —Era la voz de Ewan de nuevo. A pesar de todo, cuando se dirigía a ella lo hacía tranquilo. No podía ni dejarse caer en su hombro, no se atrevía ni siquiera a tocarlo y que lo tensaran más.

Su llanto se cortó de repente sin dejar de mirar a Ewan.

—Vete de aquí—le dijo él una vez más y ella negó con la cabeza.

—¿Has visto lo fácil que era hacerla callar? —Eduard le hablaba con ironía a Ewan.

Paula pestañeó dos veces, no era un mal sueño, las cosas realmente malas nunca lo eran.

Ahora sí que se acabó todo.

Quizás el preámbulo de todo aquello era la pena de la noche anterior, quizás una parte de ella sabía que algo así pasaría. Al igual que podía presentir el peligro y todo lo demás. Los océanos nunca se habrían cerrado del todo y estaban repletos de sentimientos y de sensaciones de todo tipo.

El llanto sobrevenía de nuevo, pero tuvo que cortarlo. Echó una mirada atrás, hacia sus amigas.

Tienes que hacerlo, Paula. No tienes opciones.

Abrió la boca para respirar.

—Paula, no. —Ewan pareció entender su gesto. Él siempre la entendía, aunque explotase con él en cada momento.

Pero lo quería. Lo quería más de lo que era capaz de reconocer.

O sí soy capaz de reconocerlo.

No pudo contener las lágrimas, no era capaz.

Miró a Ewan y acercó la mano hasta su cara mientras apretaba los labios para que no le temblasen un ápice.

—Acepta que me cambie por él. —Fue capaz de decir y apartó la mano de Ewan.

—No —gritó Ewan y fue tan grande el zarandeo que los caballos se movieron de nuevo aflojándole las cadenas, lo que lo hizo avanzar hacia ella—. ¡No! —Ewan zarandeaba y no era precisamente para que dejasen de tirar, sino para que los caballos lo hicieran.

—Shhhhh —calmaba Eduard a los animales y los soldados los controlaron—. Paula, no te he oído bien con los gritos de este hombre.

—Que aceptes que me cambie por él —repitió y Eduard sonrió.

—Sabes que ya no eres una invitada de honor en mi castillo, ¿no?

Ella asintió despacio y vio cómo Ewan negaba con la cabeza y cerraba los ojos.

—Pues bien. —Eduard se apartó de ella y de Ewan—. Gírate y diles a los tuyos que te quedas con nosotros. No quiero que Tanarys piense que ha sido un rapto, ni nada similar por lo que acusarme.

Maldito hijo de puta.

—Necesito despedirme —pidió ella y Ewan intentó una vez más espantar a los caballos para que echasen a correr. Pero no se movieron ninguno de los dos.

—¿De tu lobo? Por supuesto, pero no pienso desatarlo hasta que nos vayamos, no soy tan imbécil. Dale la noticia al guardián del sur.

Eduard se apartó de ella.

No me lo puedo creer.

Sentía las punzadas de las pulsaciones hasta en el cuello, no sabía cómo no había perdido el conocimiento.

—Por cierto… —Eduard se detuvo y miró a Ewan—. Si los lobos se atreven a cruzar la frontera, os recibirá su cabeza. No tardes mucho en despedirte.

Paula se giró para mirar a sus amigas, pero no hacía falta decirles nada, sabían lo que había hecho. Les hizo una señal a ellas.

Cuidad de mi hermana.

La entendieron sin ni siquiera hablar. No podía. Tampoco ellas, Inés había roto por completo. Ella la miró y se dio un golpe en el pecho. No debía sentirse culpable por nada. No era su culpa. La culpa era de aquel miserable.

Paula bajó la cabeza y se dio la vuelta para mirar a Ewan. No lo habían soltado, pero al menos las cadenas ahora estaban combadas hacia el suelo.

Enseguida puso una mano en cada hombro de Ewan, comprobando que estaban en su lugar, por un momento pensó que se los habían dislocado.

—¿Por qué no te has ido? —Su voz sonaba vencida. Era la primera vez que venía a Ewan derrotado—. ¿Por qué…? —Paula le acercó un dedo a los labios para que no dijese nada más.

—Eso ya lo sabes —le dijo ella intentando sonreír. Pero no salía ninguna sonrisa.

Se dejó caer en Ewan y le rodeó el cuello con los brazos, pero él hizo hasta el intento de zafarse. Estaba completamente enfurecido. Y ella sintió que los ojos se le llenaban de nuevo.

—Siempre haces lo que quieres, dándote igual lo que yo diga —respondió él.

Ella volvió a ponerle el dedo en los labios.

—Esta vez no te enfades —le dijo ella y él bajó la mirada. Esa vez no quería que se enfadase. Solo una vez, solo por esa vez.

Lo oyó respirar profundo y movió las cadenas para inclinarse sobre ella lo que le permitieron las ataduras.

Paula dejó caer de nuevo la frente en la de él y volvió a rodearle el cuello.

—Te he querido siempre —le dijo ella—, aunque fueras un lobo.

—Te he querido siempre, aunque no lo seas tú —se apresuró a decir él—. Es la razón por la que regresé al sur.

Paula frunció el ceño al oírlo y su llanto se avivó de nuevo.

—Volveré a por ti, no lo dudes ni un momento. —Ewan clavó los ojos en ella.

Pero eso no iba a ser posible. Paula apretó los labios, la pesadilla se tornaba cada vez peor. Prefería que la atasen a los caballos y la

partiesen en dos.

—Ayúdalas a cuidar de mi hermana —le dijo ella y Ewan asintió con la cabeza.

No soportaba más el dolor del pecho. Cerró los ojos y dejó caer sus labios en los de los lobo.

—¡Ya está bien! —La voz de Eduard hizo que tuviese que apartarse de Ewan.

Giró la cabeza para mirarlo. Eduard ya estaba sobre un caballo, llevaba una cadena tan gruesa como la de Ewan. Uno de los soldados acercó un caballo sin jinete, sería para ella.

Bellerose se bajó del caballo y se acercó a ella. Pudo ver dos grilletes en las cadenas, que le cerraría delante de los ojos de Ewan.

Eduard miró al lobo y sonrió.

—Ahora puedo tocarla lo que quiera y conservar mis ojos —le dijo y Ewan arremetió con tanta fuerza que los caballos se desplazaron con él y Eduard Bellerose tuvo que apresurarse a quitarse de en medio.

—Menuda bestia. —Tiró de las cadenas de Paula—. Sube al caballo.

Paula miró a Ewan una vez más.

—Volveré a por ti —repitió Ewan.

—Y entonces ella morirá. —Eduard subía al caballo. Paula sintió la tensión en las cadenas, tocaba para que subiese al otro—. Recuerda que no quiero lobos por aquí.

Paula negó con la cabeza a Ewan.

—Los océanos —le susurró ella—. Lo intentaré cada día.

Su única esperanza, conservar la energía suficiente, reunir todo aquello que sintió la otra vez y que se abriese un agujero que la

llevase a cualquier parte.

—Voy a sacarte de aquí, Paula —respondió él—. Aunque tenga que traer a todos los lobos de Escocia.

—Acabareis los dos muertos. —Oyó decir a Ewan. Paula cogió aire y se impulsó para subir al caballo.

Comenzaba una pesadilla que podría durar poco o toda una vida. Volvió a mirar a Ewan.

Claro que intentaría abrir el tiempo cada día y huir del ser más ruin que había conocido en un mundo y en el otro.

Eduard cogió las riendas de su caballo y lo sintió avanzar alejándola de todos ellos. Se hacía la oscuridad entre los árboles, el frío comenzaba a envolver su ropa.

Hubiese preferido morir. Eduard Bellerose la había partido en dos de todas maneras.

Una se iba dirección a Escocia.

La otra quedaba en aquella pesadilla.

Nota de autora:

Gracias por leerme una vez más. Espero que os haya gustado.
Y no os preocupéis por Paula, tendrá su propia historia.
Nos vemos pronto en una nueva aventura.
Besos,
Noah.